

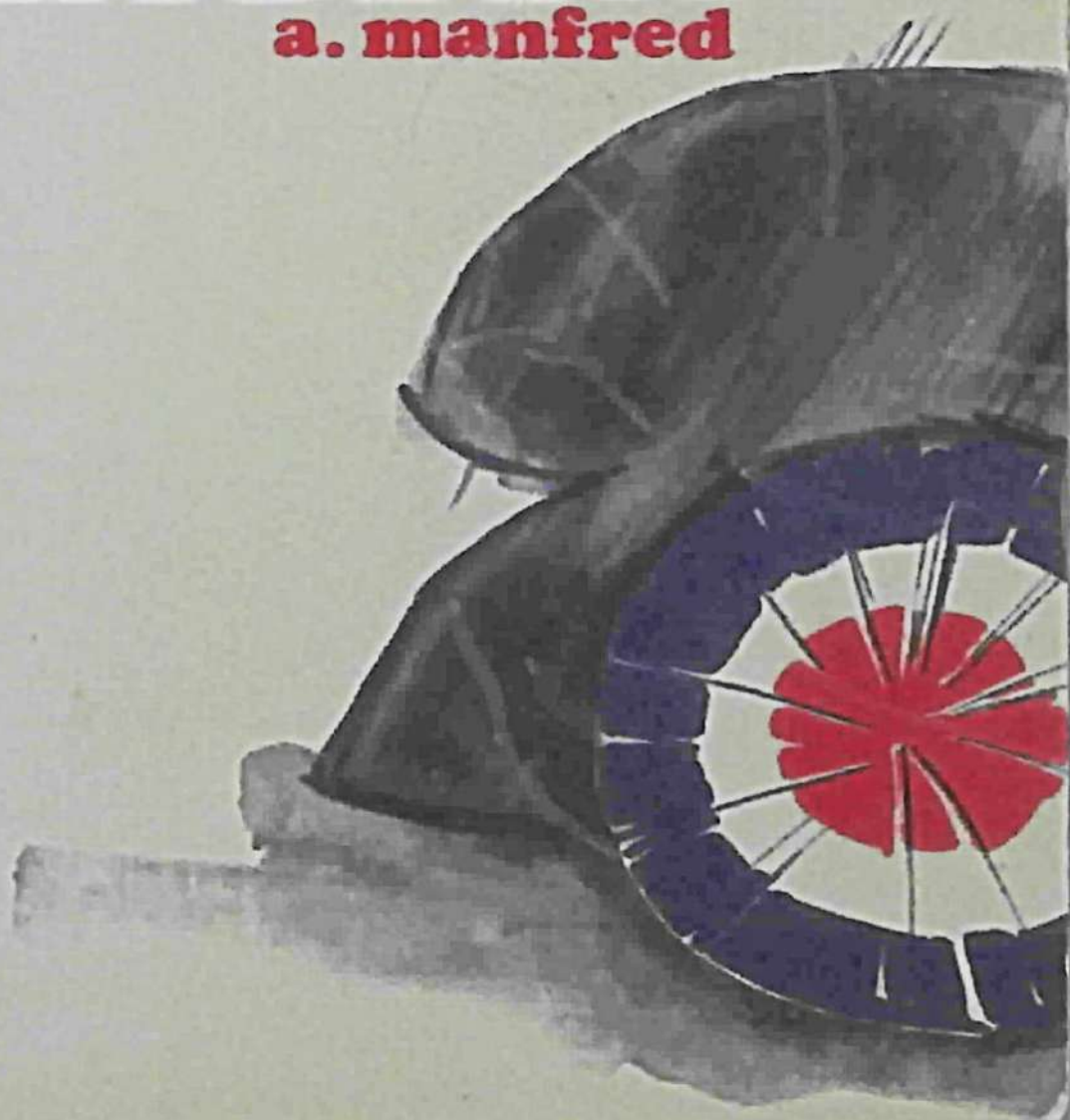
SISTEMA UNIVERSITARIO
DE BIBLIOTECAS ACADÉMICAS



FL008549

LA GRAN REVOLUCION FRANCESA

a. manfred



LA GRAN REVOLUCION FRANCESA

A. MANFRED

NUMEROSOS han sido los estudios de la Revolución francesa de 1792, enfocada desde puntos de vista muy distintos; sin embargo, hasta ahora no se había publicado ninguna versión del acontecimiento a través del prisma materialista histórico. Manfred ha realizado este trabajo siguiendo los lineamientos más ortodoxos, profundizando en la interpretación más que en una mera presentación de los hechos. Su concepción parte de la aparición de la burguesía en Europa, como energía potencial enemiga del feudalismo y de la monarquía absoluta. Estas últimas estructuras sociales, ya entonces periclitadas por la presencia de instituciones típicamente capitalistas, estaban condenadas a desaparecer por la violencia. Lo que distingue a la Gran Revolución francesa, eminentemente burguesa, de la rusa, de significación socialista, es que en la primera se van creando, en el seno del régimen anterior aún superviviente, organizaciones económicas nuevas, que cambian de modo

[PASA A LA SEGUNDA SOLAPA]

3549

944.04
MAN
1964

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
CHIHUAHUA
ESCUELA PREPARATORIA
BIBLIOTECA "BENITO JUAREZ"
ESCUELA DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA

NOV. 27 1973

197.64
3287
EDICIÓN
ESCUELA PREPARATORIA

A. MANFRED

LA GRAN REVOLUCION FRANCESA

VERSION ESPAÑOLA DE
JUAN VILLALBA



PENSAMIENTO E HISTORIA



ESCUELA DE
FILOSOFIA Y LETRAS
(BIBLIOTECA)

EDITORIAL GRIJALBO, S. A.

MEXICO, D. F.

1964

LA GRAN REVOLUCION FRANCESA

Título del original ruso:

VIELIKAYA FRANTSUZKAYA RIEVOLIUTSIYA XVIII VIEKA

Versión española de Juan Villalba

**de acuerdo con contrato del 23 de julio de 1962 con
Mezhdunarodnaia Kniga, Plaza Smolensjaya-Sennaya 32/34, Moscú**

Primera edición española

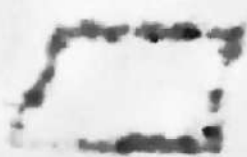
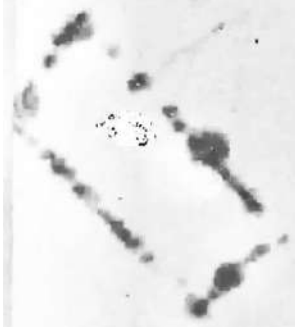
**© 1964 por Editorial Grijalbo, S. A.
Avenida Granjas 82, México 16, D. F.**

**Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido
en todo o en parte, en forma alguna, sin permiso**



**IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO**

Print K. V. Francisco
944.06



ESCUELA PREPARATORIA
BIBLIOTECA



9933



ESCUELA PREPARATORIA
BIBLIOTECA

BIBLIOTECA
ESCUELA PREPARATORIA

INDICE GENERAL

Capítulo	I.—Francia antes de la Revolución	1
Capítulo	II.—El siglo de las luces. La preparación ideológica de la Revolución	33
Capítulo	III.—La situación revolucionaria	71
Capítulo	IV.—El principio de la revolución. La dominación de la gran burguesía	85
Capítulo	V.—La Revolución Francesa y Europa	143
Capítulo	VI.—De Varennes a la caída de la monarquía	167
Capítulo	VII.—Montaña contra Gironda	189
Capítulo	VIII.—La dictadura jacobina	223
Capítulo	IX.—Recrudescimiento de la lucha en el seno del bloque jacobino	261
Capítulo	X.—Caída de la dictadura jacobina el 9 termidor	289
Capítulo	XI.—La reacción termidorianana	311
Capítulo	XII.—Importancia histórica de la Gran Revolución Francesa	327
	Indice de personajes	333

ILUSTRACIONES

- El hombre de aldea, dibujo de Guerard.
Campesinos, cuadros de Juan Bautista Greuze.
Trata de negros, cuadro de G. Morland.
Denis Papin, retrato.
Vista de la ciudad y puerto de Burdeos.
Jean de la Bruyere, retrato por Godecharle (Museo de Bruselas).
Un taller de vidrio, grabado.
Fiestas reales en tiempos de Luis XIV.
Corrupción de las costumbres burguesas bajo Luis XV.
Moliere, retrato.
Facsimil de la portada de las obras de Moliere y de la pieza
teatral *Les Fourberies de Scapin*.
Sebastián *Le Prestre de Vauban*, retrato por Rigaud.
Luis de Rouvroy, duque de Sain-Simon, retrato.
El barón de Montesquieu, retrato por Cochin.
Voltaire, grabado de la época.
Jean-Jacques Rousseau, retrato.
La habitación de Rousseau en la isla de Saint-Pierre.
Denis Diderot, busto de Houdon.
Facsimil de la portada de la obra póstuma de Diderot, *Le neveu de
Rameau*.
Helvecio, filósofo, escultura de Caffieri (Louvre).
Facsimil de la portada de la obra póstuma de Helvecio,
Del hombre, de sus facultades intelectuales y su educación.
D'Alembert, pastel de La Tour (Museo del Louvre).
Facsimil de la portada de la Enciclopedia.
P. A. Caron de Beaumarchais, retrato.
Facsimiles de una escena de *Las bodas de Fígaro*, dibujo de E. Des-
champs, y de la portada de la edición original de *El otro Tartufo*,
drama de Beaumarchais.

Asamblea de notables en Versalles.

Juramento del Juego de Pelota.

Caricaturas de la época sobre la apertura de los Estados Generales.

Retrato de Emmanuel Joseph Sieyes y facsímil de un autógrafo.

María Antonieta y sus hijos, cuadro de Wertmuller (Museo de Versalles).

Luis XVI, el "rey ciudadano".

Toma de la Bastilla, cuadro de Campion (colección Rothschild).

La Fayette, cuadro de Danloux (Museo Carnavalet, París).

Mirabeau, retrato

Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, dibujo de Niquet el Joven.

Camille Desmoulins, retrato.

Maximiliano de Robespierre, retrato.

Georges Couthon, convencional, miembro del Comité de Salud Pública. Retrato.

Madame Roland, retrato.

Talleyrand, cuadro de Prud'hon (Museo Carnavalet, París).

El rey llega al Hotel de Ville de París el 17 de julio de 1789.

Facsímil de la orden del rey contra los desórdenes en provincias.

Delirio patriótico, dibujo de la época

Insurrección y represión en Montauban.

Fiestas populares en los Campos Elíseos el 18 de julio de 1790, aniversario de la toma de la Bastilla.

Nacionalización de los bienes del clero, caricatura de la época.

Juramento del Club de los Jacobinos, dibujo de la época.

El pueblo quema una efigie del Papa en los jardines del Palacio Real el 6 de abril de 1791.

Proclamación de la Constitución en la plaza del Mercado de los Inocentes, en París.

Arresto de Luis XVI en Varennes, cuadro de Prieur. (Museo del Louvre).

Retrato de Marat (Museo Carnavalet, París).

Marat, asesinado, cuadro de David (Museo de Versalles).

Toussaint Louverture, retrato (Biblioteca Nacional, París).

Thomas Paine, retrato por Romney.

Carlos Jaime Fox, retrato por Romney.

Toma de las Tullerías, cuadro de Jacques Berteaux (Museo de Versalles).

Alistamiento de voluntarios en 1792 (Museo de Versalles).

Pacificación de la Vendée.

Dantón, retrato (Museo Carnavalet, París).

Francisco I, emperador de Austria, retrato hecho por Sir T. Lawrence (Museo de Chantilly).

Louis de Saint-Just, retrato y facsímil de un autógrafo.

Jacques-René Hébert, retrato y facsímil de un autógrafo.

Graco Babeuf, retrato y facsímil de un autógrafo.

El general Jourdan en la batalla de Fleurus, cuadro de Mauzaisse (Museo de Versalles).

CAPITULO

I

Francia antes de la Revolución

BIBLIOTECA
ESCUELA PREPARATORIA

El siglo XVIII marca una curva en la historia de los tiempos modernos. Con la excepción de Inglaterra y de Holanda, el feudalismo reina aún en el resto de Europa; el poder de las monarquías absolutas parece todavía indestructible, pero numerosos indicios presagian ya su próxima caída.

Aquí y allá, de un extremo a otro del continente europeo, y aun muy lejos de sus límites, en el Nuevo Mundo, en América, surgieron en el curso del siglo revueltas campesinas, intensas luchas sociales, motines plebeyos, guerras de emancipación nacional.

Otras fuerzas destructoras, menos ostensibles y menos sensibles, minaban interiormente el régimen feudal: las máquinas, aparecidas primero en Inglaterra desde donde se extendieron a todo el continente europeo y al mundo entero, acelerando bruscamente el desarrollo de la producción capitalista; las grandes manufacturas centralizadas, con su división del trabajo muy adelantada, preparando el tránsito al estadio superior

tes, había que contar con el 90% de labradores. La agricultura, que constituyó siempre la base de la economía francesa, estaba extraordinariamente atrasada. Un tercio cuando menos de las tierras laborables, se hallaban incultas en estado de landas arenosas cubiertas de malezas. Los instrumentos y los procedimientos agrícolas eran de lo más primitivo. El rendimiento del suelo era muy escaso, y muy inferior al de la agricultura inglesa. Es cierto que existían en Francia regiones, por ejemplo, en el noroeste, entre Calais y Lille, y en otras provincias del reino, en las que se practicaban métodos de cultivo intensivo muy avanzados para la época y que proporcionaban abundantes cosechas. Pero estos campos florecientes eran una excepción. El rendimiento de la agricultura permanecía muy bajo en el país, y aún se veía reducido por la frecuencia de los años malos.

La situación desfavorable de la agricultura en Francia antes de la revolución era una de las consecuencias de la persistencia del régimen feudal, enraizado más fuertemente en las aldeas que en las villas y en las ciudades.

Du Pont de Nemours, economista francés del siglo XVIII perteneciente a la escuela de los "fisiócratas", estimaba que en la víspera de la revolución el 80% de las praderías, de los bosques y de los estanques del reino y el 16 ó 17% de las tierras cultivables (un sexto del territorio), pertenecían a la nobleza y al clero. Estas evaluaciones no pueden ser reconocidas como más o menos exactas sino en lo que se refiere a las propiedades de primera categoría. No sucedía lo mismo con las tierras laborables. Aunque fuesen labradas por los campesinos, éstos, en su inmensa mayoría, no eran los propietarios de esos campos que labraban. Los señores feudales eran los dueños del suelo que los campesinos ponían en valor.

La tendencia general de la evolución de la agricultura, desde el siglo XVI al XVIII, era la disminución creciente de la extensión de las tierras laborables directamente explotadas por los señores. A fines del XVIII representaba tan sólo una superficie insignificante. Pero de esa "su" tierra que él no culti-

vaba, sacaba el señor excelentes rentas, mejor dicho, las sacaba del sudor del labriego que las trabajaba.

Como demostró en su tiempo el excelente historiador ruso I. Loutchistki, cuyos puntos de vista se vieron confirmados más tarde por numerosos historiadores franceses, el modo predominante en la contratación rural en Francia a fines del XVIII, era el censo. La tierra que trabajaba el labrador censatario no era de su propiedad, pero era él el poseedor a condición de pagar al señor una renta llamada censo.

Además del censo, percibido en forma de pago de una suma de dinero de una sola vez y para siempre, el labrador debía aún al señor el "champart", que era la verdadera renta, y representaba normalmente la cuarta parte, y a veces hasta la mitad de la cosecha que recogía.

El señor gozaba aún de otros derechos y privilegios. Lo que se llamaban las "banalidades", que le atribuían el derecho exclusivo de poseer un molino, una fragua y un horno de pan, lo que le permitía percibir un canon por su uso, así como por el paso por los puentes, los caminos, etc., de su propiedad.

Al margen del censo, el arrendamiento, como sistema, había alcanzado considerable extensión en Francia. El señor dividía sus tierras en pequeñas parcelas que cedía en arriendo a corto plazo a los labradores, o bien las arrendaba en bloque a un arrendatario que a su vez las parcelaba y subarrendaba. La aparcería estaba también muy generalizada por todo el reino, pero singularmente en las provincias del sur y del centro: los aparceros trabajaban la tierra del señor y le entregaban entre el tercio y la mitad de la cosecha que lograban. En la última escala se encontraban los jornaleros, que o bien no poseían tierra alguna y atendían a su miserable subsistencia vendiendo su trabajo, o bien poseían un pequeño trozo de tierra tan insignificante que no les permitía en modo alguno emanciparse de la servidumbre de tener que alquilar sus brazos a los propietarios poderosos.

Una de las consecuencias de este sistema era la excesiva parcelación de las tierras, que hacía minúsculas las exploracio-

nes e imposible introducir las innovaciones que mejorasen el sistema de los cultivos.

A diferencia de lo ocurrido en Inglaterra, donde ya en los siglos XVI y XVII, el capitalismo había sido implantado con suficiente amplitud en la agricultura, y donde los grandes propietarios habían reorganizado las explotaciones de acuerdo con los nuevos métodos burgueses, y como consecuencia de ello se había formado, antes de la revolución (de la inglesa), una nueva nobleza, una nueva burguesía, en Francia en la víspera de la Revolución, los progresos del capitalismo rural eran insignificantes.

En realidad, en muchos lugares de Francia, pero sobre todo en las provincias del Nordeste, muchos grandes propietarios trataron, no pocas veces con éxito, de reorganizar sus explotaciones al modo capitalista. Expulsaban a los campesinos de sus tierras, reunían los trozos de éstas esparcidos por la comarca en una sola gran finca de un solo propietario, e introducían el sistema de arriendo capitalista. En varias provincias de Francia una buena parte de la tierra había pasado, ya en el siglo XVIII, a manos de la burguesía.

En el seno de la clase aldeana, como lo han demostrado los trabajos de N. Karéev, M. Kovalevski, J. Lefebvre¹ y otros historiadores, se iniciaba ya un movimiento de diferenciación social, provocado por el desarrollo del capitalismo, y en ciertos lugares comenzaba a formarse un núcleo de aldeanos acomodados. Pero tales casos eran tan poco numerosos y tan poco típicos en la estructura agrícola de Francia, que conviene considerarlos como excepción más bien que como regla.

En suma, en la agricultura francesa de fines del siglo XVIII los viejos usos feudales y medievales dominaban todavía bajo las formas más groseras y más bárbaras; el señor de la tierra

¹ N. Karéev, *Les paysans et la question paysanne en France au dernier quart du XVIII^e siècle*; M. 1879; M. Kovalevski, *L'origine de la petite propriété paysanne en France*, San Petersburgo, 1912; G. Lefebvre *Les paysans du Nord pendant la Révolution française*, t. I. P.—Lille, 1924.

se atenía, con invencible terquedad, a la rutina implantada por sus antepasados para sus relaciones con los campesinos. Se aprovechaba de los antiguos derechos feudales para estrujar cuanto podía al labrador y sacarle el máximo rendimiento.

Pero las cargas que abrumaban al principal productor —al labriego— eran otras tantas trabas que paralizaban su iniciativa, privándole de todo estímulo para acrecentar la producción agraria. Desde la salida a la puesta del sol en el campo con toda su familia, había de entregar casi todo el fruto de su esfuerzo y de su trabajo al señor feudal, a la iglesia o al rey. Al arruinar al campesino por medio de una desmedida y cruel explotación que le reducía a la miseria, el señor feudal socavaba a la vez las bases de su propia existencia y las de la economía de todo el país, que era, como acabamos de ver, esencialmente agrícola. Pero ello constituía la menor de sus preocupaciones; vivía al día no pensando sino en satisfacer sus necesidades, siempre crecientes, e ingeniándose sobre todo en hallar nuevos medios de sacar el máximo rendimiento a los aldeanos y labriegos.

La decadencia de la agricultura francesa se acentuaba sin cesar; los campesinos arruinados abandonaban en masa la tierra natal para vivir como vagabundos, y los terratenientes estrujaban cada vez más a sus vasallos en sus tierras.

A partir de 1780 comenzó en las aldeas lo que el historiador francés Chérest,¹ y otros tras él, llamaron la “reacción feudal”. En la mayor parte de las provincias del reino, los terratenientes empezaron a presentar a los labriegos nuevas y más duras exigencias. Trataron de aumentar las cargas que sobre ellos pesaban ya, haciendo revivir derechos feudales arcaicos, abandonados hacía largo tiempo, y sacando del infeliz labriego el máximo de sus posibilidades.

En la base de la “reacción feudal” de los años 80, estaba la tendencia del terrateniente a gravar al máximo la explota-

¹ A. Chérest. *La chute de l'ancien régime*. (1787-1789), t.1-3 París, 1884-1886.

ción del labriego, pero a esta tendencia había que añadir causas complementarias. En el curso de los años 70 del siglo XVIII, como lo ha demostrado plenamente el historiador francés E. Labrousse, se había registrado ya una caída de los precios agrícolas, que en el curso de los diez años siguientes se mantuvieron en conjunto a ese bajo nivel. La reducción de las rentas de los propietarios, que era la natural consecuencia, incitaba a éstos a buscar nuevas fuentes de ingreso y de renta. En vez de buscarlo mediante una mejor explotación del suelo, y un perfeccionamiento de los métodos de cultivo, la mayoría de los señores recurrieron al sistema que les parecía más sencillo y más usual y que se reducía a despellejar brutalmente al labriego. En su ceguera egoísta y avarienta, que tenía su expresión en ese dicho, cínico e inocente a la vez, de "en todo caso, esto durará tanto como nosotros", los terratenientes feudales exprimían a los aldeanos con una furia y una crueldad cada vez mayores, precipitando así ellos mismos la hora de la inevitable explosión.

En el curso de los años que precedieron a la revolución, los señores empezaron a ampararse de los bienes comunales tan necesarios a los labriegos de los pueblos. La forma más usual de este género de usurpación era lo que se llamaba el "triage" y que consistía en atribuir al señor el tercio de los bienes comunales. Este "tercio" llegaba en la realidad a la mitad, y a veces a los dos tercios o aun más, de las tierras comunales. Lo cierto es que el "triage" permitía a los señores apoderarse pura y simplemente de la mayor parte de las tierras comunales.

LA INDUSTRIA

A fines del XVIII, la industria francesa, pese a encontrarse sensiblemente atrasada con relación a la industria inglesa, había adquirido un desarrollo considerable. La joven industria del algodón, concentrada principalmente en la región de Rouen

y del Havre, era entre todas las ramas de la producción la que progresaba más rápidamente. Las sederías estaban muy desarrolladas en Lyon; la metalurgia en Alsacia, en Lorena y en las Ardenes. Las "fábricas de fuego" como se les llamaba entonces, no eran ninguna novedad. Las manufacturas de paños estaban repartidas casi por todo el país. Un número considerable de empresas fabricaban toda clase de objetos de lujo y de moda, muy extendidos entre la nobleza y las clase acomodadas tanto en Francia como en otros países de Europa.

El desarrollo industrial había aumentado considerablemente la importancia de las ciudades y de sus poblaciones. París en las vísperas de la revolución, contaba ya con más de medio millón de habitantes, de los cuales alrededor de una quinta parte eran obreros asalariados. Pero París era entonces la única ciudad que poseía tan enorme población para la época. Marsella, la segunda ciudad del reino, contaba con noventa mil habitantes. Lyon, la tercera por su extensión y por su población, centro de la industria de la seda, tenía ochenta y cinco mil, y Nantes, otro puerto importante, cincuenta y siete mil. El desarrollo industrial había estimulado igualmente el crecimiento y el aumento de la población en otras ciudades, como Lille, Rouen, Reims, Estrasburgo y St-Etienne entre otras.¹

El sistema corporativo subsistía hasta cierto punto todavía, con sus tradiciones conservadoras, su técnica y su organización del trabajo. Pero el principal papel lo desempeñaban en la industria las manufacturas capitalistas. Las grandes manufacturas que empleaban de 50 a 100 obreros, eran ya cosa corriente. Las más importantes habían sido fundadas en los centros de la industria minerometalúrgica; 4,000 obreros trabajaban en las minas de carbón de la Compañía de Anzín, constituida mediante la unión de las más poderosas empresas. Los talle-

¹ E. Levasseur, *La population française. Histoire de la population avant 1789...* t. 1-3. P. 1889-1892; A. Mathiez, *Notes sur l'importance du prolétariat en France à la veille de la Révolution fr.*, *Annales hist. de la Rév. fr.*, 1930, N° 42; F. Braech, *Essai de statistique de la population ouvrière de Paris vers 1791*, "La Révolution française", 1912.

res metalúrgicos de la Compañía del Creusot, fundada en 1789, comprendían cuatro altos hornos y dos fundiciones.

Otras grandes manufacturas, con un número considerable de obreros, habían nacido también en ciertas ramas de la industria de la transformación. En la manufactura Van Rode de Abbeville, que fabricaba sábanas finas, llamadas sábanas inglesas, trabajaban más de 1,700 obreros, en su mayoría mujeres. Puede igualmente citarse en esta categoría la manufactura de Oberkampf, en Jouy-en-Josas, en donde se fabricaban tejidos impresos mediante una técnica muy avanzada para la época. El economista inglés Arthur Young anotaba en la relación de su viaje por Francia en 1787 que la manufactura de los Gobelinos, que él había visitado, "ocupaba sin duda alguna el primer puesto en el mundo"; lo mismo decía de la manufactura de espejos de St-Gobain.

El uso de las máquinas empezaba, aunque lentamente, a extenderse por la industria. A partir de los años 60 y principio del 70 del XVIII, comenzó a emplearse en la industria textil el sistema Jenny, importado de Inglaterra, en las industrias de Normandía, Picardía y en la región de Lyon. Con las máquinas Arkwright, para la hilatura del algodón, otro invento inglés se introdujo en la industria francesa.

En la víspera de la Revolución, la industria del algodón contaba con novecientos talleres mecanizados. En la metalurgia y en las minas, las máquinas de vapor, aún no muy numerosas, habían sin embargo hecho su aparición. Por ejemplo, la Compañía de Anzín poseía doce.

La necesidad histórica del tránsito del trabajo manual a la producción mecanizada, invitaba a los espíritus progresistas a la busca de invenciones nuevas, susceptibles de aportar soluciones fundamentales a los problemas de la producción. Al final del XVII el físico francés Denis Papin había adelantado mucho en la construcción de la primera máquina a vapor. En 1690 había ensayado su "marmita de vapor" y construido en 1707 el primer barco a vapor, aunque en verdad sumamente primitivo. Los descubrimientos de Papin no habían tenido aplica-

ciones inmediatas en Francia, pero no habían dejado de reflejar la urgente necesidad del paso a una nueva técnica, que se hacía imprescindible ya en Francia.

Tras las máquinas importadas de Inglaterra comenzaron a aparecer las de construcción nacional. En un documento de época, —la memoria de un inspector de manufacturas de la generalidad de Orleans— se anunciaba la puesta en servicio en esa ciudad, de un “número bastante considerable” de máquinas de cardar. “Hechas en Francia, según el modelo de las máquinas usadas desde hacía mucho tiempo con gran éxito en Manchester.”

El empleo del trabajo manual era, sin embargo, el predominante en la industria francesa, y la mayor parte de las manufacturas no eran sino pequeñas empresas, tanto por sus dimensiones como por el número de sus obreros. Pero aún más extendida que la manufactura centralizada, estaba esa otra forma de organización del trabajo que se llamaba “manufactura dispersa”, en la cual los obreros (generalmente aldeanos y campesinos) recibían del propietario de la manufactura la primera materia, que ellos se dedicaban a trabajar en su domicilio.

La industria ocupaba un lugar importante en la economía del país. La parte correspondiente a los productos industriales en las exportaciones francesas en 1785, valoradas en 300 millones de libras, ascendía a 150 millones, es decir, a la mitad. Entre los artículos exportados de Francia figuraban las sábanas, las telas, las sedas, los brocados, las lanas, los bordados, los encajes, la batista, las medias, los sombreros, los guantes, los abanicos, los artículos de moda, los adornos, relojes, joyas, vajillas, objetos de acero y otros metales, papel, libros, cuadros, jabón, velas, espejos, muebles de ebanistería, etc. Esta lista de los principales artículos de exportación francesa, formulada por Necker, da una idea bastante precisa del carácter de la producción industrial francesa. Aunque en el conjunto de esas exportaciones los productos de la industria de transformación predominan claramente sobre los de la industria pesada, es preciso

reconocer, sin embargo, la variedad, y por consiguiente la especialización muy adelantada de la industria francesa.

Pero el régimen feudal y absoluto impedía el desarrollo de la industria. La estrechez del mercado interior, resultante de la extrema pobreza de los aldeanos y labradores que formaban la gran masa de la población, la reglamentación gubernativa de la producción, el régimen corporativo, el aislamiento y el particularismo de las provincias del reino, constituían otros tantos obstáculos graves al desarrollo de la industria.

EL COMERCIO

Las mismas trabas feudales frenaban el desarrollo del comercio.¹ En el transcurso del siglo que precedió a la revolución, el comercio exterior e interior de Francia se consideraba como francamente desarrollado. Desde 1715 a 1792, la cifra del comercio exterior francés se había cuadruplicado. Dos años antes de la Revolución, en 1787, se cifraba en mil millones ciento cincuenta y cinco mil libras. Francia comerciaba, como todos los estados europeos, con América y con Oriente. El comercio colonial ocupaba un lugar considerable en la balanza de pagos. De sus posesiones de las Indias Occidentales (Santo Domingo y otras), Francia importaba azúcar, especias y otros artículos coloniales. La trata de negros, muy extendida entonces, constituía una forma de negocio muy lucrativo.

Burdeos, Marsella, el Havre, Nantes, se habían convertido en puertos de comercio muy florecientes, y los talleres de construcción naval habían adquirido un desarrollo considerable.²

El comercio interior, lo mismo que el exterior, tropezaba sin embargo con obstáculos de todo género, que trababan la

¹ E. Levasseur, *Histoire du commerce de la France*, Part I, P. 1912; M. Marion, *Histoire financière de la France depuis 1715*, t. 2-3, P. 1919-1921; J. Bouchary, *Le marché des changes de Paris à la fin du XVIII siècle*, P. 1937; H. Sée, *L'évolution commerciale et industrielle de la France sous l'ancien régime*, P. 1925.

² R. Boutruche, *Bordeaux et le commerce des Antilles françaises dans trois siècles de vie française*, P. 1935.

iniciativa de los comerciantes; uno de ellos, y no el menor, eran las líneas de aduanas interiores, que separaban entre sí las provincias francesas y en las que se percibían diversos derechos sobre las mercancías que pasaban de la una a la otra. Era evidente que una circulación interior reglamentada en esa forma no podía sino provocar el encarecimiento de las mercancías en proporciones considerables, y crear numerosas dificultades al desarrollo de las relaciones comerciales.

LA FORMACIÓN DEL CAPITALISMO

Pese a todos los obstáculos, el desarrollo de la industria y del comercio, la formación de explotaciones capitalistas en la agricultura atestiguaban que las formas ya muy avanzadas del régimen capitalista se habían desarrollado y habían tomado cuerpo en el seno de la sociedad feudal.

Lenin veía en ese hecho una de las diferencias esenciales entre la revolución burguesa y la revolución socialista (como es sabido, ésta última se produce ante la falta de relaciones socialistas, ya constituidas). Lenin escribía: "Una de las diferencias esenciales entre la revolución burguesa y la revolución socialista es que, para la revolución burguesa nacida del feudalismo, se crean progresivamente en el seno del antiguo régimen organizaciones económicas nuevas que cambian gradualmente todos los aspectos de la sociedad feudal. La única misión de la revolución burguesa era la de barrer, rechazar, destruir todas las trabas de la antigua sociedad".¹

LA MONARQUÍA

j. La monarquía, el poder real, constituía la cima del edificio feudal y del absolutismo. El rey ejercía siempre un poder autocrático y sin límites; al rey pertenecía la decisión en última instancia de todos los asuntos interiores y exteriores del

¹ V. Lenin, *Obras*, t. 27, p. 67, ed. rusa.

Estado; él nombraba y destituía los ministros y los funcionarios, otorgaba y derogaba las leyes, castigaba e indultaba. Luis XVI, hombre débil y pusilánime, gustaba sin embargo de recordar a todos, que era su voluntad la que hacía la ley, que él era monarca por "Derecho Divino". La arbitrariedad más absoluta imperó durante su reinado. Mediante las terribles "lettres de cachet", que aterraban a los pueblos, centenares de personas permanecían encarceladas en los más diversos lugares del reino.

El poderío militar de Francia parecía imponente, su situación exterior fuerte y asegurada. El matrimonio de Luis XVI con la princesa austríaca María Antonieta, hija de la emperatriz María Teresa, parecía fortalecer aún más la posición del reino francés en Europa, merced a la alianza de esos dos poderosos Estados del continente.

La frívola María Antonieta, perpetuamente dedicada a inventar distracciones, había devuelto, al parecer, a la corte de Francia su antiguo esplendor. Las fiestas se sucedían sin parar y los bailes, las suntuosas fiestas de gala, las cacerías reales, asombraban por su magnificencia. Las cuadras reales albergaban alrededor de 1,600 caballos, que eran tratados por 1,400 palafreneros, caballerizos y mozos de cuadra.

Al menos desde el exterior, el poder real francés conservaba toda su antigua pujanza.

El inmenso aparato burocrático de la monarquía absoluta encerraba entre sus tentáculos todos los aspectos de la vida pública e incluso de la privada. Este aparato era complicado, heterogéneo y engorroso.

Conservando todo un amasijo de leyes, de reglamentos, de costumbres de origen feudal, acumulados en el curso de los siglos, el absolutismo francés se presentaba en sus aspectos gubernamental, administrativo y jurídico, como un sistema de organización del poder extremadamente confuso, complicado y plagado de contradicciones.

La estructura administrativa de Francia carecía de toda especie de uniformidad. El país estaba dividido en multitud de



NE POUR LA PEINE

Reveille matin de Campagne

But des gens
de Campagne
Tailles payes

L'ARPEILLE en
marche à miel
Chacun a part à
ses travaux

LE COCHON

Il est méprisé et nécessaire

LA POULE

sa journée est d'un petit prix

Acquisition

qui ne nourrit rien ni rien



Campesinos, cuadros de Juan Bautista Greuze



provincias, subdivididas a su vez en unidades administrativas menores y de diversas naturalezas: senescalías, generalidades, etc. Estas circunscripciones, que no respondían a las condiciones económicas regionales, debían su origen a causas por demás fortuitas; eran en su mayor parte antiguos dominios feudales independientes, que habían sido incorporados a la corona de Francia en épocas diversas. Estas provincias habían conservado casi íntegramente sus viejos particularismos feudales. Algunas —el Franco-Condado por ejemplo— tenían sus derechos y sus instituciones administrativas propias, y se las llamaba incluso “provincias extranjeras”; otras, como por ejemplo Alsacia, eran consideradas como provincias “del extranjero efectivo” y tenían igualmente sus instituciones y sus derechos particulares. En el interior mismo de las provincias, algunas villas o localidades rurales gozaban de autonomía o de franquicias y de costumbres que les habían sido reconocidas como propias, o aspiraban a lograrlo.

La administración de las provincias no estaba unificada: cada una gozaba de su régimen administrativo y judicial; los impuestos eran diferentes; las tarifas y los derechos sobre las mercancías en tránsito, o sobre las transacciones comerciales, estaban establecidos en formas diferentes; incluso el sistema de pesos y medidas no era uniforme.

Fácilmente se conciben las trabas que este particularismo y este aislamiento de las diversas partes que componían el reino, mantenidas artificialmente, y este sistema de administración complicado y absurdo, creaban al desarrollo de la industria y del comercio y a todas las formas de la relación económica.

La principal función del inmenso aparato gubernativo era la de oprimir a la población laboriosa, y estrujarla por medio de la percepción de impuestos y de gravámenes de toda clase. Los funcionarios, ignorantes y venales, cuidaban del mantenimiento inmutable del orden establecido y sometían a su tutela y a su control cicatero la producción, el comercio, la construcción, la instrucción pública, la cultura, todas las esferas de la

vida intelectual y hasta la vida privada de los súbditos del rey.

La producción estaba sometida a una reglamentación gubernativa de lo más engorrosa y minuciosa. La fabricación de un gran número de mercancías debía efectuarse según un patrón rigurosamente establecido desde largo tiempo, fuera de uso generalmente, y la menor infracción podía acarrear la destrucción de los artículos acabados, aun cuando fuesen de calidad irreprochable. Una nube de inspectores y de revisores cuidaban sin cesar de que no se introdujese ninguna innovación "peligrosa" en la industria y en la agricultura.

El gobierno controlaba y tenía bajo su inspección detallista y escrupulosa, a través del ojo vigilante de la policía, las obras del espíritu humano. Censores reales vigilaban cada rama de los conocimientos. Toda palabra impresa era sometida a una censura rigurosa. En 1789, la víspera de la Revolución, 33 censores ejercían este control sobre las obras de ciencia jurídica. Había 21 para las de medicina, 5 para las de anatomía, 9 para las de matemáticas y la física, 24 para las de literatura. Los escritos reconocidos como "sediciosos" eran quemados. No pudiendo suprimir la expresión verbal de la opinión pública, el gobierno trataba de tenerla sujeta lo más estrecha y fuertemente posible.

"En Francia, el Rey habla y el pueblo obedece", escribía el conde de Vergennes, uno de los ministros de Luis XVI.

LOS ÓRDENES PRIVILEGIADOS

La monarquía conservaba intacta la antigua división feudal en órdenes. El Clero era el primer Orden del Estado. La Nobleza era el segundo. Todo el resto de la población quedaba comprendido en el Tercer Estado.

La vieja fórmula decía: "el clero sirva al rey mediante la oración, la nobleza con la espada, el Tercer Estado con sus bienes". "Servir con sus oraciones" o "con la espada" era, ciertamente, más fácil que "servir con sus bienes", es decir, que

pagar todos los gastos de la monarquía; esta definición revelaba la situación de inferioridad del Tercer Estado. El clero y la nobleza constituían una ínfima minoría dentro de la nación. Representaban juntos del uno por ciento de la población del país. Pero esas docenas de miles de individuos formaban los órdenes privilegiados de la clase dominante en la Francia feudal y absolutista.

Los representantes de los órdenes privilegiados ocupaban los altos cargos del Estado y de la Iglesia, todos los puestos de mando en el ejército, formaban la corte y rodeaban a todas horas al soberano.

Acostumbrados a través de las generaciones a vivir del trabajo y el esfuerzo de los demás, corrompidos y envilecidos por la vagancia, y al abrigo de toda preocupación, los nobles y el alto clero habían perdido desde hacía mucho tiempo toda aptitud para el trabajo fecundo y se habían transformado en un grupo de parásitos sociales.

Pero el clero y la nobleza no constituían clases homogéneas. Mientras que el alto clero —arzobispos, obispos y otros “principes de la Iglesia” salidos de la alta nobleza—, era en su conjunto los grandes terratenientes y formaban parte de la aristocracia feudal dominante, el bajo clero —curas y vicarios de las parroquias rurales— estaba separado de ellos por una considerable distancia. De origen aldeano o burgués en su mayor parte, los curas de las aldeas y pueblos gozaban de una remuneración modestísima y muy a menudo miserable, encontrándose de hecho más cerca por su situación material, por su género de vida y en fin, por sus relaciones sociales, de sus feligreses aldeanos que de sus superiores jerárquicos del primer orden del Estado.

Otras diferencias igualmente considerables existían entre las diversas capas de la nobleza. La alta nobleza, la aristocracia de la corte que ocupaba los principales cargos del Estado y vivía en medio de un lujo deslumbrante, en los espléndidos hoteles de París, consideraba con un desprecio olímpico a los nobles de provincia y a los de la toga.

No contentos con las gabelas e impuestos de todo orden arrancados a los aldeanos y labriegos por los administradores de sus dominios esparcidos por todo el país, estos pocos miles de familias aristocráticas sacaban a manos llenas del Tesoro del Estado sumas enormes destinadas, según ellos, a cubrir sus gastos desmedidos. Las sinecuras de toda índole (cargas retribuidas que no entrañaban obligación alguna por parte de los beneficiados), pensiones, subsidios, "dones" reales, etc., costaban al Estado millones de libras, pagadas siempre a fin de cuentas por los aldeanos y vasallos merced a los impuestos y no llegaban nunca a satisfacer las insaciabiles necesidades de dinero de la aristocracia. En el curso de los años que precedieron a la Revolución, habían salido del Tesoro del Estado 23 millones de libras entregadas al conde de Artois, hermano del rey, para pagar sus deudas, un millón doscientas mil libras a la condesa de Polignac, para sus deudas también y para la dote de su hija, cien mil libras al conde de Guiche para su hija, un millón setecientas mil libras a título de pensión perpetua a la familia del conde de Noailles etc. Tan sólo para el pago de pensiones, el Tesoro consagraba cada año 28 millones de libras, suma enorme para la época.¹

Pero semejantes sangrías en los fondos públicos eran aún insuficientes para cubrir las colosales deudas de la nobleza de la corte. El Duque de Orleans, uno de los particulares más ricos del reino, estaba entrampado por más de 70 millones de libras. El Cardenal de Rohan, también extraordinariamente rico, debía dos millones de libras. Nombrado en 1783 inspector general de finanzas, Calonne comenzó por pagar, a costa del Tesoro real, sus deudas personales que ascendían a 220 mil libras.

Tanto por sus rentas como por su género de vida, la nobleza de las provincias se diferenciaba de la nobleza de la capital. Los señores de las villas y pueblos, en particular los de familias venidas a menos, recibían una educación tan somera.

¹ F. Weiss. *Histoire des fonds secrets de l'ancien régime*. P. 1939.

que a veces apenas podían firmar con sus nombres; su horizonte era de lo más estrecho. Mas pese a su ignorancia y a su apalurdamiento, el más humilde de esos nobles de pueblo se consideraba como el “dueño” de sus súbditos aldeanos, y los explotaba sin consideración.

Contrariamente a lo que acontecía con la antigua nobleza de raza, la “nobleza de espada”, la nobleza de los puestos de justicia y de Estado, lo que se llamaba comúnmente “nobleza de toga”, provenía de la burguesía, y había comprado con su dinero los títulos nobiliarios que ostentaba. Esta nobleza de toga en posesión de sus puestos en los parlamentos —la instancia suprema en la justicia de aquellos tiempos—, y de otros cargos en la justicia y en la administración, pese a la distancia notoria que la separaba de la nobleza de raza, buscaba por todos los medios las ocasiones de unirse a ella en alianzas definitivas. Esta nobleza, habiendo conquistado sus puestos durante el régimen feudal y absolutista, estaba interesada en su conservación. Aun admitiendo la necesidad de ciertas reformas susceptibles de regularizar y mejorar el régimen, la nobleza de toga era enemiga resuelta de todo cambio radical.

Cualesquiera que fuesen las diferencias existentes entre los diversos grupos que formaban los dos primeros órdenes, no creaban entre ellos contradicciones esenciales. Tenían como lazo común (con exclusión, quizá, del bajo clero), el hecho de pertenecer a órdenes privilegiados y dirigentes que explotaban y oprimían al resto de la nación y en primer lugar a los aldeanos.

Los dos primeros órdenes, el clero y la nobleza, que constituían el apoyo de la monarquía, eran una fuerza parasitaria y profundamente reaccionaria. Es verdad que en los años que precedieron a la Revolución, se había producido en los rangos de la nobleza una reagrupación que había establecido nuevas demarcaciones que no correspondían a la antigua división de “nobleza de espada” y “nobleza de toga”. Una parte bastante considerable de la nobleza se había aburguesado, es decir, trataba de reorganizar la explotación de sus dominios con arreglo

al nuevo método: el modo capitalista; se mezclaba gustosa en toda suerte de empresas lucrativas, comerciales e industriales, e invertía sus capitales en empresas coloniales que reportaban grandes beneficios. Así, tanto por sus intereses materiales como por sus miras políticas, esta nobleza liberal, aburguesada, se destacaba ya del antiguo régimen feudal y absolutista y de las fuerzas que le sostenían, orientándose hacia la nueva sociedad burguesa en formación y hacia la gran burguesía, a la cual en el fondo pertenecía en muchos aspectos.

Los representantes de la nobleza liberal, en cuyos rangos se encontraban grandes nombres, como los duques de Aguiilon y de Noailles, por ejemplo, el marqués de La Fayette, el conde de La Rochefoucauld, los hermanos Lameth, expresaban públicamente su desaprobación a la política del régimen absoluto y hacían gala de sus simpatías por las ideas avanzadas de la burguesía. Mas, a diferencia de lo que ocurría en Inglaterra, donde se había formado una capa nueva e importante de nobleza, la nobleza liberal francesa era relativamente muy reducida. La nobleza liberal no empezó realmente a separarse de las filas de los órdenes privilegiados sino mucho más tarde, en tiempos de la Revolución, en los que había de llegar, políticamente, a formar un bloque con la gran burguesía.

EL TERCER ESTADO

El Tercer Estado constituía aproximadamente el 99% de la nación. Sus elementos de clases eran muy heterogéneos: comprendía a burgueses, aldeanos, plebeyos, artesanos, pequeños comerciantes obreros, etc. Pero todas estas clases, y grupos de clases, estaban por igual privados de derechos políticos. No sólo estaban apartados de toda participación en la administración del Estado, y por tanto políticamente inexistentes, sino que además se hallaban colocados en un estado de dependencia y subordinación respecto a los órdenes privilegiados.

LA BURGUESÍA

El progreso del capitalismo, el desarrollo del comercio y de la industria, la formación de la economía capitalista, que se efectuaba, pese a todas las trabas, en el seno del régimen feudal, habían reforzado y afianzado a la burguesía. A fines del XVIII la burguesía se había convertido en la clase más fuerte, la más rica y económicamente la más poderosa. Había concentrado entre sus manos capitales enormes, poseía las empresas industriales del país, era dueña de todo su comercio interior y exterior, y había por añadidura adquirido una buena parte de la propiedad rústica y urbana. Los espléndidos hoteles edificados en París, en el barrio del Palais Royal y el Faubourg St. Honoré, eclipsaban por su lujo a los grandes palacios de los señores de otros tiempos. La burguesía provincial no cedía el paso en nada a la de la capital. El armador bordelés Bonafé poseía en los comienzos de la Revolución, 30 navíos y una fortuna valorada en 16 millones de libras. Los millonarios eran numerosos entre la burguesía. Los nobles arruinados después de haber disipado sus fortunas, se veían obligados a empeñarse con sumas enormes, que los ricos de la burguesía les prestaban. La corte, el Tesoro, se veían también obligados a levantar empréstitos entre los burgueses.

La burguesía era, a la vez, más rica y más instruida que los órdenes privilegiados. Cultivaba la ciencia para ponerla a su servicio y oponerla a la religión, con la ayuda de la cual la nobleza y el clero trataban de afianzar y defender sus posiciones sociales, cada vez más debilitadas.

La burguesía, consciente de su poder, creía en sus propias fuerzas, mas bajo el régimen feudal y absoluto carecía prácticamente de derechos. El último noble arruinado por haber dilapidado sus bienes, podía tratar altivamente a un burgués por muy estimado que fuese en su propio medio. La burguesía estaba descartada de la dirección del Estado, y los asuntos del reino no eran conducidos ni a su gusto, ni en su beneficio. El

régimen absoluto y su política lesionaban a cada instante los intereses materiales de la burguesía. En la industria, en el comercio, en las empresas lucrativas, en todo, tropezaba con limitaciones, con barreras artificiales, con controles de intervención del gobierno. Las miserias y los sufrimientos del pueblo bajo, —los aldeanos y los vecinos pobres de las ciudades— no inquietaban lo más mínimo el ánimo de los burgueses, pero comprendían sin dificultad que el ensanchamiento del mercado interior era imposible mientras no cambiase la situación de los aldeanos y mientras no se elevase su poder adquisitivo. Y si la burguesía en su conjunto consideraba al pueblo con desconfianza hostil, con miedo, los más inteligentes de sus representantes desde luego se daban cuenta de que ese pueblo podría ser la fuerza en la que en determinado momento podrían apoyarse para llegar al poder.

También existían ciertas diferencias entre las diversas categorías de la burguesía. Las grandes fortunas constituían la alta burguesía; millonarios, banqueros, financieros opulentos que obtenían enormes beneficios de los préstamos concedidos por ellos a la corte y a la nobleza de la corte. Esta aristocracia burguesa estaba más cerca del régimen absolutista que los otros miembros de la burguesía, pero no era menos perjudicada por la ausencia de sus derechos políticos.

Más numerosa, la burguesía comerciante e industrial sufría diariamente en su actividad económica las trabas del régimen absoluto y feudal. Los pequeños comerciantes y los pequeños fabricantes estaban también, naturalmente, quejosos y descontentos con el orden establecido.

Pero las diferencias en la situación de los diversos grupos de la burguesía, antes de la Revolución, no ofrecían una importancia esencial. Pese a su egoísmo y a su desconfiada hostilidad respecto al pueblo, la burguesía, como clase, era en su conjunto, en esa época, una fuerza revolucionaria. Aspiraba ávidamente al poder, y soñaba con reorganizar la sociedad sobre nuevos principios, de acuerdo con sus intereses. Comparado con el régimen feudal que había ya cumplido su misión, el régimen

burgués que ella quería fundar representaba entonces un régimen históricamente progresivo.

LOS CAMPESINOS

Los campesinos constituían la inmensa mayoría de la población, y llevaban sobre sus espaldas casi todo el peso del absolutismo feudal.

La esclavitud había desaparecido del territorio francés a fines del XVIII, salvo algunas excepciones insignificantes. Sin embargo, sólo un pequeño número de labriegos poseían sus tierras en plena y entera propiedad. La gran masa campesina se componía de censatarios que pagaban renta al señor, dueño del suelo, el cual les otorgaba su disfrute.

La propiedad feudal de la tierra, y los derechos que la "legitimaban", celosamente defendidos por la monarquía feudal y absoluta, permitían a los señores explotar sin piedad a los campesinos. Como ya hemos dicho, los señores percibían de los campesinos una renta en dinero, perpetua e irredimible, el censo, y una parte considerable de la cosecha. En la compra y en la venta de una propiedad rural, el campesino o el labriego (no noble) había de pagar cierta suma al señor (derecho de lotes y ventas). Para circular por los caminos y los puentes situados en los dominios del señor, el aldeano tenía que pagar igualmente un canon. Debía pagar por moler su grano en el molino del señor, por atravesar el río en el pontón del señor, por el polvo levantado por su rebaño en las veredas y caminos del señor, etc. El señor tenía al labriego envuelto en una tela de araña de innumerables derechos y privilegios feudales, para extraerle toda la sustancia viva. Estos derechos feudales eran en sí mismos algo muy enredado, complicado y contradictorio; hasta el punto, de que no sólo los aldeanos analfabetos, sino que también muy a menudo los empleados del señor en busca de nuevas fuentes de rentas para sus amos, no llegaban a descifrarlo. Tomando la expresión de un historiador, la complejidad de esos derechos que definían las relaciones entre la

posesión y la propiedad era tal, que "recordaban la maraña de las raíces de un bosque caduco, que entorpecía y ahogaba por todas partes los nuevos brotes".

Además de los impuestos en especies, y las cargas de toda suerte que los labriegos debían al señor, habían igualmente de pagar los que correspondían a la Iglesia y al Estado. La Iglesia exigía de él el diezmo. Esas contribuciones odiosas para los campesinos revestían formas muy diversas. El diezmo "real" consistía en un pago, en beneficio de la Iglesia, de una parte de los frutos del suelo cultivado por el campesino, habitualmente la décima, la duodécima o la quinceava parte de la cosecha. Por excepción, la Iglesia se contentaba de una parte menor, por ejemplo en Bretaña. Había además el diezmo "personal" por el cual la Iglesia se atribuía una parte de las rentas de los artesanos y de los hombres de oficios, y el "antiguo" diezmo, nombre bajo el cual se designaban las contribuciones percibidas en virtud de ciertos usos establecidos de antiguo. Los "novales" se establecían sobre tierras desmontadas, etc.

Lo mismo que los señores, la Iglesia a fines del XVIII procuraba elevar el importe de las contribuciones exigidas a los aldeanos e imponerles otras nuevas. Ahora, reclamaba el diezmo de los productos que no habían sido gravados hasta entonces: patatas, rábanos, cáñamo, etc. Estas pretensiones no podían menos de suscitar la indignación de los labradores. La tendencia de la Iglesia a aumentar el importe de los diezmos y a extender su alcance, no era sino un caso particular de la explotación agravada de los labradores por los órdenes privilegiados, y una de las manifestaciones de la "reacción feudal".

El labrador debía al rey varios impuestos y otras prestaciones; la talla percibida sobre la propiedad, la veinteava parte sobre la renta y un impuesto por cabeza: la capitación. Artículos de consumo tan corrientes como la sal o el vino, eran igualmente gravados con impuestos. Los intendentes, los funcionarios locales imponían arbitrariamente a los campesinos otras contribuciones y derechos de toda clase. El cobro de los atrasos era perseguido con un rigor implacable. ¿Y ante quién

quejarse? Ante nadie; todo recurso en justicia era inútil; las autoridades estaban en todas partes del lado del señor.¹

Es conocido el párrafo célebre de La Bruyere, sobre la condición del labriego francés: "Se ven ciertos animales huraños, machos y hembras, esparcidos por el campo, negros, lívidos y quemados por el sol, ligados a la tierra que remueven y labran con un tesón invencible; suena como una voz articulada, y cuando se levantan sobre sus pies muestran una faz humana; en efecto, son hombres. Por la noche se retiran a sus cubiles, donde viven de pan negro, de agua y de raíces: ahorran a otros hombres el trabajo de sembrar, de labrar y de recoger para vivir, y por ello merecen que no les falte ese pan que han sembrado."²

El campesino sucumbía bajo el yugo feudal. Con el tiempo su existencia se iba haciendo cada vez más penosa y difícil; los campesinos vivían en la miseria. Centenares de miles de ellos, privados de toda propiedad, sin siquiera un techo donde cobijarse, rebajados a la condición de vagabundos, de indigentes, buscaban asilo en los bosques. Se estimaba que en vísperas de la revolución había en Francia de uno y medio a dos millones de campesinos en la miseria más completa. Reducidos a la desesperación, no era raro verles tomar en las manos las hoces y las hachas y sublevarse.

Es natural que siendo esa la condición de los aldeanos, ningún progreso era posible en el aspecto agrícola. Por el contrario, la crisis que sufría la agricultura, la principal fuente de riqueza del reino, no hacía sino agravarse de año en año.

Los progresos del capitalismo en los pueblos traían consigo una diferenciación social en el seno de la población labradora. Se iba formando una capa superior de labradores ricos, que a su vez explotaba el trabajo de los obreros agrícolas. Pero como la causa principal de la miseria de los aldeanos era el régimen feudal, como los derechos feudales y la política fiscal del go-

¹ A. Rousset, *Histoire des impôts indirects depuis leur établissement*. P. 1883.

² La Bruyere. *Les caracteres et les mœurs de ce siècle*. París 1896. p. 67.

bierno lesionaban los intereses de los labradores, todos, unánimes, se levantaron contra el régimen.

La clase labradora, aplastada por el peso de los impuestos, de las contribuciones, de las tasas, de los derechos y gabelas de toda especie, explotada y oprimida por los señores, la Iglesia, los usureros, los funcionarios locales, el poder central, constituía en razón misma de su condición una fuerza social profundamente interesada en la ruina del absolutismo feudal.

LOS PLEBEYOS

En París y en otras grandes ciudades, se había formado una importante capa plebeya. Obreros, artesanos, pequeños comerciantes, vendedores, músicos ambulantes, gentes que vivían de trabajos ocasionales, o sin trabajo, indigentes o casi, poblaban barrios enteros de las grandes ciudades en los que llevaban una existencia miserable y famélica.

Esta plebe era un grupo social totalmente sin derechos. Si la burguesía, igualmente privada de derechos políticos, había logrado asegurarse cierta independencia, gracias a sus riquezas, a su instrucción, a sus relaciones, a su importancia en la sociedad, y podía ejercer cierta influencia en el curso de la vida nacional, la plebe, designada bajo el término despreciativo de "canalla", se hallaba colocada en el más bajo grado de la escala social. En la antigua Francia, antes de la Revolución, los plebeyos estaban reducidos a la condición de parias: nadie tenía en cuenta ni sus intereses ni sus necesidades.

No hay motivo para sorprenderse de que la plebe —la parte más pobre y más desheredada de la nación— figurase en las primeras filas de los que luchaban contra el régimen absoluto y feudal.

En el curso de los siglos XVII y XVIII se había ya levantado en armas varias veces, mostrando en esas insurrecciones mucha tenacidad y dureza.

LOS OBREROS

El elemento obrero se reclutaba entre las filas de la población pobre de las ciudades y de los labradores arruinados. El progreso de la industria había, naturalmente, provocado la formación de ese elemento y más tarde su crecimiento numérico. No sólo en París, sino en ciudades tales como Lyon, Rouen, Marsella, Burdeos, Nantes, etc., el número de obreros había llegado a ser considerable. Como el maquinismo no había penetrado aún en la industria francesa, la clase obrera de aquellos tiempos se componía de grupos diversos: obreros de manufacturas centralizadas, obreros y aprendices de talleres dispersos, maestros, compañeros y aprendices del artesanado, obreros temporeros. No era todavía un proletariado en el sentido moderno del término, es decir, el proletariado de la producción capitalista mecanizada, sino el proletariado del período manufacturero.

La condición de los obreros era intolerable. La duración de la jornada de trabajo era de 16 a 18 horas, en locales sombríos y húmedos. Por esa labor de forzados, extenuante, percibían un salario miserable, que no bastaba siquiera para asegurar la pobrísima ración alimenticia del trabajador, y aún menos la de sus familias. Los obreros se declaraban en huelga con frecuencia para obtener aumentos de salarios y con frecuencia también, reducidos a la desesperación, se sublevaban y acudían a las armas. Sin embargo, en esta etapa inicial de la constitución del proletariado, los obreros no se habían aún dado cuenta de que formaban una clase aparte, no habían adquirido conciencia de sus intereses de clase, no estaban aún preparados para llevar por sí mismos la lucha, y seguían a la burguesía.

LA CRISIS DEL RÉGIMEN ABSOLUTISTA Y FEUDAL

Así, a pesar de la diversidad de condiciones e intereses de las clases y de los grupos de las clases, todos sufrían, es verdad que por diferentes razones, del absolutismo feudal y tenían interés en su supresión.

Convertido históricamente en reaccionario, el régimen feudal y absoluto estorbaba el progreso de las fuerzas productivas y de las nuevas relaciones sociales, que en el seno de la sociedad feudal habían ya tomado formas capitalistas, más o menos definidas.

Los intereses de clase de la burguesía, de los labradores, de la pequeña burguesía urbana, de los obreros, entraban en colisión aguda con el régimen absoluto y feudal dominante, y exigían imperiosamente su destrucción.

Quiere esto decir que las relaciones de las fuerzas de clases que se habían formado en Francia a fines del XVIII, creaban las condiciones favorables a una alianza de todos los grupos de clases que componían el Tercer Estado, en contra del feudalismo.

Estas contradicciones contenían en germen las causas esenciales de la revolución burguesa, que ellas hacían inevitable.

Por el hecho de que el feudalismo había echado raíces profundas, sobre todo en los pueblos, y que sin la destrucción de las trabas feudales, los progresos rápidos de los intereses capitalistas eran imposibles, no sólo en la agricultura, sino también en la industria y el comercio, por el hecho además de que la clase labradora constituía la gran masa de la población y una de las grandes fuerzas motrices de la revolución inminente, la cuestión agraria había adquirido el rango de cuestión primordial de esta revolución.

Esas causas esenciales la convertían en ineluctable: la contradicción profunda entre el feudalismo y el capitalismo que se formaba en su seno, y su expresión en términos de clases, las contradicciones entre el Tercer Estado y los órdenes privilegiados, constituían los factores determinantes de la crisis, cada vez más aguda, del régimen feudal entero. Esta crisis, que no cesó de agravarse en el curso del XVIII, había llegado al final de ese siglo a su forma más aguda.

Las masas populares eran la fuerza principal que conmovía y debilitaba al régimen feudal y absoluto. En el curso del XVII y el XVIII, Francia había sido sacudida por fuertes y poderosas

insurrecciones aldeanas. En varios lugares, y casi sin interrupción, se habían visto estallar las "jacqueries", que a veces se extendían sobre casi un tercio del reino. La guerra aldeana de 1636-1637, la revuelta de los Nu-pieds de Normandía en 1639, la insurrección de los aldeanos bretones en 1675, la de los "camisards" en las provincias meridionales de Francia (1702-1705), la "guerra de las harinas" en 1775, son tan sólo algunas de las grandes insurrecciones aldeanas que nos son conocidas en esa época.¹

Las revueltas aldeanas se combinaban frecuentemente con las sublevaciones armadas de las masas pobres de las ciudades, y el gobierno tenía entonces que reunir todas sus fuerzas contra ese peligroso movimiento popular. Por ejemplo, en 1725 se produjeron graves revueltas populares en numerosas ciudades y localidades rurales francesas. Tras los años de pésimas cosechas y de hambre, de 1747 y 48, las insurrecciones populares estallaron en diversas regiones y desde diciembre de 1749 a mayo de 1750, un viento de sublevación popular hizo furor en París, degenerando con frecuencia en choques armados con las autoridades. Mas por rigurosas que fuesen las medidas de represión del gobierno absoluto, fuese cual fuese la ferocidad con la que se tratase al pueblo sublevado, las guerras aldeanas, tan pronto ahogadas por algún tiempo, tan pronto estallando de nuevo con mayor violencia, se sucedieron en un período de varias decenas de años, antes de la Revolución francesa.

Estas poderosas revueltas aldeanas eran como los crujidos amenazadores que presagian el huracán revolucionario. Al mismo tiempo y a medida que se acentuaban los progresos capitalistas, la burguesía, cada vez más madura y más fuerte,

¹ Las insurrecciones aldeanas y plebeyas del XVII han sido estudiadas con detalle por B. Porchnev en su monografía capital: *Les revoltes populaires en France avant la Fronde. (1623-1648)*. M. 1948; ver igualmente B. Porchnev: *Les objectifs et les revendications des paysans dans la revolte bretonne de 1675*. "Trabajos del Instituto Nacional de Historia, Filosofía y Literatura de Moscú", t. 6, M 1940.

chocaba con mayor violencia con el régimen feudal y absoluto que encontraba en su camino.

Dado que la clase labradora, por el hecho mismo de su naturaleza social, era incapaz de llevar por sí sola una lucha organizada, y aun menos de asumir el papel de dirigente del movimiento revolucionario, y por el hecho de que la clase obrera, que empezaba tan sólo a formarse en aquel entonces, era aún demasiado débil y desprovista de madurez, la dirección de todas las fuerzas de clase que componían el Tercer Estado incumbía a la burguesía. La joven burguesía supo ponerse a la cabeza del Tercer Estado y del pueblo en la lucha contra el absolutismo feudal, y se convirtió en la cabeza de la Revolución.

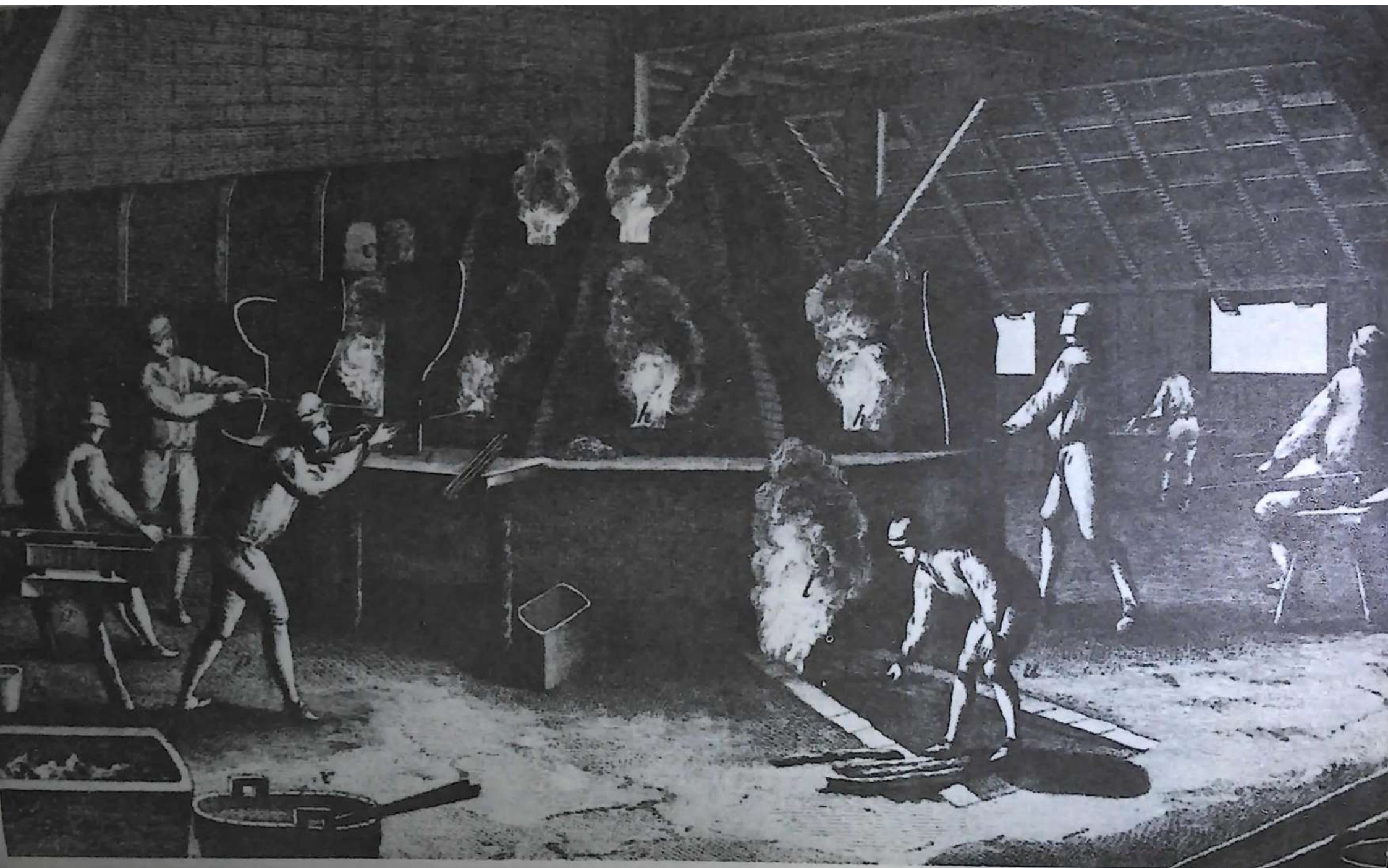


Denis Papin, retrato





Jean de la Bruyère, retrato por Godecharle (Museo de Bruselas)



Un taller de vidriería, grabado

BIBLIOTECA
ESCUELA PREPARATORIA

CAPITULO

II

El siglo de las luces
La preparación ideológica de la Revolución

La crisis del régimen feudal, el foso cada vez más hondo que se abría entre los órdenes privilegiados, la corte entre ellos, y la mayoría de la nación, el Tercer Estado, así como la consolidación de las fuerzas antifeudales en el país, el recrudecimiento de las convulsiones populares, eran otros tantos hechos que debían encontrar su expresión en la lucha ideológica.

Muchos años antes de que todas esas contradicciones ideológicas provocasen la explosión revolucionaria, había comenzado una lucha abierta en el mundo de las ideas y de las opiniones. Los escritores, filósofos, historiadores, publicistas, que representaban a la burguesía revolucionaria ascendente, o las masas populares dando valientemente el asalto a las posiciones ideológicas del régimen absoluto y feudal, preparaban los espíritus y los corazones para las batallas venideras.

Esta preparación ideológica de la Revolución se realizó en diversas etapas.

Desde los últimos años del reinado de Luis XIV, momento en el cual se declara la crisis del absolutismo y en el que las medidas de represión más crueles se muestran impotentes para reprimir el descontento creciente de la opinión, en la literatura, en los escritos públicos, en la filosofía, la protesta hizo oír su voz cada vez más alta, en forma irónica o abiertamente crítica, respecto a la corte de Versalles y al sistema del que ella era la cabeza y el eje.

Los espíritus observadores, incluso en las clases dominantes, tenían que ver que el esplendor de la corte de Versalles no era otra cosa que un engaño; que esa elegante fachada revestida siempre de una decoración de fiesta, ocultaba la ruina del país; que el lujo ostentoso y deslumbrador de los grandes y de la corte, disimulaba mal la miseria y los sufrimientos de millones de humildes súbditos en el resto del reino.

LA LITERATURA DE FINES DEL SIGLO XVII Y DE PRINCIPIOS DEL XVIII.

Los sufrimientos del pueblo habían sido reconocidos por el mariscal Sébastien de Vauban (1633-1707) una de las grandes figuras militares del tiempo de Luis XIV. En 1707 publicó su *Proyecto de dima real*, obra de carácter filosófico y político.¹ Viendo la causa de todos los males del país en el peso excesivo de los impuestos y su desigual reparto, proponía una refundición de todo el sistema fiscal. Sin embargo, el interés y el valor de la obra de Vauban no residen en sus propuestas prácticas, ni siquiera en la crítica de la política fiscal del poder real, sino en que mostraba crudamente las impresiones de un hombre que había observado durante largos años la vida del pobre pueblo y sus sufrimientos. La denuncia de tantos y tan grandes abusos era tan evidente, que el rey ordenó la recogida de la obra y su autor cayó en desgracia.

¹ S. Vauban *Projet d'une dime royale*. In. *Economistes financiers du XVIII siècle*. 2a. ed. P. 1871.

El mismo espíritu de crítica acusadora inspira el libro de Pierre de Boisguillebert (1646-1714), funcionario del rey en Rouen. En su *Detalle de la Francia de Luis XIV*, aparecido en 1697, critica no sólo la política financiera, sino toda la política económica de la realeza, y muestra la necesidad de poner límite a los privilegios de los dos primeros órdenes. Su libro fue igualmente prohibido.¹

Representante de la vieja aristocracia y par de Francia, el duque Louis de Saint-Simon (1675-1755) estaba bien situado, por razón de su origen y de su posición social, para observar de cerca los grados superiores de la escala jerárquica feudal, el "rey-sol" y toda la corte. Saint-Simon escribía sus memorias, o mejor dicho, el diario de cuanto veía y oía, sabiendo que no podría publicar en vida cuanto escribía. Esta circunstancia le permitía ser sincero y renunciar a toda circunspección para describir a la corte e incluso al mismo soberano, sin el menor fardo y bajo su verdadero aspecto, por poco grato y amable que este fuese.² La crítica de Saint-Simon sobre el régimen absoluto de tiempos de Luis XIV y de la Regencia, es ante todo una crítica "de derecha", desde el punto de vista de la antigua aristocracia de sangre, menospreciada y arrinconada a segundo término. Pero el autor es sobre todo un espíritu observador y agudo, al que une un gran talento literario y un don particular para trazar retratos exactos de los personajes que describe. Saint-Simon ha dejado a la posteridad un cuadro brillante, y bajo algunos aspectos cruelmente revelador, de toda una época de la corte de Versailles. Sus memorias no vieron la luz, (bajo la forma de breves extractos) hasta 1788-1789, y no fueron publicadas íntegramente hasta 1829-30, 75 años después de su muerte. Por su carácter, su espíritu, incluso por su estilo, es una obra de los comienzos del declive del absolutismo.

¹ P. Boisguillebert. *Détail de la France*. Factum y opúsculos varios. *Economistes financiers du XVIII siècle*, 2a ed., p. 1851.

² Louis de Saint-Simon de Rouvrog, *Mémoires...* nueva edición, t. I-41, p. 1879-1930.

La crítica del absolutismo y de todo el régimen feudal se convierte en la principal base ideológica de la literatura francesa de este período. Esta tendencia no se había manifestado plenamente todavía en la obra de los tres grandes escritores nacionales del xvii, los maestros del teatro clásico, Pierre Corneille (1606-1684), Jean Racine (1639-1699) y Jean Baptiste Moliere (1622-1673); mas pese a cuanto les separaba, tienen entre ellos un lazo común, las ideas humanistas, el soplo heroico, que confieren tal poder a sus obras, que se percibe claramente que no han nacido en la atmósfera de invernadero del mundo cerrado de la corte, sino que han tomado su savia de las fuentes profundas del pueblo y de la nación.

Los autores franceses de la generación siguiente, que escribían en tiempos de crisis del absolutismo, cuando se intensificaba la lucha de las clases populares, llegaron mucho más allá en su visión ideológica y política, que los grandes maestros del clasicismo.

Este audaz espíritu de crítica mordaz, siempre dispuesto a desacreditar en el terreno moral y estético al clero y a la aristocracia que eran los poderosos de la época, y que se manifiesta tan brillantemente en el "Tartufe" y en el "Misanthrope" de Moliere, entre otras, revive, bajo forma diferente, en los escritores de fines del xvii y principios del xviii.

Y es, quizá, en la obra de uno de esos autores, el más original, de fines del xvii, Jean de la Bruyere (1645-1696), donde ese espíritu se muestra de modo más brillante, marcado ya con un acento democrático bien definido. La Bruyere es el hombre de un solo libro, *El carácter y las costumbres de este siglo*, aparecido en 1688. Mas este único libro le ha valido una gloria bien merecida; ha sido reeditado muchas veces, en vida de su autor y después de su muerte, y ha sentado plaza entre los clásicos franceses.

Se trata de una obra de un género muy especial, y sería más exacto decir que fue escrita en todos los géneros que en

aquel entonces practicaban los escritores francese, desde la novela breve, o la forma aún más concisa de la máxima, hasta la fábula, e incluso el tratado científico sobre temas abstractos. Pero el poder de este libro no reside en su originalidad literaria ni en su novedad. En numerosos capítulos: "De los bienes de fortuna", "De la ciudad", "De la corte", "De los grandes", "Del soberano", etc., en los que trata de representar en la forma más exacta y más completa "los caracteres y las costumbres del siglo de Luis XIV", La Bruyere hace una crítica profunda, incisiva y justa del sistema absolutista reinante, de sus principales características y de sus hombres. En máximas breves, La Bruyere revela la verdadera naturaleza del hecho social analizado por él, y subraya sus aspectos más típicos. "Para triunfar en las cortes, hace falta nada menos que una verdadera y cándida impudicia",¹ escribe, haciendo resaltar en esas pocas palabras la inmoralidad, la indigencia espiritual y la disolución de la alta sociedad francesa.

Burlándose y desacreditando desde el punto de vista moral y estético a los medios dirigentes del país, el soberano, la corte, los grandes, la alta burguesía que trata de introducirse en el mundo aristocrático, ese gran mundo desocupado, vanidoso y amoral, La Bruyere opone, con un atrevimiento raro en aquella época, el mundo de los trabajadores, de la gente humilde, de los aldeanos, reducidos por las condiciones sociales en que viven a perder hasta el aspecto de seres humanos. Y aun cuando en sus puntos de vista políticos positivos La Bruyere está lejos de mostrar el menor radicalismo —de hecho no iba más allá de un absolutismo ilustrado: la idea de un monarca justo, sabio y humano— no teme mostrar sus simpatías por el pueblo y su espíritu democrático. "Yo no vacilo. Yo quiero ser pueblo", escribía La Bruyere, y esta afirmación en el "siglo galante" de Luis XIV, sonaba como un desafío abierto y público a la corte del rey, a la nobleza y al clero.

¹ La Bruyère, *Les caracteres et les mœurs de ce siècle*. Paris, 1896; p. 567.

El libro de La Bruyere es ante todo una crítica audaz de la inmoralidad, de la hipocresía, de la mojigatería, del egoísmo mezquino, de la futilidad del "gran mundo", de la iniquidad del régimen social de su tiempo, y por todas estas razones ejerció enorme influencia sobre numerosos escritores del período siguiente.

Esta influencia se muestra sobre todo en su contemporáneo, otro francés famoso de la época, Francois de Salignac de La Mothe-Fénelon (1651-1715). Fénelon fue el preceptor del Del-fín, el duque de Borgoña, nieto de Luis XIV, lo que explica en gran parte el carácter didáctico de sus obras, escritas con un edificante propósito y dedicadas a su "ilustre" alumno.

De entre sus numerosos escritos, los más importantes y los que le proporcionaron mayores éxitos son las *Aventuras de Telémaco*, de la que se hicieron veinte ediciones el mismo año, y sus *Diálogos de los muertos*, cuya publicación se hizo escalonada en el curso de largos años. La idea política que informa estas obras, inspirada en gran parte en La Bruyere, es la de que sólo un monarca bueno, prudente, amante de su pueblo, y guiado por leyes sabias, es capaz de hacer la felicidad del país. A la fórmula famosa de Luis XIV "El Estado soy yo",¹ Fenelón opone esta: "El rey está hecho para sus súbditos y no los súbditos para el rey". Si en sus obras para el público Fénelon se hacía el campeón del absolutismo ilustrado, en sus cartas no destinadas a la publicidad, Fénelon, tras la insurrección de los "camisards" y las derrotas en la guerra de sucesión de España, llega ya a considerar como indispensable la convocatoria de Estados Generales permanentes, es decir, el paso a la monarquía constitucional.²

Alain René Lesage (1668-1747), talento muy original, su-

¹ Con frecuencia se ha dicho (ver Roger Alexandre— *Le Musée de la conversation*. P. 1901. p. 73), que Luis XIV no había pronunciado esta frase en el Parlamento en 1655, como se afirmaba. La haya dicho entonces o no, refleja en todo caso la naturaleza de su política.

² Francois de Salignac de La Mothe - Fénelon, *De l'éducation des filles*, P. 1687; *Dialogues des morts*, 1718; *Aventures de Télémaque*—1699; *Œuvres et lettres politiques*, publ. por Urlain, P. 1921.

frió igualmente la influencia de La Bruyere. Numerosas piezas de teatro y novelas debidas a la pluma de Lesage vieron la luz. Las que más reputación le dieron fueron *El diablo cojuelo* (1707), y la *Historia de Gil Blas de Santillana*, (en volúmenes de 1715 a 1735).¹ Estas dos novelas adquirieron pronto renombre mundial y fueron traducidas a muchos idiomas. Su éxito se explica, tanto por su gran mérito literario como por el aura nueva y fresca de que están penetradas.

Lesage ha captado y expresado con finura los rasgos característicos de la época de transición en la cual le fue dado vivir: la decadencia, la descomposición de la vieja sociedad feudal y el nacimiento de los principios burgueses fundados en el poder del dinero, el espíritu de empresa y la sed de lucro. Su héroe favorito, dotado por él de todas las cualidades, ingenio, talento, habilidad, nace del pueblo. Y no es pura casualidad. Cuando opone su Gil Blas, en el curso de sus aventuras innumerables y a veces inverosímiles, a los representantes de todos los grupos dominantes —grandes señores, aristócratas, financieros, gentes de Iglesia—, Lesage no deja de subrayar que este simple hijo del pueblo es siempre moral y físicamente superior a las gentes situadas más alto en la escala social. En ciertos pasajes de su Gil Blas, Lesage se eleva hasta la sátira política: en sus imaginarios héroes, las gentes de entonces podían reconocer fácilmente a los modelos que sirvieron de guía: los hombres de Estado de la Regencia.

La afirmación, cada día más firme, de la conciencia nacional en oposición a los intereses estrechos de los órdenes privilegiados, encontraba su expresión en la obra de Charles Perrault (1628-1703), y en particular en sus célebres *Cuentos*.² Perrault se dio a conocer en su tiempo como poeta, traductor y autor de escritos filosóficos y críticos; pero todas sus obras

¹ Alain René Lesage, *Crispin, rival, de son maître*, 1707; *Turcaret*, 1709.; *Le diable boiteux*, 1707; *Histoire de Gil Blas de Santillane*, 1715-1735.

² Charles Perrault. *Contes de maniere l'Oye*, o *Histoires et contes du temps passé avec des moralités*, 1697.

en estas diversas materias están desde hace mucho tiempo olvidadas, mientras que sus cuentos inmortales han sobrevivido a su autor para entrar en el patrimonio de las letras mundiales. Es en su carácter popular donde reside el mérito inapreciable de los cuentos de Perrault. *La Caperucita Roja*. *El Gato con botas*, *La Cenicienta*, han conservado hasta nuestros días todo su encanto. Perrault ha profundizado hondamente en las fuentes populares y se ha inspirado en el folklore. A la moral de la sociedad noble, opone la moral del pueblo: sus cuentos tienen todos su moraleja; glorifica la actividad, la aplicación, la probidad, la ingeniosidad, todo lo que constituye el ideal del pueblo y que se encuentra muy lejos de los ideales aristocráticos. Esta vivificante inspiración popular ha comunicado una virtud singular a los cuentos de Perrault, que han conservado, a través de más de 250 años, su glorioso renombre, entre los monumentos eternamente vivos de la cultura nacional francesa.

EL SIGLO DE LAS LUCES

El nuevo siglo trae consigo el recrudecimiento de las contradicciones de clases, la descomposición cada día mayor del régimen absoluto y feudal; este siglo quedará en la historia como aquel que vio lanzar contra el antiguo régimen un ataque ideológico de tal amplitud, que ninguno de los siglos precedentes había jamás conocido nada parecido.

“Los grandes hombres”, escribía Engels, “que en Francia alumbraban las inteligencias al aproximarse la Revolución, expresaban sus ideas en forma extremadamente revolucionaria. No reconocían ninguna autoridad exterior. La religión, el concepto de la naturaleza, la sociedad, el orden social, todo era objeto de la más implacable crítica: todo era llevado ante el tribunal de la razón para justificar su existencia, o desaparecer.”¹

¹ F. Engels, *Anti-Dühring*, Ed. Pol. del Estado, p. 16.

Este gran movimiento de las ideas en el XVIII ha tomado el nombre de "Siglo de las Luces" en la historia. Filósofos, economistas, literatos, al defender las ideas avanzadas, las ideas del progreso, ilustraban al pueblo, y lo hacían objetivamente con miras a la Revolución que claramente se aproximaba. Con independencia de las intenciones subjetivas que podían inspirar a este o al otro escritor, la guerra ideológica en la que tomaban parte activa, preparaba la lucha de clases bajo su forma decisiva y solemne: la Revolución.

Si en la etapa precedente, en la fase inicial de la crisis del absolutismo, la crítica del régimen feudal no se manifestaba sino en forma tímida y en orden disperso, si los publicistas como Vauban y los filósofos como Bayle, los escritores como La Bruyere y Lesage, no eran sino críticos aislados que en forma disimulada, generalmente sin arriesgarse, se guardaban bien de sacar de sus escritos conclusiones revolucionarias, en el siglo XVIII en cambio, cuando se oían ya los primeros rugidos de la tormenta revolucionaria, la cosa era bien distinta. Los filósofos operaban en forma de un potente cuerpo de ejército, el fuego se generalizaba en todo el frente y no era ya la esperanza de un éxito parcial, de un golpe sobre este o el otro objetivo lo que movía a los asaltantes, sino la destrucción total, la ruina de toda la fortaleza del feudalismo lo que les inspiraba en la lucha.

La propagación de las "luces", era el movimiento de las ideas de la joven burguesía ascendente. La burguesía revolucionaria, entonces en alianza con el pueblo, no defendía los intereses estrechos, egoístas, de su clase únicamente; la lucha que había desencadenado contra el feudalismo respondía a todos los intereses del Tercer Estado, de toda la nación francesa. Era una lucha que permitía a los ideólogos burgueses identificar sus intereses con los de toda la sociedad. El portavoz de la burguesía antes de la Revolución hablaba en nombre de toda la sociedad, y en gran parte estaba plenamente justificado su derecho a ello.

Mas la comunidad de intereses de todas las clases sociales y los grupos que constituían el Tercer Estado, no impedía que subsistiesen diferencias en el campo antifeudal.

Las masas populares constituían la principal fuerza que durante larga fila de años venía batiendo sin descanso, ola tras ola, al feudalismo, minando sus cimientos y adelantando la hora de su caída definitiva. Las revueltas aldeanas, las insurrecciones de la plebe de las ciudades que cada día estallaban aquí y allá en todo el ámbito del país, fueron las que, a fin de cuentas, determinaron el desenlace.

En tanto que llevaban con ardor creciente esa lucha a muerte, ni los aldeanos ni la plebe tenían aún conciencia de sus propios intereses de clase, y no se diferenciaban ellas mismas, en esa hora, de la burguesía. Por regla general adoptaban el programa y las consignas de la burguesía, la única clase social capaz, en aquella hora, de ponerse a la cabeza del movimiento general y de dirigirlo.

Mas ya en aquellos tiempos, en los movimientos de la plebe de las ciudades y del campo, en una palabra, en todas las capas inferiores del pueblo se veía apuntar, de manera aún confusa y vaga, el brote de ciertas aspiraciones y ciertas esperanzas sociales particulares, distintas de las de la burguesía. Los fundadores de las primeras doctrinas del comunismo utópico, Meslier, Morelly, Mably, se erigieron en intérpretes de esas aspiraciones, de esos intereses particulares de las masas populares, de esa ideología democrática que entonces no estaba sino en embrión.

JEAN MESLIER

Jean Meslier (1664-1729), modesto sirviente parroquial, cura de Etrépigny y de Vallevé, en Champagne, permaneció toda su vida en la obscuridad; la gloria no le alcanzó sino a título póstumo. Nada notable en su existencia, a menos a juzgar por lo que ha llegado hasta los historiadores. Pero vivía en

estrecho contacto con sus parroquianos, pobre gente abrumada por las cargas feudales y los impuestos; conocía sus miserias, era testigo de sus males y oía sus maldiciones. Llegaba a sus oídos el rumor de las revueltas aldeanas que en todo el país estaban gestándose. Sus meditaciones, fundadas en sus observaciones personales sobre las cosas que había visto y oído, sobre su experiencia de la vida de los humildes, tal cual ella se mostraba a un pobre cura de aldea sin la menor notoriedad, movieron a Meslier a tomar la pluma. Consagró enteramente los últimos años de su vida a una gran obra que tituló *Testamento*, y que no vio la luz en vida de su autor. Mas poco después, en los años siguientes, centenares de copias del *Testamento* empezaron a repartirse por toda Francia. Una de ellas cayó en las manos de Voltaire. El ilustre filósofo, según confesión propia, se había “estremecido de horror” al leer este escrito “demasiado revolucionario”, mas no por eso había dejado de apreciar todo su valor. Voltaire escribió en 1742 un *Extracto de los sentimientos de Meslier*, del que eliminó todo cuanto estimó “peligroso”. Y sólo mucho tiempo después el *Testamento* llegó a la celebridad, fue publicado íntegramente y conoció numerosas traducciones y reediciones en varios idiomas.¹

Con justo título se llama al cura de Etrépigny, que vivió y murió en la obscuridad, el padre del materialismo y del ateísmo francés del XVIII. Este hombre que aparentemente fue toda su vida un servidor de la Iglesia, se declara, en el *Testamento* que deja tras sí, su enemigo irreconciliable e implacable. Denuncia, con un atrevimiento sin precedentes, la hipocresía, la crueldad, el espíritu reaccionario de la Iglesia y de sus ministros. En el notable escrito legado por él a la posteridad, muestra en forma brillante que la Iglesia y la religión son instrumentos de opresión y de represión del pueblo, que actúan en estrecha alianza con el poder real y con los feudales, opresores del pueblo. “La religión”, escribe Meslier, “sostiene al gobierno

¹ J. Meslier, *Le Testament de Jean Meslier*, I-III, ed. por Rudolph Charles, Amsterdam, 1865.

político por malo y cruel que éste sea; y a su vez el gobierno sostiene a la religión por tonta y vana que ella pueda ser." Meslier critica la religión y la fe desde un punto de vista materialista. Ateo consciente, que declara abiertamente que no cree en Dios ni en la inmortalidad del alma, Meslier prueba en su *Testamento* que la única fuente de movimiento es la materia.

Pensador que llevó toda su vida la sotana, conociendo a la perfección todas las interioridades y exterioridades de la vida de la Iglesia, Meslier supo denunciar sus mentiras y sus engaños, a la vez que su papel de muro defensor del feudalismo, con un vigor que nadie había mostrado antes que él.

Con la misma intransigencia, y con el mismo poder de persuasión, se alza Meslier en su *Testamento* contra el sistema feudal y contra el Estado absolutista. Para Meslier, los soberanos y todos los poderosos de este mundo son unos ladrones y unos asesinos, e invita valientemente al pueblo al levantamiento y a la revolución para derribar todo ello.

Mas Meslier no se limita a condenar el feudalismo, sino que repudia igualmente la propiedad privada en general, viéndola en ella la fuente de todas las injusticias sociales. Meslier traza en su *Testamento* el cuadro de una sociedad ideal enteramente fundada en la comunidad de bienes. Al nivel de la evolución de las fuerzas productoras de aquellos tiempos, el comunismo de Meslier si no utópico, como es lógico, era un comunismo primitivo, de carácter agrario, de espíritu nivelador y dirigido tan sólo al consumo. En la idea de Meslier, el progreso de las luces debía abrir el camino al comunismo.

El *Testamento* de Jean Meslier fue una de las obras más notables de los hombres que se hallaban a la cabeza en el progreso social de la Francia del XVIII. Su valentía, su espíritu revolucionario militante, reflejaban el pensamiento y los sentimientos del pueblo francés, o más exactamente, de sus capas inferiores, la población pobre de campos y ciudades, reducida por la opresión, la necesidad y la violencia de los señores, a levantarse en armas para la lucha.

La obra de Meslier ejerció una gran influencia en la evolución ulterior de la ideología revolucionaria democrática, y no sólo sobre ella, sino también sobre no pocos grandes escritores burgueses del siglo de las luces, aun cuando no se atreviesen a confesarlo abiertamente.

El *Testamento* de Meslier fue objeto de numerosas ediciones en Rusia. Su obra ha sido estudiada por un eminente sabio soviético, el académico V. Volguine, y varios otros historiadores.¹

LA PRIMERA GENERACIÓN DE LOS AMIGOS DE LAS LUCES

En el curso de la primera mitad del XVIII, aparecen sobre la arena de la lucha ideológica los grandes pensadores de la burguesía ascendente. Montesquieu y Voltaire fueron los iniciadores de la filosofía burguesa del XVIII, los propagadores de las luces de la anterior generación.

MONTESQUIEU

Charles-Louis de Secondat de Montesquieu, barón de La Brede (1689-1755), provenía de una rica familia de la toga. Había recibido una educación excelente para aquel tiempo, y antes de los 30 años había sido elegido presidente del parlamento de Burdeos, puesto que desempeñó diez años. Después, viajó tres años por Europa, y a su regreso a Francia se consagró por entero a sus ocupaciones científicas y literarias. En 1721, publicó sus *Lettres persanes*, novela filosófica de concepción original, de forma epistolar, que aunque publicada anónimamente, le

¹ V. Volguine. *Un communiste révolutionnaire du XVIII siècle*. (Jean Meslier et son "Testament"). M. 1919; V. Volguine. *Meslier et son "Testament"* Introducción al t. I del "Testament de Meslier". A. Deborine, "La democracia revolucionaria y las ideas comunistas de Jean Meslier" B. Porchinev, *Jean Meslier et les sources populaires de sa conception du monde*, comunicación al Xº congreso internacional de historiadores en Roma. M. 1955.

valió una gran notoriedad, porque la obra provocó tal ruido, que la identidad de su autor no tardó en ser descubierta.

El excepcional mérito literario y el interés de esta novela no fueron, sin embargo, los que llamaron la atención de sus contemporáneos. Bajo la forma de una correspondencia entre viajeros persas distinguidos, Usbek y sus amigos visitan Francia y otros países europeos. Montesquieu hace una sátira acerba y mordiente de las instituciones sociales y políticas del régimen absolutista, y en particular del "rey-sol", Luis XIV. Fustiga sin piedad y condena al despotismo; demuestra el derecho del hombre a la libertad, y entre todas las formas políticas de gobierno, considera como la mejor la república sobre el modelo suizo.¹

Asustado de la impresión que sus *Lettres persanes* habían producido entre sus contemporáneos, Montesquieu se dedica, en el curso de los años siguientes, a un género de literatura totalmente distinto. Publica una pastoral en prosa titulada *Le Temple de Gnide* y después, con la misma prosa ligera, *Le voyage a Paphos*, ambos destinados a mostrar hasta qué punto su autor está alejado de la política y a abrirle las puertas de la Academia.

En efecto, en 1728 Montesquieu fue elegido miembro de la Academia Francesa. Su discurso de recepción revela en forma característica el espíritu de compromiso que le caracterizaba. El autor anónimo de *Lettres persanes*, que había acribillado de sátiras aceradas e implacables, y denunciado tan crudamente el reinado de Luis XIV, al tomar la palabra en su calidad de barón de Secondat de Montesquieu, consagra su discurso a la alabanza y a la apología del mismo Luis XIV.

En 1734, publica una gran obra histórica bajo el título *Considerations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*. Este libro está plagado de alusiones a la Francia contemporánea y de comparaciones apenas disimuladas entre las lecciones del pasado y el presente; bajo capa de críti-

¹ *Lettres persanes*, P. 1954.

car las instituciones de Roma, Montesquieu critica el régimen político y social de su tiempo.

En 1748 lanza su obra principal, *L'esprit des lois*, en la que había trabajado desde hacía años. Su composición hubiese podido ser más perfecta y acabada; se notan grandes desproporciones entre sus numerosos capítulos, tanto en su extensión, como en los temas tratados. Mas pese a este defecto poco corriente en escritores tan brillantes como él, la obra tuvo un éxito enorme. En los dos años que siguieron a su aparición fue reeditada 22 veces, traducida a numerosas lenguas europeas, y fue durante larga serie de años uno de los escritos más populares de los escritores del siglo filosófico en Francia. El secreto de su éxito residía en las ideas que difundía.

Desarrollando el pensamiento que había ya formulado en sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los Romanos y de su decadencia*, Montesquieu plantea el principio de la existencia de leyes generales determinantes de todos los fenómenos de la vida, de la naturaleza y de la sociedad. Aun cuando mostró no poca candidez en la forma de exponer estas leyes (exageraba, por ejemplo, la influencia del clima y del medio geográfico, a los que estaba cerca de atribuirles el papel decisivo), el simple intento de encontrar y exponer estas leyes era, para la época, realmente progresivo. Se oponía abiertamente a la teoría oficial, que explicaba todos los fenómenos de la naturaleza y de la vida social por la voluntad divina.

Montesquieu era un adversario irreconciliable del despotismo bajo todas sus formas y un campeón ardiente de la libertad: se le considera, a justo título, como el padre del liberalismo burgués. Igualmente se alzaba contra toda política exterior belicosa y conquistadora. "El espíritu de la monarquía, es la guerra y la conquista: el espíritu de la república es la paz y la moderación", escribía Montesquieu. Mas en su programa político positivo, Montesquieu daba un paso atrás respecto a las ideas expuestas en sus *Lettres persanes*. En *L'esprit des lois*, definía las tres formas más extendidas de la organización del

poder: el despotismo, la monarquía constitucional y la república. Montesquieu rechazaba vigorosamente el despotismo, del que señalaba y denunciaba los crímenes y los vicios. Pero en tanto que en *Lettres persanes* estimaba que la mejor forma de gobierno era la república, en *L'esprit des lois*, aun continuando en reconocer sus méritos, la considera como prácticamente imposible. Su ideal político es, en adelante, la monarquía constitucional del tipo inglés, que manifiestamente cuida de idealizar.

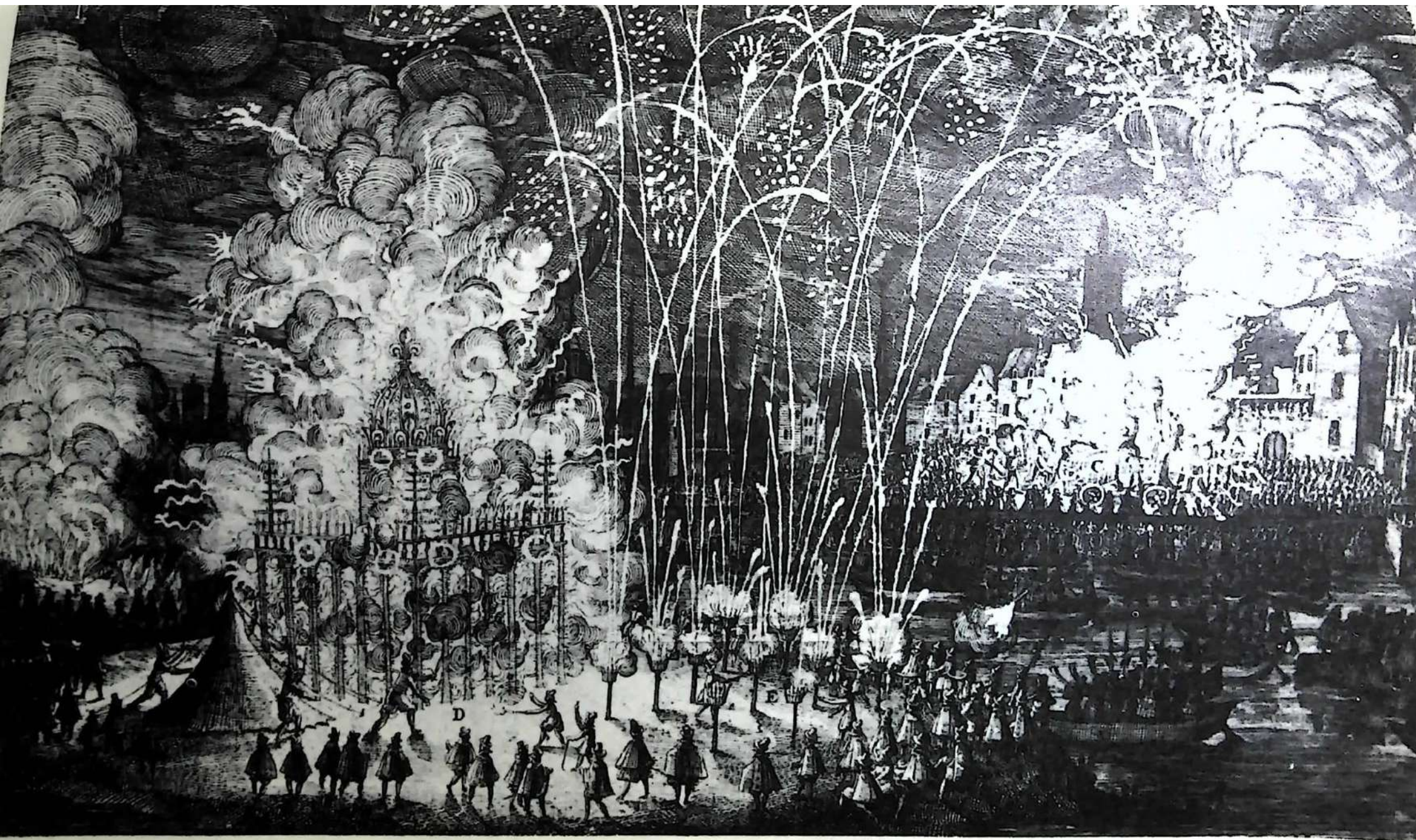
Según él, la separación y la limitación de los poderes eran la garantía esencial de las libertades: los poderes ejecutivo, legislativo y judicial debían estar rigurosamente separados y ser totalmente independientes entre sí.¹

El sistema de Montesquieu no preveía, pues, la caída del régimen existente mediante la revolución, sino su reforma, su reorganización de acuerdo con las reivindicaciones y los intereses de la burguesía. Montesquieu no era un demócrata, sino un liberal. Mas en un siglo en el que el absolutismo reinaba todavía en Francia en su forma más brutal, las ideas, avanzadas para la época, de Montesquieu, su hostilidad al despotismo, su denuncia de la religión, su defensa vehemente de las ideas de libertad, su condena de las guerras de conquista, desempeñaban un gran papel progresista y ejercían, quizá contra la voluntad de su autor, una influencia revolucionaria sobre la generación siguiente. No sin razón, uno de los jefes más famosos del jacobinismo, Marat, consideraba a Montesquieu como su primer maestro.

VOLTAIRE

Doce años después de la publicación de *Lettres persanes* de Montesquieu, aparecieron las *Lettres philosophiques* (en una edición bajo el título *Lettres écrites de Londres sur les An-*

¹ Ch. Montesquieu. *Oeuvres complètes*, publ. por André Masson, vol. 1-3, París, 1955.



Fiestas reales en tiempos de Luis XIV



Corrupción de las costumbres burguesas en tiempos de Luis XV

LES
OEUVRES
DE MONSIEUR
MOLIERE.
TOME PREMIER.



A PARIS,
Chez CLAUDE BARBIN, au Palais sur
le Perron de la Sainte Chapelle,
au Cygne de la Croix.

M.DCLXVI.

Avec Privilege du Roy.



Molière, retrato por Ch. Coypel

glais), obra que produjo también enorme impresión sobre sus contemporáneos. En estas páginas brillantes de talento y de ingenio, tan vivaces, se fustigaba sin piedad la barbarie, el obscurantismo, el espíritu reaccionario y el atraso de las instituciones políticas de la Francia absolutista, de la Iglesia católica oficial y de las costumbres públicas. Por decreto del parlamento de París, las *Lettres philosophiques* fueron quemadas por mano del verdugo, su editor fue encerrado en la Bastilla, y el autor hubo de esconderse para escapar al castigo.

El autor de este libro era el escritor francés Francois Marie Arouet, célebre ya en toda Europa bajo el seudónimo de Voltaire.

Voltaire (1691-1778), fue uno de los representantes más eminentes del siglo filosófico francés. Escritor prodigiosamente dotado, hombre de un ingenio penetrante, unía a sus capacidades naturales los más extensos conocimientos enciclopédicos; Voltaire obtenía el mismo éxito, con la misma popularidad, como poeta que como novelista, autor dramático, historiador, filósofo, físico, publicista y hombre político; cuanto salía de su pluma llevaba el sello del talento, de una forma brillante e ingeniosa. Voltaire no sólo se mantenía al nivel de los más avanzados conocimientos de su época, sino que se adelantaba a ellos en muchos aspectos. Más que cualquier otro, encarnó en su obra el espíritu filosófico francés, y el siglo de las luces se encuentra ligado, en todos sus aspectos, al nombre de Voltaire.

Voltaire nació en París en la familia acomodada de un funcionario de la Cámara de Cuentas, hizo sus estudios en los jesuitas, a los que guardó un odio imperecedero toda su vida; estudió luego derecho, mas su verdadera inclinación le llevaba tan sólo a las letras. A los 23 años fue encerrado en La Bastilla por un epigrama contra el Regente Felipe de Orleans. Había escrito una tragedia, *Edipo*, que hizo representar un año más tarde, en 1718, al salir de la prisión. Esta obra obtuvo un gran éxito, y ahí dio comienzo la gloria literaria de Voltaire. Sus

poemas y sus tragedias recibían una acogida entusiasta del público. Percibía una pensión del rey de Francia y de la reina de Polonia; las audaces operaciones comerciales que simultaneó con sus trabajos literarios y científicos, le proporcionaron grandes beneficios. Voltaire era rico, famoso, ilustre, mas su primer choque con el poder aristocrático le convenció de que su éxito era pura ilusión, y valió al primer poeta de Francia, pese a sus méritos y su derecho, un nuevo encarcelamiento en la Bastilla y luego el exilio a Inglaterra. Tras una estancia de tres años en ese país que le aportó un ensanche considerable del horizonte en que se movía, dio a luz sus célebres *Lettres philosophiques*.

En ese momento da comienzo la gloria de Voltaire como gran campeón del progreso de las luces. Su actividad literaria y social adquiere proporciones y amplitudes extraordinarias.¹

En sus admirables obras, Voltaire se muestra adversario irreconciliable del despotismo y del feudalismo, denuncia valientemente la arbitrariedad y el desprecio a las leyes por el régimen absoluto y se declara enemigo irreductible del clericalismo, de los clericales, a los que durante toda su vida no cesó de lanzar anatemas furiosos. Veía en la Iglesia, en el catolicismo, el principal enemigo y no cesó su lucha contra ellos hasta su último suspiro. “¡Aplastar a la infame!”, decía de la Iglesia.

Tras largas peregrinaciones por Europa, Voltaire se retiró a la soledad de sus dominios de Ferney, situados a caballo sobre las fronteras de Francia y Suiza, fuera del alcance de las autoridades, siguiendo con mirada vigilante cuanto acontecía en Francia, y cada vez que se revelaba una injusticia, tomaba resueltamente la defensa de la víctima, denunciando sin miedo ante toda Europa la iniquidad y los crímenes de la Iglesia y del poder.

Voltaire, que glorificaba la razón y la oponía al fanatismo religioso, no era, sin embargo, materialista, pese a que se nota

¹ Voltaire *Oeuvres complètes* Nant. ed. II. 1-52 París, 1874-1885.

en él una tendencia marcada hacia esa doctrina. Su actitud respecto de la religión era en sí misma contradictoria. Al mismo tiempo que fustigaba a la Iglesia, al catolicismo y al clero, Voltaire no dejaba de considerar necesario conservar la religión en el pueblo. Representante de las capas superiores de la burguesía, y de la zona de esa misma clase que aún no había llegado en su evolución a adquirir conciencia de la necesidad de la alianza con el pueblo, Voltaire desconfiaba de éste. Pensaba que había que tenerle sujeto y veía en la religión el medio de mantenerle sumiso, y preguntándose cómo los ricos lograrían mantener y conservar sus fortunas si el pueblo perdía la fe, enunciaba este aforismo "Si Dios no existe, habrá que inventarlo". Consideraba prudente esconder al pueblo sus propias obras, inspiradas con criterio librepensador. "Si la canalla se pone a razonar, todo está perdido", escribía.

El programa político de Voltaire se caracterizaba también por su moderación. Se alzaba como es lógico contra la arbitrariedad del poder absoluto, contra la desigualdad de las condiciones y se pronunciaba por las libertades burguesas. Pero preconizaba las reformas del poder desde arriba y fue mucho tiempo partidario del "despotismo ilustrado". Mantuvo larga correspondencia y amistad con el rey de Prusia Federico II, con Catalina II de Rusia, con los reyes de Suecia, Dinamarca y Polonia y con otros monarcas. Sólo al final de su vida empezó a sentir inclinaciones hacia la monarquía constitucional y a veces hacia la república.

Voltaire desempeñó un papel importantísimo en la propagación de las luces. Esa fe ardiente en el poder de la razón, en el hombre libertado de todas las trabas del feudalismo, ese espíritu de escepticismo, de incredulidad, de libre pensamiento que se llamaba "volterianismo", asociándole a justo título al de "patriarca de los filósofos", ejercía una poderosa influencia revolucionaria sobre los elementos sociales avanzados, que habían entablado ya la lucha contra el feudalismo.

LOS ENCICLOPEDISTAS

Cuando Montesquieu y Voltaire habían publicado sus obras primeras de tipo filosófico en los años 20 y 30 del XVIII, estaban todavía solos. Muchas cosas habían cambiado desde entonces. La crisis del absolutismo se agravaba cada día, la corrupción creciente de las clases dirigentes bajo el reinado de Luis XV, las dificultades interiores, el hambre de 1747-1748 y la insurrección popular de 1749-1750, la ruina progresiva de los aldeanos, el descontento general creciente, eran otras tantas causas que favorecían la difusión rápida de las ideas filosóficas hostiles al absolutismo, y la radicalización del modo de pensar, incluso de los ideólogos de la burguesía ascendente.

Un año después de las memorables jornadas de revueltas de París en 1750, se abrió la suscripción a la "Enciclopedia". El primero, y luego el segundo tomo de esta publicación, que llamaba la atención universal, aparecieron respectivamente en 1751 y en los comienzos de 1752.

La "Enciclopedia" o "Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios", constituía la suma de todos los conocimientos positivos de la época, expuestos desde el punto de vista de los espíritus más avanzados. Por ese hecho mismo, la Enciclopedia, al entrar en guerra contra todas las instituciones y todas las ideas políticas, jurídicas y religiosas del régimen absoluto y feudal, abría el fuego en todo el frente de las fortificaciones ideológicas del feudalismo.

Bajo otro aspecto también era importante la Enciclopedia. Por primera vez en la historia de la lucha ideológica y política, agrupaba ella en una plataforma única, en el cuadro de una misma publicación literaria y bajo la misma bandera, a todos los representantes de las ideas revolucionarias avanzadas, a todos los adversarios del régimen feudal caduco. Hasta entonces los intérpretes del pensamiento de la burguesía ascendente y de las masas populares obraban individualmente, asestando golpes al enemigo, a veces terribles, aplastantes, pero quedando

siempre aislados, dispersos frente al poderoso adversario. La Enciclopedia llama y une en poderosa falange todas las fuerzas dispersas. Entre los colaboradores de la Enciclopedia había, claro es, divergencias, disentimientos; en sus rangos entraban los deístas y los ateos, los agnósticos, los materialistas, los partidarios de la monarquía constitucional y los republicanos convencidos, pero todos unidos sin embargo por la misma hostilidad irreductible hacia el régimen absoluto y feudal, por su ardor en la defensa de los derechos y los intereses del Tercer Estado, por sus posiciones ideológicas diferentes pero todas progresivas para la época. Esta comunidad de objetivos era más fuerte que los desacuerdos, y permitía a todos los espíritus avanzados del siglo apretar sus filas, para hacer juntos un frente único contra el enemigo común.

La Enciclopedia fue redactada bajo la dirección del gran filósofo materialista Denis Diderot (1713-1784), que fue a su vez uno de los más brillantes escritores del siglo de las luces, y del filósofo Jean le Rond, llamado D'Alembert (1717-1783). Sabios eminentes, la élite del pensamiento científico de la Francia de esa hora, colaboraron en la Enciclopedia: Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Quesnay, Turgot, Holbach, Helvetius, Condillac, Mably, etc. Se llamó "enciclopedistas" a esta gloriosa pléyade de críticos del feudalismo y de su ideología.

La Enciclopedia y los enciclopedistas fueron objeto de persecuciones. Los dos primeros volúmenes fueron condenados a ser destruidos; vióse cómo se levantaban contra los enciclopedistas la Iglesia y los poderes públicos, plumas venales lanzaron contra ellos sus libelos, se intentó ridiculizarlos en el teatro. En 1759 la publicación de la Enciclopedia fue detenida, su impresión y su venta fueron prohibidas bajo las más severas penas. D'Alembert, encontrando la lucha superior a sus fuerzas, se retiró. Pero Diderot, con el núcleo inicial de sus colaboradores, continuó la impresión ilegal de la obra comenzada. En 1765 estaba terminada: las ediciones —tablas y dibujos— fueron acabadas en los años sucesivos.

LOS FILÓSOFOS MATERIALISTAS

La Enciclopedia desempeñó un papel inmenso en la evolución intelectual de la sociedad francesa del XVIII. Engels ha definido así este papel y la importancia de la Enciclopedia: "Los materialistas franceses no limitaban sus críticas al dominio de la religión; criticaban cada tradición científica, cada institución política de su tiempo. Para probar que su teoría era de aplicación universal, siguieron el camino más corto; aplicándola valientemente a todos los sujetos y objetos del conocimiento, en esa gigantesca obra de la que recibieron el nombre: La Enciclopedia. De una u otra forma, abiertamente materialistas o deistas, el materialismo se convirtió en la concepción del mundo para toda la juventud culta de Francia".¹

Como lo demostraba Engels, los enciclopedistas contribuyeron a la difusión de los conceptos materialistas en Francia. Pero la Enciclopedia no estaba sola en la defensa de la idea materialista y en la lucha por difundirla. Sobre el mismo terreno social que favorecía el progreso de las luces en la Francia del XVIII, el materialismo alcanza grandes victorias y se convierte en la tendencia dominante en filosofía.

El materialismo francés del XVIII está representado por los filósofos: Julien Offroy de La Mettrie (1709-1751), médico de profesión, autor de un libro notable llamado *L'Homme machine* y otras obras²; Denis Diderot, que además de su actividad como redactor de la Enciclopedia, es el autor de notables escritos penetrados de materialismo militante y de un vivo espíritu democrático: *Le neveu de Rameau* (1762), *Entretien entre D'Alambert et Diderot* (1769), etc.; Claude Adrien Helvetius (1715-1771), enemigo de la religión y del despotismo,³ cuya

¹ K. Marx y E. Engels, *Obras selectas*, T. II. Ediciones políticas del Estado M. 1955, p. 97.

² La Mettrie *Oeuvres philosophiques*, Amsterdam, 1774.

³ D. Mornet, *Diderot, l'homme et l'oeuvre*. P. 1941. C. Helvetius. *De l'homme*. París 1773. Helvetius. *De l'esprit* P. 1758.

principal obra *De l'esprit* (1758) era tenida en alta estima por Lenin; Paul Henri d'Holbach (1723-1789) autor del célebre *Systeme de la nature* (1770) y panfletos antirreligiosos¹; Etienne Bonnot de Condillac (1715-1780), que escribió el *Traité des sensations* (1754); Jean Batiste Robinet (1735-1820) que compuso una obra titulada *De la nature* (1761-1768), etc.

Existían diferencias esenciales entre todos estos escritores, pero sobre la cuestión fundamental de la filosofía actuaban en un terreno común, el del materialismo. Los materialistas franceses se apoyaban en los descubrimientos de las ciencias naturales y de las ciencias exactas (los trabajos de Buffon, de Linné, de Descartes, etc.), reconocían la existencia objetiva de la materia, y la consideraban como una realidad objetiva.

Holbach decía que la naturaleza obra por sus propias fuerzas y no necesita de ninguna impulsión exterior para entrar en movimiento. Los filósofos materialistas franceses, en su mayoría ateos, asestaban terribles golpes a la religión, al clericalismo, a la Iglesia; han contribuido no poco a la formación de la idea ateista. Creyendo en la razón todopoderosa, atacaban valientemente a la ignorancia y al obscurantismo. Un espíritu democrático militante, fe en la fuerza del pueblo, deseo de acercarse a él, era lo que inspiraba a la mayor parte de ellos. Mientras que, por ejemplo, Voltaire se asustaba de la idea de que "la canalla" se pusiera a filosofar, Diderot juzgaba, por el contrario, necesario acercar al pueblo a la filosofía y elevarle a un nivel próximo al de los filósofos. Esta nueva actitud con respecto al pueblo, ese deseo de aliarse con él para luchar juntos, traducía la evolución de los espíritus en el seno de la burguesía francesa, bajo la influencia de la crisis que se acentuaba cada vez más en el país, desde la segunda mitad del siglo XVIII.

El materialismo de los filósofos franceses del XVIII, no era, sin embargo, todavía un materialismo dialéctico, sino un mate-

¹ P. Holbach. *Systeme de la nature*. P. 1770. Holbach. *Le bon sens du curé Meslier*. P. 1772, etc.

rialismo mecanístico. Para explicar los fenómenos de la vida social, permanecían en posiciones idealistas, sentando el principio de que la evolución de la vida social, la de las instituciones políticas, de la legislación, etc., estaban, en fin de cuentas, dirigidas por las opiniones y las ideas.

Aun así, los puntos de vista de los filósofos materialistas franceses eran hondamente progresivos para la época, y contribuyeron no poco a la preparación ideológica de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII.

LOS FISIÓCRATAS

La escuela llamada de los fisiócratas (F. Quesnay, Dupont de Nemours, Mercier de la Riviere, Turgot, etc.) reflejaba el interés que la burguesía ascendente prestaba a las teorías económicas.

Como todos los ideólogos de la burguesía del XVIII, los fisiócratas partían de nociones de "derecho natural", y de "leyes de la naturaleza", dictadas por ella misma, que consideraban como algo constante e inmutable. Criticaban las condiciones existentes en la sociedad feudal como violadoras de esos "derechos naturales" y particularmente los más importantes, el derecho a la libertad personal y el derecho a la propiedad privada. En las limitaciones creadas por el régimen absoluto a la libertad de empresa, a la iniciativa privada, y en la reglamentación gubernativa de la actividad económica, los fisiócratas veían la más funesta de las violaciones de los "derechos naturales". Sólo la libertad completa en la competencia, la libertad absoluta en la iniciativa, libre de toda traba en el dominio económico, estaba de acuerdo, según ellos, con "las leyes naturales". De ahí la gran máxima de los fisiócratas: "¡Laissez faire! ¡Laissez passer!", que sin cesar propugnaban.

La doctrina de los fisiócratas expresaba, más claramente que ninguna otra ideología francesa burguesa del XVIII, los intereses de la burguesía llegada a su madurez y aspirando a

dar rienda suelta a su espíritu de empresa. Dado el nivel de la evolución económica en que se encontraba entonces Francia, era perfectamente legítimo que los fisiócratas diesen a la agricultura la preferencia sobre la industria y el comercio, y consagrasen, sobre todo, la aplicación de sus teorías a la agricultura. Estos puntos de vista fueron expuestos en la forma más acabada por el jefe de la escuela fisiocrática, Francois Quesnay (1694-1774), en su *Tableau economique* (1758) y en otras obras. Según Quesnay, el país debe estar poblado de ricos agricultores. Quesnay y su discípulo Turgot trataban de deducir de estas consideraciones teóricas de orden general, ciertas conclusiones prácticas definidas; reclamaban el abandono de la política gubernamental del trigo barato, etc. Estimaban a la vez que la plusvalía no se producía sino en la agricultura, y en modo alguno en la industria y en el comercio. Los fisiócratas querían que el capital invertido en la industria y en el comercio estuviese libre de impuestos. Como escribía Marx, "el panegírico aparente de la propiedad rural de los fisiócratas, desemboca en la negación económica y en la afirmación de la producción capitalista".¹

LA IDEOLOGÍA DEMOCRÁTICA

La propagación de las luces en tanto que ideología no constituyó jamás un todo homogéneo. La ideología de la burguesía ascendente no representaba en esa época solamente los intereses de la burguesía, sino también, en cierta medida, los del Tercer Estado entero. A la vez, las masas populares ejercían una influencia considerable en la formación de la ideología de esa época. Esta influencia era doble. Por una parte, el ímpetu revolucionario creciente de las masas populares, y su intervención cada vez mayor en la lucha social, en el curso de los años que precedieron a la Revolución contribuía a radicalizar los

¹ K. Marx. *Teoría de la plusvalía* (*El Capital*, t. IV 1ª pt. Ediciones políticas del Estado, 1955, p. 18).

puntos de vista de los intelectuales burgueses. Por otra parte, la lucha que sostenían las masas populares alimentaba esta tendencia democrática, jamás extinguida en la ideología del "Siglo de las Luces".

A partir de Jean Meslier, la corriente democrática formaba el ala izquierda del partido de las luces. Nutrida en las fuentes del movimiento popular de año en año más potente, la corriente democrática encontraba en cada etapa de la evolución social nuevos representantes.

MORELLE Y MABLY

El comunismo utópico de Morelly y Mably expresaba las aspiraciones sociales, vagas aún, del proletariado de esa época. No se sabe casi nada de la vida de Morelly. Fue tan sólo a mediados del XIX, que se averiguó que el tratado anónimo publicado en 1755, bajo el título de *Code de la Nature* era de Morelly. *La Basiliade*, novela utópica, igualmente anónima, apareció dos años antes y era también de su pluma. Morelly partía del principio de que la naturaleza humana es constante e inmutable, y que el orden social existente, lejos de responder a esta condición, está en contradicción con la naturaleza y las exigencias de la razón. Veía en la propiedad privada el mayor de los males que sufría el orden social. Sólo después de la instauración de la propiedad colectiva del suelo, que haga de la tierra y de sus frutos el bien de todos, el régimen social se hallará en armonía con el "hombre natural". En el *Code de la Nature*, Morelly describía con detalle la organización de este futuro Estado ideal.¹

El abate Gabriel de Bonnot de Mably (179-1785) exponía sus concepciones, próximas a las de Morelly. Nacido de una familia noble y uno de los hombres más cultos de su tiempo, Mably escribió en el curso de su larga existencia multitud de obras sobre temas varios y en particular sobre cuestiones mo-

¹ Última edición francesa de Morelly, *Code de la Nature*, red. e introd. por V. Volguine - "Classiques du peuple", París, 1947.

rales y políticas. Las más importantes son: *Doutes proposés aux philosophes économistes sur l'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* (1768) y *De la législation ou Principes des lois*. Mably se entregaba a una atrevida crítica de todas las instituciones sociales del régimen absoluto y feudal, y proclamaba los derechos soberanos del pueblo. Como Morelly, no se limitaba a criticar únicamente el orden social de la Francia de su tiempo, sino que atacaba todo el edificio secular, fundado en la propiedad privada. Igual que Morelly, pero con una argumentación a veces diferente, Mably demostraba que sólo la posesión en común de la tierra y la igualdad que de ello nacía, respondía a los preceptos de la naturaleza y aseguraba la felicidad de los hombres. A diferencia de Morelly, que creía que la humanidad llegaría a la edad de oro del comunismo, Mably, pesimista en este aspecto, estimaba que esta edad había pasado, mas aun juzgando al comunismo como inaccesible, preconizaba una serie de reformas, como la limitación del derecho a la sucesión, destinadas a reducir la desigualdad en el seno de la sociedad.¹

(Diferentes en esto de Meslier, que incitaba al pueblo a destruir el régimen feudal por la revolución, ni Morelly ni Mably pensaban en la lucha revolucionaria. Fundaban todas sus esperanzas de los cambios políticos y sociales en el progreso de las luces.

Pese al carácter inocentemente utópico de los puntos de vista de Morelly y Mably, la obra de estos dos escritores ocupa un lugar considerable en la evolución de las ideas sociales en Francia. Ambos eran dos pensadores adelantados a su siglo. Sus ideas eran la expresión de esa nueva tendencia democrática de la ideología avanzada del XVIII, que hallaba su continuación en la lucha violenta de clases de tiempos de la revolución, y en las ulteriores épocas de la evolución social.

¹ G. Mably. Colección completa de sus obras P. 1794.

ROUSSEAU

El más eminente representante de la ideología democrática avanzada del XVIII fue Rousseau.

Jean Jacques Rousseau (1712-1778), hijo de un relojero de Ginebra, conocía desde su infancia el trabajo ingrato, la necesidad, las humillaciones; recorrió Francia y Europa, muchas veces a pie, cambiando continuamente de oficio sin que ninguno de ellos le proporcionase dinero ni gloria; escribió libros que las autoridades ordenaron quemar en la plaza pública, y escapó a la persecución. Mas al fin de su vida atormentada, penosa y vagabunda hasta sus últimos días, es maestro espiritual de todos los jóvenes franceses avanzados. Su fama pasa mucho más allá de los límites de Francia y continúa, después de su muerte, extendiéndose y creciendo. No existe ningún otro escritor francés del siglo de las luces que haya producido tanta impresión sobre sus contemporáneos y ejercido una influencia tan honda y tan perdurable sobre las generaciones siguientes.

Y sin embargo, comparado con alguno de ellos, su legado a la posteridad parece pobre; algunos tratados: *Discours sur les sciences et les arts* (1750), *Discours sur l'origine et le fondement de l'inégalité* (1755), *Le Contrat social* (1762); dos novelas: *La nouvelle Heloise* (1760), *Emile ou l'éducation* (1762), y sus *Confessions* (1782-1789), esa es la obra esencial de Rousseau. Este balance parece modesto al lado, por ejemplo, del centenar de obras que representan la producción de Voltaire. Mas estos pocos libros, y entre ellos los pequeños tratados que constituyen la parte más importante, tenían un inmenso poder revolucionario. El origen de la influencia ejercida por Rousseau sobre sus contemporáneos, se encuentra no sólo en el talento literario del escritor, en el arte con que plantea en forma nueva los problemas fundamentales de la vida social, sino ante todo en el hecho de que al exponer sus puntos de vista sociales

y políticos, Rousseau se erige en el portavoz de los intereses de grandes masas populares y en particular de la masa aldeana.

Sometiendo a una dura crítica el sistema feudal y absoluto, y las relaciones sociales creadas por él, Rousseau se pronuncia contra la propiedad privada y la desigualdad social que ella engendra. Como la mayor parte de los pensadores sociales de su tiempo, parte de la noción del "derecho natural" y del "hombre natural". Para Rousseau, la edad de oro de la humanidad, aquella en la que se encontraba en "estado de naturaleza" y vivía conforme a las leyes naturales, era su infancia. Entonces no había propiedad privada y todos los hombres eran iguales según la naturaleza. La desigualdad no hizo su aparición sino cuando surgió la propiedad privada. "El primero que habiendo cerrado un terreno, se atrevió a decir: *Esto es mío* y encontró gentes lo bastante simples para creerlo, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, cuántas guerras y muertes, cuántas miserias y horrores hubiese ahorrado a la humanidad el que arrancando los postes que cerraban la tierra hubiese gritado a sus semejantes: "Guardaos de creer a este impostor, estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie!"¹

Estas célebres palabras de Rousseau, que hicieron enorme impresión sobre sus contemporáneos, definían claramente sus puntos de vista sobre el origen de la propiedad y su papel en la evolución social.

A diferencia de cierto número de ideólogos de la burguesía, que consideraban la propiedad como un "derecho natural" reconocido en todos los tiempos, y profesaban hacia ella un respetuoso entusiasmo, Rousseau veía en la aparición de la propiedad privada (y muy particularmente de la propiedad rústica), la primera violación de los "derechos naturales" del hombre, por vez primera así pisoteados, lo que tuvo para él consecuencias funestas. Todo el ulterior progreso de la socie-

¹ J. J. Rousseau, *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*. París 1954, p. 108.

dad, su marcha hacia la civilización, no es, según Rousseau, otra cosa que la extensión progresiva de la desigualdad, engendrando la opresión de los pobres por los ricos, de los débiles por los fuertes. El poder del Estado, al que Rousseau pone en relación con el reparto de la propiedad, está al servicio de los poseedores contra los no poseedores, y constituye contra estos un instrumento de tiranía y de opresión.

Pese a la inocencia que revelan algunos de los puntos de vista sociológicos de Rousseau (las concepciones del "estado de naturaleza", la teoría del "contrato social", etc.), es preciso reconocerlo: sus ideas comparadas con las de los otros escritores sociólogos de su tiempo, se acercan mucho más a una concepción materialista de la evolución histórica y de los trazos característicos de su dialéctica interna.

Sin embargo, aun afirmando que la propiedad privada es la causa de la desigualdad y la que engendra todas las calamidades y los males sociales, Rousseau no propone la abolición de la propiedad privada; juzga que esta medida no sería realizable dado el grado de evolución que ha alcanzado la humanidad. Hay que adaptarse a la realidad, porque la humanidad no puede retroceder hasta la etapa que cubrió en su infancia. Mas si es imposible extirpar el mal, puede aminorarse y si no acabar con la desigualdad, al menos reducirla al mínimo. Rousseau preconiza una serie de reformas en este sentido: un impuesto progresivo sobre la propiedad, la limitación de los derechos sucesorios, etc. que incumben, según él, al Gobierno.

A este programa se añade otra idea de Rousseau tan influyente en la generación que hizo la Revolución. En tanto que el ideal político de la mayoría de los pensadores del siglo de las luces era la monarquía constitucional, o incluso el "despotismo ilustrado", Rousseau reclama una forma de gobierno, republicano de preferencia, que asuma la plenitud de los poderes del pueblo. En su *Contrat social*, Rousseau ha expuesto con detalle la idea de la soberanía del pueblo.

Este programa positivo de Rousseau, la idea de la igualdad



Les fourberies de Scapin, ilustración de una plaza teatral de Molière



Sébastien Le Prestre de Vauban, retrato por Rigaud



Fénelon, por Godecharle (Museo de Bruselas)



Luis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, retrato

y de un régimen igualitario, junto a la de la soberanía del pueblo, ejerció una fecunda influencia en la obra de la revolución, de 1789 a 1794, y se convirtió en una especie de ideología oficial del jacobinismo.

El sueño de una república ideal, igualitaria, de pequeños productores, de pequeños propietarios, igualmente alejados de la riqueza que de la pobreza, gobernando la sociedad directamente o por medio de mandatarios, dóciles ejecutantes de la voluntad del pueblo soberano, era, naturalmente, una utopía. Mas este sueño de igualdad reflejaba las aspiraciones sociales de millones de hombres del pueblo, la aspiración secular del aldeano aspirando a la tierra que les había sido arrancada por los feudales, la imagen oscura e inacabada que la plebe se hacía a sí misma de otro régimen más justo. Rousseau expresaba en sus ideas estas aspiraciones sociales, que fermentaban en el fondo de las masas sin llegar todavía al ámbito de la conciencia, pero acumulando un enorme potencial revolucionario. Por eso, los sueños de igualdad de Rousseau, engendrados por el movimiento de las masas populares, y conquistando los espíritus de los campeones avanzados de la revolución y tras ellos, el espíritu del pueblo, se convirtieron en un factor de inmensa fuerza revolucionaria.

LA IDEOLOGÍA DEMOCRÁTICA LA VÍSPERA DE LA REVOLUCIÓN

La crisis revolucionaria, al marchar hacia su desenlace a una velocidad cada vez mayor en el curso de los años 70 y 80, había acentuado vigorosamente el carácter militante y ofensivo del movimiento literario del siglo de las luces, y reforzado su tendencia de izquierda democrática. En los diferentes géneros, —obras filosóficas, políticas, escritos periodísticos, obras literarias— los escritores de inspiración democrática hacían oír sus voces con fuerza y habían llevado la discusión de muchas cuestiones fundamentales más lejos que sus predecesores.

Entre los escritos salidos del ala democrática de los cam-

peones de las luces, hay, sin duda alguna, que colocar en primer rango *Les Chaines de l'esclavage*, debido a la pluma del gran pensador social, convertido más tarde en uno de los grandes hombres de la Revolución, Jean Paul Marat (1743-1793). Hijo de un pobre maestro de Suiza, Marat se consagró en su juventud al estudio de las ciencias; aprendió siete idiomas, y completó sus vastos conocimientos teóricos con una experiencia práctica bastante extendida sacada de sus numerosos y largos viajes por diversos países de Europa: Suiza, Inglaterra, Irlanda, Holanda, Francia. Sabio eminente, médico y físico, sociólogo y publicista, Marat adquiere el respeto del mundo científico de Europa (a excepción de la Academia francesa, que siempre le fue hostil), por sus investigaciones teóricas y su actividad práctica de médico, doblado de hombre de ciencia. La Universidad de Escocia le concede el grado de doctor en medicina, por su trabajo abnegado y fecundo en la lucha contra las epidemias que por aquellos tiempos asolaban los pueblos. Benjamín Franklin, Goethe y otros hombres eminentes, mencionan con alta estima los trabajos científicos de Marat.

Mucho antes de la Revolución, Marat había empezado a colocar en el primer rango la rama más importante de la ciencia, como él decía: la política. Cuando no era todavía más que un muchacho, escribía su novela epistolar *Lettres polonaises*, donde denunciaba el despotismo de Europa. En 1774 apareció en Inglaterra un violento panfleto de Marat, *Les Chaines de l'esclavage*, en el que criticaba duramente el régimen absoluto (este escrito fue publicado primero en inglés, y sólo en los comienzos de la Revolución fue editado en Francia en el idioma del original).¹ Vuelto a París en 1777, Marat, además de sus otros trabajos científicos, continúa ocupándose en cuestiones de sociología y de política y publica sólidas obras sobre estas materias.

¹ J. P. Marat, *L'Ami du peuple*, *Les chaines de l'esclavage...* París l'An premier de la Republique. La primera edición de este escrito apareció en Londres en inglés, sin nombre de autor. La primera y la segunda edición presentaban diferencias considerables.

Las "Chaines de l'esclavage", muestran en numerosos aspectos la influencia de Rousseau y de Montesquieu. Enemigo implacable del despotismo, cuya evolución sigue en sus diversos aspectos, en las etapas sucesivas de la historia de la sociedad, para exponer, en fin, un programa positivo de régimen igualitario, Marat aparece en gran parte como discípulo de Rousseau. Mas en las cuestiones esenciales va más allá. En el curso de su análisis de la evolución histórica de la sociedad, Marat se acerca a veces, sin darse cuenta, a la comprensión del papel de la lucha de clases en la evolución histórica. Comprende y subraya el papel de la violencia en los procesos de formación de los Estados, como una de sus funciones más importantes. Marat, en fin, proclamaba como la fuerza suprema, como el imprescriptible "derecho natural" de los oprimidos y de los desheredados, el de la resistencia a la opresión y, en particular, el derecho a la insurrección armada. Estas ideas de carácter netamente revolucionario, Marat las justificaba igualmente en su *Plan de legislation criminelle*.¹

Gosselin, discípulo y continuador de Rousseau, en sus *Considerations d'un citoyen adressées aux notables* (1787), buscaba igualmente, aunque en un plan un tanto diferente, llegar más allá que su maestro. Gosselin adoptaba íntegramente el programa igualitario de Rousseau, pero no paraba ahí sino que buscaba el modo práctico de realizarlo. Proponía que todos los bienes rústicos fuesen por de pronto declarados propiedad común, después repartidos por igual entre los miembros de la sociedad. La igualdad completa se encontraba así lograda, correspondiendo al Estado asegurar su rigurosa conservación. El plan de Gosselin era inocentemente utópico, pero reflejaba las aspiraciones espontáneas de las masa aldeanas a la posesión de la tierra.

La ideología democrática encontraba igualmente su expresión en escritos utópicos de una forma original y a veces semi-

¹ *Plan de legislation criminelle*. París 1790. Escrito en 1778 y publicado anónimo.

literarios. Así, Louis Sebastien Mercier (1740-1814), autor fecundo en géneros diversos, lo es de una novela utópica titulada *L'an 2440*, en la cual describe la Francia feliz y próspera del porvenir, que se suponía había realizado todas las ideas de Rousseau sobre la igualdad; una Francia de cultivadores libres, dueños de patrimonios iguales, que desconocían la pobreza y la riqueza. También se debe a Mercier un *Tableau de Paris*, aparecido en los años 80, brillante diseño de la vida en la capital francesa con sus violentos contrastes sociales, penetrada de un vivo espíritu democrático.

El escritor Rétif de la Bretonne, salido de un medio aldeano, cultivó igualmente este género de la utopía social, revestido de una forma literaria, en sus numerosas obras que propagaban las ideas niveladoras de Rousseau.

El recrudescimiento del espíritu democrático militante se manifestaba igualmente en la vida teatral del país. Se ponían en escena, con éxito invariable, piezas de una tendencia política bien definida, cuya sola aparición hubiese sido imposible algunas decenas de años antes: "Guillaume Tell" de Lemierre, un dramaturgo hoy olvidado, el "Coriolan" y la "Virginie" de Laharpe, que denunciaban el despotismo.

Los años anteriores a la Revolución vieron igualmente el triunfo del gran autor cómico francés Beaumarchais (1733-1799). Salido del pueblo, hijo de un relojero, y relojero él mismo en su juventud, Pierre Augustin Caron de Beaumarchais (recibió cartas de nobleza), adquirió fama primero por sus brillantes y satíricas "Memoires" y después por sus incomparables comedias, "Le barbier de Seville" (1775), y "Le mariage de Figaro" (1784). Estas piezas, que entraron en el patrimonio común del teatro mundial, y que continúan figurando en los repertorios, tenían por héroes a hijos del pueblo triunfando en los complicados conflictos con representantes de la aristocracia ridiculizada en la escena.

Así, la literatura del siglo de las luces era, en todas sus tendencias, la expresión de la ofensiva ideológica de la burgue-

sía ascendente y de las masas populares; desacreditaba y refutaba las ideas y las creencias, los conceptos jurídicos, la moral, las tradiciones de la sociedad feudal. A las viejas teorías, ideas e instituciones socialmente reaccionarias, la burguesía montante y las masas populares que la seguían en la lucha contra el feudalismo oponían su nueva ideología, fundamentalmente progresiva y revolucionaria para aquel tiempo.

Este grandioso movimiento de refundición de los conceptos manidos y arcaicos reaccionarios, de revisión de valores, de movilización ideológica de masas para la próxima lucha revolucionaria, tomaba la forma de un bombardeo ideológico del régimen absoluto y feudal, de una amplitud y de una eficacia hasta entonces desconocidas. Tal era el proceso de la preparación ideológica de la Revolución.

CAPITULO

III

La situación revolucionaria

AGRAVACIÓN DE LA CRISIS DEL RÉGIMEN FEUDAL Y ABSOLUTO

En tanto que la atmósfera social se recalentaba cada vez más en Francia, y que signos cada vez más numerosos presagiaban la explosión revolucionaria inminente, las clases privilegiadas y la corte continuaban una política que no podía sino precipitar el desastre.

Al advenimiento de Luis XVI (1774), los negocios del reino se hallaban ya en un estado suficientemente deplorable.

Luis XV, a quien se atribuía la famosa frase "Après moi, le deluge", había dejado a su sucesor un Tesoro vacío y deudas considerables. El hambre reinaba en todo el país, y las revueltas populares provocadas por la carestía del trigo ("la guerre de farines") habían tomado en 1775 proporciones amenazadoras.

Luis XVI comenzó su reinado con tentativas reformadoras, pero las primeras medidas en ese sentido adoptadas por su

ministro Turgot, y después por Necker, tropezaron con la decidida resistencia de la nobleza y de los grandes de la corte, que no querían ceder ni lo más mínimo de sus privilegios. El rey se vio obligado a licenciar a Turgot en 1776, que era el más firme en sus intenciones reformadoras, y más tarde, en 1781, el prudente Necker hubo también de tomar el camino de la jubilación. La mayor parte de las reformas ya efectuadas fueron abolidas, y no sólo las cosas volvieron a su antiguo estado, sino que la política del gobierno tomó una orientación aún más reaccionaria.

Los terratenientes, cuyas rentas, incluso explotando a los campesinos con la máxima codicia, no llegaban a cubrir el déficit de sus gastos cada vez mayores, buscaban el modo de saciar su sed creciente en los elementos de la acción revolucionaria.

En el transcurso de los últimos decenios que precedieron a la revolución, volvieron a ponerse en vigor ciertos derechos y privilegios feudales olvidados desde la Edad Media, que los nobles exhumaron del polvo de sus archivos, para encontrar un fundamento jurídico con el fin de extorsionar nuevos ingresos de los labradores. Este recrudecimiento de la reacción feudal, que no hizo otra cosa que echar aceite sobre el fuego de la lucha de los labradores contra los señores, se produjo justamente en el curso de los años en los que la revolución se encontraba ya en puertas.

Es de suponer que el gobierno adoptó expresamente las medidas susceptibles de exagerar la indignación de la burguesía y del pueblo. En 1781, promulgó una ley en virtud de la cual nadie podía ser ascendido al grado de oficial sin probar los "cuatro cuarteles de nobleza".¹ El gobierno creaba obstáculos inmensos para impedir el desarrollo de la industria. Así, una ordenanza real fechada en 1784 prescribía que los chales fabricados en el reino debían ser igual de anchos que largos. Las autoridades se ingerían también en los asuntos agrí-

¹ L. Mention, *L'armée de l'ancien régime*, P. 1900.

colas, pero no para defender al campesino contra las exacciones del señor; al contrario, imponían al labrador métodos absurdos y molestos, para los trabajos agrícolas. Así, por ejemplo, el Parlamento de París, en 1786, prohibió la cosecha del centeno con hoz.

La política exterior de la monarquía francesa también suscitaba el descontento de la burguesía. En 1786, el gobierno concluyó un tratado de comercio con Inglaterra, que acordaba ciertas ventajas a la viticultura francesa, pero que abría el mercado a las mercancías inglesas a bajo precio, lo cual tuvo una influencia desastrosa en la industria francesa. En opinión de un contemporáneo, que escribía en 1789, dicho tratado quizás enriqueciera “a nuestros bisnietos”, pero mientras tanto “había privado del pan a quinientos mil obreros del reino, y conducido a la quiebra a diez mil casas de comercio.”¹

LA SITUACIÓN SE HACE REVOLUCIONARIA

La corte, la aristocracia, la nobleza, manifestaban cada día más abiertamente los signos de la profunda corrupción que invadía por todas partes al régimen absolutista. El rey, espíritu débil, lleno de duplicidad y falsedad, para ahorrarse las preocupaciones de los asuntos de Estado, los dejaba en manos de la frívola María Antonieta. Los hermanos del rey intrigaban contra él a sus espaldas. La reina, ávida de distracciones, se comprometía, y desacreditaba a la monarquía. Poco antes de la revolución estalló el escandaloso “asunto del collar”, en el cual figuraba como acusado el cardenal de Rohan, pero donde también se encontraba mezclado el nombre de la reina. Incluso después de la crisis industrial y comercial, iniciada en 1787, y de las malas cosechas que al mismo tiempo afligieron al país, con lo cual se agravaron al máximo el hambre y la miseria de las masas trabajadoras, la corte y los órdenes privi-

¹ C. Bloch, *Le traité de commerce entre la France et l'Angleterre*, 1786, P. 1908.

legiados, sin preocuparse del mañana, continuaban disipando sus ingresos y su dinero en distracciones, bailes y festines.

Esta política de prodigalidad ruinosa, desproporcionada con respecto a las entradas del Tesoro, acrecentó rápidamente el déficit del presupuesto. Calonne y Loménie de Brienne, ministros de finanzas de Luis XVI, continuaron gastando como antes, enfrentándose a las necesidades corrientes mediante nuevos empréstitos. En 1789, la deuda pública había alcanzado el total monstruoso de 4,500 millones; ya no había dinero para servir a los intereses de la deuda, y era imposible contratar nuevos empréstitos. Nadie daba crédito al Tesoro agotado; el Estado se encontraba al borde de la bancarrota.¹

En esta situación sin salida, el rey, aconsejado por Calonne, convocó en 1787 la asamblea de notables — príncipes, duques, pares y otros representantes de la nobleza, escogidos por el rey.² Para dominar la crisis financiera, Calonne propuso una reforma del sistema fiscal, cargando una parte de los impuestos a la nobleza y a la clerecía. Pero por más modesta que esta medida fuese, suscitó la indignación de los órdenes privilegiados, que no querían pagar nada. La nobleza, defensor de la monarquía, fue la primera en demostrar su indocilidad al rey. Este conflicto abierto entre la corte y la nobleza fue el primer síntoma de la crisis que en la época agitó a las capas superiores de la antigua sociedad.³

El rey disolvió la asamblea de notables, y bajo la amenaza de una catástrofe financiera así como de crecientes revueltas populares, volvió a llamar a Necker en 1788 y consintió en convocar los Estados Generales — asamblea de los tres órdenes, que no había sido reunida desde 1614. Dichos Estados tenían como misión encontrar los medios y las fuentes necesarias pa-

¹ Braesch, *Finances et monnaie révolutionnaire*, P. 1937; M. Marion, *Les impôts directs sous l'ancien régime principalement au XVII^e siècle*, P. 1910.

² En la asamblea de notables figuraba igualmente un pequeño número de representantes del Tercer Estado.

³ J. Egret, *La révolution des notables. Mounier et les Monarchiens*. P. 1950.

ra vencer la crisis financiera. La apertura de los Estados había sido fijada para mayo de 1789. Obligado a tener en cuenta el descontento creciente del Tercer Estado, y no contando ya con el apoyo de los órdenes privilegiados, el rey consintió en acordar al Tercer Estado una representación doble. Pero la cuestión, muy importante desde el punto de vista práctico, de saber si se votaría en los Estados Generales, por orden o por cabeza, quedaba aún por contestar.

La preparación de las elecciones, y las elecciones para los Estados Generales, se celebraron en mayo de 1789, en el momento en que la crisis del sistema feudal y absolutista había alcanzado su paroxismo y precipitado la maduración de todos los elementos de una situación revolucionaria.

En 1787-1789, la crisis del comercio y de la industria había provocado, combinada con la crisis financiera, el estancamiento total de los negocios, el cierre de numerosas empresas, el paro en la construcción y gran número de desocupados en las ciudades.¹ Este marasmo coincidía con las calamidades naturales que habían caído sobre la agricultura. La cosecha del verano de 1788 había sido mala y aun las pobres mieses medio maduras en los campos habían sido barridas por los huracanes, que acompañados de violentas granizadas habían asolado casi toda Francia el 13 de julio de 1788. La masa campesina se hallaba condenada al hambre. A ese verano desastroso, sucedió un invierno rigurosísimo; el termómetro descendió hasta 18 grados Reaumur bajo cero, numerosos ríos se helaron, y se perdieron los viñedos.

Las masas populares de los campos y de las ciudades sufrían del hambre y de la miseria como nunca desde hacía muchísimos años. La mortalidad alcanzó una cifra excepcionalmente elevada.

¹ Ver F. Potemkine, *Lacrise économique de 1787-1789*, t. VI, 1940; E. Labrousse, *La crise économique française a la fin de l'ancien régime...*, t. I. P. 1944; Ch. Schmidt, *Le crise industrielle de 1788*, en *Revue historique*, 1908, t. XCVII, etc.

A finales de 1788 y principios de 1789, las insurrecciones campesinas estallaron en varias provincias. En marzo y en abril adquirieron proporciones amenazadoras. Al mismo tiempo, las revueltas de la plebe, comenzaron a surgir en varias ciudades de Francia, en Lille, Cambrai, Dunkerque, en el mediodía en Marsella, Toulon, Aix, etc. El pueblo reclamaba pan y subsistencias a precios asequibles.

El 27 y el 28 de abril de 1789, los obreros de París, principalmente los del barrio de St. Antoine, entraron a saco en la casa del propietario de una fábrica, Reveillon, y en la de otro industrial, Henriot. Las autoridades echaron a la tropa contra los amotinados. Los obreros opusieron fuerte resistencia defendiéndose a pedradas, y muchos de entre ellos fueron muertos. En provincias, las revueltas de obreros continuaron en mayo y en junio.

El país entero estaba entregado a una fiebre revolucionaria. No hay que decir que el hambre, la miseria del pueblo y el general descontento, así como las crisis industrial, comercial y agraria de 1787-1789 que las provocaban, no eran sino las naturales consecuencias de la crisis del régimen absoluto y feudal.

Las elecciones a los Estados Generales y la redacción de los cuadernos de quejas, tuvieron lugar en una atmósfera de intensa fermentación social.

Pese al hecho de que la mayoría de los cuadernos que se referían a las reivindicaciones aldeanas no podían haber sido redactados por los mismos campesinos (aun cuando sólo fuese porque eran analfabetos), traducían en sus textos el odio al feudalismo y las quejas que les arrancaba el peso abrumador de la fiscalización de todo orden que les agobiaba.

Los cuadernos de la burguesía reclamaban amplias reformas políticas, la abolición de la división de la sociedad por órdenes, la abolición de las limitaciones impuestas al comercio y a la industria y la concesión de derechos políticos que le abriesen el acceso al poder. Aspirando al papel de directora de

la nación, la burguesía hablaba en nombre de la totalidad del Tercer Estado, subrayando que constituía en realidad toda la nación.

París y las ciudades de provincias estaban inundadas por el diluvio de panfletos, anuncios, proclamas que hacían las veces de diarios entonces casi inexistentes. Más de 2500 folletos fueron publicados sólo en diciembre de 1788. Eran leídos ávidamente, se discutía sobre ellos y surgían disputas. Todos esperaban grandes cambios y ponían sus esperanzas en la reunión de los Estados Generales.

Los incendios y las revueltas campesinas continuaban aún, los obreros del barrio de St. Antoine acompañaban aún a sus camaradas al cementerio. Habían caído en las revueltas del asalto a la fábrica de Reveillon. En ese ambiente empezaron a reunirse en París los diputados de los Estados Generales, cuya convocatoria había suscitado tantas esperanzas.

APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES

El 5 de mayo de 1789, en la sala de Menus Plaisirs del palacio de Versalles, tuvo lugar la apertura de los Estados Generales. Los diputados de la nobleza y del clero con sus atuendos de ceremonia, cuajados de bordados en oro, habían tomado asiento a los dos lados del trono real. Los diputados del Tercer Estado, modestamente vestidos de negro, ocupaban el fondo de la sala. Bastaba esa profunda diferencia en los trajes y en el lugar que ocupaban en la sala, para marcar la situación privilegiada de los dos primeros órdenes.

El discurso del rey, cuya entrada había sido saludada con aplausos unánimes, no justificó las esperanzas que en él se habían depositado. No dijo una sola palabra de reformas y exhortó a los Estados a "rechazar con indignación las innovaciones peligrosas". La exposición de Necker confirmó esa sensación desilusionante. El ministro, popular entre el Tercer Estado, guardando silencio sobre todos los problemas apremian-

tes, se abstenía de expresar su opinión sobre la verdadera situación del país y sobre la misión de los Estados Generales. La primera sesión acabó sin haberse proyectado la menor luz sobre ninguno de los problemas que apasionaban a la Asamblea y a Francia.¹

Al día siguiente, los Estados Generales debían proceder a la verificación de los poderes de los representantes. El modo de verificar esta operación estaba estrechamente unido a otra cuestión: la del voto por orden o la del voto por cabeza. ¿Había que votar por orden o por mayoría de votos? Esta cuestión tenía una importancia esencial, no sólo práctica, sino de principio.

Los diputados de la nobleza y los representantes del alto clero buscaban —como se concibe fácilmente—, conservar la división de los Estados Generales por órdenes, votando a parte, como en los antiguos tiempos. Este modo de votación les aseguraba una mayoría de dos a uno frente al Tercer Estado.

Cuando el 6 de mayo por la mañana los representantes del Tercer Estado se presentaron de nuevo en la Sala, vieron que los diputados del primero y del segundo orden se habían organizado ya en cámaras distintas —reuniéndose en salas diferentes, y procediendo a la verificación de los poderes por separado. Inclinar-se ante ello, era admitir que subsistía la antigua división por órdenes, y reducir al Tercer Estado, representante de la inmensa mayoría de la nación, a no ser sino el tercio de los Estados Generales. El conde de Mirabeau, diputado del Tercer, denunció este peligro e invitó al Tercer Estado a mantenerse firme sobre la verificación en común de los poderes.

El diálogo y los tratos entre los representantes de los tres órdenes se prolongaron mucho tiempo. La nobleza se mostraba intransigente y se negaba a toda concesión. Mas no reinaba tanta unanimidad en el seno de los miembros del clero. Los curas de parroquias, el bajo clero, estaban deseosos de llegar a un acuerdo con el Tercer Estado. A propuesta del clero, los comisarios

¹ Ver *Journal des Etats Generoux convoqués par Luis XVI le 27 abril 1789*, no. 1.



El barón de Montesquieu, retrato por Cochin



Voltaire, grabado de la época



Jean-Jacques Rousseau, retrato por Gleyre



La habitación de Rousseau en la isla de Saint-Pierre

designados por cada uno de los tres órdenes fueron encargados de hallar una fórmula de conciliación. Mas la nobleza se negaba a formular el menor abandono de sus antiguos privilegios y se oponía a todo diálogo.

Había transcurido más de un mes desde la apertura de los Estados: el país, que seguía con intensa atención los sucesos de Versalles, empezaba a dar signos de impaciencia. Los parisenses que venían a Versalles para ver las sesiones y llenaban las galerías de la inmensa "Salle des Menus", expresaban tumultuosamente sus simpatías por los elegidos del pueblo y les incitaban a la acción mediante apóstrofes audaces. No era posible seguir vacilando. El pueblo exigía de los diputados del Tercero, decisión y valentía. La Asamblea del Tercer Estado, animada por el apoyo del pueblo y estimulada por su intensa agitación política, adquirió la convicción de que sólo la audacia era capaz de resolver el conflicto que venía arrastrándose y que podía convertirse en peligroso.

El 10 de junio, ante la propuesta del abate Sieyés, la Asamblea del Tercer Estado decidía proceder a la verificación de los poderes de los diputados de los tres órdenes. La nobleza y el clero eran invitados a reunirse con el Tercer Estado, y se declaró que los diputados que no se presentasen para someterse a la verificación, serían considerados excluidos.¹

De esta decisión valiente vino la solución. El 13 de junio, cierto número de diputados del bajo clero vinieron a unirse a los Comunes y se supo que otros representantes del clero, e incluso algunos de la nobleza, se hallaban presa de graves vacilaciones.

Al tomar esta decisión, la Asamblea del Tercero subrayaba de hecho que se consideraba la única mandataria legítima de la nación entera. Varios diputados, que habían adquirido una influencia cada día mayor sobre la Asamblea, Mirabeau, Sie-

¹ Ph. J. B. Buchez y P. C. Roux, *Histoire parlementaire de la Revolution française*, o diario de las asambleas nacionales desde 1789 hasta 1815. t. 1-40, P. 1834, 1848.

yés, el abogado bretón Le Chapelier, Barnave, habían expresado ya antes esta idea, pero ahora, era el Tercer Estado quien asumía la responsabilidad de verificar la legitimidad de los poderes de todos los diputados de los Estados Generales, y se dividía en 20 secciones para proceder a este examen, elegía su presidente y declaraba identificados sus derechos con los derechos de toda Francia. Esta situación nueva exigía una nueva expresión jurídica.

PROCLAMACIÓN DE LA ASAMBLEA NACIONAL

Tras largas vacilaciones y discusiones, esta expresión fue hallada. El 17 de junio, la Asamblea del Tercer Estado se proclamaba Asamblea Nacional. Se convertía por ese hecho en representante y órgano legislativo supremo del pueblo francés entero. Este acto atrevido produjo inmensa impresión. En el acto, el bajo clero decidió sumarse a la Asamblea Nacional. Pero el rey, la corte y la nobleza, alarmados por esta decisión revolucionaria, se apresuraron a tomar sus medidas de defensa. El 20 de junio por la mañana, cuando los diputados de la Asamblea Nacional llegaban como de costumbre a la Salle des Menus, encontraron cerradas las puertas y el edificio guardado por la tropa. Con el pretexto de la convocatoria de una sesión real, Luis XVI había ordenado prohibir el acceso a la Sala, poniendo así a la Asamblea en la imposibilidad de continuar sus deliberaciones.

EL JURAMENTO DEL JEU DE PAUME

Los diputados y la masa del pueblo mezclada con ellos, que manifestaban tumultuariamente su indignación, no estaban dispuestos a someterse a este acto arbitrario del poder. Llovía a cántaros desde por la mañana. Se lanzaron a la busca de un local y no sin dificultades, se encontró, al fin, una sala completamente vacía, pero muy amplia que en tiempos había ser-

vido para el juego de pelota. La Asamblea Nacional, rodeada del pueblo, exhortaba a los diputados a resistir valientemente a la arbitrariedad del poder real. La conciencia del peligro, la amargura por la humillación reciente, la ardiente simpatía de la muchedumbre parisiense que les rodeaba, exaltó a los diputados burgueses. Uno de ellos propuso que todos los miembros prestasen juramento de no separarse, cualesquiera que fuesen las circunstancias, hasta que la Constitución fuese establecida. La Asamblea adoptó solemnemente el texto del juramento que en el acto fue redactado.

Mas en la sesión real del 23 de junio, ante los representantes de los tres órdenes, Luis XVI declaró nulas todas las decisiones de la Asamblea Nacional, inválida ella misma, y ordenó a los diputados volver a dividirse en órdenes y deliberar en salas separadas.

¿Había que someterse sin protesta a esta orden real? En el curso de un mes largo de lucha, los diputados burgueses habían adquirido un aplomo y una valentía extraordinarios. Cuando el rey y los dos órdenes primeros abandonaron la Sala, el astrónomo Bailly, elegido en los comienzos de junio presidente de la Asamblea Nacional, declaró abierta la sesión. Al gran Maestro de Ceremonias, el marqués de Brézé, que invitaba a los diputados a obedecer a la decisión regia, respondió el apóstrofe indignado de Mirabeau: "Id a decir a los que os envían, que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos de aquí, más que por la fuerza de las bayonetas".¹ Brézé se retiró y la sesión continuó. A propuesta de Mirabeau, la Asamblea proclamó inviolables a sus miembros, y declaró criminal de Estado a quienquiera que atentase contra sus derechos.

El 23 de junio, la monarquía había sufrido una derrota y la Asamblea Nacional había logrado una victoria considerable. Los efectos se hicieron sentir desde el día siguiente, 24 de ju-

¹ Ph. J.-B. Buchez y P. C. Roux, *Histoire parlementaire de la Revolution française*, París, p. 22.

nio, en el que la mayoría del clero vino a unirse a la Asamblea. Este ejemplo fue poco a poco seguido por los otros diputados del clero y por los nobles. El rey se vio obligado a sancionar la reunión de los tres órdenes en el seno de la Asamblea Nacional, nacida contra su voluntad.

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

El 9 de julio, la Asamblea Nacional se proclamó Asamblea Constituyente, subrayando con ello que su misión era fundar el nuevo régimen y poner las bases constitucionales. Mirabeau, que esos días se mecía en sueños ilusos, exclamaba que sería glorioso para Francia que "esta gran Revolución no cueste a la humanidad ni daños ni lágrimas". Quería evitar la intervención del pueblo y la temía. Mas no preveía entonces, que de hecho la revolución no había aún comenzado. Francia no había hecho sino traspasar el umbral.

CAPITULO

IV

El principio de la Revolución
La dominación de la gran burguesía

1. TOMA DE LA BASTILLA. PRIMER ACTO DE LA REVOLUCION

EL ÍMPETU REVOLUCIONARIO EN PARÍS Y EN PROVINCIAS

El país entero seguía emocionado la lucha entablada en Versalles. El pueblo de París y el de las otras grandes ciudades de Francia estaba en un estado de efervescencia permanente. Se arrancaban de las manos los diarios, los innumerables folletos y libelos, que por todas partes aparecían en aquellos meses. Todo el mundo se apasionaba por la política, y las gentes vivían en la impaciente espera de un cambio. Reuniones públicas improvisadas tenían lugar en las plazas y en los bulevares de París. Oradores desconocidos pronunciaban arengas inflamadas en honor de la libertad y relatando las últimas noticias

de Versalles, o haciendo en voz alta la lectura de las gacetas. Ese estado de espíritu del pueblo se había contagiado a la guarnición de París. Los soldados fraternizaban en las calles con los parisienses. Se fundaban nuevas organizaciones políticas. Los electores decidieron vivir en reunión permanente. A fines de junio, el movimiento se extendía igualmente al pueblo de Lyon. Los obreros lioneses tomaron el poder por poco tiempo, y enarbolaron la bandera roja en el ayuntamiento.

En Versalles, desde el mes de junio, los diputados burgueses de la Asamblea Nacional habían creado el primer club político, fundado por un grupo de representantes de la Bretaña y que por esa razón se llamaba el Club Bretón. Los diputados más conocidos de la Asamblea no tardaron en formar parte del mismo, y a finales de junio el club contaba ya con más de 150 miembros.

El rey y su corte veían con irritación y alarma el desarrollo de los sucesos. Mas, lejos de juzgar su causa perdida, se preparaban de nuevo a asestar el golpe decisivo.¹

El gobierno concentraba tropas en París y en Versalles, reemplazando las unidades poco seguras por otras fieles a la corte. Los parisiense y los diputados observaban con inquietud estos preparativos, en los que veían, con razón, una amenaza para la Asamblea Nacional. El 12 de julio se esparció por París la noticia de que la víspera, el rey había despedido a Necker, ordenándole abandonar inmediatamente el reino.

Esta noticia provocó una explosión de ira. La burguesía veía en el despido de Necker y en la concentración de fuerzas en París el signo de que las fuerzas contrarrevolucionarias pasaban a la ofensiva. Entonces el pueblo, espontáneamente, se preparó para la lucha. Los parisienses se reunieron en masas en calles y plazas; el 12 de julio por la tarde, las primeras colisiones con las tropas fueron inevitables.

¹ Ver R. Sagon, *La tentative de contre-revolution, juin-juillet 1789. Revue d'histoire moderne*. 1906, t. VIII.

EL PRINCIPIO DE LA REVOLUCIÓN

El 13, desde por la mañana, sonaba la alarma en París. Artesanos y jornaleros, obreros y pequeños comerciantes, mujeres y viejos, armados de puñales y pistolas, de hachas y piedras, se precipitaban a las calles. Ante la presión de la masa sublevada, las tropas retrocedían de barrio en barrio; una parte de los soldados se pasó a la revolución.- En las armerías y en los Inválidos, el pueblo se ampara de unas docenas de miles de fusiles. La insurrección armada se extiende y aumenta por horas: a la caída de la tarde, la mayor parte de la capital está en manos de la revolución.

El 13 de julio, los burgueses, electores de distritos de París, constituyen un comité permanente, que más tarde forma la Comuna, o municipalidad de París. El comité decide el mismo día crear una milicia cívica, fuerza armada de la revolución burguesa, llamada a defender no sólo las conquistas de la revolución, sino también la propiedad burguesa.

EL 14 DE JULIO

Mas la lucha estaba aún lejos de estar decidida. Las ocho torres de la Bastilla, esa odiosa y peligrosa fortaleza-prisión, continuaban dominando al París sublevado. Desde ellas, las bocas de los cañones apuntaban al barrio de St. Antoine, el barrio de los artesanos y de los obreros parisienses. Con su doble tendido de fosos profundos, sus puentes levadizos levantados, la Bastilla defendida por numerosa guarnición parecía representar la ciudadela indestructible del absolutismo.

¿Quién lanzó el primer llamamiento de marcha sobre la Bastilla? Los historiadores han atribuido ese honor al joven Camille Desmoulins, entonces periodista oscuro. Pero ni Desmoulins, uno de los oradores que exhortaron ardientemente al pueblo a luchar por la libertad, ni ningún otro de los hombres

políticos burgueses dirigía, ni podía dirigir, la acción del pueblo. En esta insurrección popular, el instinto revolucionario de las masas se revelaba más justo que todas las tentativas de dirección por parte de los burgueses. Se vió que un destacamento de dragones reales se dirigía hacia la Bastilla. El pueblo se precipitó hacia la fortaleza. El Comité permanente, tratando de hallar un compromiso pacífico, envió parlamentarios al gobernador de la Bastilla, de Launay.

LA TOMA DE LA BASTILLA. VICTORIA DE LA REVOLUCIÓN

El pueblo estaba plenamente confiado en su fuerza y en la fuerza de la revolución. Marchó al asalto de la Bastilla. El tiroteo se desató desde el alto de las torres. Corrió la sangre, mas eso no hizo sino atizar el fuego del furor popular. Se franquearon los fosos. Se rompe a cañonazos las cadenas del puente levadizo. Cae éste, y el pueblo se precipita en la fortaleza; de Launay muere, la guarnición se rinde. ¡La Bastilla está tomada!

Por la tarde y por la noche, en las plazas y boulevares de París iluminado y engalanado, el pueblo festeja su victoria con cantos, bailes y abrazos fraternales.

El 13 y el 14 de julio, la fuerza decisiva, las masas populares, han entrado en la lucha. Es el principio de la revolución. La toma de la Bastilla es su primera victoria.

En esta etapa inicial de la revolución, el Tercer Estado entra como un solo bloque en la lucha contra el régimen feudal y el absolutismo. En la insurrección popular del 13 y el 14 de julio tomaron parte obreros y mercaderes, artesanos y manufactureros, pequeños comerciantes y periodistas, músicos de las calles y ricos abogados. Gentes de profesiones, condiciones y situaciones diversas, pero confundidos en las filas del Tercer Estado, puesto que todos estaban igualmente privados de derechos políticos, y unidos en un mismo ardor revolucionario, contra el absolutismo aborrecible.

Fueron, sin embargo, las gentes del pueblo las que desempeñaron el papel decisivo en la lucha armada del 14 de julio. Entre los vencedores de la Bastilla, sobre los que se poseen datos y detalles, figuran 51 carpinteros, 45 ebanistas, 28 zapateros, 28 jornaleros, 27 escultores, 23 obreros por horas, 14 taberneros, 11 grabadores, 9 joyeros, 9 sombrereros, 9 sastres, 9 marmolistas, 9 tableteros, 9 tintoreros y algunos mercaderes. Aun admitiendo que esta lista por profesiones de los hombres que tomaron parte en la toma de la Bastilla fuese incompleta, no deja de mostrar que la mayoría de los combatientes del 14 de julio eran obreros y artesanos.

La gloriosa jornada del 14 de julio se convirtió en fiesta nacional del pueblo francés. En el curso de los años sombríos de la ocupación fascista, los patriotas franceses marcaban el aniversario del 14 de julio por un llamamiento a la lucha contra la Bastilla del hitlerismo. Y en nuestros días, el pueblo de Francia celebra esa fecha memorable, expresando su resolución de luchar por la libertad, por el progreso y la grandeza de Francia.

LAS FUERZAS ACTIVAS DE LA REVOLUCIÓN

La Revolución había tenido un principio feliz, y había logrado con relativa facilidad y tan rápidamente su primera victoria sobre el absolutismo, gracias sobre todo, a la unanimidad del pueblo francés en su resolución revolucionaria. La revolución había unido para la lucha contra el yugo feudal y el absolutismo a todos los elementos heterogéneos desde el punto de vista de clase del Tercer Estado, es decir, la inmensa mayoría de la nación.

Existían diferencias esenciales entre las clases y los grupos de clases que constituían el Tercer Estado. Esas diferencias no provenían solamente del lugar y del papel que desempeñaban en la producción, del grado de su prosperidad material, de su manera de vivir, etc., sino, además, de los objetivos y de los

fines que perseguían con la revolución. Sin embargo, a pesar de las diferencias, a pesar de las contradicciones nacientes entre la burguesía y las masas populares, en esta etapa inicial de la revolución y con la comunidad de intereses y de objetivos que les unía para combatir al enemigo común, eran netamente los más fuertes.

Las masas populares, es decir, los campesinos y el pueblo de las ciudades, han jugado un papel importantísimo en la revolución; fueron el ejército activo. Fueron su participación fecunda en la revolución, su decisión, su ardor, su audacia, su espíritu de sacrificio y en fin, el poder efectivo de esta masa en marcha, lo que dió a la revolución su fuerza y su ímpetu. Desde la etapa inicial, la participación de las masas populares ejerció una influencia considerable, y a veces decisiva, en el curso de la revolución, precipitando su desencadenamiento y su impulso. La participación fecunda de las masas populares en la revolución fue la que dio a la Revolución francesa del siglo XVIII un carácter burgués y democrático.

La burguesía, sin embargo, fue en esa época la clase dominante y dirigente de la revolución. La burguesía era una clase joven, históricamente progresiva y revolucionaria. A diferencia de la revolución inglesa del XVII, en la que la burguesía buscó ante todo el apoyo y la alianza con la nobleza aburguesada para abatir al régimen absoluto, en la revolución francesa del XVIII la burguesía hace alianza con el pueblo para luchar contra el mismo enemigo.

En la ulterior evolución del proceso revolucionario, a medida que la revolución prosigue por grados su marcha ascendente, se vio en diferentes etapas a varios grupos de la burguesía separarse, uno tras otro; se transformaban primero en una fuerza conservadora, después contrarrevolucionaria. Los elementos burgueses que no habían aún agotado su potencial revolucionario, y a quienes quedaba todavía una fuerza social de progreso y de revolución, venían a sustituirles. Pero de eso hablaremos más tarde.

EL INICIO DE LA EMIGRACIÓN CONTRARREVOLUCIONARIA

La noticia de la toma de la Bastilla tuvo una repercusión terrible en toda Francia y en Europa. En la noche del 16 al 17, el conde de Artois, hermano del rey, y varios otros personajes de la corte, abandonaron precipitadamente Francia. Habían comprendido la derrota de la corte y el hundimiento de los planes encaminados a acabar con la Asamblea. La alta aristocracia siguió su ejemplo. Era el comienzo de la emigración contrarrevolucionaria y de la traición nacional.

También el rey reconoció la derrota. Volvió a llamar a Necker y se dirigió a París acompañado de una delegación de la Asamblea Nacional, sancionando así la victoria del pueblo. Durante algún tiempo todavía, el pueblo victorioso hizo sentir su fuerza en París mediante asonadas y actos aislados de violencia. El prevoste de los mercaderes Flesselles, que durante el ataque a la Bastilla adjuraba al Comité permanente de llegar a toda costa a un acuerdo pacífico con de Launay, y que en vez de fusiles había entregado a los parisienses cajas de ropas, hubo de pagar su perfidia y fue asesinado por el pueblo. El consejero de Estado Foulon, particularmente odiado —“había querido humillar al pueblo: había dicho yo le haré comer hierba”,¹— había sido ahorcado en la “lanterne”. Suerte parecida corrieron algunos otros enemigos del pueblo y de la revolución. En una canción muy en boga en aquella época, el pueblo celebraba el “farol mágico”, en el que los traidores a la causa encontraban, al fin, su merecido.

LA REVOLUCIÓN MUNICIPAL

La revolución, victoriosa en París, se extendió como una ola poderosa sobre todo el país. En las ciudades como en las aldeas, a la primera noticia de la toma de la Bastilla el pueblo

¹ Buchez y Roux, op. cit.,; t. 2 p. 147.

se lanzó a la calle, las autoridades fueron destituidas y reemplazadas por municipios elegidos, compuestos en su mayoría por representantes de la burguesía.

Este movimiento general, que se propagó en julio y agosto por todas las ciudades y villas de Francia, recibió el nombre de "revolución municipal".

En buen número de ciudades fue acompañado por la destrucción de las Bastillas locales —prisiones, ayuntamientos y otros edificios odiosos al pueblo. En Estrasburgo, donde las revueltas populares comenzaron el 19 de julio, fue arrasada la casa del alcalde y los despachos de los consumos. Como quiera que los regidores se resistiesen a la institución de los nuevos poderes, estalló la insurrección y los obreros se lanzaron a la calle armados de hachas y de martillos, y desempeñaron un papel decisivo en la contienda. Los regidores se apresuraron a decretar la baja del precio del pan y de la carne. Mas esta concesión no les salvó. El pueblo se sublevó por segunda vez el 14 de agosto, y la antigua magistratura hubo de ceder el puesto a la nueva municipalidad elegida por el pueblo.

En Troyes, la lucha adquirió un carácter de clase aún más agudo. Las manifestaciones en las calles habían comenzado el 16 de julio, apoyadas por las sublevaciones de los campesinos de los alrededores. El 20, los grupos de campesinos armados de hoces, biellos y cadenas, irrumpieron en la ciudad, donde fueron expulsados por la guardia nacional burguesa, organizada a toda prisa. Mas a partir de mediados de agosto, los elementos plebeyos y democráticos volvieron a ser dueños de la calle. El 19, el pueblo sublevado invadió el Ayuntamiento, se apoderó de las armas que allí había, echó a los regidores y eligió nuevo municipio. También se apoderó del depósito de sal, y esta mercancía fue puesta a la venta a precio fijo. El 9 de septiembre, el pueblo mató y destrozó al alcalde que detestaba, asaltó su casa, así como las de otros servidores de las autoridades caídas. Sólo a fines de septiembre, la burguesía local logró volver a tomar en manos el poder.

En Amiens, en Cherburgo, en Rouen, el pueblo era igualmente dueño absoluto de la calle. En algunas ciudades, el paso de los poderes a las autoridades locales se efectuó sin colisiones graves. En algunos puntos, los nuevos municipios formados por representantes de la burguesía, se fusionaron voluntariamente con los anteriores magistrados. Mas en todas partes, desde el 14 de julio, el poder se hallaba ya en manos de la burguesía, que en la mayoría de las ciudades procedía, a la vez que instauraba las nuevas autoridades, a formar y organizar su propia fuerza armada, la guardia nacional, opuesta, no sólo al régimen feudal y absoluto, sino también a las clases pobres de las ciudades y de los campos.

LAS INSURRECCIONES CAMPESINAS

En julio, agosto y septiembre, violentos movimientos campesinos se produjeron en las más diversas provincias de Francia. Estos trastornos habían ya tenido lugar en la primera mitad de 1789, mas después del 14 de julio adquirieron una amplitud enorme. Los campesinos dejaron de pagar las rentas y cargas feudales, quemaron los archivos donde los nobles conservaban los "títulos" que acreditaban sus "derechos", y en no pocos lugares incendiaron los castillos.

En la región de Belfort y de Vesoul, las insurrecciones campesinas estallaron el 16 de julio, antes incluso de que fuese conocida la toma de la Bastilla, mas a fines de julio y en agosto, cuando llegaron noticias de los sucesos de París, el levantamiento se extendió a toda la Lorena. En el Franco-Condado, las insurrecciones comenzaron el 20 de julio; los campesinos se lanzaron a saquear castillos y propiedades; 40 castillos fueron pillados en esta provincia; los campesinos se repartían los prados y los bosques señoriales. En Maconnais y en el Beaujolais, 72 castillos fueron destruidos; en el Dauphiné, 3 castillos de cada cinco ardieron; en otras muchas provincias, estas explosiones alcanzaron proporciones considerables. En los al-

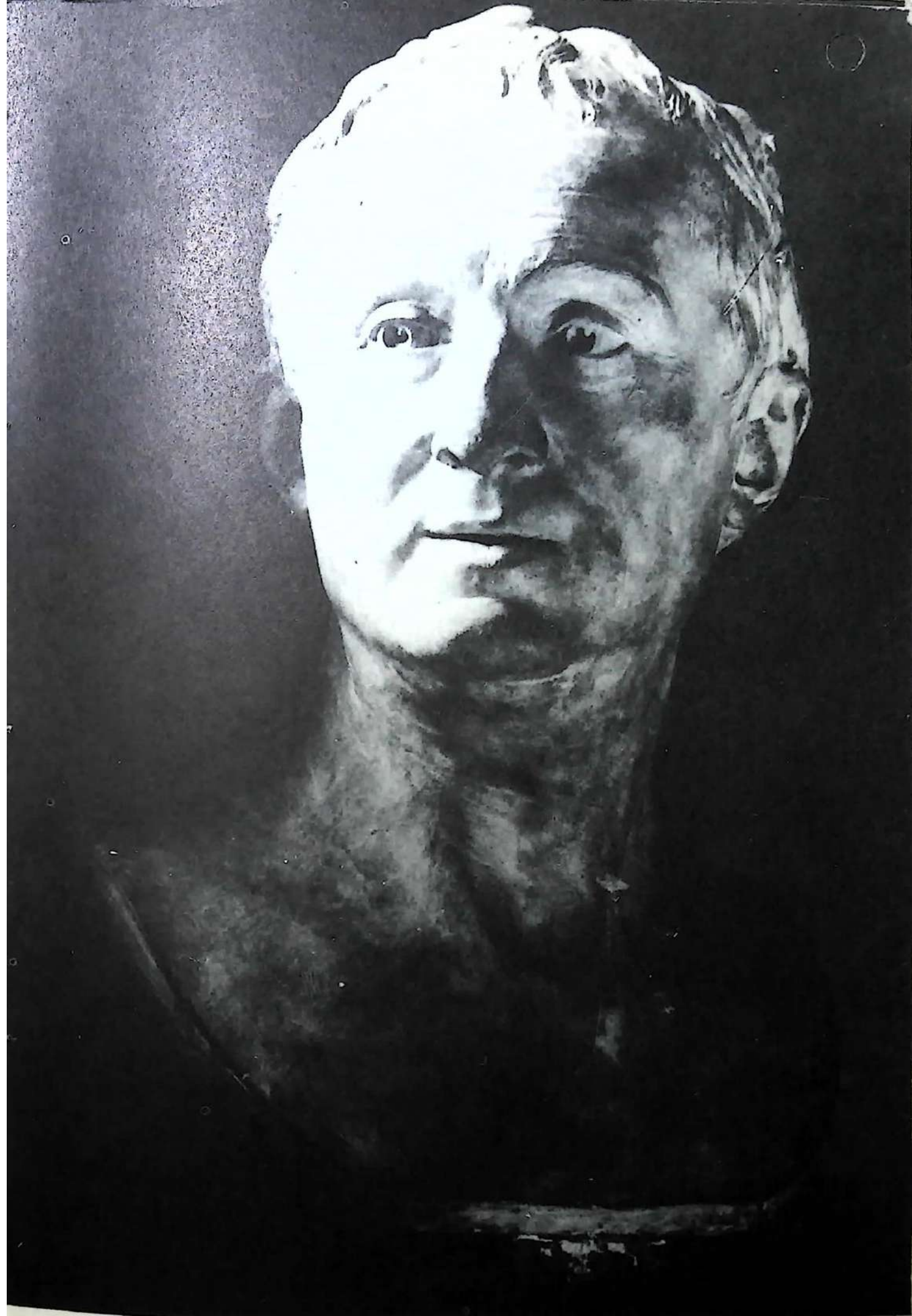
rededores de Lyon, los castillos ardieron. Destacamentos de la guardia nacional eran enviados de las ciudades a los campos, donde los campesinos los recibían a pedradas. En no pocos lugares, los campesinos detenían a los señores. Tal fue el caso por ejemplo, de Foulon, detenido en su propiedad, donde estaba escondido, y llevado a París por los campesinos. En algunos casos, no muy generalizados ciertamente, los campesinos hicieron justicia con los señores más odiados y más crueles. Por lo demás, desde los primeros estallidos y revueltas, los señores y sus familias huían aterrados de sus tierras. La población pobre y nómada de los campos —muy numerosa en aquellos tiempos: aldeanos caídos en la más completa miseria, desprovistos de todo, reducidos al estado de indigencia, de vagabundos, en busca de un pedazo de pan— tomó una parte muy activa en estos movimientos de rebeldía.

Esta muchedumbre armada no vacilaba en entrar a saco y en incendiar el dominio señorial.

Estas insurrecciones y estos movimientos campesinos, que se propagaban como un poderoso torrente por toda Francia, eran dirigidos esencialmente contra los señores y el régimen feudal y absoluto. Mas “el gran miedo”, como se decía entonces, que inspiraban a los nobles y a los “príncipes de la Iglesia”, ganaba igualmente a la burguesía, inquieta ante la posible violación de su propiedad.

Los escritores nobles y burgueses han desnaturalizado o silenciado el papel de los campesinos en la revolución en general, y en su período inicial muy particularmente. Los historiadores reaccionarios militantes, Taine, Madelin,¹ y otros han calumniado a los campesinos, como a todo el pueblo, propalando sobre ellos toda clase de fábulas a cual más monstruosa. El historiador burgués francés bien conocido Aulard, se ha abstenido de hablar del papel de los aldeanos en los comienzos de la

¹ Taine, *Les origines de la France contemporaine*. (Part 2) *La Revolution*. i. I-3 1878-1884. Louis Madelin. *La Revolution française*. P. 1911.



Denis Diderot, busto de Houdon

LE NEVEU DE RAMEAU,

DIALOGUE:

OUVRAGE POSTHUME ET INÉDIT
PAR DIDEROT.

Vertumnus quotquot sunt, natus iniquis.
HORAT., lib. II, sat. 7.

(La scène se passe au Palais - Royal et au café de la Régence.



PARIS,

DELAUNAY, LIBRAIRE, PALAIS-ROYAL,

GALERIE DE BOIS, N^o. 243.

1821.

Portada de la obra póstuma de Diderot, *le Neveu de Rameau*



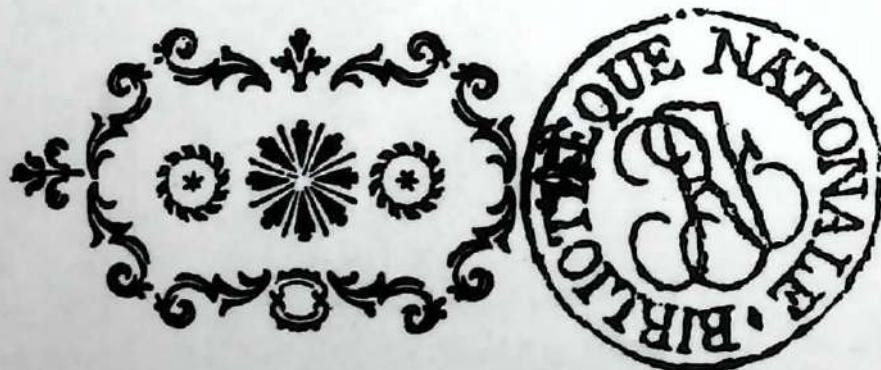
Helvecio, filósofo, escultura de Caffieri (Museo del Louvre)

DE
L'HOMME,
DE
SES FACULTÉS
INTELLECTUELLES,
ET DE
SON ÉDUCATION.

Ouvrage Posthume de M. HELVETIUS.

*Honteux de m'ignorer ,
Dans mon être , dans moi , je cherche à pénétrer.*
VOLTAIRE Disc. 6. de la nature de l'Homme.

TOME PREMIER.



A LONDRES,
Chez LA SOCIÉTÉ TYPOGRAPHIQUE.

M. DCC. LXXIII.

Portada de la obra póstuma de Helvecio. Del hombre, de sus facultades intelectuales y de su educación.

revolución, como si esta cuestión no hubiese existido. El historiador burgués radical Mathiez, que ha aportado una contribución considerable al estudio de la gran Revolución francesa, ha subestimado y desconocido el papel desempeñado por los campesinos en el curso de este periodo.¹ Georges Lefebvre es el único de los grandes historiadores franceses burgueses contemporáneos que presta seriamente atención al estudio de los movimientos campesinos de 1789, a los que atribuye gran importancia, y a los que llama revolución campesina.²

En realidad, las poderosas insurrecciones campesinas han desempeñado un papel inmenso para consumir la derrota del régimen absoluto y feudal. Son ellas las que consolidaron la victoria alcanzada por el pueblo de París el 14 de julio.

En esta etapa inicial de la Revolución, el Tercer Estado hacía bloque —hasta cierto punto— para abatir el absolutismo. Es decir, que todas las clases y grupos de clases que formaban parte de él, burgueses, campesinos, plebe de las ciudades incluyendo a los obreros, estaban interesados, aunque en diferente medida, en la caída del régimen y luchaban activamente, con vigor desigual pero con el mismo entusiasmo, contra el enemigo común.

2. LA GRAN BURGUESIA EN EL PODER

Mas no hay que pensar que fuese el Tercer Estado, ni aun toda la burguesía la que recogiese el fruto de la victoria alcanzada mediante la revolución burguesa. El poder y la dirección política pasaron prácticamente a manos de la gran burguesía (o de la "aristocracia burguesa", como se la llamaba entonces), y de la nobleza liberal aburguesada que formaba bloque con ella: banqueros, grandes manufactureros, armadores, propietarios de empresas coloniales, poderosas casas de negocios,

¹ A. Mathiez. *La Revolution francaise*. t. 1-3. P. 1922-1927.

² Georges Lefebvre. *Etudes sur la Revolution francaise*. P. 1955. pp. 246-248.

dueños del comercio de ultramar, ricos propietarios de inmuebles, grandes señores opulentos que habían organizado la explotación de sus dominios al modo burgués y otros representantes de la gran propiedad burguesa.

La gran burguesía, la nobleza liberal, su partido, los constitucionales, como empezaron a llamarse entonces, ocupaban los puestos principales de los mandos políticos.

Los constitucionales dominaban el municipio de la capital, la Comuna de la que había sido elegido alcalde Jean Bailly. Hombre de ciencia, rico, circunspecto y calculador en política, temía cualquier acción revolucionaria de las masas populares y buscaba prudentemente un compromiso con la corte. Bailly era uno de los hombres de confianza de la gran burguesía. Tras haber presidido algún tiempo la Asamblea Nacional, había asumido otra tarea aún más difícil de la gran burguesía ya en el poder, la de moderar y contener las pasiones que hervían en la capital revolucionaria. Bailly cumplió tan hábilmente esta delicada misión, que permaneció como Alcalde de París hasta noviembre de 1791. La gran burguesía y sus criaturas dominaban igualmente en la mayor parte de los municipios de provincia.

LA GUARDIA NACIONAL

La Guardia Nacional, fuerza armada de la Revolución, estaba igualmente compuesta en su mayoría por elementos burgueses. Para impedir su acceso a las capas no burguesas (plebeyas), se impuso a los guardias nacionales el empleo de un uniforme elegante y costosísimo, que no costaba menos de 4 libras y que sólo las gentes acomodadas podían adquirir.

LA FAYETTE

El marqués de La Fayette había sido nombrado comandante en jefe de la Guardia Nacional. La Fayette (1757-1834), nacido de una ilustre y opulenta familia de la nobleza, estaba

enamorado desde su juventud de las ideas de los enciclopedistas. Al empezar la guerra de independencia de las colonias inglesas en América del Norte, había armado un navío a su costa y había atravesado el océano. A los 23 años, ya mayor general del ejército americano, había regresado a Francia aureolado de la gloria de los combatientes por la libertad de la joven república. La Fayette había sido uno de los primeros diputados de la nobleza que se había sumado al Tercer Estado e ingresado en el club bretón. Sin que la naturaleza le hubiese dotado de grandes capacidades ni de un gran talento de orador, y sin que su horizonte político fuese más allá de un liberalismo burgués, La Fayette no dejó de gozar de una gran autoridad en la primera etapa de la revolución gracias a su prestigiosa carrera y a su reputación, un tanto hinchada, de "héroe de las Américas". Mas a medida que la revolución progresaba, su celo por ella iba enfriándose, acabando por ser su enemigo declarado.

LA DERECHA Y LA IZQUIERDA

En la Asamblea Constituyente, el principal papel correspondía también, durante este período, a las capas superiores de la burguesía y a la nobleza liberal.

El proceso de diferenciación política y social entre los diputados de la Asamblea Constituyente se efectuaba lentamente. Al principio, en la Cámara del Tercer Estado, la demarcación entre partidarios y adversarios de las medidas revolucionarias se operaba de manera casi superficial. Se advertía que, por un concurso de circunstancias fortuitas, los primeros iban a sentarse a la izquierda y los segundos a la derecha del sillón presidencial, colocado en medio de la sala. Tal es el origen de las denominaciones convencionales de "izquierda" y "derecha".

Estas denominaciones entraron en el uso corriente, y se aclimataron tan bien en el vocabulario político, que siguen usándose en nuestros días.

En el período inicial de la revolución, la Asamblea Constituyente tenía también su derecha y su izquierda. La derecha

agrupaba a los representantes reaccionarios de la nobleza y del alto clero, a los que se unían los raros representantes del Tercer Estado adictos a la reacción. La derecha reunía a los celosos partidarios del antiguo régimen feudal y absoluto y contaba, por lo demás, poca gente de valor entre sus miembros.

Los jefes y los hombres más notables de la derecha eran el abate Maury, reaccionario a ultranza y de quien se decía que era "un granadero disfrazado de seminarista", y Cazalés. Este último, capitán de dragones que había intentado en vano emigrar después del 14 de julio, era el único orador de talento entre los absolutistas. Cuando Barnave se batió en duelo con un diputado de la izquierda, éste tuvo razón al decirle que procuraría no matarle, porque Barnave representaba toda la fuerza del partido donde militaba, mientras que la ausencia de su adversario en el suyo apenas se notaría.

La izquierda de la Constituyente comprendía, en un principio, casi todo el Tercer Estado, la nobleza liberal que se le había unido, así como una parte del clero. Sin duda, existían ya diferencias entre estos diversos grupos. Como, por ejemplo, entre Bailly y Robespierre y sus partidarios. Mas en la primera etapa de la Revolución, las ilusiones sobre la unidad nacional eran todavía muy grandes en el pueblo, como en el Tercer Estado en general y en el seno de la Asamblea Nacional. La oposición de intereses entre las clases y grupos de estas clases que constituían el Tercer, no había tomado todavía forma suficientemente consciente.

El pueblo, la burguesía y sus representantes, ebrios todavía por la libertad tan recientemente conquistada, no reflexionaban en su contenido real. Mas la gran burguesía que había instaurado su dominación se hacía el principal intérprete de esa libertad, y continuaba siendo la fuerza dirigente, tanto en la izquierda de la Asamblea Constituyente como en el país.

No fue fortuito que los jefes más influyentes y más populares de la Revolución en la Asamblea Nacional y en el país en esa época, fuesen La Fayette y el conde de Mirabeau.

MIRABEAU

Honoré-Gabriel de Mirabeau (1749-1791) gozaba en Francia, desde antes de la Revolución, de una notoriedad muy amplia, aun cuando ya un tanto dudosa. Criado en el seno de una familia rica, culto y aristócrata, Mirabeau, a consecuencia de una pelea con su padre, que le hizo encarcelar por haber contraído inmensas deudas, había roto con su familia y desde esa época su vida se había desarrollado como una novela de aventuras. Fue a parar varias otras veces a la cárcel, peregrinó por toda Europa, intrigando e indignando a la "sociedad" por sus intrigas añorosas de un romanticismo desmelenado, escribió centenares de artículos y libros en los géneros y sobre los temas más diversos —desde una vasta obra tratando *De la monarchie prussienne* hasta un folleto en favor de la vacuna. Pasando alternativamente de una existencia lujosa a la más completa inopia, cuando tomaba la palabra asombraba a sus contemporáneos por su brillante talento de orador, por sus ataques feroces al absolutismo, lo que no le impedía en modo alguno solicitar puestos y sinecuras al gobierno.

Hombre extraordinariamente dotado, de un temperamento de excepcional capacidad, devorado por la ambición, con una sed insaciable de poder y de lujo, Mirabeau recibió con entusiasmo a la Revolución —que le abría al fin la carrera al sueño, alimentado por él desde hacía tanto tiempo, de desempeñar un gran papel en la política. La nobleza le veía con franca hostilidad, la burguesía con desconfianza. Pero cuando subía a la tribuna, macizo y pesado, con su enorme cabeza plantada sobre su cuello de toro, con su cara larga, casi monstruosa, desfigurada por la viruela, atraía inmediatamente sobre él todas las miradas. Siempre seguro de sí mismo, altivo, empezaba a hablar en voz lenta y baja. Después, alentado por la atención del auditorio, Mirabeau se transfiguraba; su improvisación adquiría un carácter impetuoso e inspirado, su temperamento de acción le sugería ademanes amplios, su voz llegaba a adquirir una fuerza extraordinaria y sus rugidos profundos hacían tem-

blar a las muchedumbres que le aclamaban. Tal era Mirabeau para sus contemporáneos.

Adversario del feudalismo y del absolutismo, de la arbitrariedad de los Borbones, Mirabeau era todavía más enemigo de la democracia. Su ideal era una monarquía censitaria muy parecida al modelo inglés.

La popularidad de Mirabeau, ese aventurero genial y venal, el gran héroe de la democracia constitucional, como le llamaba Lenin,¹ fue inmensa en la época de los duelos oratorios con el absolutismo y en los primeros tiempos de la Revolución. Mas a partir del momento en el que las masas populares entraron activamente en escena, se convirtió en una fuerza que entorpecía la marcha de la Revolución, y después en su enemigo declarado. Esta política de freno la llevaba en forma sutil y clandestina, pero a medida que crecía la desconfianza que inspiraba en el campo de la democracia, aumentaban su autoridad y su influencia en los rangos de la gran burguesía, en los que se convirtió en uno de sus principales dirigentes.

LA NOCHE DEL 4 DE AGOSTO

Al mismo tiempo que mantenía la ficción de “la unión fraternal” de la nación, en cuyo nombre pretendía actuar, la gran burguesía cuidaba en realidad de asegurar su propio interés. Eso es lo que se deduce de la obra legislativa de la Asamblea Constituyente.

Desde el mes de junio, la Asamblea había creado un Comité encargado de preparar una declaración de derechos y la Constitución de la Francia revolucionaria. Pero la ola cada día más pujante de las revueltas campesinas, esparciendo por todo el país “el gran miedo”, que, en efecto, se había apoderado de todas las clases poseedoras, obligó a las Constituyentes a ocuparse con urgencia de la cuestión agraria.

En la sesión del 4 de agosto, que se prolongó muy tarde en la noche —de donde viene el nombre “la noche del 4 de ago-

¹ Ver. V. Lenin, *Obras*, t. 13. p. 128 ed. rusa.

to", o "noche de los milagros"—, los diputados de la nobleza, los más asustados por las revueltas campesinas, fueron los primeros en poner al orden del día esta cuestión tan alarmante para ellos. Los representantes de la alta aristocracia, el duque de Noailles y el duque de Aiguillon,¹ hicieron un relato espeluznante de las pasiones desencadenadas en las aldeas, y aun declarando que los derechos feudales constituían una propiedad sagrada, invitaron, sin embargo, a los nobles a "hacer a la justicia el sacrificio de sus derechos". Otros diputados de la nobleza exhortaron igualmente a los miembros de su orden a hacer sacrificios "en el altar de la patria". Estos llamamientos no eran ni mucho menos rasgos espontáneos de generosidad, como los presentaban entonces los diputados nobles y burgueses, la prensa y tras ellos los historiadores nobles, y una parte de los historiadores burgueses al describir estos hechos; era sencillamente miedo. El duque de Aiguillon presentó en su discurso un proyecto de ley ya preparado en ocho artículos, lo que prueba que su intervención había sido largamente meditada y estudiada.

Las propuestas prácticas de los nobles no respondían a las grandes palabras de "sacrificios", de "fraternidad nacional". El "sentimiento unánime" del 4 de agosto no duró sino un instante. Como observa muy justamente el historiador francés Sagnac: "Este acuerdo unánime cesó tan pronto como hubo de darse forma legal a los deseos sublimes en su expresión desordenada del 4 de agosto. Para traducir en decretos las propuestas de una sesión de seis horas, fueron necesarios 6 días".² Hasta el 11 de agosto no se encontró la Asamblea en condiciones de votar los decretos de la cuestión agraria.

¹ Los duques de Noailles y de Aiguillon representaba la parte fuertemente aburguesada de la aristocracia. El duque de Aiguillon emigró y fundó en Hamburgo una gran casa de comercio.

² Ph. Sagnac, *La législation civile de la Revolution francaise*. (1789-1804). Paris 1898. p. 88.

Los nobles y burgueses poseedores de rentas feudales renunciaron, sin rescate, únicamente a los derechos feudales llamados "personales" (servidumbre, justicias señoriales, manos muertas, derecho de caza, etc.), es decir, a los que ya habían perdido desde el principio de los alzamientos campesinos. Se resignaban para salvar todos los demás derechos feudales y sobre todo "las rentas reales" y las gabelas que gravaban la propiedad rústica. La distinción puramente nominal entre "cargas reales" y "personales" había sido imaginada sólo para exigir a los campesinos la compra de los derechos más caros.

Marat fue el primero en discernir y en denunciar los cálculos interesados de la nobleza, bajo la capa de grandes tiradas sentimentales y de grandes palabras de "generosos sacrificios". "Si es la caridad la que dicta esos sacrificios, hay que convenir que ha esperado no poco para levantar su voz. ¡Cómo! Es bajo el resplandor de los incendios de sus castillos que han sentido la grandeza de alma necesaria para renunciar al privilegio de tener entre sus garras a hombres que han conquistado su libertad con las armas en la mano", escribía Marat en *L'Ami du peuple*. Y analizando concretamente los "sacrificios" de la nobleza decía: "No podemos menos de formular algunas observaciones encaminadas a analizar la naturaleza de esos sacrificios. ¿Es necesario probar que son pura ilusión? Nos lamentaremos de que la Asamblea Nacional haya sacrificado a esos pequeños detalles el tiempo destinado a otras grandes cosas".¹

En los Decretos del 4 y del 11 se declaró que "la Asamblea Nacional destruye enteramente el régimen feudal", mas esto no era cierto más que en las palabras. En realidad, lo que había abolido eran ciertos derechos feudales de importancia secundaria. Las principales cargas feudales, tales como los censos, la corvée, los derechos de ventas, la dima eclesiástica, etc.,

¹ *L'Ami du peuple*. 21. IX. 1789. p. 99 101.

subsistieron, y deberían ser liberados más tarde a precio mucho más caro por el campesino.

LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO

La Asamblea volvió después a las cuestiones constitucionales. El 26 de agosto votó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, especie de programa en el que se encontraban proclamados los principios fundamentales de la nueva sociedad fundada por la revolución. Esta declaración se inspiraba en las ideas de los filósofos franceses del siglo XVIII. Tenía por objeto definir de modo acabado y preciso "los derechos naturales, inalienables y sagrados" del hombre y del ciudadano.

Estos derechos quedaban enunciados en 17 artículos. "Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos", decía el primero. La libertad individual, la libertad de palabra, la libertad de conciencia, la seguridad y la resistencia a la opresión quedaban proclamados como derechos naturales e imprescriptibles del hombre y del ciudadano. Mas la propiedad era, igualmente, considerada como un derecho "inviolable y sagrado". (Art. 17).¹

Al proclamar inviolable el derecho a la propiedad privada, la Declaración legitimaba con ello la desigualdad en la posesión de los bienes y la explotación del desposeído por el poseedor, del pobre por el rico, que es la consecuencia de aquello. Mas en el siglo de la arbitrariedad y del bandidaje feudal, el artículo 17 iba dirigido no sólo contra los poseedores, sino también contra los feudales, y estaba llamado a defender la propiedad burguesa y campesina contra sus ataques.

La resolución revolucionaria de la burguesía, en esta época todavía una clase joven y ascendente, quedaba expresada en

¹ M. Bouchary. *La declaration des droits de l'homme et du citoyen*. París, 1947. p. 17.

esta Declaración. Reflejaba al mismo tiempo, con más claridad y vigor que ningún otro documento de la época, la influencia de las innumerables masas populares levantadas contra el feudalismo. La célebre divisa "Libertad, Igualdad y Fraternidad", extraída de la Declaración de 1789, repercutía con el estrépito del trueno en todos los rincones de Europa. En un siglo en el que el régimen absoluto y feudal dominaba todavía sobre todo el continente, este manifiesto audaz de la burguesía revolucionaria, que proclamaba la igualdad jurídica de los hombres, la libertad individual y el derecho de resistencia a la opresión, representaba un papel progresista.

Sin embargo, ese carácter progresista de la Declaración estaba históricamente limitado. Al proclamar la propiedad "inviolable y sagrada", sus autores revelaban su naturaleza burguesa. Desde el momento en que el derecho de propiedad se consideraba sagrado, no podía tratarse sino de una igualdad puramente formularia, que al no hacer desaparecer en ninguno de sus grados la desigualdad de la posesión de bienes aseguraba a la burguesía las mejores condiciones para la explotación capitalista.

Sus autores, los diputados de la Asamblea Constituyente, identificaban en la Declaración los ideales sociales de la burguesía con el interés de la Humanidad entera. Un diputado burgués de los más destacados, Du Port, decía que debería servir de modelo a todos los hombres y a todas las naciones.

En el mejor de los casos, no era sino una ilusión. Al proclamar inviolable y sagrado el derecho a la propiedad privada, la Declaración revelaba la finalidad de la revolución burguesa: el establecimiento de la opresión de clase y la explotación por una minoría (la burguesía), de la inmensa mayoría de la humanidad trabajadora.

Mas en la época histórica en la que la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano fue adoptada por la Asamblea Constituyente, en el tiempo en que el absolutismo feudal en sus formas más bárbaras y más crueles reinaba to-

davía en Europa y en el mundo, este primer manifiesto —programa de la revolución francesa burguesa—, proclamaba valientemente el principio de la igualdad de los hombres, y una fe ardiente en el triunfo de la libertad; tuvo una inmensa importancia revolucionaria. La Declaración produjo una impresión imborrable sobre los contemporáneos, y quedó en la historia como un monumento insigne a las ideas de progreso social, perpetuando el recuerdo del poderoso ímpetu revolucionario de las masas populares, levantadas para la lucha contra la tiranía feudal y absolutista.

PROYECTO DE SISTEMA ELECTORAL CENSITARIO

En los trabajos de la Asamblea Constituyente, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano debía servir en cierto modo de preámbulo al texto de la Constitución que quedaba todavía por elaborar. La Asamblea lo discutió y adoptó el proyecto, no en bloque sino por artículos. También en ello se revelaron en todo su egoísmo los cálculos de la burguesía. No fue casualidad que una de las primeras cuestiones que abordó la Asamblea, después del voto de la Declaración, fuese la del derecho electoral.

Nada más que cinco días después que la Constituyente hubiese adoptado con entusiasmo la Declaración, abordó, el 31 de agosto, la discusión de un proyecto que privaba de sus derechos a una parte considerable de los ciudadanos. La mayoría de los diputados de la burguesía acogió con simpatía la proposición de Mounier, que instituía el censo electoral y la distinción entre ciudadanos activos y pasivos. Esta idea había sido expuesta por Sieyès desde el mes de julio. En septiembre y octubre, la Asamblea se apresuró a darle forma de ley. Las jornadas del 5 y el 6 de octubre, de las que hablaremos ahora, no hicieron sino confirmar esta decisión en el ánimo de los diputados burgueses.

en la biblioteca de los frailes de esa orden. A diferencia del Club Bretón, no admitía en su seno sino a los miembros de la Asamblea Constituyente.

En este primer período reunió a todos los partidarios del orden nuevo revolucionario desde Mirabeau y La Fayette, hasta Robespierre y Marat. En el Club de los Jacobinos se discutían la mayor parte de las cuestiones examinadas por la Asamblea Constituyente. Se crearon en provincias sociedades afiliadas al club, y el papel político del mismo no cesó su progresión ascendente.

LAS JORNADAS POPULARES DEL 5 Y EL 6 DE OCTUBRE Y LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

La acción de las masas populares del 5 y el 6 de octubre hizo fracasar por segunda vez los planes contrarrevolucionarios del partido de la corte, y reafirmó la revolución.

Mas, ¿cómo era considerado ese movimiento popular por la Constituyente salvada por la plebe de París? Cuando las mujeres hambrientas y extenuadas de fatiga habían intentado interrumpir los debates de la Asamblea, reclamando que se ocupase de la cuestión de las subsistencias, Mirabeau las había reducido al silencio mediante un apóstrofe altivo, preguntándolas con qué derecho se permitían interrumpir y dictar leyes a los representantes de la nación. Las mujeres habían obedecido a Mirabeau. El pueblo conservaba su confianza en la Asamblea Constituyente y en sus jefes. Mas la propia Asamblea, en su mayoría burguesa, no tenía confianza en el pueblo. Estaba aterrada ante su energía y su espíritu de independencia, y veía una amenaza a la dominación exclusiva de la burguesía. El 8 de octubre, Marat fue arrestado. El "Ami du peuple" hubo de esconderse. El 21 de octubre, la Asamblea votó la ley marcial, autorizando el empleo de la fuerza armada para la represión de los levantamientos populares.

Esta ley reaccionaria y antidemocrática era un atentado

directo a la libertad que el pueblo acababa de conquistar. Marat, en su diario, denunció muy justamente el verdadero sentido de este acto de la Asamblea. "Para encadenar al pueblo que le aterraba, parapetarse contra él, y oponerle la milicia nacional, los enemigos públicos han recurrido a la ley marcial, esa ley sanguinaria".

Marat exhortaba al pueblo a permanecer vigilante, y a continuar la lucha comenzada el 14 de julio y durante las jornadas de octubre.

EL CENSO ELECTORAL. DISTINCIÓN ENTRE CIUDADANOS ACTIVOS Y PASIVOS

Bajo la influencia inmediata de estas jornadas, la Asamblea se apresuró a terminar la redacción de los artículos de la Constitución sobre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos. Este trabajo, cuya parte más dura había sido terminada en octubre, fue acabado en diciembre y los decretos correspondientes pasaron a tener fuerza de ley.

En virtud de los actos legislativos de octubre-diciembre 1789, los franceses estaban divididos en ciudadanos activos y pasivos. Entre estos últimos se hallaban quienes no llenaban las condiciones establecidas para el censo, y eran, por tanto, considerados como privados del derecho de voto y de la elegibilidad. Los ciudadanos activos eran los que reunían las condiciones de fortuna exigidas y poseían el derecho de sufragio activo y pasivo. Se dividían también en tres categorías: 1) el derecho a designar los electores era concedido a los hombres, de 25 años como mínimo, que pagasen una contribución directa igual al valor local de tres jornadas de trabajo; 2) los electores —que elegían a los diputados— eran designados entre los ciudadanos que pagaban una contribución directa equivalente a 10 jornadas de trabajo; 3) sólo los electores que pagasen el



Caricatura de la época sobre la apertura de los Estados Generales (juego de palabras: "Estamos de acuerdo", es decir, "nuestros instrumentos están acordes".)

y de haberse vendido a la corte. Más tarde presintió con igual seguridad la tentativa de huída del rey. Rasgó valientemente los velos con los que la aristocracia burguesa cubría sus designios hostiles al pueblo, mostrándole a éste los dirigentes burgueses en su verdadero aspecto. Y para hacerlo, no respetaba siquiera las obras legislativas más “sagradas” de la Asamblea Constituyente burguesa. Atacaba, por ejemplo, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de la que se había hecho en su tiempo un verdadero fetiche: “Vuestra famosa declaración de derechos”, escribía Marat, “no es sino una vergonzosa trampa para engañar al pueblo y divertir a los tontos, porque teméis su ira, puesto que se reduce en última instancia a conceder a los ricos todas las ventajas, todos los honores en el nuevo régimen”.¹

La corte, la nobleza, la gran burguesía, todos los moderados, profesaban a Marat un odio feroz. Ningún hombre de la revolución fue objeto de ataques tan furiosos ni de una hostilidad tan rabiosa como la que perseguía constantemente a Marat. Siete veces consecutivas, durante la revolución, fue objeto de persecuciones legales por parte de las autoridades, y estuvo obligado a esconderse y a continuar la lucha clandestinamente. Sus enemigos no encontraban nunca bastante grave la calumnia, le presentaban como un monstruo sediento de sangre, y tramaban contra él toda suerte de intrigas, tendiéndole lazos para perderle, mas no existió fuerza humana capaz de romper a este hombre simple y modesto que proseguía inflexible su lucha contra los enemigos del pueblo. Marat escribió sobre sí mismo: “Para escapar al hierro de los asesinos, me he condenado yo mismo a una vida subterránea; acosado una y otra vez por batallones de alguaciles, obligado a huir, errante por las calles en plena noche, y no sabiendo a veces dónde encontrar un asilo, defendiendo en medio de los hierros de la prisión la causa de la libertad, defendiendo a los oprimidos con la cabeza so-

¹ *La Correspondance de Marat*. París, 1908, p. 158.

bre el tajo y siendo a pesar de todo cada vez más peligroso para los opresores y para los ladrones públicos".¹

El pueblo, en cambio, sabía bien que en la persona de Marat, calumniado y perseguido, tenía el amigo más fiel y más seguro. Marat no buscaba la popularidad barata, no temía decirle al pueblo las amargas verdades y mostrarle sus errores, cuando lo juzgaba necesario. Los *sans-culottes* y los demócratas franceses supieron ver en él un auténtico "Amigo del Pueblo", y le recompensaron con su afección ardiente, su confianza y su estima.

LAS SOCIEDADES POPULARES.

EL CÍRCULO SOCIAL

En 1791 se crearon multitud de sociedades populares en la mayor parte de las secciones de París y en muchas otras ciudades. Por lo que se sabe, parece evidente que esas sociedades desempeñaron un importante papel en el desarrollo de la actividad política y la iniciativa de las masas populares.

El "Círculo social" ocupa entre ellos un lugar particular. Fundado en enero de 1790 por el abate Claude Fauchet, que se había sumado a la revolución desde los primeros instantes, y Nicolas de Bonneville, joven literato, discípulo convencido y adepto de los "amigos de las luces" y muy particularmente de Rousseau, el "Círculo social" era en sus comienzos un pequeño grupo formado por intelectuales de espíritu democrático. Desde otoño de 1789, Claude Fauchet denunció la política antideocrática de la Asamblea Constituyente, cuya mayoría pretendía formar una nueva casta: la "casta de los ricos". En otoño de 1790, sus dirigentes se decidieron a ampliar su organización bajo el nombre de "Confederación General de Amigos de la Verdad", que llegó a reunir más de 3.000 miembros, y el círculo adquirió gran importancia y gran influencia política.

La "Confederación General de Amigos de la Verdad" tenía

¹ *L'Ami du Peuple*, 21. IX. 1791, p. 7.

“*marc d'argent*”, equivalente a 54 libras, y poseyesen una propiedad de bienes raíces, eran elegibles para la Asamblea Nacional.¹

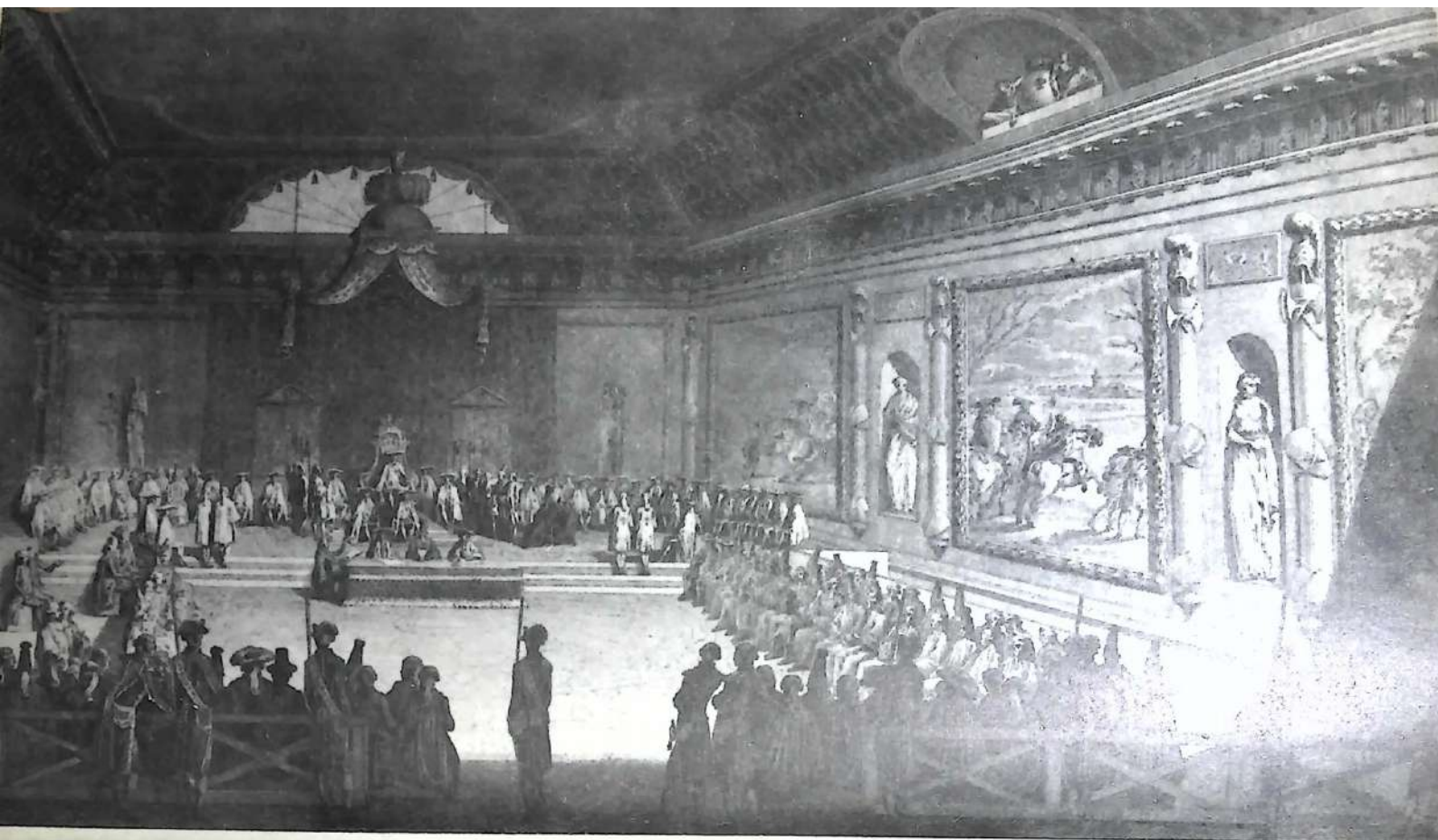
Esta ley electoral, ¿estaba de acuerdo con la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, adoptada por los mismos diputados tres o cuatro meses antes? Ciertamente que no. Era totalmente contradictoria, lo que no perturbaba lo más mínimo a los diputados burgueses. La gran burguesía trataba de reforzar jurídicamente su dominación política. Sobre una población de 26 millones de habitantes, 4 millones 300 mil solamente (en cifras redondas) adquirirían los derechos de ciudadanos activos, y un número inconmensurablemente menor podían ser elegidos diputados. Marat señalaba, con razón, que estos artículos de la Constitución estaban llamados a legitimar la creación de una aristocracia nueva —la aristocracia de los ricos—. Camille Desmoulins recordaba indignado que hombres tales como Rousseau, Corneille, Mably, si aún viviesen, no serían elegibles a la Asamblea Legislativa.

En la Constituyente, cinco diputados solamente se pronunciaron contra estas leyes, los cinco pertenecientes a la izquierda democrática. El más firme y el más inflexible sobre los principios era el diputado de Arras, Maximiliano Robespierre (1758-1794). Abogado por formación y por profesión, se había hecho popular desde su juventud en su ciudad natal por sus defensas en los procesos políticos, así como por sus escritos filosóficos y políticos. Elegido a los 25 años miembro de la Academia de Arras, había sido más tarde elegido presidente. El joven Robespierre se nutría ávidamente de las ideas que propagaban los filósofos del siglo, y principalmente de las de Rousseau. A los 20 años se había dirigido en peregrinación a entrevistarse con Rousseau, y esta entrevista le había confirmado en su fe hacia su maestro. Toda su vida fue un discípulo convencido y entusiasta de las ideas de Rousseau.

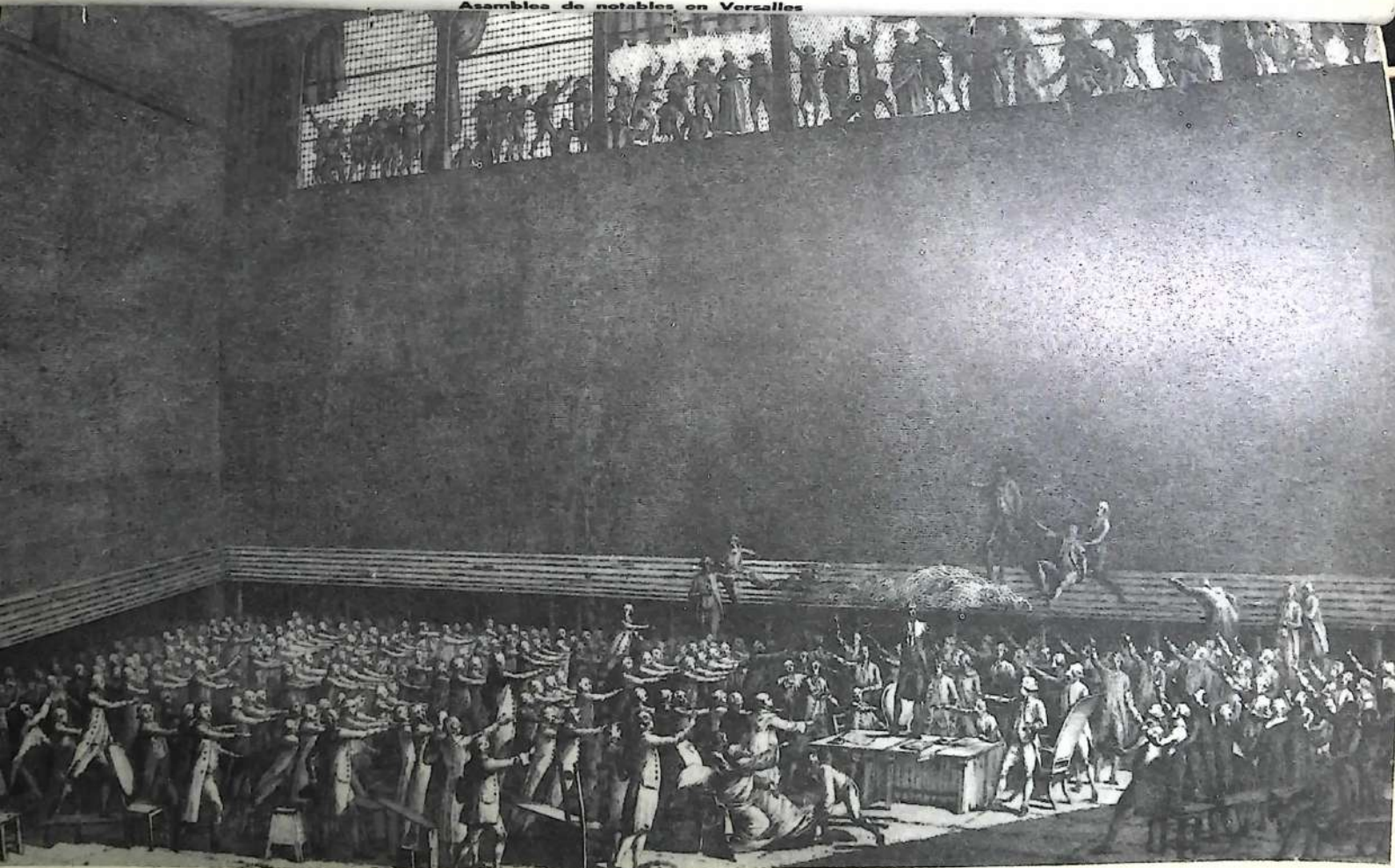
³ *Le Moniteur*, nov.-dic. 1789.



D'Alembert, pastel de La Tour (Museo del Louvre)



Asamblea de notables en Versalles



Juramento en el Juego de Pelota



Ilustración de **Las bodas de Fígaro**, obra de Beaumarchais, dibujo de Deschamps

Cuando vinieron las elecciones a los Estados Generales, el Tercer Estado de Arras designó unánimemente a Robespierre para representarle como su ciudadano más eminente, campeón de las ideas de la libertad y de la democracia. Desde sus primeras intervenciones en la Asamblea Constituyente, se mostró como el defensor perseverante de los derechos del pueblo, y despreciando la atmósfera de hostilidad que se formó contra él condenó enérgicamente toda tentativa de limitar o restringir los derechos del pueblo. Mirabeau, con su natural perspicacia, había adivinado a Robespierre. "Irás lejos —decía—, porque cree todo lo que dice". Pero Mirabeau fue quizá el único diputado de aquella Asamblea que supo apreciar en su justo valor al joven diputado de Arras. La mayoría acogió sus intervenciones con un desdén mezclado de hostilidad. Su traje de color aceituna a la moda antigua, sus ademanes provincianos, el énfasis grandilocuente de sus discursos previamente escritos, originaban réplicas irónicas y mordaces. Se estropeaba su nombre adrede, y sus mociones no tenían el menor eco en la Asamblea. ¡Quién iba a decir que tres años más tarde no habría en toda Europa nombre más conocido!

La mayoría burguesa de la Asamblea Constituyente apartó todas las objeciones que se hicieron contra la división de los ciudadanos en activos y pasivos. En enero-febrero de 1790, las elecciones municipales tuvieron lugar sobre la base del sistema censitario establecido por la Constituyente. Sólo los ciudadanos activos fueron admitidos a las urnas, y sólo a ellos fueron igualmente abiertos los accesos a las filas de la Guardia Nacional. La gran burguesía se había separado del Tercer Estado y había establecido su dominación de derecho y de hecho. Se había convertido, pues, en una fuerza conservadora.

3. LA LEGISLACION BURGUESA DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Después de haber asegurado los puestos de mando a la gran burguesía, la Asamblea amplió el campo de su actividad legislativa, con el fin de acabar la transformación de Francia sobre las nuevas bases burguesas.

ABOLICIÓN DE LA NOBLEZA HEREDITARIA Y DE LOS TÍTULOS

La Asamblea Constituyente había ya suprimido la antigua división por órdenes. Mas para privar a la nobleza de sus últimas prerrogativas jurídicas y asegurar la igualdad formal entre todos los ciudadanos, abolió por un decreto de 19 de junio 1790 la nobleza hereditaria y todos los títulos que a ella se unían: los de príncipe, duque, marqués, conde, etc. El uso de escudos y blasones fue prohibido. El único título que podrían en lo sucesivo adoptar los ciudadanos sería el de jefe de familia.

REORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA DE FRANCIA

Después de haber suprimido en agosto de 1789 los viejos privilegios provinciales, la Asamblea destruyó toda la antigua división de Francia en provincias, generalidades, baillages, etc. Por la ley de 15 de enero de 1790, la Asamblea dio al país una nueva división administrativa. Quedaba dividida Francia en 83 departamentos de superficie aproximadamente igual, subdivididos en distritos, cantones y comunas. Esta nueva organización administrativa, que hacía desaparecer el antiguo parcelamiento feudal con todas sus arcaicas supervivencias —aduanas interiores, justicias señoriales, contribuciones locales, etc.—, aseguraba la unidad nacional y la uniformidad administrativa. Así desaparecieron las barreras artificiales que se oponían al

desarrollo de los negocios y al espíritu de empresa, y se crearon las condiciones necesarias al desarrollo del comercio y de la industria. A la vez, este nuevo cuadro administrativo hacía desaparecer todos los vestigios de parcelamiento y de aislamiento feudal, contribuyendo así a llevar hasta su perfeccionamiento total la construcción de la nación francesa burguesa.

Otra consecuencia importante de la aplicación de esta reforma era la creación de 44,000 municipios nuevos, formados por hombres nuevos, promovidos por la revolución. Las elecciones a los municipios y su actividad ulterior, fueron como escuelas en las que una gran parte de la población francesa hizo su educación política.

LA NACIONALIZACIÓN DE LOS BIENES DEL CLERO

La Asamblea había heredado del antiguo régimen unas finanzas en el último grado de penuria y con una deuda pública inmensa. Para remontar la crisis financiera, eran indispensables medidas extraordinarias y urgentes. No queriendo tocar los bienes de la nobleza (por miedo de crear peligrosos precedentes, que autorizasen los atentados contra la propiedad privada), la Asamblea resolvió sacrificar al clero. Los diputados burgueses tuvieron para ellos tanto menos escrúpulos, cuanto que la iniciativa venía esta vez de un miembro del propio clero, del obispo de Autun, Talleyrand (1754-1838), que debía ilustrar más adelante su nombre por su talento diplomático y su carrera de renegado político, pues comenzó traicionando al clero en beneficio de la burguesía poderosa. Talleyrand propuso el secuestro de los bienes de la Iglesia, cuidando de explicar que esta medida "puede compaginarse muy bien con el máximo respeto a las propiedades", puesto que el clero, por el hecho de sus funciones propias, no puede ser considerado como propietario igual que los otros propietarios. Los representantes del clero elevaron en vano su protesta contra los argumentos de su hermano en religión. Mirabeau sostuvo la propuesta, que fue

adoptada por la Asamblea. Mediante la confiscación de los bienes de la Iglesia, la Asamblea no sólo ayudaba a la solución de las dificultades financieras, sino que asestaba un terrible golpe a uno de los principales mantenedores del sistema del régimen feudal: a la Iglesia.

El 2 de noviembre de 1789, la Asamblea promulgó un decreto en virtud del cual todos los bienes del clero quedaban a la disposición de la Nación.

Tras este acto de audacia revolucionaria respecto de la propiedad eclesiástica, la burguesía resolvió destruir igualmente la independencia política del clero.

LA REFORMA DE LA IGLESIA

Por los decretos de julio y de noviembre de 1790, la Asamblea realizó la reforma de la Iglesia. Determinadas funciones atribuidas hasta entonces al clero (registros civiles) eran transferidas al Estado. La Iglesia de Francia era retirada de la influencia directa del Papa y colocada bajo la dependencia del gobierno. Los obispos y los curas debían ser elegidos por las asambleas electorales del departamento y de la parroquia, respectivamente. Los ministros del culto pasaban a ser asalariados del gobierno, y debían prestar juramento a la Constitución.

Esta reforma privaba al clero de su antiguo poder y le colocaba bajo el control del gobierno.

Las tierras confiscadas a la Iglesia eran declaradas propiedad nacional, y debían ser vendidas para ayudar a la extinción de la deuda pública.

En la solución de este problema, la Asamblea partió no sólo de consideraciones financieras, sino teniendo en cuenta además, en cierto modo, la necesidad de resolver el problema agrario que conservaba toda su gravedad.

LA INSURRECCIÓN CAMPESINA DE 1790

La efervescencia de los campesinos no había cesado de manifestarse durante todo este período. Habían interpretado los decretos del 5 y 11 de agosto como la abolición de todos los derechos feudales, y en buen número de departamentos se habían negado a pagar a los señores los derechos, tanto los reales, como los personales. Mas como las autoridades trataban de forzar a los campesinos a pagar sus impuestos y cargas, volvieron a producirse nuevos alzamientos, casi siempre a mano armada. En Bretaña, 37 castillos fueron incendiados tan sólo en febrero de 1790. Pese a la intervención de las tropas y a una represión rigurosa, acompañada de ejecuciones, los levantamientos se extendieron por todo el país.

La Asamblea buscaba el medio de sofocar la sublevación campesina. Por un decreto de 15 de marzo de 1790, los señores fueron privados del derecho de "trage" (que les permitía atribuirse el tercio de las cosechas y de los bienes comunales). Pero la Asamblea burguesa lo fiaba todo a una política de represión. Por los decretos de febrero y de junio de 1790, confirmó la obligación del pago de los impuestos reales y dio poder a las autoridades locales para proclamar la ley marcial contra las concentraciones de campesinos. Impuso a las comunas la obligación de indemnizar a los propietarios las dos terceras partes de los daños causados por las revueltas. En mayo de 1790, estableció un sistema de redención de cargas, extremadamente complicado y sumamente perjudicial para los campesinos. Las cantidades que habían de pagar eran tan elevadas, que prácticamente toda redención se hacía imposible.

Se esperaba con esta política, encaminada a defender los intereses de los grandes propietarios rústicos, suscitar la furia de los campesinos y empujarles a nuevas depredaciones contra los señores, e incluso contra las autoridades burguesas locales.

Al final del verano y en el otoño de 1790, tras una breve

calma aparente, los levantamientos campesinos volvieron con mayor fuerza. En Quercy, en Perigord, en Rouergue, donde el invierno del mismo año las insurrecciones campesinas habían “asolado esta parte del reino”, como se decía en la memoria que un agente del gobierno había dirigido a éste, los campesinos habían reemprendido la lucha. En un mensaje de las autoridades locales de Cahors a la Asamblea Constituyente de fin de septiembre de 1790, se anuncia con un pánico manifiesto que “en ciertas localidades el pueblo vuelve a la plantación de maíz, ese signo uniforme de las revoluciones... en varias se han levantado horcas para colgar a los que paguen las cargas y las cobren...”. Este mensaje terminaba con esta llamada de socorro desesperada: “No nos abandonareis, Señores, en esta situación. Vous sentirez, Señores, que un aumento considerable de fuerzas nos es indispensable.”¹ En el curso del otoño de 1790, una ola potente de levantamientos campesinos recorría los departamentos de Seine-et-Marne, de la Loire, de la Saone y otros. El gobierno y la Asamblea enviaban comisarios y tropas a los departamentos “sediciosos”, pero todos los esfuerzos para apagar rápidamente el incendio fracasaban.

En el curso de los años 1790 y 1791, las noticias de levantamientos campesinos que estallaban en uno o en otro lado del territorio no cesaban de llegar de todos los rincones de Francia.

LA VENTA DE LOS BIENES NACIONALES

Mediante la venta de los bienes del clero, la Asamblea Nacional, preocupada de los efectos de esta medida para extinguir la deuda del Estado y preocupaba ante todo de los intereses de la burguesía, esperaba interesar a los campesinos en la adquisición de las tierras de la Iglesia, y con ello apaciguar los movimientos de rebeldía contra la propiedad rústica. Un decreto del 15 de mayo de 1790 había autorizado la venta en

¹ Ph. Sagnac, *La législation civile de la Révolution française* (1789-1804), París 1898, pp. 410-412.

pública subasta de los bienes nacionales por pequeños lotes, pagaderos en doce anualidades. En junio del mismo año, la Asamblea redujo ese plazo a 4 años y puso fin al parcelamiento de las propiedades, que en lo sucesivo habrían de ser vendidas en lotes de propiedades enteras. La reducción de los plazos de pago no fue aplicada en la realidad, porque los ricos adquirentes de las propiedades se mostraron también hostiles a ello, pero la prohibición de parcelar para vender permaneció en vigor y convirtió en imposible la adquisición de tierras por parte de los campesinos pobres y de mediana fortuna.

Es verdad que los campesinos manifestaron en los primeros momentos un vivo interés en la venta de los bienes del clero, y que disminuyeron considerablemente los trastornos y las violencias campesinas. Mas el precio de venta era tan elevado, sin contar con que las subastas lo elevaban aún más, que se hacía para ellos imposible la adquisición. Estaban encargados de las ventas los municipios locales, en los que dominaban los elementos burgueses. En esas condiciones, resultaba muy difícil, por no decir imposible, a los campesinos, incluso a los acomodados, mantener la puja frente a los ricos burgueses de las ciudades que se volcaban en esas subastas sobre los bienes de la Iglesia. La mayor parte de los bienes nacionales fue adquirida por la burguesía. En Seine et Oise, los seis séptimos de las tierras vendidas fueron comprados por personas extrañas a la agricultura, por burgueses de las ciudades. En otros departamentos tomaron menor parte, y algunas tierras fueron adquiridas por los campesinos acomodados. Pero en conjunto y en la mayoría de los departamentos, los bienes nacionales pasaron a manos de la burguesía, y sólo en pequeñísima parte a las de los campesinos de fortuna mediana.

La masa de los campesinos quedó, como en el pasado, privada de tierras, y manifestó públicamente su disgusto contra la política de la Asamblea Constituyente.

En una carta del cura Carnon, de Seine et Oise, fechada en mayo de 1790, se decía que la existencia de los labradores

era cada día más penosa... eran obligados a cultivar tierras que no les pertenecían; se les imponían condiciones injustas, que se veían obligados a aceptar, como consecuencia de la extrema miseria a la que habían quedado reducidos.

LOS ASIGNADOS

Puestos en venta los bienes nacionales, la Asamblea decretó, para pagarlos, la emisión de unas obligaciones especiales —*assignats*—, por un valor de 400 millones de libras, como primera emisión. Correspondía esta suma al producto que se esperaba obtener de la venta de la primera parte de los bienes nacionales. Los asignados fueron emitidos primeramente por un valor de mil libras nominales, y en concepto y con carácter de efectos públicos. Mas no se tardó en atribuirles valor de papel moneda; emitidos entonces por pequeñas sumas, circularon como si fuesen billetes, tuvieron curso legal y se cotizaron a la par con la moneda metálica. Más tarde, y a medida que estas emisiones se multiplicaban, comenzaron a depreciarse, lo que tuvo como consecuencia que hubiese dos cursos diferentes de valor de la moneda: el de la moneda en especies, y el del papel moneda.

LEGISLACIÓN COMERCIAL E INDUSTRIAL

En cuanto a la legislación comercial e industrial, la Asamblea Constituyente, para defender los intereses económicos de la burguesía, partió de los principios del liberalismo económico de la escuela de los fisiócratas. Queriendo abrir la puerta al más amplio espíritu de empresa, suprimió cuantas limitaciones obstaculizaban la iniciativa comercial e industrial. Un decreto dado en febrero de 1791 abolía las corporaciones y sus privilegios. Los reglamentos que trababan la producción industrial habían sido derogados algún tiempo antes.

LA POLÍTICA ANTIOBRERA DE LA ASAMBLEA
NACIONAL. LEY LE CHAPELLIER

El egoísmo de la política de clase de la Asamblea Constituyente burguesa se reveló en su forma más categórica en su actitud respecto a los obreros, cuya condición era extraordinariamente miserable: la jornada era de 13 y 14 horas, y desde el principio de la revolución ningún cambio había intervenido en sus vidas consagradas a una labor extenuante.

En ese estadio de la evolución social, los obreros no habían tomado aún conciencia suficiente para formar una clase aparte opuesta a la burguesía, y por consiguiente no se manifestaban como una fuerza política independiente. Mas sin estar todavía maduros para defender sus propios intereses de clase, no dejaban de luchar para mejorar sus condiciones. Facilitaba su acción el auge de la actividad económica que caracterizó al período 1790-1791.

A partir de la primavera de 1790, se vió en París y en otras grandes ciudades obreros que se declaraban en huelga para reclamar la reducción de la jornada de trabajo y el alza de sus salarios. En la primavera de 1791 se fundó una "Sociedad fraternal", que agrupaba un millar de obreros carpinteros. Los impresores habían ya formado una asociación profesional. Estos movimientos inquietaban y alarmaban a la burguesía; los patronos veían en ellos un obstáculo a la tendencia que les llevaba a explotar sin límites a los obreros.

El 14 de junio de 1791, el diputado Le Chapellier, abogado de Rennes, hombre hábil y ambicioso, que había desempeñado un papel relativamente importante en los primeros momentos de la Revolución, presentó un proyecto de decreto contra los obreros, que fue votado casi por unanimidad por la Asamblea Constituyente.¹ Este decreto, designado habitualmente con el

¹ La Chapellier, emigró ese año 1791 a Inglaterra, volvió a Francia y fue guillotinado en febrero de 1794. V. Buchy et Roux. t. X.

nombre de ley Le Chapelier, prohibía a los obreros formar cualquier clase de organizaciones o asociaciones, prohibía asimismo las huelgas, y dictaba penas rigurosísimas en caso de contravención.

Esta ley Le Chapelier respondía tan bien al servicio de los intereses de la burguesía contra los obreros, que sobrevivió nada menos que 70 años, sin el menor cambio en su texto.

Marx expone el sentido de la ley Le Chapelier en estos términos: "La burguesía francesa resolvió, desde el principio de la tormenta revolucionaria, quitar a los obreros el derecho de asociación que acababan de conseguir. Esta ley, que mediante medidas de orden público acaba con la competencia entre el capital y el trabajo, sobrevivió a toda las revoluciones y a todos los cambios de dinastías".¹

4. LA CONSTITUCION DE 1791

La Asamblea, al elaborar la Constitución artículo por artículo poniéndolos en vigor a medida que eran aprobados, terminó su obra en septiembre de 1791. Revestida ese mismo mes de la sanción real, adquirió fuerza de ley.

La Constitución proclamaba el principio de la soberanía nacional. "Todo poder viene de la Nación". Reconocía como jefe del poder ejecutivo al rey de Francia, "por la gracia de Dios y la ley constitucional del Estado". El rey nombraba los ministros, los jefes de los ejércitos y poseía el derecho de veto suspensivo.

Los ministros, nombrados por el rey, habían de rendir cuentas ante la Asamblea Legislativa (a petición de ésta), acerca del estado del presupuesto, y podían ser acusados y juzgados por ella.

El poder legislativo pertenecía a la Asamblea Legislativa, compuesta de una sola Cámara elegida por dos años. Las elec-

¹ K. Marx. *Le Capital*. t. I, Ediciones políticas del Estado, 1955, p. 745.

ciones eran en dos grados como ya se ha dicho; sólo eran electores los ciudadanos activos y únicamente ellos podían ser elegidos para el cuerpo legislativo, de igual manera que sólo ellos podían ser elegidos administradores de los departamentos y de los distritos, y miembros de los municipios. Los ciudadanos pasivos, privados de todo derecho electoral, estaban separados de toda obra legislativa.

Los protestantes y los judíos tenían iguales derechos que los otros ciudadanos, mas la esclavitud en las colonias era conservada e incluso legalizada por la Constitución.

La Constitución de 1791, que no había resuelto la cuestión agraria, no se preocupó tampoco de la liquidación del feudalismo.

En la época en la que el feudalismo y el absolutismo dominaban en la mayor parte de los países de Europa, la Constitución burguesa de 1791 ofrecía, sin duda alguna, un aspecto progresivo.

Sin embargo, no dejaba de apartarse considerablemente de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, y sustituía el romanticismo revolucionario de aquel manifiesto por fórmulas jurídicas hábil y cuidadosamente calculadas, que aseguraban, en las mejores condiciones posibles, el dominio de la burguesía.

En lugar de la igualdad cívica proclamada por la Declaración de Derechos, la Constitución sancionaba la desigualdad de los bienes; establecía, además, la desigualdad política entre los ciudadanos, acordando a los propietarios los derechos políticos que negaba a los no-propietarios.

5. LA DIFERENCIACION POLITICA EN EL SENO DEL TERCER ESTADO

La política antidemocrática de egoísmo burgués de la Asamblea Constituyente, subordinada a los intereses de la gran burguesía, suscitaba naturalmente el descontento de los otros gru-

pos sociales del antiguo Tercer Estado. Los campesinos, los plebeyos e incluso capas importantes de la nueva burguesía democrática, veían insatisfechas sus reivindicaciones y sus aspiraciones sociales.

EL DESPERTAR DE LA VIDA PÚBLICA EN FRANCIA

La revolución había transformado la vida pública en Francia. Había bastado abrir la primera brecha en el régimen feudal, que tenía al país amordazado, para despertar y reanimar las fuerzas, hasta entonces adormecidas del pueblo. Irrumpían en la vida pública millones de hombres nuevos.

No sólo en la capital y en las grandes ciudades, sino hasta en los más modestos lugares se fundaban “clubs” políticos. Los debates apasionados de las reuniones públicas duraban toda la noche, se leía ávidamente, se discutía en polémicas ardientes los innumerables artículos de los diarios, revistas, libelos, que brotaban de las plumas de los hombres de letras, de los nuevos políticos, de los hombres de la revolución.

La corriente de aire nuevo que atravesaba el país con la tormenta purificadora de la revolución engendraba toda suerte de esperanzas. Todavía desconocida, Manon Roland, la mujer del futuro ministro girondino, escribía que no encontraba nada que envidiar a los republicanos de las repúblicas clásicas griega y romana. Una luz más pura alumbraba la nación francesa. Innumerables gentes participaban entonces de ese ferviente entusiasmo.

LA FIESTA DE LA FEDERACIÓN. 14 DE JULIO DE 1790

La celebración del aniversario de la toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1790, tomó el carácter de una demostración grandiosa, en todos los departamentos franceses, de la majestad del pueblo revolucionario. Las delegaciones elegidas por las for-

maciones locales de la Guardia Nacional afluían a París para la "Fiesta de la Federación". Esta manifestación puso de manifiesto el poder de las fuerzas de la revolución.

En el curso de estos regocijos populares el 14 de julio de 1790 nació el famoso "¡Ca ira!", que se convirtió en una de las canciones más célebres y más populares de la revolución.

Ah! ca ira, ca ira, ca ira!
Les aristocrates a la lanterne!
Ah, ca ira, ca ira, ca ira!
Les aristocrates en les pendra!
La liberté triomphera,
Malgre les tyrans, tout reussira,
Ah, ca ira, ca ira, ca ira!

A este texto lleno de vigor y entusiasmo fueron añadiéndose otras estrofas; las palabras y el sentido político de esta canción, verdadera creación popular, se modificaron según las circunstancias varias veces. Cada año iban siendo más radicales y políticamente más mordaces; su popularidad aumentaba cada día más. Los voluntarios que salían para los frentes de guerra, los obreros de los arsenales, los empleados en las fortificaciones, los *sans-culottes*, en el trabajo y en el combate, recomfortaban su valor cantando esta dura y marcial canción revolucionaria.

CRECIMIENTO DEL MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO REPUBLICANO

Cuanto más tomaba el pueblo conciencia del poder de la revolución y de la magnitud de las tareas que le incumbían y le esperaban, más se acentuaba su descontento y su irritación por la legislación antidemocrática de la Asamblea Constituyente de 1790-1791.

Incluso en el seno de la Constituyente, un grupo de dipu-

tados que habían formado la izquierda democrática y que tenían a su frente a Robespierre, luchaba con incansable firmeza contra las leyes antidemocráticas de la Asamblea. Robespierre se levantaba resueltamente en contra de la Constitución censitaria y reclamaba el sufragio universal. Habían ya pasado los tiempos en los que los diputados se reían de su camarada de Arras: la influencia de Robespierre había aumentado considerablemente. En abril de 1791 publicó el texto de un discurso, no pronunciado en la Asamblea Constituyente, en el cual decía: "los ricos lo pretenden todo, quieren invadir todo y dominar todo... el interés del pueblo es el interés general, el de los ricos es el interés particular"...¹ Este texto, leído en los clubs particulares y varias veces reimpresso, tuvo un éxito inmenso.

A partir de 1790, los clubs y las sociedades particulares extendieron considerablemente su influencia en París y en las otras ciudades de Francia, y se convirtieron en el centro del movimiento democrático.

El Club de los Jacobinos, que reunía en su seno a los principales jefes de fila del antiguo Tercer Estado, guardaba toda su importancia. Los jacobinos no eran solamente uno de los clubs más poderosos por su autoridad y por el número de sus miembros, sino además la única organización política que tenía filiales en el resto del país; el número de estas filiales crecía por momentos. En julio de 1790, el Club de los Jacobinos tenía alrededor de 100 filiales. A mediados de 1791, ya eran 227 y en junio de 1791, en el momento de la crisis de Varennes, 406 sociedades afiliadas en provincias. Mas en el seno mismo del club, la lucha entablada entre su derecha y su izquierda revelaba las contradicciones existentes en el interior del Tercer Estado, hasta hacía poco unido sin fisuras.

La "Sociedad de los Amigos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano", o Club de los Cordeleros, fundado en abril

¹ Obras de Maximilien Robespierre, t. VII. París, 1952.

de 1790, era de composición más democrática. Tomó su nombre de la iglesia en la que celebraba sus sesiones. Sus cotizaciones eran considerablemente más moderadas que las de los Jacobinos. Contaba pocos diputados entre sus socios, pero podían oírse discursos de hombres políticos jóvenes, lanzados por la revolución: el poderoso tribuno popular y abogado Danton, el brillante periodista Camille Desmoulins, Marat, "el amigo del pueblo" e intrépido defensor de los pobres, el periodista y abogado Robert, el impresor Momoro, etc. En el recinto lleno a rebosar de la antigua iglesia, las pasiones bullían en un incessante fermento de los espíritus. El Club de los Cordeleros era uno de los principales centros de la lucha contra las limitaciones censitarias impuestas por la Asamblea Nacional. El movimiento republicano empezaba a nacer en su seno.

LA PROPAGANDA DE LAS IDEAS REPUBLICANAS

En 1790-1791, los partidarios de la república eran todavía poco numerosos en Francia. Camille Desmoulins se declaró republicano. El salón de la joven literata Madame Robert-Keralio era un centro de propaganda de las ideas republicanas. Su marido, el abogado Francois Robert, escribía en el otoño de 1790 en la revista que editaban juntos, *Le Mercure National*: "Borremos de nuestra memoria y de nuestra constitución hasta el nombre del rey".¹

El espíritu republicano ganaba poco a poco un número considerable de partidarios.

MARAT, EL AMIGO DEL PUEBLO

El diario de Marat *L'Ami du peuple*, que había empezado a publicarse en otoño de 1789, había adquirido una inmensa

¹ A. Aulard, *Histoire Politique de la Revolution Francaise*. París, 1913, p. 87.

L'AUTRE TARTUFFE,

O U

L'A MÈRE COUPABLE.

DRAME EN CINQ ACTES, EN PROSE;

PAR P. A. CARON-BEAUMARCHAIS.

Remis au Théâtre de la rue Feydeau, avec des changemens, et joué le 16 Floréal an V, (5 Mai 1797) par les anciens Acteurs du Théâtre Français.



On gagne assés dans les familles,
quand on en expulse un méchant.
dernière phrase de la Pièce.

ÉDITION ORIGINALE.

A P A R I S,

CHEZ RONDONNEAU et Compagnie, au Dépôt
des Lois, place du Carrousel.

1797.

ENCYCLOPÉDIE,
O U
DICTIONNAIRE RAISONNÉ
DES SCIENCES,
DES ARTS ET DES MÉTIERS,
RECUEILLI

DES MEILLEURS AUTEURS
ET PARTICULIÈREMENT
 DES DICTIONNAIRES ANGLOIS
DE CHAMBERS, D'HARRIS, DE DYCHE, &c.
PAR UNE SOCIÉTÉ DE GENS DE LETTRES.

Mis en ordre & publié par M. *DIDEROT*; & quant à la PARTIE MATHÉMATIQUE,
par M. *D'ALEMBERT*, de l'Académie Royale des Sciences de Paris
& de l'Académie Royale de Berlin.

*Tantum series juncturaque pollet,
Tantum de medio sumptis accedit honoris!* HORAT.

DIX VOLUMES IN-FOLIO,
DONT DEUX DE PLANCHES EN TAILLE-DOUCE,

PROPOSÉS PAR SOUSCRIPTION.



A PARIS, Chez { *BRIASSON*, rue Saint Jacques, à la Science.
 DAVID l'aîné, rue Saint Jacques, à la Plume d'or.
 LE BRETON, Imprimeur ordinaire du Roy, rue de la Harpe.
 DURAND, rue Saint Jacques, à Saint Landry, & au Griffon.

M. DCC. LI.
AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROY



P. A. Caron de Beaumarchais, retrato por Michon

sus reuniones en el picadero del Palais Royal, donde reunía numeroso auditorio, a veces hasta cuatro o cinco mil personas, entre las cuales muchos artesanos, obreros y otros representantes de la plebe parisiense. Ante este público y en la *Bouche de fer*, el diario de la Confederación, Fauchet y Bonneville defendían no sólo las opiniones democráticas avanzadas, sino también las reivindicaciones sociales más audaces. En noviembre de 1790, Claude Fauchet escribía:

“Todo hombre tiene derecho a la tierra y debe tener en propiedad el dominio de su existencia; toma posesión mediante su trabajo, y su parte debe estar circunscrita y limitada por el derecho de sus iguales. Todos los derechos son puestos en común en una sociedad bien ordenada. La santa soberanía debe tirar sus líneas de modo que todos tengan algo y nadie tenga demasiado.”¹

Así, fue uno de los primeros en formular, en tiempos de la revolución, un programa de reivindicaciones igualitarias.

Bonneville ponía en duda el principio mismo de la propiedad privada. Mientras subsistiesen privilegios exclusivos y hereditarios, afirmaba, las formas de la tiranía subsistirán siempre.

Marx y Engels, refiriéndose a las reivindicaciones sociales mantenidas por Fauchet, de Bonneville y sus partidarios, estimaban que fue en el Círculo social, “donde había comenzado ese movimiento revolucionario y que, pasando por diversas etapas, había dado vida a la idea comunista.”²

Pese a las ideas avanzadas de los dirigentes del “Círculo social”, éste no llegó a convertirse en una organización activamente militante de la democracia revolucionaria. El “Círculo social” fue esencialmente un laboratorio de ideas sociales progresistas, en los temas candentes de la política de su tiempo. Bonneville y Fauchet adoptaban posiciones bien alejadas de las

¹ A. Aulard, *Histoire politique de la Revolution Francaise*. París, 1913, p. 92.

² K. Marx y F. Engels, *Obras*. t. 2., p. 132, ed. rusa.

de la extrema izquierda. Por eso, la influencia del "Círculo social" sobre las masas populares de París no fue nunca muy grande, y en todo caso fue siempre menor que la que ejerció el Club de los Cordeleros.

LA GRAN BURGUESÍA SE SEPARA DE LA REVOLUCIÓN. TRAICIÓN DE MIRABEAU

Los progresos del movimiento democrático, la actividad creciente de las masas populares, las incesantes sublevaciones de los campesinos en los pueblos, aceleraban la diferenciación en el seno del antiguo Tercer Estado.

A medida que las masas populares y sus jefes evolucionaban hacia la izquierda, la gran burguesía dominante y la nobleza liberal que formaba bloque con ella acentuaban su conversión hacia la derecha. Sus representantes políticos en la Asamblea, los liberales moderados o "constitucionales", como se les llamaba entonces, iban convirtiéndose en una fuerza conservadora.

El líder de los constitucionalistas, Mirabeau, entró desde 1790 en relaciones secretas con la corte, donde recibía una fuerte subvención como premio por sus servicios. Mirabeau trataba de reconciliar a la corte con la revolución; estimaba que un acuerdo establecido entre ambas detendría los progresos de esta última, y mantendría a Francia en el cuadro de la monarquía constitucional.

Esta orientación política respondía a los intereses de la gran burguesía en su conjunto, pero Mirabeau mezclaba con ello consideraciones egoístas. Contaba con que, guardando su influencia cerca de la corte y de la Asamblea, reforzaría su poder personal, y el dinero con que la corte recompensaría su traición le permitiría llevar de nuevo una vida lujosa. Mirabeau descendió en su caída hasta venderse al gobierno de Catalina II de Rusia, por la mediación del embajador ruso Simoline. El instinto revolucionario de Marat le había permitido olfatear la

traición de Mirabeau. Le atacó en la prensa. Mas antes de llegar a ser totalmente desenmascarado murió en 1791, honrado por toda la nación, y sus cenizas, por decreto de la Asamblea, fueron llevadas triunfalmente al Panteón.

La traición de Mirabeau no fue un caso aislado. La Fayette también pretendía ganar la confianza de la corte. Sieyès había dejado de hablar en la Asamblea, y esta deliberada circunspección encubría una desaprobación tácita de lo que se estaba realizando. El partido "constitucionalista", el de la gran burguesía que se había amparado del poder, no tenía más que un fin bien definido: entorpecer, estorbar y parar si ello era posible la marcha de la revolución, y encerrarla en los límites de las conquistas ya logradas.

"LA SOCIEDAD DE 1789"

La escisión de una parte de los miembros del Club de los Jacobinos, que se separaron en 1790, para formar una nueva organización política, "La Sociedad de 1789", fue la expresión exterior de esa ruptura de los liberales moderados, de los constitucionalistas, con la burguesía democrática. En esta sociedad entraron Mirabeau, La Fayette, Bailly y Le Chapellier entre otros, y Sieyès fue elegido presidente. La "Sociedad de 1789" exigía una entrada muy elevada para ser miembro de la misma, lo que cerraba el acceso a muchos elementos democráticos; las sesiones se celebraban a puerta cerrada. Aun perteneciendo a la vez a los jacobinos, la mayor parte de los constitucionalistas antidemócratas habían creado, en la "Sociedad de 1789", un centro político de la burguesía conservadora, que buscaba entorpecer la marcha de la revolución.

LA EMIGRACIÓN A COBLENZA

Los viejos grupos sociales, ligados al régimen feudal y absoluto, no se resignaban a su derrota y luchaban activamente

contra la revolución. Tras las jornadas del 5 y del 6 de octubre, la emigración de la corte, de la nobleza y de los príncipes de la Iglesia había tomado un carácter masivo. En Turín primero, y poco después en Coblenza, a partir de 1791, se formó el centro de la emigración contrarrevolucionaria, que tenía a su cabeza al conde de Artois.

Coblenza se convirtió en el principal centro de la contrarrevolución. Era allí donde se tramaban todos los complots contra la Francia revolucionaria, y de donde salían los hilos secretos de la conspiración contrarrevolucionaria, que se extendían hasta París, la corte real y las otras capitales de Europa, Londres, Viena, Berlín, Madrid y Petersburgo. Los aristócratas altivos, que en su ciega presunción contaban al principio con la restauración inmediata del antiguo régimen, pronto hubieron de darse clara cuenta de que la revolución no era el resultado de las intrigas de Necker o de Mirabeau, como creyeron al principio. Conscientes de su poder, e inspirados por el odio, se adentraron en el camino de la traición.

EL RECURSO A LA INTERVENCIÓN

Desde fines de 1789, el conde de Artois y sus numerosos emisarios dirigían llamamientos insistentes a los gobiernos absolutos de Europa, para lograr su intervención armada contra la Francia "sediciosa". La intervención era la carta sobre la que jugaba todo el partido contrarrevolucionario fuera de Francia, y en el país mismo.

Tales eran los cálculos secretos del rey y de la corte. Colocado desde su traslado a París bajo el ojo vigilante del pueblo revolucionario, el rey aseguraba hipócritamente a la Asamblea Constituyente y al país su fidelidad a las nuevas leyes revolucionarias, su fidelidad y su amor a la libertad y su voluntad de defenderla. Llegó a lograr reafirmar su popularidad entre el pueblo, dispuesto a creer honradamente sus palabras llenas de duplicidad.

Al mismo tiempo, la reina María Antonieta dirigía por medio de sus agentes secretos a su hermano, el Emperador de Austria Leopoldo, cartas en las que le suplicaba actuara rápida y eficazmente para sofocar la "sedición" y socorrer a la familia real.

A partir de 1790, el plan para organizar la huída del rey y de su familia al extranjero estuvo preparado en secreto con el mayor detalle por la coalición contrarrevolucionaria de los emigrados y por el extranjero. El antiguo partido de la corte y los antiguos privilegiados, unidos a ella, se habían convertido en una fuerza antinacional.

6. VARENNES Y LA ESCISION EN EL SENO DEL TERCER ESTADO

El 21 de junio de 1791 por la mañana, París fue despertado por la alarma, que tocaba a rebato, y por tres cañonazos. Estas señales de alarma anunciaban una noticia extraordinaria: el palacio de la Tullerías estaba vacío. El rey y la reina habían huído de la capital. La emoción y la indignación se ampararon del pueblo. En las calles, en los edificios públicos, se rompían los bustos del rey. Las masas populares se armaban espontáneamente.

El Club de los Cordeleros adoptó por unanimidad una petición a la Asamblea Constituyente, redactada por Francois Robert, pidiendo la abolición de la monarquía, lo que reclamaba igualmente el popular periodista Brissot (el futuro jefe de la Gironda), y la *Bouche de fer*, órgano del "Círculo social". Cada vez con más frecuencia y más empeño, la proclamación de la república era exigida en los discursos de los oradores y en las manifestaciones políticas. La emoción ganó pronto a las ciudades de provincias y a los campos.

VUELTA DEL REY PRISIONERO A PARÍS

Entretanto, el mismo día, los fugitivos habían sido detenidos en la pequeña ciudad de Varennes, no lejos de la frontera belga. Su berlina, que iba rápidamente hacia el este, había parecido sospechosa. Entre los "criados" que viajaban en ese tren de lujo, el jefe de la posta Drouet había reconocido al rey y a la reina. Había dado la alarma a las gentes de la comarca; la noticia de este suceso se extendió a toda velocidad por Francia, y el 25 de junio la pareja fugitiva, escoltada por una muchedumbre imponente, había sido traída a París.

El rey fue acogido en la capital por el silencio del pueblo vigilante, lo cual significaba que esperaba lo que vendría después. El pleito estaba planteado ante él y ante la Asamblea Constituyente. La huída fracasada del rey había disipado la aureola de la corona, y privado al monarca de su autoridad tradicional. Estaba claro para todos que el rey huía para unirse a los extranjeros que preparaban la guerra contra los franceses. La hipocresía y la duplicidad del soberano, que había venido engañando hasta entonces al país y a la Asamblea, quedaban a la vista de todo el pueblo.

En su sesión del 21 de junio, el Club de los Cordeleros había adoptado una proclama al pueblo, publicada bajo forma de anuncio, en la que, tras un párrafo de una escena del *Brutus* de Voltaire, venía un enérgico llamamiento para castigar con la muerte a los tiranos.

"Los franceses libres, que componen la Sociedad de Amigos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, declaran a todos sus conciudadanos que en el seno de esta Sociedad hay hoy tantos tiranicidas como socios, que todos han jurado *individualmente* apuñalar a los tiranos que osen atacar nuestras fronteras o atentar contra nuestra libertad y nuestra constitución, de cualquiera forma que sea." ¹

¹ A. Mathiez. *Le Club de Cordeliers*. París, 1910, p. 150.

Temible advertencia no sólo para los autores extranjeros del plan de intervención, sino también a sus cómplices del interior del país, e indirectamente al rey fugitivo.

Como las ondas propagadas en la superficie del agua por la caída de una piedra, los motines provocados por la huída del rey se extendieron por todo el país. Los campesinos atacaron los castillos de los señores reaccionarios, se formaron batallones de voluntarios en los departamentos fronterizos, los municipios y las filiales de los jacobinos enviaron a París peticiones apremiantes exigiendo la deposición del rey.

EL PUEBLO EXIGE LA REPÚBLICA

En París, el Club de los Cordeleros y el Círculo social se pusieron a la cabeza del movimiento popular en favor de la república. Chaumette, Danton y Condorcet, entre otros, se convirtieron en defensores ardorosos y campeones de la República en las numerosas reuniones de los clubs y de las secciones. Una lucha terrible se libraba en el seno del Club de los Jacobinos.

POSICIÓN REACCIONARIA DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

La mayoría conservadora de la Asamblea Constituyente comprendía perfectamente el sentido profundo de la lucha entablada sobre la suerte del rey. En un discurso pronunciado en la Asamblea el 15 de junio, Antoine Barnave definió de modo preciso la posición de la gran burguesía reaccionaria: "Se nos ha hecho un gran daño cuando se ha perpetuado este movimiento revolucionario... Hoy, Señores, todo el mundo debe comprender y sentir que el interés común es que la revolución se detenga."¹

Para detener la revolución era preciso, ante todo, salvar y rehabilitar al rey. La Asamblea había dado ya por delante una

¹ P. J. B. Buchez y P. C. Roux. *Histoire parlementaire de la Revolution Francaise*. París. 1834. pp. 65-67.

versión enteramente falseada del "rpto del rey". El 15 de julio, tras extenso debate, la Asamblea emitió un decreto, si bien en forma indirecta, rehabilitando al soberano.

Este decreto suscitó la indignación de los medios democráticos avanzados. El Club de los Cordeleros redactó una moción invitando a la Asamblea a no reconocer el poder del rey, culpable de traición, moción que fue discutida el 15 y el 16 de julio, en numerosas reuniones públicas del Campo de Marte.

PRIMERA ESCISIÓN EN EL CLUB DE LOS JACOBINOS

El 16 de julio, una delegación de los Cordeleros se dirigió a los jacobinos para invitar a este Club a sostener la petición pidiendo la deposición del rey. Tras una larga y dura lucha interior, los jacobinos decidieron unirse a la petición. Pero el mismo día, tras el examen de la cuestión, se produjo una escisión en el seno del club. La derecha abandonaba la sala y rompía oficialmente con el club, para formar otro que recibía el nombre de los Feuillants (del nombre del convento donde fueron a instalarse).

LOS FEUILLANTS

El Club de los Feuillants se convirtió en el centro político de la gran burguesía. Tuvo por líderes a La Fayette, Bailly y el "triunvirato", de Barnave, Du Port y Alexandre Lameth, tres amigos que después de la muerte de Mirabeau desempeñaban el papel de dirigentes en los rangos del partido de la gran burguesía. La mayoría de los miembros de la "Sociedad de 1789" se adhirió a los Feuillants. La cotización elevada (hasta 250 francos) exigida para formar parte del Club, lo convirtió en un organismo cerrado. La misma escisión se produjo en cada una de las filiales de provincias, pero la mayoría de los miembros permanecieron fieles al ala izquierda de los jacobinos, dirigida por Brissot y Robespierre.

EL MASACRE DEL CAMPO DE MARTE

El 17 de julio, varios miles de parisienses se habían reunido de nuevo en el Campo de Marte para discutir el texto de una proposición condenando a la monarquía. La reunión se desarrollaba tranquilamente. Pero los medios dirigentes de la burguesía habían decidido actuar. Por orden de la Asamblea Constituyente y de la municipalidad de París, fuertes destacamentos de tropas y de la Guardia Nacional llegaron al Campo de Marte bajo el mando de La Fayette. Las tropas abrieron fuego sobre los manifestantes y mataron alrededor de 50 personas.

A la mañana siguiente, la Asamblea dio un decreto ordenando el castigo riguroso de los "facciosos" y la apertura de procedimientos judiciales contra los participantes en la manifestación del 17 de julio.

El masacre del Campo de Marte era un suceso que entrañaba una enorme importancia política. Por primera vez, desde el principio de la revolución, una parte del Tercer Estado había marchado contra la otra, las armas en la mano. La gran burguesía trataba de aplastar por la fuerza de las armas a su aliado de la víspera: el pueblo. El 17 de julio y la escisión ocurrida la víspera en el Club de los Jacobinos marcaron el fin de la relativa unidad, hasta entonces existente en el seno del Tercer Estado, y la ruptura abierta entre sus dos fracciones. La sangre de las víctimas de la manifestación popular del 17 de julio abría un abismo infranqueable entre la gran burguesía monárquica y el pueblo. Los "constitucionales" y toda la capa monárquica de la burguesía, dirigidos por los Feuillants, no eran sino una fuerza contrarrevolucionaria. Se sumaban al campo de la corte, de la nobleza, de la emigración y de las fuerzas de la intervención contrarrevolucionaria que se hallaba detrás de ellas. El pueblo, de vuelta de sus primeras ilusiones, de su fe ciega en los "héroes nacionales" La Fayette, Bailly y

otros, continuó su camino siguiendo la línea ascendente de la revolución.

Quitándose la máscara y lanzándose abiertamente por la vía contrarrevolucionaria para aplastar con las armas el movimiento popular, el ala derecha burguesa que formaba la mayoría de la Asamblea Constituyente pasó, tras el 17 de julio, a la ofensiva abierta contra la democracia. Marat, ferozmente perseguido, debe refugiarse nuevamente en la clandestinidad. Danton se ve obligado a huir a Inglaterra, y otros muchos demócratas tienen que huir de las persecuciones de las autoridades.

Deseosa de explotar su ventaja en la lucha contra la democracia, la gran burguesía intenta operar una revisión de la Constitución para reforzar los rasgos más burgueses de ella, y en particular elevar considerablemente el censo exigible a los electores de primero y segundo grado y a los elegibles. Aprovechando la necesidad de codificar los artículos de la Constitución adoptados antes por la Asamblea, la mayoría contrarrevolucionaria obtuvo la revisión de los artículos concernientes al derecho electoral. A pesar de la resistencia enérgica de la parte democrática de la Asamblea, la mayoría hizo adoptar, en agosto, un decreto gravando considerablemente las condiciones del censo. Esta decisión, la más reaccionaria quizá de la Asamblea, no fue aplicada; no debía entrar en vigor sino dentro de dos años; pero en esa época la revolución había llegado tan lejos, que había barrido ya totalmente la legislación reaccionaria de la Constituyente y de los anteriores legisladores.

EL FIN DE LA CONSTITUYENTE

La Asamblea Constituyente, que había devuelto casi enteramente sus poderes al rey, sometió el 13 de septiembre la Constitución a la firma real. El 30, los constituyentes se separaban. En un manifiesto publicado con este motivo, el rey se atrevía a declarar que "la revolución había llegado a su térmi-

no". Mas en uno de sus últimos discursos ante la Asamblea, el 1 de septiembre, Maximilien Robespierre pronunció estas palabras memorables: "¿Qué nos queda por hacer? O tomar nuestros hierros de esclavos, o tomar nuestras armas".¹ Y cuando los diputados se separaron al fin de la última sesión, el pueblo hizo a Robespierre una ovación clamorosa y le coronó con laurel. El pueblo asociaba el nombre de los demócratas al porvenir de la revolución.

¹ Jean Jaurés. *Histoire socialiste de la Revolution Francaise*, t. II, París 1922, p. 410.

CAPITULO

V

La Revolución Francesa y Europa

La Revolución Francesa produjo enorme impresión en Europa. Las primeras noticias de su comienzo —la insurrección popular del 14 de julio y la toma de la Bastilla —fueron acogidas en varios países de Europa como un suceso de trascendencia histórica. Los espíritus avanzados de Inglaterra, Rusia, España e Italia saludaron con la mayor simpatía, y hasta con entusiasmo, a la revolución de Francia. Fox, el líder del partido whig en Inglaterra, declaró que la toma de la Bastilla era “el más grande acontecimiento del mundo”. El poeta inglés Coleridge la celebró en una oda. El publicista inglés, bien conocido en aquel tiempo, Thomas Paine, que había tomado parte en la guerra de las colonias americanas, se dirigió inmediatamente a París, donde La Fayette le entregó solemnemente las llaves de la Bastilla, para que se las diese a George Washington.

La revolución iniciada en Francia ejerció una inmediata influencia en el movimiento nacional en Bélgica, sometida al po-

der de los Habsburgo de Austria; ese movimiento de liberación no tardó en convertirse en revolución. La efervescencia ganó a la burguesía y a los campesinos alemanes, sobre todo en la región del oeste, limítrofe de Francia y la más avanzada desde el punto de vista económico. El poeta alemán Klopstock, de gran renombre en aquella época, glorificó con sus versos a la revolución francesa. En Suiza se manifestó una gran simpatía por la revolución, tras la toma de la Bastilla, así como en los países italianos vecinos de Francia. La mayoría de las poblaciones de Niza y de la Saboya aspiraban abiertamente a convertirse en francesas, y un poco más tarde, en 1793, Niza y Saboya proclamaron voluntariamente su unión a la República. En Rusia, en Petersburgo, como lo atestiguaban los contemporáneos, la toma de la Bastilla fue acogida con transportes de entusiasmo por "los negociantes, los mercaderes, los burgueses y los jóvenes de las clases elevadas". Dos rusos, los jóvenes príncipes Golitsyne, que se encontraban en París en julio de 1789, tomaron parte personalmente en el asalto a la ciudadela del absolutismo francés, y se convirtieron en ardientes partidarios de la nueva Francia revolucionaria.

Las nuevas de los sucesos revolucionarios que acontecían en Francia concentraron la atención y el interés de toda la opinión pública mundial. En los diarios y en otras publicaciones periódicas de aquel tiempo, la Revolución francesa ocupó la primera plana. Las gacetas que no trataban ampliamente el tema carecían de lectores. Los documentos esenciales de la Revolución, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, los discursos de los principales oradores de la Asamblea Constituyente, eran traducidos e impresos, no sólo en los diversos Estados de Europa, sino también más allá del Océano, en las dos Américas. En todas partes, en Varsovia, en Budapest, en Praga, en Constantinopla, en Ginebra, hasta en Buenos Aires y en las ciudades del lejano Brasil, los medios avanzados expresaban sus simpatías por la Revolución francesa.

Llegaban a París, de todas las partes del mundo, hombres

progresistas que querían ver de cerca los grandes sucesos históricos y grabar su recuerdo en la memoria, o asimilarse la experiencia revolucionaria de los parisienses. El publicista revolucionario alemán Georg Forster, el poeta inglés Woodsworth, su compatriota el abogado radical Erskine, los rusos, el escritor e historiador Karamzine y el joven conde Stroganov, los hombres políticos suizos de ideas avanzadas que habían fundado en París el "Club helvético", los representantes de los medios progresistas de los Estados Unidos, de Bélgica, de Italia, de España y de otros Estados, vivían en París. Algunos, como Forster y Stroganov por ejemplo, se convirtieron en fervientes admiradores de la Revolución francesa; otros, como Karamzine, permanecieron como observadores imparciales, y otros en fin, pasaron al campo de sus enemigos, mas cualquiera que fuesen sus puntos de vista y sus opiniones personales, esos innumerables peregrinos de París esparcían por todo el mundo las noticias de los grandes sucesos que acaecían en Francia.

La Revolución francesa ejerció una enorme influencia en numerosos países. Esta influencia y su acción revolucionaria no podían ser uniformes en todos los lugares. Allá donde el capitalismo había logrado progresos efectivos contra el régimen feudal, esa influencia fue más fuerte, y obtuvo resultados más sensibles. Mas incluso en donde las condiciones de la evolución social no habían preparado aún el terreno al derrocamiento revolucionario del feudalismo, la Revolución francesa dio el impulso necesario al despertar de las conciencias de las fuerzas progresivas antifeudales.

LA REVOLUCIÓN EN BÉLGICA. LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS Y DEMOCRÁTICOS EN LOS PAÍSES DE EUROPA OCCIDENTAL Y EN LA AMÉRICA LATINA

Bélgica, vecina de Francia, fue el país en el que la influencia de la Revolución fue más fuerte y más directa. El movimiento de emancipación nacional contra el yugo austriaco había

adquirido desde el otoño de 1789 el carácter de una revolución burguesa. Esta había tenido un principio feliz; desde el mes de diciembre de 1789, había logrado una victoria importante: las tropas austriacas que ocupaban Bélgica habían sido expulsadas del territorio. Mas las potencias europeas reaccionarias habían entrado en línea contra la revolución belga. Austria, con la cooperación de Prusia y de Inglaterra, había organizado la intervención armada en Bélgica. Gracias a su superioridad numérica y militar, la fuerza de intervención había infligido a los belgas una serie de derrotas, y en noviembre de 1790 había aplastado la revolución. El fracaso belga se explicaba en cierta medida por el hecho de que no había llegado a ser una revolución popular. Los labradores y campesinos, que podían y deberían ser las principales fuerzas vivas, no estaban realmente interesados en la revolución, y por ello no salieron en su defensa.

Más adelante, a partir del año 1792, que marca el principio de la guerra de la revolución, la suerte de Bélgica dependió ante todo del resultado de la lucha entre la Francia revolucionaria y la coalición monárquica.

La revolución francesa suscitó un poderoso movimiento antifeudal en los Estados occidentales, como por ejemplo en regiones de Alemania algunas, y ejerció una influencia considerable en la vida espiritual de todo el país. Desde otoño de 1789 y en el curso de los años siguientes, una ola poderosa de agitación campesina antifeudal irrumpió en los países renanos vecinos de Francia. En el electorado de Maguncia, así como en Sajonia y en algunas otras tierras alemanas, tales como la isla de Rugen, los campesinos se sublevaron con las armas en la mano. En el Sarre, los campesinos se negaron a satisfacer los impuestos y las cargas. La burguesía de Sarrebruck presentó un vasto programa de reivindicaciones políticas y sociales. En la ciudad marítima de Hamburgo, centro económicamente muy desarrollado, el 14 de julio de 1790 la burguesía celebró con una manifestación el aniversario de la toma de la

Bastilla. Un año más tarde, en esa misma ciudad, otra fuerza entró en juego: las huelgas obreras.

La élite intelectual de Alemania, los poetas Schiller, Wieland y Klopstock, el filósofo Kant, el historiador Schleper y tantos otros glorificaron la Revolución francesa, en la que veían el más trascendental suceso de la época. Algunos, como Georg Forster, estaban dispuestos a probar con hechos —con actos revolucionarios— su solidaridad con la Francia de la revolución. Mas las simpatías de la mayoría de los espíritus avanzados permanecieron platónicas; no tenían el menor interés en extender a sus países la experiencia francesa. Más tarde, en tiempos de la dictadura jacobina, muchos de ellos, como Schiller, que había recibido el título de ciudadano francés, se desviaron con horror de la idea revolucionaria y de la obra de las masas revolucionarias francesas, y llenaron de ultrajes a los que habían adorado la víspera. Pero eso ocurrió más tarde. En conjunto, el atraso político y económico de Alemania, su parcelación y su aislamiento, eran las causas determinantes de la debilidad de la burguesía alemana, de su incapacidad para tomar en sus manos la dirección de las masas populares, y hacían imposible el desarrollo de un vasto movimiento revolucionario en el país.

En el imperio de los Habsburgo, la revolución francesa había suscitado un movimiento de emancipación nacional en los pueblos sometidos. Se manifestó con singular fuerza en Hungría entre 1789 y 1794; las primeras noticias de la toma de la Bastilla habían despertado en este país una vivísima corriente de simpatía. El gran poeta húngaro Janos Baczany publicó un poema que se hizo célebre: "Los cambios en Francia", en el que dirigía advertencias amenazadoras a los opresores del pueblo húngaro:

*Vos, cuya naturaleza exige tanta sangre
Por la gracia de Dios, Vos los verdugos del pueblo,
Para conocer vuestro destino y la marcha del mundo,
Tended hacia París una mirada perspicaz.*

En Budapest se publicaron centenares de panfletos contra el yugo austríaco y llamamientos a la unión de todos los patriotas húngaros. Pero en los primeros años de la revolución, este movimiento estaba dirigido principalmente por la nobleza liberal y los intelectuales burgueses: sus reivindicaciones no iban más allá del establecimiento de un régimen constitucional, y a lo sumo de una independencia política. La nobleza liberal húngara no se atrevía a suscitar la cuestión agraria, por temor de atraer a los campesinos a la lucha, debilitando con ello el movimiento de emancipación nacional en el país.

La participación de Austria en la guerra de intervención contrarrevolucionaria contra Francia disipó las últimas ilusiones de los patriotas húngaros sobre su emancipación del yugo de los Habsburgo. El grupo de hombres políticos radicales llamados "Jacobinos Húngaros" tenía al frente a Ignacio Martinovitch, y se orientó hacia la lucha revolucionaria activa. Martinovitch, Latskovitch, Ferencz Kazintsi y otros jefes de fila del movimiento radical, fundaron la sociedad secreta "Libertad e Igualdad", que se dio como objetivo el preparar la insurrección armada para sacudir el yugo del absolutismo austríaco.

Al grupo revolucionario de Martinovitch se adhirieron, directa o indirectamente, los escritores húngaros más conocidos del momento. Janos Baczany, Ferencz Verchegi, que tradujo la Marsellesa a su idioma, y muchos otros. Mas antes de que la sociedad que habían formado pudiese desplegar su actividad, fue descubierta por la policía y disuelta. Tras un largo proceso, Martinovitch y seis de sus más próximos colaboradores fueron ejecutados en 1795.

En Bohemia, entonces también bajo el yugo austriaco, la Revolución francesa fue acogida con inmensa simpatía por los medios avanzados. Los últimos años del siglo XVIII eran el momento en que los primeros gérmenes del capitalismo hacían su aparición en el país, donde se agravaban las contradicciones de clases y las nacionales, y cuando aparecía la aspiración a la

emancipación de la patria. En los últimos treinta años del siglo se fundaron en Bohemia, gracias a los esfuerzos de los campeonos del renacimiento checo, una serie de instituciones encaminadas al progreso de la cultura nacional, tales como la "Sociedad agraria" (1775) la "Sociedad Real de las Ciencias" (1784), la cátedra de lengua checa de la Universidad de Praga (1792), etc. Los llamamientos de la Francia revolucionaria invitaban a aplastar al despotismo y a la tiranía en cualquiera de sus formas, y levantaban un eco caluroso en el corazón de los intelectuales checos de ideas avanzadas, que no se resignaban a la servidumbre de su pueblo por la monarquía habsburguesa. Cuando estalló la guerra en 1792 entre la Francia revolucionaria y el Imperio, todas las simpatías de los checos estuvieron, naturalmente, del lado de los franceses. Más tarde, cuando quedó probado que las armas forjadas por la Revolución francesa eran capaces de combatir y vencer a las tropas profesionales de los Habsburgo, la esperanza de liberarse de la odiosa tiranía extranjera aumentó entre los patriotas checos.

La Revolución francesa ejerció igualmente una gran influencia sobre los medios burgueses de la pequeña nobleza de Polonia, que en mayo de 1791, obligaron a la Dieta a adoptar una nueva Constitución. La Constitución de 1791, concebida en un espíritu hostil a los magnates y que abolía la eligibilidad del rey, representaba sin duda alguna un gran paso hacia delante. Sin embargo, al mismo tiempo que concedía cierto número de ventajas a la pequeña burguesía y a la nobleza, nada daba a las masas populares, sino que perpetuaba el régimen feudal y la servidumbre. Guardándose muy bien de plantear el problema de la alianza con los campesinos, que habían dejado bajo el yugo de la servidumbre, los medios de la pequeña nobleza y de la burguesía se privaban del apoyo del pueblo; por eso tenían que salir vencidos en la lucha entre ellos y los magnates, por lo que Polonia fue pronto repartida entre Austria, Prusia y Rusia.

En los Estados italianos, la repercusión de la Revolución

francesa tuvo un doble carácter: una acción directa, extraordinariamente poderosa, sobre los medios avanzados de la sociedad italiana, y una influencia muy viva y profunda sobre las generaciones siguientes. Esta influencia fue bienhechora.

En los principados danubianos, vasallos de Turquía, bajo la influencia de la Revolución francesa, comenzaron a oírse por vez primera voces, todavía raras y tímidas, para protestar contra el yugo turco y reclamar al menos algunos derechos políticos.

En Grecia, las ideas revolucionarias y el ejemplo glorioso de la Francia revolucionaria victoriosa produjeron una inmensa impresión en los jefes del movimiento de emancipación nacional. El gran poeta griego Rigas, con fuerte ascendiente sobre sus compatriotas, exaltó a la Revolución Francesa, invitando a los griegos a seguir el ejemplo de los franceses y a levantarse contra el yugo execrable de los turcos. Rigas es el autor de la Marsellesa griega, el himno del movimiento de liberación nacional. La Revolución francesa aceleró la formación de las fuerzas revolucionarias griegas, la creación del partido revolucionario nacional de la "Heteria" y la preparación de la insurrección de liberación nacional, que estalló más tarde, es verdad que en coyuntura histórica distinta.

Incluso en los lejanos países de la América del Sur y de América Central, las noticias de la revolución estallada en Francia y de sus victorias fueron seguidas con una atención y un interés inmensos, ejerciendo una poderosa acción revolucionaria sobre los pueblos sometidos a los colonos españoles y portugueses. Criollos, mestizos, indios y negros, padecían en grados diferentes el yugo del extranjero. El movimiento de emancipación nacional en América del Sur, a fines del siglo XVIII, y en particular después del final victorioso de la guerra revolucionaria que había desembocado en la constitución de la República de los Estados Unidos de América del Norte, había adquirido una fuerza considerable. Los hombres de la generación joven, nativos de los países latinoamericanos y que soñaban

con liberar sus países de la dominación española y portuguesa, se impregnaban ávidamente de las ideas de los filósofos. Las obras de Montesquieu, Voltaire, Rousseau, eran estudiadas con avidez en los medios de la juventud avanzada. Simón Bolívar y Francisco de Miranda, grandes hombres de la futura revolución de la América Latina, fueron en su juventud fervientes admiradores de Rousseau y de los enciclopedistas.

La Revolución burguesa francesa fue en sus comienzos acogida con entusiasmo por los jefes del movimiento de emancipación de la América Latina e inspiró en ese medio las más ardientes esperanzas. El venezolano Sebastián Francisco de Miranda, llamado el "precursor de la revolución" a causa de sus numerosas y las más de las veces aventuradas tentativas de apresurar el fin de la dominación extranjera y de liberar el continente sudamericano, se alistó en el ejército francés en los comienzos de la guerra de la revolución y conquistó el grado de general, batiéndose en sus filas. Cuando los jefes de la Gironda estuvieron a la cabeza del gobierno, Miranda les hizo adoptar la idea de una expedición militar para liberar América del Sur, de la que él tomaría el mando. Este plan quedó sin el menor intento de ejecución. Mas la importancia general de la Revolución francesa fue tan grande para activar la madurez del movimiento de emancipación nacional en los países de América del Sur, que sus semillas cayeron en terreno favorable y dieron una generosa cosecha algún tiempo después, en las primeras décadas del siglo XIX, con las guerras revolucionarias de independencia en los países iberoamericanos.

El único país del Nuevo Mundo que hizo eco, mediante una revolución, a los grandes acontecimientos que se desarrollaban en Francia, fue Haití, colonia francesa desde fines del siglo XVII. La Asamblea Constituyente, de la que esperaban las clases oprimidas de Haití la abolición de la esclavitud, remitía constantemente a más tarde las medidas de liberación. En 1790, los negros libres intentaron una sublevación que fue aplastada. La Asamblea, teniendo, sin embargo, en cuenta este peligroso

aldabonazo, concedió en mayo de 1791 los derechos de ciudadanía a los mulatos y a los negros libres. Pero una parte considerable de la población negra de Haití permaneció siempre en el grupo de la esclavitud, incluso después de la revolución.

Hacia mediados de agosto de 1791 estalló la insurrección. La lucha emancipadora de los negros de Haití pasó por varias etapas, marcadas por victorias brillantes y crueles derrotas. La revolución haitiana encontró pronto un jefe notable en la persona del negro Toussaint Louverture, que dio pruebas de admirables cualidades militares y se convirtió pronto en un verdadero jefe popular. Bajo su dirección, el pueblo sublevado de Haití combatió con éxito durante más de diez años contra numerosos enemigos, españoles, ingleses y franceses. En 1796, tras una lucha durísima, obligó al jefe del cuerpo expedicionario inglés, Maitland, a capitular. Inglaterra hubo de reconocer la independencia de Haití. Los soldados del Haití liberado infligieron igualmente una derrota al ejército francés del general Leclerc, enviado a Santo Domingo en 1801 por Bonaparte. Mediante una infame perfidia, Leclerc se apoderó de Tousaint Louverture; atraído a una encerrona con el pretexto de negociar la paz, fue aprehendido y expedido a París cargado de cadenas. La revolución de Haití fue aplastada poco después.

En la Inglaterra aristocrática y burguesa, que había hecho ya su revolución en el siglo xvii, la influencia de la Revolución francesa tuvo por resultado intensificar la corriente radical y democrática. Los medios radicales burgueses y pequeño-burgueses, y los obreros de ideas avanzadas manifestaban su aprobación y su simpatía por la Revolución francesa, enviaban a París felicitaciones constantes y trataban de estimular en Gran Bretaña el movimiento de democratización de su régimen político.

El 4 de noviembre de 1789, se celebró en Londres, bajo los auspicios de diversas sociedades progresistas, una reunión que atrajo numeroso público, en el curso de la cual el doctor Ri-

chard Price pronunció un discurso cantando las glorias de la Revolución francesa. Evocó "su llama que reduce a cenizas al despotismo, mientras calienta y alumbra a Europa". Los asistentes votaron una moción de felicitación a la Asamblea Constituyente. El discurso de Price fue reeditado 12 veces en muy poco tiempo. En 1790, las organizaciones democráticas y progresistas inglesas festejaron solemnemente el aniversario de la toma de la Bastilla. El escritor y hombre político Sheridan, y los poetas Wordsworth y Coleridge, que más tarde habían de apartarse, se mostraron entonces ardientes defensores y partidarios de la Revolución francesa, igual que la escritora Mary Wilsoncraft, una de las primeras campeonas de la igualdad de las mujeres, Thomas Paine, ya citado, que publicó en 1791-1792 una obra en dos volúmenes titulada *Les droits de l'homme* en defensa de la Revolución francesa,¹ el novelista y escritor social William Godwin, el gran poeta escocés Robert Burns, etc.

La más importante y más activa de las organizaciones de carácter democrático y progresista que nacieron en Inglaterra en esa época fue la "London Corresponding Society", dirigida por el publicista radical Thomas Hardy, obrero zapatero. Fundada en primavera de 1792 por su iniciativa (fue su secretario hasta su detención en 1794), esta sociedad contó pronto con más de veinte mil socios, en su mayoría obreros, artesanos, trabajadores manuales, etc. No tardó esa entidad en tener sus filiales en provincia (en Edimburgo, Sheffield, Nottingham, Leeds, Coventry, Norwich, etc.) que mantenían entre sí rela-

¹ Bajo el golpe de las persecuciones judiciales por el segundo tomo de *Droits de l'homme*, Thomas Paine consiguió huir a Francia, donde fue proclamado candidato a un puesto en la Convención, por varios distritos electorales. Diputado en esa Asamblea, desempeñó un papel considerable: miembro del comité constitucional de la Convención, votó la muerte de Luis XVI, etc. Su estrecha unión con los Girondinos ocasionó su detención bajo la dictadura jacobina. Preso durante un año, fue liberado merced a la intervención del embajador de los Estados Unidos. Ver igualmente T. Paine. *Oeuvres choisies*, M. 1959.

ciones muy estrechas, (de donde vino el nombre de "sociedad correspondiente"). Esta organización hizo una propaganda muy activa de la Revolución francesa y en favor de una transformación democrática de Inglaterra. En el mensaje a la Convención Nacional, adoptado por la "London Corresponding Society"¹ el 27 de septiembre de 1792, se dice: "Franceses, sois libres y nosotros nos armamos ahora para el triunfo de la libertad en Inglaterra... Cuando hayamos logrado la victoria final—cosa que deseamos ardientemente— la triple alianza de los pueblos y no de los soberanos de América, de Francia y de Inglaterra, aportará la libertad a los pueblos y la paz al universo."

Este mensaje a la Convención muestra los sentimientos y las esperanzas que la Revolución francesa había despertado entre los trabajadores ingleses.

La "Corresponding Society" consideraba como el objetivo primordial del pueblo inglés la reforma parlamentaria con el sufragio universal directo, y propagaba ampliamente esta pretensión entre las masas. En estrecha relación con la sociedad londinense, la organización escocesa de "Amigos del Pueblo" luchaba valientemente también por el sufragio universal. Los "Amigos del Pueblo" de Edimburgo fueron las primeras víctimas de las medidas represivas del gobierno. En 1793, uno de los dirigentes de esta asociación, Thomas Muir, muy popular entre los obreros escoceses, fue llevado ante los tribunales. El lord-juez, le incriminó por "haber osado tomar la palabra ante una muchedumbre de tejedores ignorantes, a propósito de sus quejas". Thomas Muir fue condenado a 14 años de trabajos forzados.

Esta sentencia indignó a todos los hombres progresistas de Inglaterra. Por iniciativa de las organizaciones escocesas, fue convocado en Edimburgo un congreso de todas las organizaciones democráticas de Inglaterra, luchando por el sufragio univer-

¹ Journal of the London corresponding Society, V. 1795.

sal. Grandes mítines en las principales ciudades precedieron a su reunión: el de la "Corresponding Society" de Londres atrajo a más de treinta mil personas. El congreso que se reunió en la capital de Escocia, en noviembre de 1793, fue disuelto por la fuerza armada; sus organizadores fueron condenados a 14 años de trabajos forzados y deportados a Australia.

La disolución del congreso de Edimburgo y las medidas represivas contra sus dirigentes provocaron la indignación del pueblo inglés. El 20 de enero de 1794, la "London Corresponding Society", en un manifiesto al pueblo, estigmatizaba el acto ilegal de las autoridades de Edimburgo y la guerra criminal llevada por el gobierno inglés contra la Francia revolucionaria. El manifiesto invitaba a los ingleses a elegir entre la libertad y la esclavitud. En febrero-marzo de 1794, se celebraron en numerosas ciudades de Inglaterra grandes mítines organizados por la "Corresponding Society" y otras organizaciones progresistas. Las gentes del pueblo venían en masa y condenaban la política reaccionaria del gobierno de Pitt, expresando su solidaridad con los presos de Edimburgo,¹ y con el pueblo de la Francia revolucionaria. En abril y en los primeros días de mayo, la ola de indignación popular aumentó aún más. En Londres, se celebraron una serie de mítines organizados por la "Corresponding Society" y reuniendo numeroso público, en medio del mayor entusiasmo.

El gobierno de Pitt, que se había dejado llevar por el camino de una represión feroz del movimiento popular, hizo detener en mayo a Hardy y a otros dirigentes de las sociedades democráticas, y llevó al Parlamento un *bill* suspendiendo el efecto del Habeus corpus.²

¹ El pueblo inglés dedicó un culto a la memoria de estas víctimas valientes de la reacción. En 1843, cincuenta años después de la condena de los presos de Edimburgo, en esa misma ciudad fue elevado un monumento en su memoria.

² Habeas Corpus Act—ley que garantiza la libertad individual, votada en 1679 por el Parlamento inglés.

Pese a las vehementes objeciones de Sheridan, de Fox y de otros miembros de los Comunes, que acusaban a Pitt de pretender el restablecimiento del absolutismo en Inglaterra, el *bill*, que había obtenido la mayoría de los votos en ambas Cámaras, adquirió fuerza de ley a partir del 22 de mayo de 1794.

Sin embargo, incluso esas leyes de excepción que daban al gobierno de Pitt poderes casi ilimitados fueron insuficientes para contener el movimiento democrático. En noviembre de 1794, Thomas Hardy, acusado de alta traición, fue absuelto bajo la presión de la opinión pública ampliamente manifestada en su favor, y puesto en libertad. Lejos de poner fin a la lucha, la "Corresponding Society" la intensificó y en 1795 llegó a tener hasta 80 mil miembros, y su influencia sobre las masas aumentó. En uno de los mítines celebrados en Londres en octubre de 1795, tomaron parte alrededor de 150,000 personas. El gobierno de Pitt hizo votar al Parlamento una nueva ley de excepción contra "la agitación sediciosa", que prácticamente prohibía los mítines y las reuniones y agravaba aún más el régimen de dictadura policiaca. Sólo recurriendo a esos métodos de violencia y arbitrariedad, el gobierno de Pitt consiguió ahogar el movimiento popular dirigido por la "Corresponding Society". Se necesitaron, sin embargo, tres años más de persecuciones judiciales y de represión, para lograr poner fin a las actividades de la sociedad.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y LOS MEDIOS SOCIALES AVANZADOS DE RUSIA

En Rusia, los medios sociales avanzados saludaron calurosamente a la Revolución francesa. Se concibe que, dado el nivel de evolución social y económico de este país bajo el régimen de la autocracia y de la servidumbre, este movimiento de simpatía hacia la revolución francesa burguesa no podía adoptar un carácter masivo, ni tampoco gran amplitud. Mas con todo, los espíritus adictos a las ideas de progreso del pueblo ruso tomaron netamente posición en favor de la revolución que

se desarrollaba en Francia, expresando valientemente sus puntos de vista revolucionarios, que ejercían una inmensa influencia sobre la evolución de la opinión rusa avanzada.

La revolución francesa fue acogida con interés apasionado en diversos medios sociales de Rusia. En dos de los diarios que entonces aparecían, la *Gaceta de St Petersburg*¹ y la *Gaceta de Moscú*², al menos en los primeros tiempos, hasta la represión gubernamental de 1791-1792, se publicaban las informaciones más detalladas sobre los sucesos revolucionarios de Francia. Estos diarios publicaron una copia íntegra de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, y el lector, que en el imperio ruso basado en la autocracia y la servidumbre no había todavía perdido el recuerdo de la revuelta campesina de Pougatchev, leía con emoción ese documento que proclamaba que "los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos". Encontraba igualmente pasajes de los discursos de los oradores de la Asamblea, como Mirabeau, Barnave, etc. En las librerías de Moscú o de Petersburgo se arrancaban de las manos, a su llegada, los diarios de izquierda llegados de Francia; *Les Revolutions de Paris* de Prudhomme, *Les Revolutions de France et de Brabant*, de Camille Desmoulins, etc., así como los numerosos libros, folletos, panfletos, estampas que reflejaban de manera tan viva la tormentosa vida de París en aquellas horas. El gobernador de Moscú, Lopoukhine, escribía: "Jamás los libreros han importado tantos libros extranjeros como ahora."³

Socialmente hablando, en Rusia a fines del siglo XVIII se andaba sobre un terreno en ascuas. Las insurrecciones campesinas estallaba espontáneamente desde hacía una larga serie de años en los diversos puntos del inmenso Imperio, y habían ad-

¹ La *Gaceta de St. Petersburg* era publicada por la Academia de Ciencias de dicha ciudad (1789-1796).

² La *Gaceta de Moscú* era editada por la Universidad de Moscú (1789-1796).

³ Ver M. Strange, *Le Société russe et la Révolution française*, 1789-1794. M. 1956, p. 135.

quirido en 1773-1775 las proporciones de una auténtica guerra campesina bajo el mando de Emelian Pougatchev, que había conmovido al régimen, hasta entonces juzgado incommovible, de la autocracia y la esclavitud. La revuelta de Pugatchev había sido ahogada, mas los ecos de ese poderoso movimiento popular se dejaban oír aún decenas de años más tarde, ejerciendo su influencia sobre la evolución de la opinión. La "Sociedad Benévola para la Prosperidad", dirigida por el atrevido publicista revolucionario F. Krétchetov, el grupo de escritores y de periodistas de espíritu avanzado llevando a su cabeza a I. Rakhmaninov e I. Krylov, que redactaban la revista *Las horas matinales*, la Biblioteca pública de Moscú y otras instituciones consagradas al desarrollo de la instrucción y de la cultura fundadas por el incansable N. Novikov, reflejaban los puntos de vista de una nueva generación rusa, preocupada por los destinos de su pueblo y de su país, y que condenaba y estigmatizaba la esclavitud.

En 1790, apareció el libro, pronto célebre, del gran revolucionario ruso Alejandro Nikolaévitch Radichtchev, *Viaje de Petersburgo a Moscú*. Con una actitud y una fuerza hasta entonces totalmente desconocidas en la Rusia zarista, Radichtchev denunciaba el régimen de esclavitud y de autocracia que condenaba al pueblo a los sufrimientos y al martirio, privado de todos los derechos y cargado de hierros.

Inspirado por un verdadero espíritu profético, Radichtchev anunciaba los tiempos en los que "los esclavos, abrumados por el peso de sus cadenas, pero animados por el furor de su desesperación", se levantarían para entablar la gran lucha revolucionaria. En la hermosa oda a la "Libertad", incluída en su libro, Radichtchev invitaba abiertamente a derrocar y librar al castigo a los tiranos coronados.

*Veo por doquier brillar el machete,
La muerte volando en varias formas,
Planear sobre una cabeza altiva.*

*Alegrémonos, pueblo aherrojado,
Porque el vengador derecho natural,
Al cadalso arrastrará al zar.*

El pensamiento atrevido, profundamente revolucionario, de Radichtchev era un fenómeno nacional auténticamente ruso. Sus concepciones se habían formado sobre todo bajo la influencia de la guerra campesina del 1773-1775, y además había sido influido por los grandes espíritus avanzados del Occidente y en particular por los filósofos franceses. Pero sobre muchos puntos, fue más allá que los pensadores franceses del siglo de las luces, cuyas obras había leído ávidamente.

El libro de Radichtchev, aparecido un año después de la toma de la Bastilla, hacía eco a la Revolución francesa, con la cual el intrépido revolucionario ruso simpatizaba ardientemente, como era justo. Catalina II le consideraba como un "sedicioso" más peligroso aún que Pougatchev: "Amenaza a los zares con el cadalso". Por orden de la Emperatriz, Radichtchev fue detenido y condenado a la pena de muerte, conmutada por la deportación a la prisión de Ilim, en el extremo de la Siberia oriental.

Radichtchev no estaba solo, porque tuvo buen número de discípulos y de partidarios declarados, los cuales fueron bastante osados para expresar abiertamente sus ideas, aunque el gobierno los castigaba cruelmente, y aún más amigos ocultos, que no querían arriesgar su cabeza haciendo alarde público de sus ideas, pero que copiaban en secreto el célebre *Viaje de Petersburgo a Moscú* y en el pequeño círculo íntimo comentaban con entusiasmo la obra del gran pensador revolucionario ruso. F. Krétchetov preconizaba el barrido de la autocracia y la instauración de un régimen republicano, u otro en el que todos "fuesen iguales". Invitaba al pueblo a una "gran sublevación como nunca ha habido". P. Stroganov, llegado a París al principio de la revolución, donde pronto tomó la palabra en el Club de los Jacobinos, expresaba públicamente la esperanza

de que vería a Rusia regenerada por una revolución igual a la de Francia. Según testimonios de los contemporáneos, no sólo los representantes de la nobleza culta, sino también gentes salidas de las clases inferiores, de la pequeña burguesía y de los campesinos, expresaban ideas que respiraban el amor a la libertad.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y LOS GOBIERNOS REACCIONARIOS DE EUROPA, LOS PREPARATIVOS DE LA NO INTERVENCIÓN

Cuanto mayor era la simpatía que la Revolución francesa despertaba en la opinión pública avanzada de Europa, más hostil se tornaba la actitud de los gobiernos y de los medios dirigentes de los Estados feudales y absolutistas de Europa y de la Inglaterra aristocrática y burguesa.

Y fue Inglaterra, la eterna rival de Francia por la supremacía comercial y por la hegemonía en Europa occidental, la que se convirtió en el foco principal de la lucha implacable entablada contra la Revolución francesa.

Los medios dirigentes ingleses, la nobleza y una parte considerable de la burguesía, sentían contra Francia un odio ardiente. Desde 1789, William Pitt el Joven había redactado una memoria sobre la política inglesa en los negocios europeos, cuya idea esencial era que la guerra contra la Revolución francesa era necesaria e inevitable. En previsión de la lucha próxima con Francia, el gobierno inglés se acercaba a Austria. No es casualidad que el escrito más venenoso contra la revolución, y el primero de este género, apareciese en lengua inglesa. En 1790 fue publicado en Inglaterra el furioso panfleto de Edmund Burke "Reflexiones sobre la Revolución de Francia" acogido con entusiasmo por toda la contrarrevolución europea. Pero Inglaterra, no contenta con proporcionar a esa opinión un arma ideológica, puso igualmente a su disposición armas materiales, dinero, navíos, espías y agentes de información. La

Inglaterra burguesa y aristocrática se convirtió en la iniciadora e inspiradora de la intervención europea contra la Francia revolucionaria, permaneciendo, por lo demás, en la sombra la mayor parte del tiempo para desempeñar ese papel.

En 1790-1791, los gobernantes reaccionarios de Europa habían decidido ya que era indispensable una intervención militar contra la Revolución francesa. Pitt, Catalina II, los soberanos prusiano, austriaco, sueco y sus diplomáticos, trabajaban con celo para formar la coalición. Los motivos que incitaban a los gobiernos de las monarquías europeas a precipitar la intervención contra la Francia revolucionaria han sido claramente definidos por Catalina II: "No debemos abandonar como víctima de los bárbaros a un rey virtuoso. La debilidad del poder monárquico en Francia expondría al máximo peligro a todas las otras monarquías." Era el miedo a ese peligro lo que lleva a Catalina II y a los demás soberanos a la intervención. "En cuanto a mí, proseguía ella, estoy dispuesta a resistir con todas mis fuerzas. Es ya hora de obrar y de tomar las armas para frenar a esos rabiosos."

Desde otoño de 1791, los gobernantes de los principales Estados europeos estaban comprometidos en la conspiración contra la Revolución francesa. En septiembre de 1791, el canciller ruso Bezborodko escribía: "Desde el final de nuestros roces con Prusia e Inglaterra, y con la conclusión de los preliminares con la Puerta otomana, se trata entre nosotros y las cortes de Viena, Berlín, Estocolmo, Turín, Nápoles y Madrid de las medidas a tomar para extirpar el mal en Francia y restaurar la monarquía legítima." Se proponían, pues, crear un frente único contra la Revolución francesa. Mas las contradicciones y la rivalidad entre los poderosos hacían obstáculo a la entrada simultánea en línea de todos los Estados europeos, o de la mayoría de ellos, contra Francia.

Es, sin embargo, verdad que al provocar una coalición para provocar un conflicto con Francia, y sobre todo al atizar el conflicto entre Francia y los príncipes alemanes posesionados

en Alsacia, que se oponían a la legislación revolucionaria de la Asamblea Constituyente, la diplomacia contrarrevolucionaria de los gobiernos europeos conseguía agravar notablemente las relaciones de Austria y Prusia con Francia.

Pero la condición esencial para formar la coalición contrarrevolucionaria consistía en limar las diferencias entre las grandes potencias europeas; los feroces antagonismos que las oponían entre sí después de tantos años, hacían difícil la creación del bloque antifrancés. Los esfuerzos de la diplomacia inglesa, que trabajaba bajo mano pero muy activamente para preparar la intervención, tendían ante todo a reconciliar las rivales Austria y Prusia, y lanzarlas juntas contra Francia.

El campo de la reacción feudal un éxito rápido y fácil.

El 27 de junio de 1790, el acuerdo de Reichenbach entre Austria y Prusia reguló las principales cuestiones litigiosas que separaban los dos Estados (Austria se comprometía a poner fin a su guerra contra Turquía, etc.) y fue decidido el restablecimiento por las armas de la dominación austriaca en Bélgica.

El aplastamiento de la revolución belga fue el primer ensayo de la intervención armada de las potencias europeas contra los movimientos de emancipación nacional nacidos de la gran Revolución francesa. Esta primera prueba de fuerza le valió al bajo la influencia del miedo y del odio común a la Francia revolución belga, se acentuaba y se hacía cada vez más estrecho

Animado por este éxito, el Emperador de Austria Leopoldo II propuso a las potencias la reunión de un congreso europeo en Aix-la-Chapelle o en Spa, para organizar la intervención conjunta contra la Revolución francesa. Este congreso no pudo celebrarse por diversas razones, e Inglaterra y Rusia se excusaron. Mas el acercamiento entre las dos monarquías reaccionarias Austria y Prusia, logrado mediante el aplastamiento de la revolucionaria. Pitt desde Londres, y Catalina desde Moscú, empujaban a Austria y Prusia, y fomentaban la guerra.

El 27 de agosto de 1791, en el castillo de Pillnitz, en Sajonia, el Emperador Leopoldo II y el rey de Prusia Federico

Guillermo II firmaban una declaración anunciando su resolución de obrar de mutuo acuerdo para socorrer al monarca francés. La declaración de Pillnitz significaba de hecho la formación de la primera coalición de monarquías absolutas y feudales de Europa contra la Francia de la revolución.

Pronto fue seguida, el 7 de febrero de 1792, por la firma entre Prusia y Austria de un tratado de alianza contra Francia. Cada una de las dos potencias se comprometía a poner en línea un ejército de cuarenta a cincuenta mil soldados.

La amenaza directa e inmediata de una invasión por las fuerzas de la contrarrevolución feudal europea quedaba suspendida sobre la cabeza de Francia. Austria y Prusia no representaban sino los primeros cuerpos de choque de la intervención; detrás de ellos estaba el resto de la Europa contrarrevolucionaria, con sus fuerzas aparentemente innumerables.

CAPITULO

VI

De Varennes a la caída de la Monarquía

1. LA ASAMBLEA LEGISLATIVA

COMPOSICIÓN DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA

La Asamblea Legislativa, elegida por los ciudadanos activos en virtud del sistema censitario, dio comienzo a sus trabajos en París el 1 de octubre de 1791.

Se componía, en su inmensa mayoría, de representantes de la burguesía y de los medios intelectuales burgueses. Habiendo decidido la Constituyente que sus miembros no podrían formar parte de la Legislativa, ninguno de los hombres eminentes que habían actuado en la antigua Asamblea formaba parte de la nueva.

Sus diputados provenían en gran parte de los rangos de los municipios y de los cuerpos administrativos elegidos, creados después después de la revolución. A diferencia de la Asamblea Constituyente, en la que la nobleza y el clero estaban fuertemen-

te representados, la Asamblea Legislativa era de composición homogénea, esencialmente burguesa. Reinaba en ella, sin duda alguna, un espíritu más intransigente contra el absolutismo, pero en cambio se mostraba aún más claramente el culto reverencial que los diputados burgueses rendían a la sacrosanta propiedad privada.

EL CULTO DE LA PROPIEDAD PRIVADA

La actitud de los diputados burgueses respecto a la propiedad se encuentra expresado con toda claridad en el discurso de uno de ellos, Prouveur, en la Asamblea Legislativa: "La palabra "propiedad", digo más, la opinión unida a esa palabra, es la cúpula de ese gran edificio que reúne a 24 millones de hombres en cuerpo de nación; con mover esa cúpula, el edificio se hunde. No hay ya nación, sino individuos."

LOS PARTIDOS

Los partidos en los que aparecía dividida la Asamblea Legislativa reflejaban las tendencias de la evolución social del país en el curso de la revolución. A la derecha habían desaparecido los representantes de los antiguos órdenes privilegiados, partidarios de la monarquía absoluta, y habían sido sustituidos por los Feuillants. Estos habían adoptado la siguiente consigna en su presentación al cuerpo electoral: "La Constitución, toda la Constitución, nada más que la Constitución." Esta divisa significaba que la gran burguesía y su estado mayor político querían mantener la revolución en los límites de la Constitución censitaria antidemocrática de 1791. Se habían convertido en los defensores y guardianes de la monarquía constitucional. Fuera de la Asamblea, los jefes de los Feuillants, Barnave, Lameth, como antes Mirabeau, habían entablado tratos secretos con la corte y conspiraban con ella contra la revolución.

Los Feuillants habían obtenido más de 250 puestos en la Asamblea; gozaban, además, en los primeros tiempos, del apoyo

del centro, que era la parte más numerosa (350 mandatos) aunque la más mudable de la Cámara, agrupando a los diputados que no pertenecían, al menos formalmente, a ninguna de las fracciones en lucha. A la mayoría formada por los Feuillants y el centro se oponía la izquierda, que contaba con 136 diputados.

LA IZQUIERDA. BRISSOTINS Y MONTAGNARDS

Los jacobinos formaban el grupo más fuerte de la izquierda. Tras la escisión del 16 de junio en el Club de los Jacobinos, y la separación de los Feuillants, los jacobinos habían permanecido unidos para luchar contra los Feuillants y el partido contrarrevolucionario de la corte. Mas en ese movimiento se habían marcado claramente dos tendencias, cada vez más divergentes, en el seno mismo del club y entre los diputados jacobinos de la Asamblea Legislativa: de un lado el grupo de los partidarios de Brissot, del otro los de Robespierre.

El primer grupo reunía a la mayoría de los diputados jacobinos. Por el nombre de su líder, el periodista Brissot, redactor del diario *Le patriote français*, se les llamaba los *Brisottins*, y más tarde girondinos.¹ Los girondinos contaban en sus filas con grandes oradores: primeramente Brissot, brillante improvisador pero incapaz de perseverancia en la lucha; Vergniaud, Isnard, Guadet etc. Unidos con la burguesía rica del sur y del sudeste de Francia, representaban los intereses de la burguesía provinciana, comerciante e industrial y en cierta medida terrateniente.

Un puñado de diputados amigos de Robespierre constituían la extrema izquierda de la Asamblea. Los más conocidos eran Chabot, Basire, y más tarde el inteligente, perspicaz y cáustico Couthon. La extrema izquierda se sentaba en los bancos más

¹ Debido a que muchos diputados célebres de este grupo representaban al departamento de la Gironda. Sólo después de la revolución, sus primeros historiadores extendieron este término a todos los partidarios de Brissot.

elevados de la Sala, de donde les vino el nombre de "Montagnards."

En cierta medida, la composición de la Asamblea, elegida en parte antes de la crisis de Varennes, no respondía sino a una página ya vuelta de la revolución. Hecho característico: los jacobinos estaban más nutridamente representados en el seno de los municipios y otros organismos electivos, que en la Legislativa. Bailly había tenido que ceder su cargo de alcalde de París al girondino Petion. Robespierre había sido elegido por una mayoría considerable procurador del tribunal de lo criminal. La influencia del Club de los Jacobinos aumentaba sin cesar.

Con la preponderancia obtenida en su seno por los Feuillants, sostenidos por el centro, era evidente que la Asamblea no estaría a la altura de su misión revolucionaria. Y todo ello, cuando desde el otoño de 1791, era evidente que tras la calma relativa de 1790-1791, la revolución volvía a emprender su marcha ascendente.

LA SITUACIÓN ECONÓMICA SE AGRAVA EN FRANCIA

La situación económica se había agravado en Francia hacia finales de 1791 y principios de 1792. La emigración de los grandes, de la corte y del alto clero había reducido en forma muy sensible la demanda de los artículos de lujo, cuya fabricación ocupaba un lugar preeminente en la industria francesa. Centenares de pequeñas empresas de esta rama de la producción hubieron de cerrar sus puertas, dejando a los obreros en la calle. También la construcción se hallaba parada, y los negocios en general habían entrado en un período de marasmo. Continuaba la liquidación de los bienes nacionales y continuaba con éxito, pero la puesta en venta sin parcelación previa hacía que la mayor parte de las tierras pasasen a las manos de la burguesía, y no a las de los campesinos. Estos, obligados ade-

más a seguir pagando las cargas feudales que no habían sido abolidas, manifestaban abiertamente su descontento. Las emisiones de asignados se multiplicaban, lo que ocasionaba una constante y creciente depreciación del papel moneda, con su consecuencia inmediata: el encarecimiento creciente de los precios de los artículos de primera necesidad.

Como consecuencia de la insurrección de los negros y de los mulatos de las colonias de las Indias Occidentales (Santo Domingo), a principios de 1792, los productos coloniales, que habían entrado ya en el uso corriente, tales como el azúcar, el café y el té, habían casi desaparecido del mercado. El azúcar pasó de 25 céntimos la libra a 3 libras. Los precios de los otros productos alimenticios habían igualmente subido en grandes proporciones, sobre todo el pan. El encarecimiento de la vida y las dificultades de aprovisionamiento, afectaban sobre todo a las capas más pobres de la población, o sea a los obreros, artesanos, pequeños burgueses en general, y a los pobres de los pueblos y aldeas.

LOS MOTINES POR LAS SUBSISTENCIAS

Desde enero de 1792, empezaron en París los motines entre los obreros y los artesanos, como protesta por la carestía creciente de la vida y por la falta de azúcar.

En varios barrios de la capital, y particularmente en St Marceau y St Denis, los obreros, los artesanos y sus mujeres rompían los vidrios de las tiendas y de los almacenes de mercancías, forzaban la entrada y obligaban a los comerciantes a vender a los antiguos precios y no a precios especulativos. Innumerables peticiones dirigidas a la Asamblea Legislativa exigían la tasa de los precios de las subsistencias y la represión del abuso de los negociantes y de los mayoristas especuladores. La Asamblea permaneció indiferente a las legítimas reivindicaciones de los pobres. Mas, en cambio, prestó atención a las quejas de los fabricantes, que se alarmaban con el encarecimiento

de las primeras materias. Para satisfacer sus exigencias, la Legislativa prohibió en febrero de 1792 la exportación de diversas categorías de materias primas.

Los jacobinos trataron de calmar el descontento del pueblo mediante el solemne juramento de no consumir azúcar hasta que su precio volviese al normal. Mas en París, como en provincias, la población pobre de las ciudades y de los campos se puso a reclamar imperiosamente la tasa de los precios del pan, de los granos y de otros artículos alimenticios. Serios desórdenes estallaron en varios departamentos.

En febrero de 1792, en el Noyonnais, tropas armadas de campesinos pobres paraban las barcazas que navegaban sobre el Oise, sacaban el trigo que transportaban, lo repartían en la cantidad necesaria a cada uno y vendían el sobrante a precios que ellos mismos fijaban. Incidentes parecidos tuvieron lugar en otras regiones. El presbítero Jacques Roux, futuro jefe de los "Rabiosos", y el cura jacobino Dolivier exigían, desde los comienzos de 1792, la tasa de los productos alimenticios y medidas para defender a los pobres contra la arbitrariedad de los ricos y de los especuladores.

INTENSIFICACIÓN DE LA ACTIVIDAD CONTRARREVOLUCIONARIA

En el otro polo, aumentaba la actividad de la reacción. Los curas que habían negado su juramento a la Constitución llevaban una agitación contrarrevolucionaria, engañando a las capas ignorantes y atrasadas de la población. Los aristócratas, los parientes de emigrados, los agentes secretos del rey, organizaban sus complots con el concurso de los Feuillants.

La corte era el centro y la ciudadela de la contrarrevolución en Francia. Tras el fracaso de su huida, el rey fundaba todas sus esperanzas en la intervención extranjera. Mientras que hipócritamente censuraban a los emigrados y a los gobiernos extranjeros, el rey y la reina mantenían con ellos estrecho con-

tacto a través de emisarios secretos, y les apremiaban para que actuasen. Los emigrados asediaban las puertas de los monarcas y de los hombres de estado europeos, adjurándoles para que se pusieran en marcha cuanto antes contra la "canalla amotinada". El príncipe de Condé había formado en Coblenza un ejército de 15,000 emigrados, que proclamaba con matonería su intención de invadir Francia. La indignación popular suscitada por los manejos contrarrevolucionarios y antinacionales de los emigrados y de los curas no juramentados aumentó en tal forma, que la Asamblea se vio obligada a tomar medidas represivas contra ellos.

DECRETOS CONTRA LOS EMIGRADOS Y LOS CLÉRIGOS REFRACTARIOS

El decreto del 9 de noviembre de 1791 contra los emigrados declaraba traidores a la patria a cuantos no hubiesen regresado a Francia antes del 1 de enero de 1792. Otro decreto de fecha 29 de noviembre afectaba a los clérigos que se hubiesen negado a prestar juramento a la Constitución. Mas el rey, por consejo de los Feuillants, puso el veto a estas medidas y la Asamblea no tuvo la decisión necesaria para mantenerlas.

RECRUDECIMIENTO DE LAS MANIOBRAS REACCIONARIAS EN EL PAÍS

Nubes amenazadoras cubrían el cielo francés. La contrarrevolución se preparaba a atacar en el exterior, y levantaba cabeza en el interior. Tras la matanza del Campo de Marte, la reacción se había enseñoreado del país. Los jefes conocidos de la democracia francesa, Marat, Danton, etc. amenazados por la persecución, habían tenido que esconderse. El pueblo estaba en ebullición. La Asamblea Legislativa, débil y sin autoridad, vacilaba, incapaz de tomar una decisión.

LA PROPAGANDA BELICOSA DE LOS GIRONDINOS

El 20 de octubre de 1791, Brissot pronunció un discurso que conmovió a la Asamblea. Invitó a tomar la delantera al despotismo europeo que preparaba la intervención contra la Francia revolucionaria.

En la atmósfera creada por las groseras provocaciones de los emigrados y de los Estados europeos que les sostenían, se concebía el deseo de los patriotas de recoger el guante de desafío que se les arrojaba a la cara. Por eso, el llamamiento de los Girondinos, invitando a contestar a las provocaciones de los gobiernos antirrevolucionarios por la guerra de liberación, tuvo un poderoso eco en las masas populares. Sin embargo, como la contrarrevolución no había sido aplastada en el país, y dado que el jefe del gabinete inglés Pitt y los otros provocadores del campo absolutista buscaban por todos los medios precipitar la intervención contra Francia, la propaganda belicosa de los Girondinos resultaba intempestiva y además imprudente. El interés de la revolución estaba en ganar tiempo y retrasar la guerra.

Los Girondinos, según sus palabras, preocupados aparentemente por la salud de la nación, contaban de hecho con la guerra para distraer la atención de las masas sobre las cuestiones sociales que se planteaban en el interior, y para establecer sólidamente su dominación política.

Además, como representantes de la burguesía comerciante e industrial, soñaban con ampliar mediante la guerra las fronteras de Francia hacia el norte y hacia el este, y a reforzar con ello su posición económica en Europa.

El rey quería una "pequeña guerra" que, victoriosa, habría consolidado su trono y le habría permitido después aplastar a la revolución, que de todos modos los ejércitos de ocupación habían de aplastar en caso de perder. Desconociendo el patriotismo y la resolución revolucionaria del pueblo francés, el rey



fait avec des Citoyens Campy. Supplément
 des correspondances; les livres H n.º 16-17
 pour la cause, pendant avec la minute des
 relations, espérances; toutes les fois BB pour
 la correspondance avec Yvonne restant de
 à Paris les deux premiers. L'an 6^{re} de
 la République

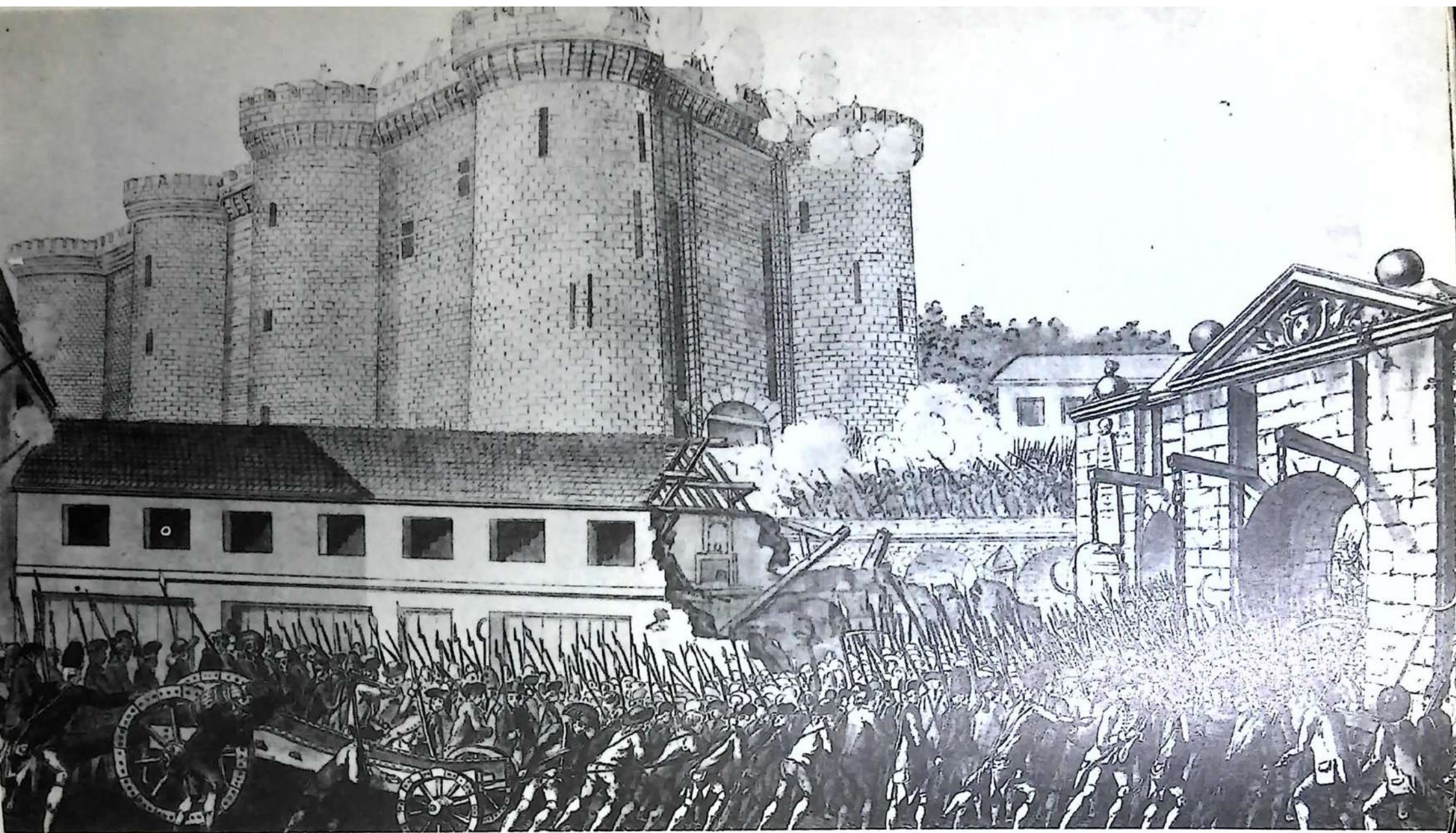
Emmanuel Joseph Sieyès (retrato y autógrafo)



María Antonieta y sus hijos, cuadro de Wertmuller (Museo de Versalles)



Luis XVI, el "rey ciudadano"



Toma de la Bastilla, cuadro de **Campion**, colección **Rothschild** (foto **Giraudon**).

calculaba inocentemente que en cualquiera de los dos casos no podían sobrevenir para él sino ventajas. Sus planes eran alentados por el ministro de la guerra Narbonne, así como por La Fayette, y la propaganda belicosa de los Girondinos le facilitaba grandemente la ejecución de ese plan.

LOS JACOBINOS Y LA CUESTIÓN DE LA GUERRA

Robespierre y los otros representantes de la democracia revolucionaria se daban cuenta del peligro que se ocultaba tras la fraseología revolucionaria y la fachada patriótica de la propaganda belicosa de los Girondinos. Robespierre veía claramente la amenaza de la intervención, pero afirmaba que era imposible combatir con éxito los enemigos exteriores de la revolución hasta tanto la contrarrevolución interior no hubiese sido vencida. Convocaba para la lucha contra las fuerzas contrarrevolucionarias en el país mismo. “¿Tenemos enemigos dentro?” decía Robespierre a los Girondinos. “No los conocéis. No conocéis más que Coblenza... Enseñad a todos los franceses que a juicio de los franceses inteligentes, la verdadera Coblenza está en Francia”.¹

Pero la propaganda girondina de guerra, sostenida por la hábil elocuencia de Vergnaud, seducía a las masas que aún no podían discernir la verdadera aspiración de los Girondinos, cuyos llamamientos respondían, hasta cierto punto, a los sentimientos patrióticos y revolucionarios del pueblo, y a su deseo de alzarse en armas contra la intervención.

EL MINISTERIO GIRONDINO

En marzo de 1792, el rey formó un gobierno girondino. Para el interior nombró a Roland, político miope manejado por su mujer, inteligente y enérgica. Los negocios extranjeros fue-

¹ Obras de Maximilien Robespierre, t. VIII, París, p. 86.

ron confiados a Dumoriez, hábil aventurero y uno de los partidarios más entusiastas de la guerra, que de hecho se convirtió en el verdadero jefe del gobierno con Brissot, aun cuando éste último permaneciese fuera del ministerio. Los otros puestos importantes estaban igualmente ocupados por girondinos. El salón de Madame Roland, que en sus tés de la tarde sabía poner sobre el tapete, en conversaciones sin freno, las cuestiones principales de la política del partido, se convirtió en el cuartel general de la Gironda.

La atmósfera europea era cada vez más densa. Se sentía la proximidad de la tormenta de la guerra. Los gobiernos reaccionarios y absolutistas adoptaban frente a Francia un tono francamente amenazador. Tras la alianza militar acordada en febrero entre Austria y Prusia, ni en Berlín ni en Viena se ocultaba que la intervención se preparaba con el fin de ahogar a la revolución. Pero los designios de los organizadores de la cruzada contrarrevolucionaria estaban muy lejos de ser desinteresados. Prusia esperaba apoderarse de Alsacia. Austria pensaba en ensanchar sus fronteras de Bélgica a costa de Francia, creyendo que su dominación sobre los belgas era ya definitiva. Otros rapaces apetitos se despertaban también entre aquéllos que aún parecían a la expectativa, pero que se reservaban entrar más tarde en la lucha, como Inglaterra y España y otros vecinos de Francia.

En marzo de 1792 se supo de la muerte de Leopoldo II, que hasta entonces no había mostrado ninguna prisa por lanzarse a la guerra contra Francia, porque tenía sólo una confianza mediana en sus aliados, de quienes suponía pérfidas intrigas. El nuevo Emperador de Austria, Francisco I, parecía, por el contrario, lleno de ardor bélico y no juzgaba útil disimular que ardía de impaciencia por atacar a la Revolución francesa. Austria se convirtió en el centro de la actividad contrarrevolucionaria.

LA GUERRA CONTRA AUSTRIA

El 20 de abril de 1792, Francia declaró la guerra al rey de Bohemia y de Hungría, que no era otro que el Emperador de Austria. La Asamblea Legislativa quiso con ello subrayar que Francia no hacía la guerra al pueblo austriaco, sino a su monarca. En todo caso, había comenzado la guerra que conmovió desde entonces a Europa durante un cuarto de siglo, casi sin interrupción.

Era Francia quien la había declarado la primera, pero esto no cambiaba en nada el hecho de que se trataba de una guerra defensiva legítima por parte de Francia. Lenin ha escrito: "El pueblo entero, y en particular las masas, es decir las clases *oprimidas*, estaban presas de un inmenso entusiasmo revolucionario; *todos* juzgaban esta guerra justa, *defensiva* y *en efecto, lo era*. La Francia revolucionaria se defendía contra la Europa reaccionaria y monárquica".¹ Guerra preparada contra Francia y provocada con el concurso de la Inglaterra burguesa y aristocrática entre bastidores, y por los Estados absolutistas y feudales de Europa, que perseguían sus designios contrarrevolucionarios y dominadores.

2. LA GUERRA

EL PUEBLO Y LA GUERRA

El pueblo francés acogió con ardiente entusiasmo el decreto proclamando la guerra. En la conciencia de los patriotas franceses, el amor a la patria era inseparable de la devoción revolucionaria. No era en vano que, en el lenguaje de la Francia revolucionaria, la palabra patriota significaba a la vez "un fiel hijo de la patria" y "un verdadero y sincero revolucionario."

¹ V. Lenin, *Obras*, t. 25, p. 336 (ed. rusa).

DERROTAS EN LAS FRONTERAS

Los patriotas franceses esperaban una guerra breve y triunfante. Contrariamente a esas esperanzas, la campaña comenzó con fracasos en las fronteras. El ejército francés hubo de batirse en retirada, a veces aun antes de haber entrado en contacto con el enemigo.

La causa esencial de los fracasos militares era la contrarrevolución interior, el "Coblenza de dentro", (como lo había previsto Robespierre), que ayudaba a la contrarrevolución exterior.

Los jefes La Fayette, Rochambeau, Luckner, no querían la victoria y deliberadamente facilitaban las operaciones militares del enemigo. Los oficiales, en su mayoría nobles, estaban animados de un espíritu contrarrevolucionario. La traición marchaba delante de los ejércitos. Antes de la declaración de guerra, María Antonieta había comunicado a los austriacos el plan de campaña francés. Poco después del principio de las hostilidades, el general Rochambeau había dimitido. La Fayette preparaba un golpe contra la Asamblea y las organizaciones revolucionarias. Traicionadas por los generales y los oficiales, las tropas francesas reculaban ante los austriacos, abriendo al enemigo los caminos que conducían al interior del país.

LA LUCHA ENTRE GIRONDINOS Y MONTAGNARDS

Una indignación sin límites se apoderó del pueblo francés. Las advertencias de Robespierre y de Marat, desatendidas en marzo y en abril, empezaban a encontrar eco en las masas profundas. Marat, que había vuelto a la publicación de su diario, hablaba abiertamente de traición. Los Girondinos, como antes los Feuillants y el partido de la corte, entablaron contra él procedimientos judiciales. Marat se escondió de nuevo sin abandonar la lucha. Robespierre acusaba a los generales de felones y

a los Girondinos de traicionar a Francia. Los Girondinos pretendían, a su vez, que Robespierre estaba al servicio de Austria. El foso entre las dos facciones del Club de los Jacobinos se agrandaba de día en día. No contentos con denunciar a los traidores, Robespierre, Marat y Dantón exhortaban al pueblo a consentir en los máximos sacrificios para llevar adelante implacablemente la guerra revolucionaria. Desde el momento en que la guerra había empezado, había que ganarla. El pueblo respondió a estos llamamientos con colectas y donativos, con la formación de batallones de voluntarios, con alistamientos en masa en el ejército.

Bajo la presión de las masas indignadas por las derrotas y la traición, la Asamblea Legislativa dio, a fines de mayo y en los primeros días de junio, tres decretos ordenando la deportación de los clérigos refractarios, el licenciamiento de la guardia del rey y la creación, cerca de París, de un campo de 20,000 federados. Pero el rey, convencido de la próxima victoria de la intervención, consintió tan sólo en licenciar su guardia y se negó a sancionar los otros dos decretos. El 13 de junio despidió a los ministros girondinos y llamó al poder a los Feuillants.

LA JORNADA DEL 20 DE JULIO

Alarmado por los reveses en las fronteras, indignado por la provocadora actitud de la corte, el pueblo de París, alentado secretamente por los Girondinos, se levantó en masa el 20 de junio para manifestarse contra el rey. Más de 20,000 parisienses armados de picas, de hachas, de palos, invadieron las Tullerías, obligaron al rey a ponerse el gorro frigio y a oír esta amenazadora alternativa: "Elegid entre Coblenza y París". Robespierre y los otros demócratas jacobinos no querían hacer el juego de los Girondinos y no habían sostenido a la manifestación del 20 de junio. Si esta jornada no llegó a obtener ningún resultado concreto, no dejó de mostrar de modo flagrante

el auge que los sentimientos antimonárquicos habían experimentado en el pueblo.

Entretanto, la situación en el teatro de la guerra era cada vez más amenazadora. El ejército de Bélgica, bajo el mando del general Luckner, numéricamente superior a las fuerzas austriacas y gozando del apoyo de la población, había comenzado la retirada sin causa aparente. Luckner, al evacuar Bélgica, había concentrado sus tropas alrededor de Lille. De ahí a la traición declarada, no había más que un paso. La Fayette, abandonando el ejército en vez de combatir, había ido a París para exigir de la Asamblea Legislativa la disolución de los clubs revolucionarios. Mientras que los generales conspiraban contra la Revolución, los austriacos seguían su marcha adelante y las tropas prusianas llegaban al Rin.

EL MOVIMIENTO POPULAR.

LA PATRIA EN PELIGRO

Infieles al deber militar, generales y oficiales traicionaban a la Patria. La corte y el partido del rey ayudaban secretamente al enemigo exterior. La Asamblea Legislativa, débil y pusilánime, permanecía inactiva y perdía su tiempo en vanos debates oratorios.

En esta hora decisiva de la historia de Francia, sus intereses, su honra, su existencia misma fueron salvados una vez más por las masas populares.

Desde ese momento, consciente de que no podía contar ni con los generales, ni con el gobierno, ni con la Asamblea Legislativa, el pueblo se puso en pie para la defensa de la Francia revolucionaria.

La sección parisina de los Quinze-Vingt, nutrida de artesanos y de obreros, dirigió a la Asamblea Legislativa una petición denunciando con rabia la traición interior; prevenía en términos amenazadores que sólo la sangre del pueblo podía lavar los crímenes de la tiranía y las faltas de la Asamblea. Pero el pueblo sabía bien que no era con peticiones ni con súplicas co-

mo se decidiría la suerte de Francia. En París y en provincias, las masas populares se levantaban espontáneamente para luchar contra la intervención. Un poderoso movimiento de alistamiento en el ejército corrió por todo el país. En todas partes se formaban batallones de voluntarios. Francia entera estaba levantada en un mismo ardor patriótico. A París y a las fronteras acudían incesantemente los destacamentos de voluntarios, los federados, como empezaban a llamarse entonces.

Las masas populares que daban pruebas de tanta energía y tanta iniciativa para movilizar todos los recursos al servicio de la salud de la Patria, empezaron a exigir de la Asamblea medidas efectivas.

La exaltación creciente del pueblo obligó al fin a la Asamblea a dar el decreto del 11 de julio, proclamando a la Patria en peligro. Todos los hombres capaces de llevar las armas eran llamados a filas. Las autoridades municipales y departamentales deberían estar en constante estado de alerta.

Una ola inmensa de entusiasmo patriótico irrumpió sobre toda Francia. A los firmes acentos del "¡Ca ira!" y de la belicosa *Carmagnole*, batallón sobre batallón de voluntarios, formados a toda prisa, marchaban por las carreteras hacia la frontera del Este. En París hacían su entrada los cuerpos de los federados de las provincias. Los marseleses habían llegado a París cantando el nuevo "Canto de guerra para el ejército del Rin", genial encarnación de la furia y de la valentía del pueblo. Creado en un momento de inspiración popular por Rouget de Lisle, en Estrasburgo, este himno lanzado en el medio día de Francia y atravesando después el país con los batallones marseleses, se convirtió pronto en el canto de guerra de todo el pueblo revolucionario, en pie por la defensa de la Patria.

3. LA INSURRECCION POPULAR DEL 10 DE AGOSTO

EXALTACIÓN DEL ÍMPETU REVOLUCIONARIO

Mas la indignación popular no se dirigía tan sólo contra los invasores extranjeros que habían ocupado una parte de Francia. La ira del pueblo alcanzaba también a la contrarrevolución y a los traidores del interior que habían abierto el camino a los invasores. La muchedumbre se amontonaba en las reuniones públicas, en las sesiones de las secciones, en las que la pasión bullía. El pueblo, consciente de que sólo de él mismo dependía la salvación de la Patria, quería ante todo asegurarse de la tranquilidad en la retaguardia. Su instinto revolucionario le hacía oler la traición, que estaba agazapada en el Palacio de las Tullerías.

EL PAPEL ORGANIZADOR DE LOS JACOBINOS

Los jefes jacobinos de la democracia revolucionaria, Marat, Robespierre y Dantón, organizaban y dirigían este poderoso movimiento popular. Marat, que desde hacía mucho tiempo, denunciaba el papel contrarrevolucionario y antisocial de la corte, reclamaba desde los comienzos de junio que el rey y la reina fuesen tomados como rehenes. Al mismo tiempo, Robespierre, en su diario *Le défenseur de la Constitution* y en el club de los Jacobinos, lanzaba otra consigna: reunir la Convención Nacional. Robespierre denunciaba a la Asamblea Legislativa, a la que acusaba de no luchar contra el peligro que amenazaba a la Patria. Pedía que la Asamblea cediese el paso a una Convención democráticamente elegida, que realizaría en la Constitución las reformas y las modificaciones necesarias. A fin de junio, Dantón, que en esos días desplegaba una actividad prodigiosa, hizo votar a la sección del Teatro Francés

una moción aboliendo la distinción entre ciudadanos activos y pasivos. Esta moción, que debía servir de ejemplo a las otras secciones, llevaba, además de la firma de Dantón, la de Chaumette y la de Momoro.

Las masas reaccionaron con entusiasmo al llamamiento de los jefes jacobinos. En provincias como en París, la opinión se pronunciaba cada día más en contra del rey, traidor a la nación. De Marsella y de otras ciudades aflúan peticiones a la Asamblea exigiendo su destronamiento. Los campesinos, temiendo la restauración del poder de los señores, se alistaban en los batallones de voluntarios y sostenían los movimientos democráticos de las ciudades.

LOS PREPARATIVOS DE LA INSURRECCIÓN

En París, nuevos órganos revolucionarios empezaban a crearse y a organizarse hacia la mitad de junio. Los federados llegados a la capital habían fundado su comité central, que tenía su asiento en los cabarets "Soleil d'Or" y "Cadran bleu". La Asamblea de los comisarios de las secciones de París ejercía una acción aún más importante. Desde el 23 de junio se reunía regularmente en el Ayuntamiento, asumiendo por su propia iniciativa las funciones de la nueva autoridad revolucionaria, que tomó el nombre de Comuna de París. El papel dirigente en estos organismos revolucionarios correspondía a los Jacobinos y a los Cordeliers. "¡Qué grande era esta Asamblea!" escribía Chaumette en sus memorias sobre el 10 de agosto, "¡Qué llamaradas de sublime patriotismo he visto yo brotar en la discusión sobre el destronamiento del rey! ¡Qué era la Asamblea Nacional con todas sus pequeñas pasiones . . . sus pequeñas iniciativas, sus decretos estrangulados al nacer . . . en comparación con la reunión de los comisarios de las secciones de París!"¹

¹ P. C. Chaumette. *Memoires sur la Revolution du 10 aout 1792*, P. 1893.

Los Girondinos, espantados ante la amplitud de ese movimiento pero temiendo perder toda influencia sobre las masas, trataban de unirse para guardar el control de los acontecimientos. Mas en esos días decisivos del asalto contra el trono, sus jefes, Vergniaud, Gensonné, Guadet, aconsejaban en secreto a la reina, esperando aún salvar a la monarquía.

A partir del 2 de junio, el pueblo reclamó, ya con energía, el destronamiento del rey. Las secciones de París, las diputaciones de las provincias, exigían de la Legislativa que pasase a la acción. El 25 de junio, Claire Lacombe, una actriz de provincias que iba a convertirse en uno de los jefes de los "Rabiosos", subió a la tribuna de la Asamblea. Pidió la abdicación de La Fayette y anunció su propósito de alistarse en el ejército. Numerosos patriotas, organizaciones enteras, mostraron idénticas exigencias. Mas la Asamblea, asustada y desorientada, habiendo perdido toda autoridad y todo poder verdadero, trataba todavía de retrasar el inevitable desenlace.

EL MANIFIESTO DE BRUNSWICK

Fue entonces, en pleno recrudecimiento de la ola revolucionaria, cuando fue publicado el 25 de julio, y conocido en París el 3 de agosto, el manifiesto de Brunswick, general al servicio de Prusia, comandante de los ejércitos de la intervención. Este manifiesto mostraba a plena luz los designios de los invasores extranjeros. Se proclamaba, en nombre del Emperador y del Rey de Prusia, que los ejércitos coaligados tenían por misión "hacer cesar la anarquía en el interior de Francia... restablecer el poder legal y devolver al rey la seguridad y la libertad", además de castigar a los rebeldes. El manifiesto prevenía que si se causaba el menor ultraje al rey o a su familia, París sería librado a "una ejecución militar y a una subversión total".

El rey y los jefes de la intervención contaban con que estas amenazas asustarían al pueblo francés. Mas se engañaron to-

talmente. El manifiesto suscitó un estallido de furor popular, y no hizo sino apresurar la insurrección ya inevitable.

Los comisarios de 47 secciones de París reclamaron de la Asamblea el destronamiento inmediato de Luis XVI y la convocatoria de una Convención Nacional. Mas, no teniendo ya la menor confianza en la Asamblea, que intentaba aún pusilánimamente defender al rey, las secciones, desde el 5 de agosto, se prepararon abiertamente a la insurrección.

EL 10 DE AGOSTO

En la noche del 9 al 10 de agosto, la alarma sonó en todo París, y el cañón tronó. A partir de medianoche, el pueblo empezó a congregarse en el domicilio de las secciones y por la mañana se lanzó, ya en armas, contra las Tullerías. Los comisarios de las secciones constituidas en Comuna sublevada y asumiendo la plenitud de los poderes, se pusieron a la cabeza del movimiento. En los alrededores del palacio se entabló un violento combate entre el pueblo sublevado y los mercenarios de la guardia suiza. Los sublevados tuvieron alrededor de 500 muertos y heridos, pero el palacio fue tomado al asalto. El rey se puso bajo la protección de la Asamblea Legislativa.

La Comuna revolucionaria era dueña de la situación, había dirigido la insurrección del pueblo y lo había llevado a la victoria. Los miembros de la Comuna se presentaron ante la Asamblea Legislativa y en nombre del pueblo triunfante dictaron su voluntad.

Luis XVI estaba destronado. La Asamblea le asignó como residencia el Palacio de Luxemburgo, mas la Comuna por sí y ante sí le detuvo y le encerró en la prisión del Temple. Un decreto ordenó la convocatoria de la Convención Nacional, elegida por sufragio de dos grados entre todos los varones de más de 25 años. Dos días más tarde, esta edad fue rebajada a 21. Los ministros del rey fueron despedidos y la Asamblea nombró un nuevo gobierno, bajo el nombre de Consejo ejecutivo provi-

sional. Los Girondinos (Roland, Servan, Clavière, etc.) estaban en él en mayoría, pero el montagnard Dantón tenía la cartera de la Justicia. Camille Desmoulins escribía entonces que su amigo Dantón se había convertido, por la gracia de los cañones, en ministro de justicia. Esta sangrienta jornada del 10 de agosto debía aportarles a los dos, su elevación primero, y el cadalso después.

La insurrección popular había vencido el 10 de agosto. Su resultado inmediato más importante fue la caída de la monarquía milenaria y la liquidación del sistema electoral censitario antidemocrático, instituido por la Constitución de 1791. Es decir, que las masas populares, marcando con su sello el desarrollo de la revolución, la habían hecho dar un paso más hacia delante.

De ahí nacía su fuerza. La revolución era un movimiento de masas irresistible: la burguesía revolucionaria, los campesinos, la plebe. La revolución proseguía su marcha ascendente y entraba en una nueva etapa, manifestando cada día más su carácter de revolución democrática y burguesa.

CAPITULO

VII

Montaña contra Gironde

1. LA LUCHA ENTRE LA COMUNA Y LA ASAMBLEA LEGISLATIVA

Lenin nos enseña que “en las revoluciones, la relación entre las clases se modifica en el curso de su marcha”.

La insurrección del 10 de agosto había modificado las relaciones entre las clases, en la Revolución francesa.

El 10 de agosto había, en efecto, derribado, no sólo la monarquía, sino también la dominación política de la gran burguesía reaccionaria y monárquica representada por los Feuillants. Después de esta jornada, estos últimos se pasaron definitivamente al campo de la contrarrevolución y de la intervención extranjera. Al saber los sucesos del 10 de agosto, La Fayette trató de sublevar al ejército y de llevarle sobre París. Fracasó en la tentativa y huyó de Francia. Duport, Lameth, Talleyrand y otros jefes de los Feuillants emigraron también. Madame Elizabeth, hermana del rey, decía de La Fayette la vis-

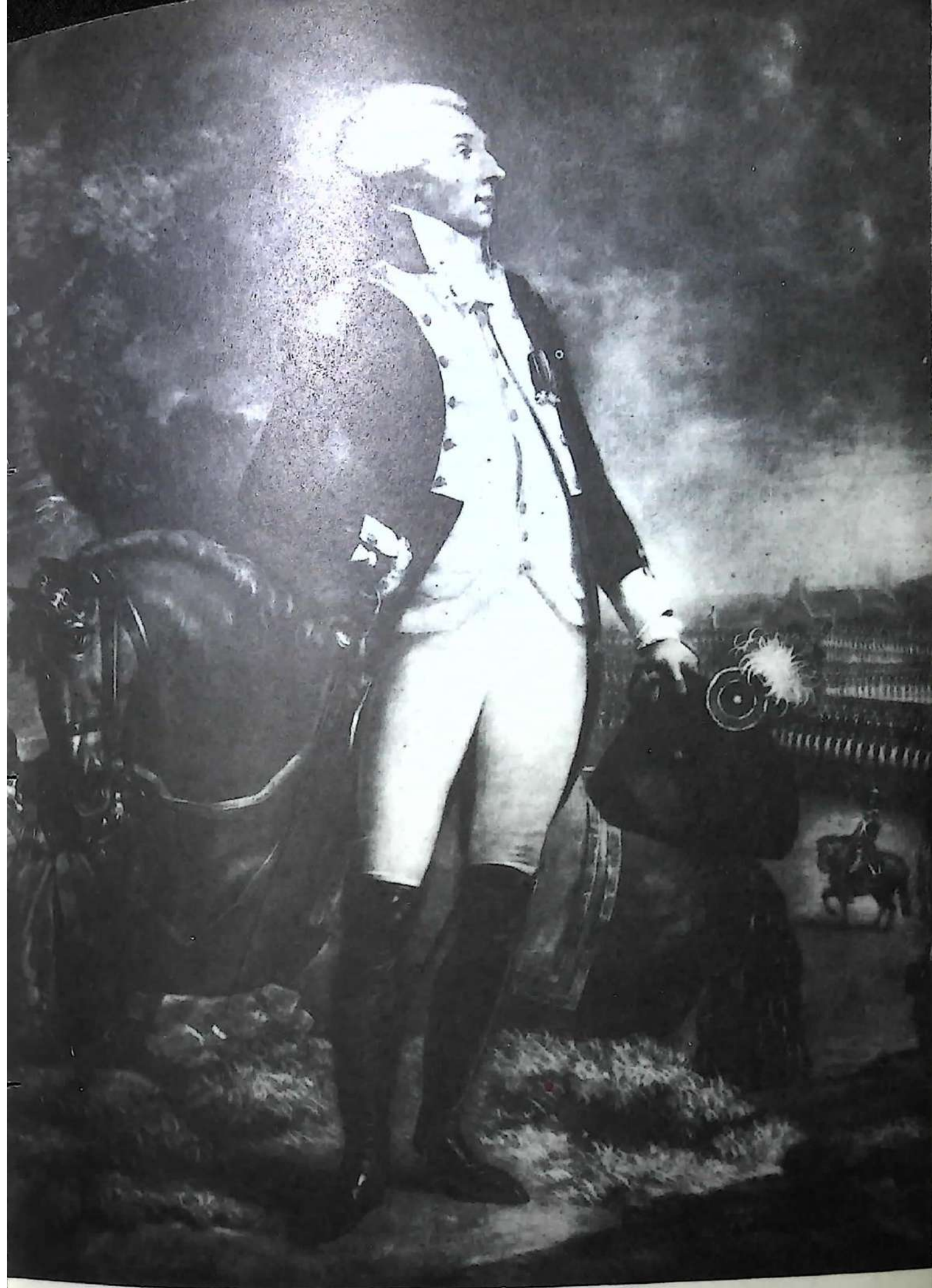
pera de su traición que había que perdonarle todo, porque ahora estaba con la corte. Los Feuillants se habían convertido en un partido contrarrevolucionario y de traición nacional.

El papel de dirigentes de la Asamblea Legislativa pasó a los Girondinos. El centro, que hasta entonces había sostenido a los Feuillants, dio sus votos a la Gironda.

Sin embargo, la jornada del 10 de agosto, que había permitido a los girondinos ocupar los puestos de mando, no se había hecho gracias a ellos, sino a pesar de ellos. La dirección inmediata de la insurrección popular había sido asumida por la Comuna, por sus organizadores e inspiradores políticos de la Montaña jacobina. Y al lado de esos dos órganos del poder —la Asamblea Nacional y el Comité Ejecutivo— se vio aparecer un tercero después del 10 de agosto, la Comuna revolucionaria, creada por la insurrección popular y apoyada por el pueblo revolucionario.

LA COMUNA REVOLUCIONARIA

La Comuna, que había dictado a la Asamblea los decretos esenciales del 10 de agosto, continuó desempeñando el papel de órgano autoritario del poder del pueblo. Su composición se amplió, llamando a su seno a los representantes de cada una de las secciones de París; organizó un Comité de vigilancia y nombró para diversos puestos a los jacobinos notables: Robespierre, Marat, Chaumette, Pache, etc. Robespierre y Marat se convirtieron en sus jefes reconocidos. La Comuna intervino imperiosamente en la dirección política del país. Cerró los diarios monárquicos y detuvo a los contrarrevolucionarios y a los sospechosos. Bajo su presión directa, la Asamblea hubo de dictar el 17 de agosto un decreto instituyendo un tribunal extraordinario para reprimir la contrarrevolución. La Comuna, que el 10 de agosto había dejado subsistir la Legislativa y había reconocido sus poderes hasta la convocatoria de la Convención, no ocultaba, sin embargo, la desconfianza y la hostilidad



La Fayette, cuadro de Danloux (Museo Carnavalet, París)



Mirabeau, retrato



**Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, alegoría de Mi-
quet el Joven (foto Giraudon).**



Camilo Desmoulins, retrato (foto Roger Viollet)

que le inspiraba esa Asamblea, la cual, políticamente, no hacía otra cosa que sobrevivirse. Marat la trataba abiertamente de contrarrevolucionaria. Robespierre, en la Comuna y en los Jacobinos, denunciaba a los jefes de la Gironda.

¿Estaban resignados la Asamblea y el Comité ejecutivo a soportar la existencia de ese nuevo poder, emanación espontánea del París revolucionario?

El 10 de agosto, Vergniaud había proferido esta frase de mal agüero: "París no es más que una sección del Estado". Unos días después de la insurrección popular, Brissot acusaba ya a la Comuna de usurpar los derechos y los poderes que no le pertenecían. Desde ese momento comenzó una lucha a muerte entre la Asamblea y la Comuna, a quienes los diputados acusaban, calumniándola, de desorganizar el país y de cometer toda clase de abusos. Veinte días después de la caída de la monarquía, la Asamblea discutió un decreto ordenando la disolución de la Comuna, pero no se atrevió a ejecutar esa medida.

EL COMITÉ EJECUTIVO PROVISIONAL

El ministerio girondino trataba también de limitar la acción de la Comuna. Mas nada podía hacer, porque su miembro más influyente era Dantón. Los girondinos le habían llamado a formar parte del gabinete teniendo en cuenta su popularidad entre las masas, y le juzgaban, no sin razón, el más aceptable de los Montagnards. Dantón no había tomado parte personalmente en la jornada del 10 de agosto, pero se había dado cuenta de la fuerza y de la importancia de la Comuna y se puso en colaboración con ella. A fin de agosto, cuando la Comuna ordenó perquisicionar en las casas de los sospechosos, Dantón apoyó a fondo la medida. Los girondinos se sintieron directamente amenazados.

La lucha entre la Comuna y la Asamblea Legislativa disimulaba un conflicto más grave todavía, que era la lucha entre la Montaña y la Gironda, y las clases que las seguían.

EL SENTIDO DE LA LUCHA ENTRE LA MONTAÑA Y LA GIRONDE

La Montaña jacobina representaba las clases, o grupos de clase, a quienes la revolución no había aún satisfecho sus reivindicaciones, y que estaban decididos a llevar la lucha hasta el fin para lograrlas.

Era un bloque heterogéneo, comprendiendo a la mediana burguesía democrática, la pequeña burguesía, los campesinos y los obreros. Estos diversos grupos de clases, con aspiraciones y fines diferentes, estaban unidos por la voluntad de defender las conquistas de la revolución y hacerla progresar luchando contra el enemigo interior y exterior. No sin razón, la jornada del 10 de agosto fue aprobada por la mayoría del pueblo francés y dio nuevo impulso al ímpetu revolucionario.

Los Girondinos, como ya hemos dicho, representaban los intereses de la burguesía industrial, la comerciante y la ligada a la agricultura que había ganado en la Revolución y que estaba decidida a defender sus conquistas principales. Pero como portavoces de la gran propiedad, temían la influencia creciente de las fuerzas democráticas y los ulteriores progresos de la revolución, que amenazaban sus intereses y sus posiciones. Los girondinos que habían ocupado el puesto de los Feuillants, en tanto que partido político dirigente, se habían convertido en una fuerza conservadora, una vez logrado su objetivo. Menos de un mes después del 10 de agosto, Brissot escribía: "Esta revolución debe pararse; si no, hay que temer que lo arrasará todo". El girondino Brissot no hacía sino repetir lo que decían otros representantes de las fracciones de la burguesía que se habían sucedido en el poder, en las etapas anteriores a la revolución: Mirabeau primero, después Barnave; Brissot no hacía sino tomar la continuación. Con la marcha progresiva de la revolución, la política conservadora que se esforzaba en frenarla había de precipitar fatalmente a los girondinos en el abismo de la contrarrevolución.

Tal era el sentido de la lucha entre la Montaña y la Gironda. La Montaña marchaba hacia delante con la Revolución; la Gironda trataba de frenar la Revolución. La crisis era inevitable.

Los girondinos conservaban, sin embargo, cierta influencia, sobre todo en las provincias políticamente atrasadas en relación con la capital. Por lo demás, se daban cuenta de que no podrían conservar esta influencia y a la vez el papel de dirigentes, sino a costa de serias concesiones a las exigencias del pueblo.

Estas exigencias se habían acentuado vigorosamente tras el 1 de agosto. El pueblo veía en la caída de la monarquía el primer acto de una larga serie de reformas políticas y sociales. Ahora que el rey traidor había sido encarcelado, el pueblo esperaba la pronta realización del programa que contenía la divisa revolucionaria: "Libertad, Igualdad, Fraternidad."

LAS REIVINDICACIONES CAMPESINAS

Los campesinos seguían constituyendo la fuerza principal de la revolución, y la cuestión agraria continuaba siendo la cuestión esencial. Al cabo de tres años de revolución, los derechos feudales no habían sido todavía abolidos en los pueblos, y los campesinos, en su inmensa mayoría, no habían tomado posesión de la tierra a la que aspiraban. Manifestaban desde hacía tiempo su impaciencia mediante sublevaciones, en las que entraban a saco en las tierras señoriales, y dejando de pagar las rentas y cargas. Desde los comienzos de 1791, el movimiento campesino había recobrado nuevas fuerzas. Las Comunas de campesinos dirigían a la capital centenares de peticiones, reclamando la abolición de todos los derechos feudales y el reparto de las comunidades. Cada vez con mayor frecuencia, de un lado a otro de Francia, perdida la confianza en los legisladores, se amparaban por sí mismos de las tierras comunales que se repartían, negándose a pagar las contribuciones. No eran pocas

las algaradas. En una petición de fines de agosto de 1792, los campesinos decían que si una ley de la Convención no les aseguraba la partición y la compra a crédito de esas tierras, permanecerían para siempre en la esclavitud y en la miseria. Los Girondinos estaban al corriente de este estado de los espíritus, y se daban cuenta perfecta del peso que representaría el voto de esos aldeanos en las elecciones próximas para la Convención, que había de ser elegida por sufragio universal. Este hecho explica la actitud de la Asamblea Legislativa, que no había realizado nada en su primer período y desplegaba ahora una actividad desusada para resolver la cuestión agraria.

LA LEGISLACIÓN AGRARIA DE 1792

El 14 de agosto, la Asamblea, ante la propuesta del girondino Francois de Neufchateau, adoptó un decreto ordenando la partición de los bienes comunales; los bienes de los emigrados, divididos en pequeños lotes de dos o tres "arpents", debían igualmente ser entregados a los campesinos, que obtendrían su posesión a perpetuidad contra el pago de una renta anual.¹

Un decreto del 15 de agosto anulaba todos los procedimientos pendientes contra los campesinos a instancias de los beneficiarios de los derechos feudales. En fin, otro decreto del 25 abolía todos esos derechos cuando no pudiesen ser confirmados por títulos auténticos.

La legislación agraria de agosto estaba aún lejos de satisfacer las reivindicaciones campesinas, pero sin embargo les concedía algunas sustanciosas ventajas reales. Independientemente del cálculo de los girondinos, era el resultado de la insurrección popular del 10 de agosto.

¹ En noviembre de 1792, la situación había cambiado; la Convención en la que los girondinos dominaban todavía, derogó el decreto sobre división de bienes de los emigrados. El decreto sobre la partición de los bienes comunales entre los campesinos permaneció igualmente sin ejecutarse. La Asamblea ni siquiera determinó la modalidad de esta operación.

Los girondinos esperaban, gracias a esas reformas, calmar a los campesinos y restablecer hasta cierto punto la estabilidad interior del país. El amenazador desarrollo de los sucesos en las fronteras echó abajo esos planes.

2. LA INVASION

El 19 de agosto el ejército austro-prusiano, bajo el mando del Duque de Brunswick, pasó la frontera e invadió el territorio francés. El enemigo ponía en primera línea no menos de 80,000 hombres, con una reserva de 40,000 en Bélgica. A las fuerzas de la invasión, los franceses oponían los tres ejércitos de Dumouriez, Kellermann y Biron, en total 82,000 hombres. Mas entre los generales y los oficiales se hallaban muchos monárquicos y amigos secretos de los emigrados, dispuestos a traicionar a su patria y a sus deberes militares.

El 20 de agosto, Brunswick puso cerco ante Longwy; el 23, el comandante de la fortaleza, que disponía de 70 cañones y de una guarnición suficiente, entregó la plaza al enemigo sin combatir. Los prusianos marcharon sobre Verdun, última plaza que cubría París. El 2 de septiembre, Verdun caía. La ruta de París estaba abierta.

AISLAMIENTO INTERNACIONAL DE FRANCIA

Un peligro mortal se hallaba suspendido sobre Francia. Ebrios por su éxito, los invasores se veían ya haciendo su entrada triunfal en la capital revolucionaria. Inglaterra había llamado de París a su embajador, y mediante una nota amenazadora había dado a entender que estaba dispuesta a unirse a la coalición.¹ España había ya informado a Austria de su decisión de empezar sus operaciones militares sobre la frontera de los Pirineos. Toda la Europa contrarrevolucionaria se ligaba

¹ A. Chuquet. *La premiere invasion prussienne*, A. Chuquet. *Dumouriez*. P. 1914.

para enfrentarse con la Francia de la revolución. En París y en otras ciudades, los monárquicos y contrarrevolucionarios de toda casta levantaban la cabeza y predecían abiertamente la próxima caída del régimen revolucionario, objeto de su execración.

LA COMUNA Y LOS MONTAGNARDS ORGANIZAN LA DEFENSA NACIONAL

En estos días y estas horas decisivas, la Comuna revolucionaria se convirtió en el alma de la defensa nacional. Puso en pie a toda la población de París. Los hombres se armaban a toda prisa para formar batallones de voluntarios, las mujeres cosían los uniformes para los soldados, los obreros y los artesanos fundían los bronce de las iglesias, de las verjas, los plomos de los sarcófagos, para forjar picas y otras armas.

En esas horas de peligro, los jefes girondinos se mostraron pusilánimes, vacilantes. Roland propuso el 20 de agosto que la Asamblea y el Comité ejecutivo salieran inmediatamente de París para instalarse en Blois. Dantón, hirviendo de indignación, rechazó ese cobarde proyecto de huida y lanzó un llamamiento ardiente a la lucha: "Ya es hora de decir al pueblo, que el pueblo en masa debe precipitarse sobre sus enemigos".¹ Cara al peligro, Dantón hizo gala de valor, de energía y de un indomable propósito de vencer. Estableció una estrecha relación con la Comuna y cooperó con ella, y de acuerdo con sus jefes, Robespierre, Marat, Chaumette, animó al pueblo a la lucha por la salvación de la Patria.

LOS SUCECOS DE SEPTIEMBRE

La noticia de la capitulación de Verdun llegó a París el 2 de septiembre. La Comuna revolucionaria dirigió un llamamiento enérgico al pueblo: "¡A las armas, ciudadanos, a las

¹ G. J. Danton, *Discours de Danton*, París 1910, pág. 169.

armas, el enemigo está a nuestras puertas!" La Comuna decretó la formación de un ejército de 60.000 hombres y la movilización de todos los hombres sin excepción alguna. Por su orden, todas las barreras de la ciudad fueron cerradas, el rebato sonó de nuevo en el cielo de París, donde los tambores tocaban a llamada. Dantón pronunció en la Asamblea una arenga inflamada, en la que exhortaba a la lucha y pedía fuese castigado con la muerte quienquiera que se negase a defender a la Patria. Terminó por estas palabras ya célebres: "El rebato que va a tocar, no es una señal de alarma, es el toque de carga contra los enemigos de la Patria. Para vencerles, señores, nos hace falta audacia, más audacia, siempre audacia, y así Francia está salvada".¹

En las puertas de París, los batallones de voluntarios armados, partían sin cesar a reunirse con los combatientes, y las aclamaciones de las mujeres y de los ancianos ensordecían, exigiéndoles vencer. Desde por la mañana del 2 de septiembre, comenzaron a circular por la capital rumores que pusieron a la población en ascuas. Se trataba de un complot tramado por los contrarrevolucionarios encarcelados en las prisiones, que se preparaba para el momento en que todos los hombres en armas hubiesen abandonado París para acudir a las fronteras. Por la noche, el pueblo y los voluntarios alarmados, en un arranque de indignación, se lanzaron sobre las prisiones de París para matar a los contrarrevolucionarios presos: del 2 al 5 de septiembre numerosos enemigos del pueblo murieron así. Los girondinos crearon más tarde la leyenda de las matanzas de septiembre, de las que acusaban a los jacobinos, exagerando de modo odioso el número de contrarrevolucionarios ejecutados por el pueblo. Pero en septiembre, ni los jacobinos, ni los girondinos mismos, osaron acusar al pueblo. Se daban cuenta de que, ante el terrible peligro que se cernía sobre París, esta explosión espontánea del terror popular era un acto de legítima

¹ G. J. Danton, *Discours...* op cit, pág. 173.

defensa de la revolución contra la insurrección contrarrevolucionaria que se preparaba.

VALMY

Seguro de la victoria y como táctico adocenado, Brunswick daba tiempo al tiempo. Permitió con ello que los ejércitos de Dumouriez, de Kellerman y Beurnoville efectuaran su unión el 19 de septiembre. El 2o. ejército francés y el prusiano se encontraron frente a frente en las alturas de Valmy. Las fuerzas eran casi iguales, pero los generales prusianos estaban convencidos de que los primeros cañonazos dispersarían a toda la "canalla revolucionaria". El rey de Prusia dio la señal del ataque. Los prusianos se lanzaron en orden desplegado sobre las posiciones francesas. Al grito de ¡"Viva la Nación!", los patriotas corren al encuentro de sus enemigos. El ataque es rechazado. Un segundo ataque corre la misma suerte y entran en juego los cañones. Hacia la tarde, una copiosa lluvia interrumpe la acción. Los prusianos se retiran. El 20 de septiembre, en Valmy, la Francia revolucionaria había obtenido su primera victoria sobre la coalición europea contrarrevolucionaria.

La victoria de Valmy inflamó el ardor de los franceses. Algunos días después, sus fuerzas pasaban a la ofensiva y entraban en Bélgica. El 6 de noviembre en Jemmapes batían a los austriacos; sobre el curso mediano del Rin ocupaban Aix, Worms y Francfort. En el sudoeste, los franceses entraron en Saboya.

Francia estaba salvada. Además, en esta justa guerra revolucionaria, había logrado grandes victorias sobre la Europa contrarrevolucionaria.

defensa de la revolución contra la insurrección contrarrevolucionaria que se preparaba.

VALMY

Seguro de la victoria y como táctico adocenado, Brunswick daba tiempo al tiempo. Permitió con ello que los ejércitos de Dumouriez, de Kellerman y Beurnoville efectuaran su unión el 19 de septiembre. El 2o. ejército francés y el prusiano se encontraron frente a frente en las alturas de Valmy. Las fuerzas eran casi iguales, pero los generales prusianos estaban convencidos de que los primeros cañonazos dispersarían a toda la "canalla revolucionaria". El rey de Prusia dio la señal del ataque. Los prusianos se lanzaron en orden desplegado sobre las posiciones francesas. Al grito de ¡"Viva la Nación!", los patriotas corren al encuentro de sus enemigos. El ataque es rechazado. Un segundo ataque corre la misma suerte y entran en juego los cañones. Hacia la tarde, una copiosa lluvia interrumpe la acción. Los prusianos se retiran. El 20 de septiembre, en Valmy, la Francia revolucionaria había obtenido su primera victoria sobre la coalición europea contrarrevolucionaria.

La victoria de Valmy inflamó el ardor de los franceses. Algunos días después, sus fuerzas pasaban a la ofensiva y entraban en Bélgica. El 6 de noviembre en Jemmapes batían a los austriacos; sobre el curso mediano del Rin ocupaban Aix, Worms y Francfort. En el sudoeste, los franceses entraron en Saboya.

Francia estaba salvada. Además, en esta justa guerra revolucionaria, había logrado grandes victorias sobre la Europa contrarrevolucionaria.

LA CUESTIÓN DE LA PROPIEDAD

Socialmente hablando, los convencionales pertenecían a la burguesía y a los medios intelectuales burgueses. Independientemente de su posición, defendían la propiedad privada. No es extraño que desde las primeras sesiones de la Convención, Dantón hubiese propuesto, como fórmula de conciliación, un decreto proclamando que “todas las propiedades territoriales, individuales e industriales serán eternamente mantenidas”.¹

En el gran brote del entusiasmo nacional provocado por el triunfo de los ejércitos revolucionarios y la proclamación de la República, los jacobinos buscaban el modo de crear la unidad nacional, estando dispuestos a pactar un armisticio con los girondinos. Sus jefes, Robespierre, Dantón y Marat se daban cuenta de que la guerra contra la Europa reaccionaria no había hecho sino comenzar, y que en la unión de todas las fuerzas del pueblo estaba la única salvación y el triunfo.

RESURGIMIENTO DE LA LUCHA ENTRE LA GIRONDE Y LA MONTAÑA

Los girondinos, cegados por su éxito en las elecciones, dominando en la Convención y en el Consejo ejecutivo gracias al apoyo de los “Marais”, buscaban, por el contrario, el modo de aplastar a sus enemigos. Fueron los primeros en reanudar la lucha, lanzando sobre los jacobinos la acusación falsa de haber organizado la “matanza de septiembre” en la que el pueblo había hecho justicia con los contrarrevolucionarios, tratando de presentarles como desorganizadores, y acusando a Robespierre, Dantón y Marat de buscar la dictadura y de querer imponer su “triunvirato”. Los girondinos reclamaban con insistencia la abolición del Tribunal extraordinario; crearon una comisión de

¹ Danton. *Discours*, pág. 177.

encuesta sobre los sucesos de septiembre, con la que contaban asestar un golpe decisivo a sus enemigos y forzaron a Dantón a dejar el ministerio.

Los girondinos expresaban públicamente su desconfianza y su hostilidad hacia la capital revolucionaria. Por consejo de Manon Roland, trataron de crear una guardia departamental, fuerza armada sacada de las provincias, para oponerla al París revolucionario. "Es preciso que París sea reducido a una ochentaitresava parte de influencia, como cada uno de los otros departamento", declaró en la Convención el girondino Lasource. Mas en lugar del éxito esperado, las elecciones para la renovación de la municipalidad de París ordenadas por los girondinos, fueron para ellos una derrota. La nueva Comuna, que se reunió en diciembre de 1792, era todavía más revolucionaria; Chaumette, atrevido e inteligente defensor de la plebe, fue elegido procurador de la Comuna, y tuvo por sustituto a Hebert, el redactor del *Pere Duchesne*, incorporado a los Montagnards desde fines de 1791.¹

SEGUNDA ESCISIÓN EN EL CLUB DE LOS JACOBINOS. EXPULSIÓN DE LOS GIRONDINOS

Los Montagnards no se quedaron mano sobre mano, y pasaron también a la ofensiva. Brissot fue excluido del club, lo que ocasionó la salida de casi todos los girondinos, en París, como en provincias. Una vez que hubieron salido, los girondinos que ya habían relajado sus vínculos con el club no fundaron una nueva sociedad, pero sus jefes se reunían continuamente en los salones de Manon Roland, que conservaba sobre la dirección del partido una gran influencia oculta, y de Madame Dodun, esposa de un administrador de la Compañía de las Indias.

¹ K. Marx. *La lutte des Jacobins et des Girondins*, Obras, t. III (I ed. rusa), pp. 601-611. Es un análisis de las memorias de Levasseur.

Tras esta segunda escisión, el Club de los Jacobinos, purgado de los Feuillants y de los girondinos, tomó definitivamente el carácter de una organización política de la democracia republicana.

EL LAZO DE LOS JACOBINOS CON LAS MASAS

Lo que hacía la fuerza de los jacobinos en su lucha contra la Gironda era su lazo estrecho con el pueblo, cuyos intereses defendía, su devoción hacia la revolución y su voluntad de llegar hasta el fin para realizar sus objetivos. Lenin escribía: "La grandeza histórica de los verdaderos jacobinos, de los jacobinos de 1793, consistía en que ellos eran "jacobinos con el pueblo", con la *mayoría* revolucionaria, con las clases *revolucionarias* de la vanguardia de su tiempo".¹ Marat defendía invariablemente los intereses de la parte más pobre de la población y llamaba la atención sobre sus necesidades sociales: "Antes de pensar en la libertad, hay que pensar en permanecer con vida", escribía. Robespierre denunciaba los manejos de los Girondinos, que aspiraban a quitar al pueblo su influencia sobre la marcha de la revolución. "Ciudadanos, ¿queréis una revolución sin revolución?" preguntaba a los diputados de la Convención en noviembre de 1792, cuando tomaba la palabra para denunciar la intención de los girondinos de frenar y encauzar el poderoso movimiento popular.²

LA SUERTE DEL REY

Entre las numerosas cuestiones que alimentaban la polémica entre la Montaña y la Gironda, a fines de 1792 la más grave era la suerte del rey. ¿Qué iba a hacerse del rey? Desde que Luis XVI había sido encarcelado en el Temple, esta cuestión estaba latente esperando la solución. Era evidente la traición del rey. En noviembre de 1792 fueron descubiertas, en

¹ V. Lenin. Obras. t. 24, pág. 495.

² Obras de Maximilien Robespierre, t. IX, París 1958, p. 89.

un armario de hierro empotrado en uno de los muros de la Tullerías, las pruebas de su connivencia con los enemigos de Francia: su correspondencia secreta con las cortes extranjeras y con los emigrados, diversos planes para organizar la contrarrevolución y la intervención, etc. Desde septiembre y octubre, numerosas sociedades populares, en París y en provincia, y muy particularmente la Comuna de París, reclamaban de la Convención la formalización del proceso del rey, para que recibiese el castigo que merecía por su traición.

Los jacobinos sostuvieron valientemente esta pretensión del pueblo y le dieron el carácter de una reivindicación política esencial. Los girondinos, por el contrario, trataron por todos los medios de eludir esta cuestión y de retrasarla indefinidamente. De igual modo que en los meses de junio, julio y agosto los Feuillants habían tratado de sostener la monarquía en su caída, los girondinos trataban ahora, de salvár la vida de Luis Capeto. Estaba claro en ambos casos que no se trataba de la suerte personal del rey destronado, sino del sentido político que revestía ese proceso. Castigar al rey significaba dar un paso más en la marcha de la Revolución; indultarle, significaba parar la Revolución en ese límite. Ese era el objeto de los girondinos. Mas tras el descubrimiento de los documentos secretos, no podía retrasarse ya la discusión de este tema. En noviembre, la suerte que había de correr Luis XVI era el tema principal de los debates en la Comuna.

EL PROCESO DEL REY

Los jacobinos reclamaban la muerte del rey, subrayando ante todo la significación política de este acto. El ardiente e inflexible Saint-Just, que había conquistado la afección y la estima de los jacobinos por su firmeza, su inteligencia y su devoción sin límites a la revolución, declaró en la tribuna de la Convención: "Algún día se extrañarán las gentes de que en el siglo XVIII estemos más atrasados que en los tiempos de César:

entonces, el tirano fue inmolado en pleno Senado sin más formalidades que 23 puñaladas, y sin otra ley que la libertad de Roma; hoy, se hace con todo respeto el proceso de un hombre asesino del pueblo, cogido en flagrante delito, la mano en la sangre, la mano en el crimen. . . Para mí no hay término medio: ese hombre debe reinar, o morir".¹ Robespierre pedía el suplicio del rey por traidor a la nación y enemigo de la humanidad. En diciembre, Luis XVI fue llevado al tribunal de la Convención. El rey adoptó como sistema de defensa el de negar sistemáticamente los hechos, aun los más evidentes, que el proceso mismo mostraba como irrefutables. Los girondinos, conscientes de la imposibilidad de rehabilitar ni poco ni mucho al monarca, propusieron que el fallo fuese sometido a la aprobación del pueblo, es decir, a las asambleas primarias. Los jacobinos, adivinando la maniobra, combatieron tenazmente esta proposición. Para obligar a cada diputado a mostrar su posición, Marat obtuvo que el voto de la Convención, el cual debía decidir de la suerte del rey, tuviese lugar mediante llamamiento nominal. A la última y tercera cuestión, la de la pena que correspondía aplicar al rey, sobre 721 votantes, 387 diputados se pronunciaron por la pena de muerte sin condiciones.

LA EJECUCIÓN DE LUIS XVI

Después de la votación y del fallo, los girondinos, por iniciativa de Brissot, pidieron el aplazamiento de la ejecución del mismo, teniendo en cuenta las peligrosas complicaciones internacionales de ese acto. En efecto, advertencias amenazadoras venían de España y de Inglaterra. Mas la Convención rechazó esta nueva maniobra de los girondinos. El 21 de enero de 1793, Luis XVI fue guillotinado. La Revolución francesa lanzó la cabeza de un rey a los pies de los tronos europeos.

¹ Saint-Just. *Discours et Rapports*. París 1857, págs. 63, 65.

4. INTENSIFICACION DE LA LUCHA DE CLASES A FINES DE 1791 Y PRINCIPIOS DE 1792

LA SITUACIÓN ECONÓMICA SE AGRAVA POR EL HECHO DE LA GUERRA

La guerra había empeorado gravemente la situación económica. La ocupación de los departamentos fronterizos al principio de las hostilidades, la creación de grandes ejércitos que exigían aprovisionamientos y subsistencias, los crecientes gastos militares, la perturbación de las relaciones económicas normales, habían creado serias dificultades financieras. Algunas ramas de la industria, las sederías de Lyon por ejemplo, y la producción de artículos de lujo habían perdido sus habituales clientes y habían cesado el trabajo. Miles de obreros y de artesanos estaban sin pan. Las corrientes comerciales estaban cortadas o interrumpidas; para hacer frente a los crecientes gastos militares, el gobierno girondino, que no quería imponerse a los grandes propietarios para no dañar sus intereses, se lanzó a las emisiones fiduciarias ininterrumpidas.

LA CRISIS DE LAS SUBSISTENCIAS

La cantidad de asignados puesta en circulación no estaba ya garantizada por la masa de los bienes nacionales: su curso se depreciaba rápidamente. En otoño de 1792, habían perdido ya más del 40% de su valor nominal. Ello produjo un alza acelerada en el precio de los productos de consumo y en particular del trigo, que desapareció de los mercados. Había suficiente cantidad de grano en el país, pero los grandes terratenientes y los campesinos que lo poseían no querían cederlo contra los asignados como pago. Los acaparadores, que compraban el trigo a bajo precio, lo conservaban en los almacenes y se guarda-

ban muy bien de sacarlo al mercado, para obtener el máximo beneficio de las fluctuaciones del cambio. Para aprovisionar al ejército, el Comité ejecutivo provisional había dado, el 4 de septiembre de 1792, un decreto a iniciativa de la Comuna de París, autorizando la requisa de los productos agrícolas. Por miedo a la requisa, los campesinos acomodados habían escondido su grano y se abstendían de llevarlo al molino. El encarecimiento de la vida, la desaparición del pan y de otros productos alimenticios, consecuencia de estos manejos, afectaban sobre todo a los obreros, a los artesanos, a la población pobre de las ciudades y de los pueblos. No teniendo medios para comprar pan y alimentos a precios exorbitantes, estaban condenados al hambre. Desde el otoño, la Convención estuvo informada por una serie de quejas y de memorias de que el pueblo tenía hambre.

Una de las cuestiones fundamentales de la revolución, la cuestión agraria, no había sido resuelta. El movimiento campesino, que había ido intensificándose desde 1791, no había cesado de ganar pujanza durante los años 1792 y 1793. En los departamentos del Norte, del Eure, de la Meurthe, del Gard, etc. la repartición de los bienes comunales había adquirido una amplitud muy considerable. En el Sena y en el Oise, los motines de campesinos tenían caracteres de insurrección. La lucha en torno a la venta de los bienes nacionales adquiría igualmente formas agudas. En los pueblos, las pugnas entre la capa superior acomodada y el resto de los campesinos modestos o pobres, se acentuaba cada día. En una petición firmada por los habitantes de Breuil (Eure), en octubre de 1792, se decía que la abolición de la dima no había beneficiado más que a los cultivadores ricos, que acaparaban todo el trigo y todos los piensos. Las reivindicaciones de los campesinos medianos y pobres permanecían siempre insatisfechas. Reclamaban la abolición de todas las gabelas, y sobre todo reclamaban la tierra.



Maximiliano de Robespierre, retrato



Georges Couthon, convencional, miembro del Comité de Salud Pública



Madame Roland, retrato por Heinsien (foto Giraudon)



Talleyrand, cuadro de Prud'hon (Museo Carnavalet, París)

INTENSIFICACIÓN DE LA LUCHA DE CLASES

La cuestión agraria, siempre sin solución, la carestía creciente de la vida y la falta de subsistencias agravaban la lucha de clases. A partir de septiembre de 1792, estallaron motines populares en París y en numerosos departamentos. En muchos lugares, los jornaleros y los indigentes de los pueblos atacaban los graneros de trigo, y detenían y saqueaban los convoyes de granos. Los obreros se declaraban en huelga para obtener aumentos de salarios y la tasa de las subsistencias. Esta última reivindicación se convirtió en la más popular entre la plebe. En Tours, desde septiembre de 1792, los pobres habían obtenido la tasa del pan. En Lyon, las mujeres hacían irrupción en las tiendas y pagaban los artículos comestibles a los precios que ellas mismas fijaban. Al mismo tiempo que reclamaban el máximo y exigían que el Estado tomase la defensa de sus intereses, la plebe acusaba a los especuladores, los acaparadores y los ricos de que engordaban con los sufrimientos del pueblo. En agosto, la Comuna de París reclamaba la pena de muerte contra "las gentes que especulaban con la miseria del pueblo."

La agravación de la lucha de clases, la crisis de las subsistencias y el ímpetu del entusiasmo general provocado por la caída de la monarquía, y la lucha entablada en una guerra de legítima defensa, contribuían en el seno de la plebe a despertar aspiraciones propias de ella y distintas de las de la burguesía. Las aspiraciones sociales de las capas más humildes de la población se mostraban en forma aún confusa, pero se discernía ya una protesta contra la desigualdad de los bienes, y el deseo netamente expresado de ver reinar un día la verdadera igualdad y no sólo la igualdad jurídica. Así, el cordelier Momoro, comisario de la Convención en Normandía, propaló por esta provincia una nueva Declaración de Derechos, redactada por él, en la cual, aun reconociendo el carácter intangible del derecho de propiedad industrial, ponía en duda que procediese lo mismo

con la propiedad rústica. En el Cher, el clérigo Petitjean invitaba a sus parroquianos a renunciar voluntariamente a sus bienes y a repartir las tierras.

Nicolas de Bonneville, uno de los dirigentes del "Círculo social", exponía en su libro *De l'esprit des religions* los medios de preparar la partición general de las tierras. El único medio de llegar a la concordia social consistía, según él, en atribuir a los hijos del difunto porciones iguales y determinadas de la herencia de las tierras e invitar a todos los otros parientes a repartirse entre ellos el resto.

Sylvain Maréchal, materialista y ateo, que debía adherirse a la "Conspiración de los Iguales" de Babeuf, quería que en tiempo de guerra, sólo los ricos fuesen gravados con los impuestos necesarios para cubrir las necesidades de toda la sociedad. Estimaba indispensable proceder al final de las hostilidades, a una nivelación de las propiedades, que acabara para siempre con el vicioso principio de la superioridad de los ricos sobre los pobres. El clérigo l'Ange, en un folleto publicado a fines de 1792, proponía un sistema de reparto, intervenido y dirigido por el Estado, de todas las tierras trigueras.

Todas estas propuestas, en forma de sueños pacíficos o reclamando una "ley agraria" que decretase el reparto de la tierra, respondían a un deseo de las capas inferiores del pueblo, que deseaba la implantación de una sociedad fundada sobre la igualdad social. Pese a su utopismo, estos proyectos y estos planes que desbordaban los objetivos de la revolución burguesa no dejaban de expresar la poderosa aspiración inconsciente del bajo pueblo de las ciudades y de los campos, deseoso de ver instaurar un régimen social mejor organizado y más humano.

LOS "RABIOSOS"

Los intereses de la plebe encontraron igualmente sus intérpretes en un grupo de agitadores populares: Jacques Roux, Varlet, Théophile Leclerc, Claire Lacombe, etc., que los girondinos

habían llamado los “Rabiosos”. Todos los historiadores burgueses, no sólo los reaccionarios declarados del tipo de Taine, sino también los liberales como Aulard y el radical Mathiez, se han mostrado hostiles a los “Rabiosos” y han desfigurado su personalidad y su papel en la revolución.

Los “Rabiosos” formaban la extrema izquierda del campo democrático en tiempos de la Revolución francesa burguesa. Desde 1792, el clérigo Jacques Roux denunciaba en sus discursos y en sus sermones a la “aristocracia de los ricos.”

Jacques Roux, hijo de un teniente de infantería, tras haber sido durante algún tiempo profesor de física y de filosofía en el seminario de la pequeña localidad de provincia donde había cursado sus estudios, pasó a ser cura de una parroquia del Angoumois, su país natal. En un sermón a sus parroquianos, titulado “El triunfo de los bravos parisinos sobre los enemigos del bien público”, que hizo imprimir poco después de la jornada del 14 de julio de 1789, glorificó con entusiasmo la revolución empezada, y preveía además como inevitable la lucha encarnizada que había de continuar. En enero de 1791, Jacques Roux se estableció en París, pronunció el juramento constitucional y fue nombrado vicario del cura de San Nicolás de los Campos, en la sección de Gravilliers.

En este barrio de obreros y artesanos pobres, cruelmente afectados en aquella época por la introducción de las máquinas y por la reducción de la demanda, Jacques Roux conoció de cerca la vida, las privaciones y las miserias de la población pobre de las ciudades. La vida penosa y triste de esos trabajadores, sucumbiendo bajo una labor aplastante, en perpetua indigencia, le causó una impresión profunda. El sacerdote repartía sus pobres recursos con los más miserables de entre sus parroquianos. Pero Jacques Roux se daba cuenta que la beneficencia sola era impotente para mejorar la suerte de tantos desheredados y que era menester hallar otros medios de hacer desaparecer la miseria que agobiaba a tantos honrados obreros. Convertido en miembro del Club de los Cordeliers, hizo amistad

con Marat, al que escondió en su casa durante algún tiempo. En primavera de 1792, Jacques Roux leía en su iglesia y luego en otras más su "Discurso sobre los medios de salvar la Francia y la libertad". Avanzaba ideas que más tarde habían de ser propaladas por los defensores de los pobres y de la plebe. No hay mayor crimen, decía en sustancia, que el de enriquecerse a costa de las desgracias y las miserias del pueblo, el de librarse a tratos usurarios, fuente de lágrimas y de ruinas para el pueblo. La nación, después de haberse sacudido el yugo del tirano, debía reprimir las andanzas inhumanas de la aristocracia del dinero. Y Jacques Roux pedía la pena de muerte para los que especulasen con los bienes de consumo y con la moneda, el castigo severo de los acaparadores y unas "leyes rigurosas sobre el comercio de los granos".

Jacques Roux se convirtió en uno de los jefes más populares de las clases pobres de París. Su influencia se extendió más allá de los límites de la sección de Gravilliers, y su voz se hizo oír en los otros barrios plebeyos de la capital. Hablaba en público con frecuencia, redactaba peticiones, tomaba la palabra en la Convención. Sus atrevidos discursos y sus legítimas reivindicaciones, formuladas de modo tajante, expresando la impaciencia de los obreros aplastados por el hambre y de los pobres en general, provocaron la irritación, que debía más tarde trocarse en odio, de los girondinos, y de todos los ricos.

Pero los "Rabiosos" continuaban enérgicamente la lucha. Roux, Leclerc, Varlet, Lacombe, reclamaban con insistencia que se diese satisfacción a las reclamaciones insistentes de los elementos más desheredados. En razón de la agravación constante de los precios, de la crisis de las subsistencias y de la miseria en el seno del pueblo, pedían con más fuerza que nunca la instauración de tasas y el terror para reprimir a los acaparadores y a los agiotistas. Los "Rabiosos" llevaban una lucha implacable contra "la aristocracia de los poseedores" y el predominio de los ricos. Mas en sus críticas del régimen burgués, se paraban sin embargo en el terreno de la propiedad privada; todas

sus reivindicaciones sociales se referían al tema de la distribución, sin tocar siquiera la esfera de la producción.

La propaganda de los "Rabiosos" se extendía con gran éxito, en primavera de 1793, entre la plebe de París y de Lyon. La tasa máxima estaba al orden del día en las peticiones y en las resoluciones de las secciones, en las reuniones de las sociedades populares y en la calle, y hasta en las colas a las puertas de las panaderías.

En febrero y marzo de 1793, la falta de subsistencias provocó revueltas en París. Las mujeres, los obreros, los artesanos hambrientos reclababan la tasa de las subsistencias y medidas para frenar las especulaciones.

LOS GIRONDINOS CONTRA LOS "RABIOSOS"

Los girondinos odiaban y perseguían a los "Rabiosos". Rechazaban categóricamente la limitación de precios reclamada por éstos. A su modo de ver, la menor limitación de la libertad económica y de la iniciativa de los poseedores confinaba con el crimen. Querían cargar todos los gastos de la guerra sobre el pueblo, sin causar la menor lesión a los intereses de la burguesía. En las reivindicaciones sociales de las clases pobres veían ante todo una amenaza a la inviolabilidad de la propiedad. No en vano en aquella época los Girondinos sustituyeron frecuentemente la vieja divisa revolucionaria "Libertad, igualdad, Fraternidad", por esta nueva fórmula: "Libertad, Igualdad, Propiedad".

JACOBINOS Y RABIOSOS

Los jacobinos veían también con malos ojos a los "Rabiosos" y a su propaganda en favor del precio limitado. Partidarios de una amplia democracia burguesa, trataban de lograrla en todos los ámbitos, incluso en la esfera económica. Veían en la tasa un recuerdo del antiguo régimen, un retorno a la

reglamentación gubernativa de antes de la revolución, contraria a los principios de la libertad política y económica. Mas, a diferencia de los girondinos, los jacobinos, ligados con las masas, eran más sensibles a las voces y a las quejas de la angustia popular.

LOS JACOBINOS DE IZQUIERDA

Esto era verdad sobre todo respecto a los jacobinos de izquierda, (Chaumette, alcalde de la Comuna de París, el ex-ministro de la guerra Pache, el alcalde de la Comuna de Lyon Chalier, etc.), estrechamente ligados con los *sans-culottes* y defensores de sus intereses. Chaumette subrayaba que los pobres, como los ricos y aun más que los ricos, habían hecho la revolución. Declaraba seguidamente que no existía proporción justa entre el salario del obrero y el precio de los artículos de primera necesidad. Los jacobinos de izquierda no estaban lejos de sumarse a los partidarios de los precios limitados.

Mas los jefes de los jacobinos, Robespierre, Marat, Saint-Just no podían tampoco permanecer indiferentes ante las reivindicaciones de las masas. Estaban convencidos de que se imponían las medidas de urgencia para aliviar las calamidades de los *sans-culottes*. No podían ignorar que las aceradas críticas de los "Rabiosos" apuntaban a los girondinos, contra los cuales ellos mismos llevaban una guerra sin cuartel. Desde marzo de 1793, los jacobinos habían cesado de mostrarse abiertamente hostiles a los "Rabiosos" y a su consigna de las tasas, y habían adoptado una actitud expectante. La agravación de la lucha contra el enemigo exterior y de la lucha de clases debía traer más tarde a los jacobinos a una alianza temporal con los "Rabiosos."

5. LAS JORNADAS DEL 31 DE MAYO Y EL 2 DE JUNIO 1793.

ENSANCHAMIENTO DE LA COALICIÓN CONTRARREVOLUCIONARIA ANTIFRANCESA

En marzo de 1793, la situación exterior de la República había empeorado seriamente. Inglaterra, España y Holanda habían tomado como pretexto la ejecución de Luis XVI para unirse a la coalición contrarrevolucionaria. Para los medios dirigentes ingleses, la ocupación de Bélgica por los franceses que les proporcionaba el dominio sobre la desembocadura del Escalda, era incomparablemente más grave que la muerte de Luis XVI, rey de Francia. Inglaterra temía que ese hecho reforzara la influencia política y económica de Francia en Europa. Los medios dirigentes de Inglaterra y de los otros Estados estaban igualmente alarmados por la perspectiva amenazadora de la propagación de la revolución por Europa.

LA GUERRA REVOLUCIONARIA

En 1792, los soldados franceses habían sido acogidos con entusiasmo, como libertadores, en Bélgica, en Francfort y en los países renanos. Saboya y Niza se habían unido voluntariamente a Francia. El ejército revolucionario de la República entraba en los países de Europa proclamando la consigna "Guerra a los castillos, paz a las chozas". El ejército del Rin, de Custine, esparcía el "Llamamiento a la Alemania oprimida". El 19 de noviembre, la Convención había votado un decreto declarando que "en nombre de la nación francesa, concedía fraternidad y ayuda a cuantos pueblos quisieran recobrar sus libertades". A fines de noviembre, al recibir a los diputados irlandeses en la Convención, Grégoire, que presidía la Asamblea, declaró, en una tirada elocuente, que la suerte estaba echada, que

el pueblo francés se había lanzado a la lucha, que todos los gobiernos eran sus enemigos o todos los gobiernos sus aliados; o los republicanos franceses serían aniquilados, o la humanidad sería libre.

Inglaterra, Prusia, Holanda, España, Nápoles, Cerdeña, el Santo Imperio Romano Germánico, y una multitud de pequeños Estados unieron sus esfuerzos para luchar contra la Francia revolucionaria. Detrás de ellos se hallaba el gran imperio ruso, que había ya de antes roto sus relaciones con Francia. La República francesa estaba aislada y bloqueada. En primavera de 1793, se encontraba sola y en lucha contra toda la Europa reaccionaria.

Los girondinos, que tan alegremente habían ido a la guerra en sus comienzos, se mostraron incapaces de organizar la defensa nacional. En vez de movilizar el pueblo entero para la lucha contra un enemigo de fuerzas cada vez mayores, continuaron atizando el fuego de la lucha contra los jacobinos y obstinándose en su política antidemocrática, ignorando las necesidades y las reivindicaciones del pueblo. El decreto ordenando el llamamiento de 300.000 hombres a filas, había sido ejecutado blandamente y había encontrado resistencia fuerte en los departamentos del oeste.

LA INSURRECCIÓN CONTRARREVOLUCIONARIA DE LA VENDEE. TRAICIÓN DE DUMORIEZ

En marzo de 1793, una insurrección contrarrevolucionaria estalló en la Vendée. De allí, la revuelta ganó la Normandía y la Bretaña hacia el noroeste. Estas provincias eran la región económicamente más atrasada de Francia, puramente agrícola, en la que los campesinos, que habían conservado sobre muchos aspectos las costumbres patriarcales del pasado, ofrecían un terreno favorable a la propaganda contrarrevolucionaria de la nobleza y del clero. El gobierno girondino no había adoptado las medidas urgentes que se imponían para ahogar en sus prin-

cipios la sublevación, por lo que desde el primer momento tomó una violencia y una extensión crecientes.

En marzo, la situación era amenazadora para las tropas. Dumoriez, que gozaba del apoyo de los girondinos, había dejado pasar el tiempo de tomar la ofensiva, entró en Holanda demasiado tarde y había sufrido una serie de graves reveses, cuando el 18 de marzo se hizo batir en Neervinden. Desde hacía mucho tiempo su conducta era sospechosa, mas en ese momento abatió su juego, detuvo a los comisarios de la Convención y entró en negociaciones con los austriacos, a los que prometió la evacuación del territorio ocupado por las tropas francesas y la restauración de la monarquía; después intentó llevar sus ejércitos sobre París, pero fracasó y se pasó al campo enemigo.

La traición de Dumoriez no era sino un simple hecho individual. Como la traición de La Fayette simbolizó en su tiempo la transformación de los Feuillants en un partido de la contrarrevolución y de traición nacional, la de Dumoriez ahora, en 1793, mostraba hasta qué punto los girondinos patinaban ya por la pendiente de la contrarrevolución. Los Montagnards tenían perfecto derecho a considerar a los girondinos responsables de la traición de Dumoriez.

Los franceses hubieron de abandonar Bruselas y evacuar Bélgica. Al mismo tiempo, bajo la presión del enemigo, el ejército de Custine tuvo que empezar a retirarse de Alemania. Todas las conquistas se habían perdido; las fuerzas de la intervención se acercaban de nuevo a las fronteras de Francia.

EL COMITÉ DE SALUD PÚBLICA

Cara al peligro, aún más amenazador que en 1792, los jacobinos asumieron de nuevo la dirección de la defensa de la República. El 10 de marzo fue creado, a propuesta de Dantón, el Tribunal extraordinario para reprimir la contrarrevolución. El 6 de abril, después de la traición de Dumoriez, la Convención decretó la formación del Comité de Salud Pública de 9 miembros, teniendo derecho de control sobre el Comité ejecutivo y

dotado de poderes muy amplios. La mayoría del Comité se componía de girondinos, pero su miembro más influyente era Danton, el único Montagnard capaz de hallar un terreno de inteligencia con los girondinos.

REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Los jacobinos volvieron a tomar en sus manos la movilización de todas las fuerzas del país en la lucha por la salvación de la Patria. Los comisarios jacobinos en los ejércitos y en los departamentos intervinieron imperiosamente en la organización de la defensa, animaron a los soldados, excitaron al pueblo para que consintiera en los sacrificios necesarios para salvar al país. A pesar de la resistencia de los girondinos, los jacobinos hicieron decretar por la Convención la reorganización del ejército según el plan presentado por uno de ellos, Dubois de Crancé, sostenido por Saint-Just, que prescribía la "amalgama", dicho de otro modo la fusión de los batallones de voluntarios y de las antiguas tropas de línea para formar una unidad nueva, la media brigada. Esta medida debida igualmente reafirmar el espíritu revolucionario y la disciplina en el ejército.

Sin embargo, cada día estaba más claro, a los ojos de los jacobinos, que la unión del pueblo, base primera de la victoria sobre los enemigos, era imposible sin satisfacer las principales reivindicaciones de los *sans-culottes*. El comisario jacobino Jean Bon Saint-André escribía desde la provincia, a fines de marzo de 1793, que era urgente dar a los pobres el medio de vivir, si se quería que ayudase a terminar con los enemigos. En los casos extremos es preciso contar con la ley suprema de la salud pública, agregaba. Jean Bon Saint-André expresaba con ello la opinión dominante entre los jacobinos. Los pobres reclamaban el límite máximo, y los jacobinos, que recientemente lo rechazaban todavía, se daban cuenta ahora de que no era posible oponerse por más tiempo a las exigencias de los *sans-culottes*. A comienzos de abril, la Comuna dirigida por Chaumette sostuvo resueltamente el límite máximo, haciendo con ello alianza con

los “Rabiosos”. En el curso de los debates que se entablaron en la Convención sobre la cuestión del máximo, los diputados jacobinos sostuvieron calurosamente este proyecto.

EL PRIMER MÁXIMO. ALIANZA DE LOS JACOBINOS Y LOS RABIOSOS

Pese a la encarnizada resistencia de los Girondinos, la Convención decretó el 4 de mayo de 1793 la fijación de los precios del trigo en toda Francia. El voto del máximo fue el primer resultado de la alianza de los Jacobinos y los “Rabiosos”. Pero esta alianza era igualmente indispensable para acabar con los Girondinos, que ya no eran otra cosa que una fuerza opuesta a la victoria sobre el enemigo y que impedía a la revolución seguir su camino hasta el final.

TENTATIVA DE DIVISIÓN DE LOS GIRONDINOS

A pesar del peligro que se cernía sobre la República, los girondinos continuaban obstinadamente su política antipopular, intensificando su obra de división, y adoptaron una resistencia enconada, no sólo al máximo, sino también al proyecto de empréstito forzoso de mil millones sobre los ricos, para cubrir los gastos de la guerra.

En abril, los girondinos habían obtenido la demanda de acusación de Marat ante el tribunal revolucionario, pero absuelto Marat había vuelto a la Convención, llevado en triunfo y coronado de laurel, rodeado de más de cien mil *sans-culottes* desde el tribunal hasta la Asamblea. El granadero Rocher, en nombre de los destacamentos de la Guardia Nacional que formaban su escolta, pidió la palabra¹: “Ciudadano presidente: os traemos a este bravo Marat; nosotros sabremos confundir a todos sus enemigos; yo le he defendido en Lyon, le defenderé aquí y todo el que quiera tener la cabeza de Marat tendrá que tener también

¹ Obras de J. P. Marat (*L'Ami du peuple*), Paris 1869, pág. 297.

la del granero." El pueblo francés hablaba por la voz de un simple granadero.

Mas su fracaso no incitó a los girondinos a la prudencia. Públicamente declararon la guerra al París revolucionario, proponiendo convocar en Bourges una nueva Convención formada con suplentes de la Asamblea; oponiendo a París los departamentos, amenazaban a la capital revolucionaria con una rigurosa represión.

LA COMISIÓN DE LOS DOCE. MOTINES CONTRARREVOLUCIONARIOS

El 18 de mayo, los girondinos crearon una comisión de doce miembros encargada de indagar las actividades de la Comuna. Inventando de arriba abajo todos los detalles de pretendidos complots, esta comisión preparó un golpe contra las organizaciones revolucionarias de París. En provincias, los girondinos aliados con los monárquicos preparaban alzamientos contrarrevolucionarios. A fines de mayo, el bloque girondino y monárquico efectuó un golpe contrarrevolucionario en Lyon, en el que algunas decenas de jacobinos fueron muertos y a la vez provocaron insurrecciones en Toulon y en Marsella. En aquellos días en que los ejércitos extranjeros pisaban de nuevo el suelo francés, los girondinos desencadenaban la guerra civil, ayudando a la contrarrevolución exterior.

LA INSURRECCIÓN POPULAR DEL 31 DE MAYO Y 2 DE JUNIO

En el mes de marzo, los "Rabiosos" reclamaron la expulsión de los diputados traidores, es decir, de los girondinos, de la Convención. Los jacobinos vacilaban al principio en violar la inmunidad parlamentaria. Sin embargo, como no eran unos doctrinarios, sino unos revolucionarios, y el carácter criminal y funesto de las maniobras contra la revolución y la República

era manifiesto en la conducta de los girondinos, los jacobinos se pronunciaron por la insurrección.

A fines de mayo fue formado en París un comité insurreccional que se había reunido en la Comuna. El 31, la alarma sonó de nuevo en la ciudad, llamando al pueblo a las armas. El comité nombró jefe de la Guardia Nacional al jacobino de izquierda Hanriot, quien organizó rápidamente las fuerzas de la insurrección. La Convención fue asediada y pronto invadida por las diputaciones de la Comuna, las secciones y otras organizaciones parisienses que venían a exponer sus reivindicaciones. Los mandatarios del pueblo reclamaban la detención de 22 diputados girondinos, la liquidación de las sublevaciones contrarrevolucionarias del Midi, y la libra de pan a quince céntimos en toda Francia. Dantón y Barere tomaron la palabra para tratar de llegar a un acuerdo y buscar las bases de un compromiso. Vergniaud invitó a la Convención a abandonar en bloque la sala de sesiones, mas no logró arrastrar a los diputados. Humillado, hubo de volver a su asiento; en ese momento Robespierre leía ya en la tribuna el acta de acusación contra la Gironda: "¡Acabad de una vez!", interrumpió Vergniaud, en un movimiento de irritación y de impaciencia. "¡Sí, voy a acabar, y contra vos!", contestó Robespierre, que pidió la detención de los girondinos. Mas la Convención rechazó esa propuesta, y se contentó con disolver la comisión de los Doce, pero dejando en su puesto a los diputados girondinos.

El 31 de mayo, la insurrección se había detenido a la mitad de su camino. El golpe dado a la Gironda no la había roto todavía. Marat y los otros jefes de la insurrección invitaban al pueblo a permanecer alerta. La lucha había que llevarla hasta el final.

El 1 de junio, los primeros rumores sobre la insurrección en Lyon y la matanza de los jacobinos en esa ciudad comenzaron a circular por París, así como las noticias ciertas que anunciaban una agravación de la situación en los frentes de los ejércitos y un éxito importante de los insurrectos de la Vendée.

El 1 de junio por la tarde, el pueblo estaba ya de nuevo en la calle y el 2 por la mañana cercaba la Convención. Hanriot había traído la Guardia Nacional y sus artilleros, que dirigieron las bocas de sus cañones contra la Asamblea.

Tras inútiles debates y después del fracaso de las maniobras de los girondinos, la Convención, a la propuesta de Couthon, decretó la detención de 29 diputados girondinos. La insurrección popular había triunfado.

Las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio fueron el último acto de la lucha entre la Montaña y la Gironda. La dominación política de la gran burguesía comerciante e industrial girondina, convertida en una fuerza contrarrevolucionaria y antinacional, estaba rota. El poder había pasado a las manos del bloque jacobino.

Marx ha escrito: "En la primera revolución francesa, a la dominación de los *constitucionales* sucedió la de los *girondinos*, y la dominación de los girondinos fue reemplazada por la de los *jacobinos*. Cada uno de estos partidos se apoyaba sobre uno más avanzado. Desde que un partido había logrado hacer avanzar la revolución lo bastante lejos para que no estar ya en condiciones ni de adelantarla ni de seguirla, era apartado del poder y enviado a la guillotina por el aliado más osado que venía detrás de él. Y es así como la revolución prosigue su marcha ascendente."¹

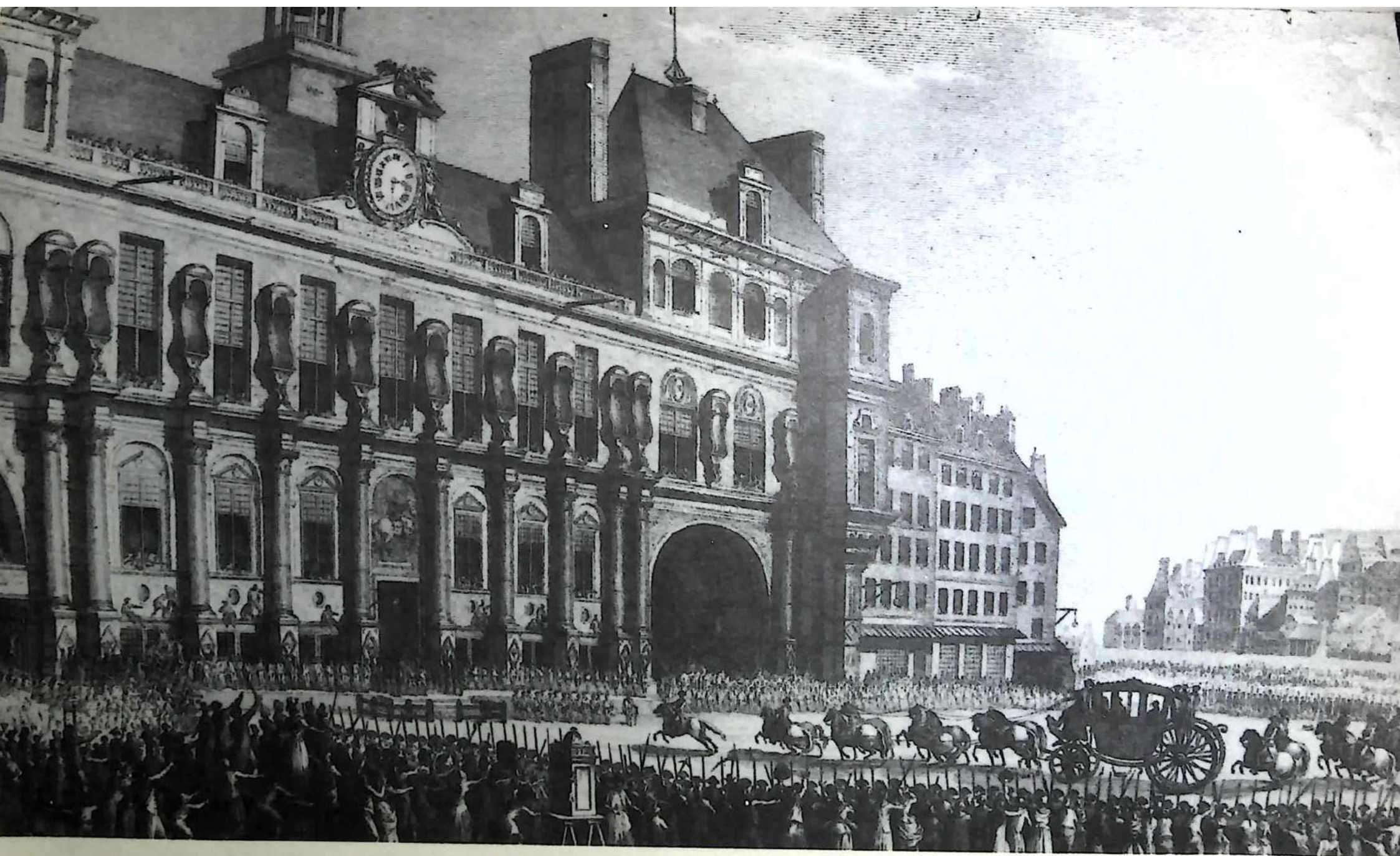
La revolución francesa siguió una marcha ascendente mientras no fueron logrados sus objetivos. Poniendo en conflicto una fracción de la burguesía contra otra, a medida que degeneraban en fuerza contrarrevolucionaria, la revolución iba hacia adelante y adquiría un carácter cada vez más democrático. La caída de la Gironda y la dominación de la Montaña marcaron el paso de la Revolución francesa burguesa a su estado supremo: la dictadura jacobina.

¹ K. Marx y F. Engels. *Obras*, tomo VIII, pág. 343, ed. rusa.

CAPITULO

VIII

La dictadura jacobina



El rey llega al Hôtel de Ville de París el 17 de julio de 1789



DE PAR LE ROI.

SA MAJESTÉ est informée que des troupes de brigands répandues dans le Royaume, s'attachent à tromper les habitans de plusieurs Communautés, en leur persuadant qu'ils peuvent, sans s'écarter des intentions de SA MAJESTÉ, attaquer les Châteaux, à enlever les archives, & commettre d'autres excès envers les habitations & les propriétés des Seigneurs. SA MAJESTÉ se trouve donc dans la nécessité de faire connoître que de semblables violences excitent toute son indignation : ELLE enjoint expressément à tous ceux qui sont chargés de l'exécution de ses ordres, de prévenir ces délits par tous les moyens qui sont en leur pouvoir, & d'en poursuivre sévèrement la punition. SA MAJESTÉ ne peut voir sans la plus grande affliction le trouble qui règne dans son Royaume, trouble excité depuis quelque temps par des gens mal-intentionnés, & qui commencent par semer de faux bruits dans les campagnes, afin d'y répandre l'alarme, & d'engager les habitans des villages à prendre les armes. SA MAJESTÉ ordonne aux Commandans de ses Provinces, de veiller de près sur des manœuvres si condamnables. ELLE avertit ses fidèles Sujets de se tenir en garde contre ces mauvais desseins & ces suggestions artificieuses ; & ELLE invite tous les bons Citoyens à s'opposer de tout leur pouvoir à la continuation d'un désordre qui fait le scandale & la honte de la France, & qui contrarie essentiellement les vues bienfaisantes dont LE ROI & les Représentans de la Nation, sont animés pour l'avancement du bonheur & de la prospérité du Royaume. Veut SA MAJESTÉ, que la présente Ordonnance soit imprimée & affichée par-tout où besoin sera, & même publiée aux prônes des Messes paroissiales. FAIT à Versailles, le neuf août mil sept cent quatre-vingt-neuf. Signé LOUIS. Et plus bas, LE C^{te}. DE SAINT-PRIEST.

A MONTPELLIER, de l'Imprimerie de JEAN FRANÇOIS PILOT, seul Imprimeur du Roi & du Gouvernement, Place de l'Intendance, 1799

Orden del rey contra los desórdenes en provincias



Delirio patriótico, dibujo de la época



Insurrección y represión en Montauban

1. LOS JACOBINOS EN EL PODER

SITUACIÓN CRÍTICA DE LA REPÚBLICA EN EL VERANO DE 1793

Las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio habían barrido a los girondinos del poder. Estos trataban de entorpecer la marcha de la Revolución, y paralizaban las fuerzas del pueblo en la lucha contra los enemigos exteriores y sus cómplices contrarrevolucionarios del interior.

La liquidación de la dominación política de los girondinos era necesaria para la salud de la Revolución y para la salvación de Francia.

Los jacobinos llegaron al poder en el momento más crítico de la vida de la República. Por el norte, el este, el sudeste, el mediodía, las fuerzas de invasión marchaban sobre Francia.

Cinco ejércitos extranjeros presionaban las fuerzas francesas fatigadas, mal armadas, desmoralizadas por la traición de Dumoriez. La guarnición cercada y hambrienta de Maguncia había comido gatos, ratones y ratas. En junio, los prusianos comenzaron el bombardeo de la fortaleza, mas los valerosos defensores, al mando de Kleber, se mantuvieron firmes hasta fines de julio. El ejército del duque de York puso cerco a Valenciennes.

Al sur, los españoles marchaban sobre Perpignan y Bayona. La revuelta de la Vendée se extendía rápidamente por todo el oeste. La flota inglesa ayudaba a los revoltosos y bloqueaba los puertos franceses. Córcega se había separado de la República, y puesto bajo el amparo de los ingleses. Los diputados girondinos detenidos en sus domicilios se habían fugado y habían levantado motines contrarrevolucionarios en Burdeos, en los departamentos del Eure, Calvados y Finisterre. La revuelta, como un incendio en los bosques, se propagaba de un departamento a otro, ganando progresivamente todo el oeste, el sur y el sudeste de Francia. El representante del pueblo en el ejército de las costas de La Rochelle escribía el 9 de julio a la Convención que ese estado de crisis no podía prolongarse más tiempo: la tormenta se extendía por todas partes.

A mediados de junio, 60 departamentos de 83 eran presa de la insurrección. El poder de la Convención no se extendía más que sobre un París hambriento, y sobre una porción insignificante del territorio, rodeada por todos lados por el incendio revolucionario. La república parecía a dos dedos de su definitiva ruina.

El Comité de Salud Pública dirigido por Dantón no dio pruebas de la energía ni del talento necesarios para vencer los innumerables peligros que amenazaban al país. En el curso de la lucha entre la Montaña y la Gironda, Dantón se había mostrado inclinado a la conciliación y a una inteligencia con los girondinos. Aparecía como jacobino con los girondinos, y como girondino en los jacobinos. Tras las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio, con Barere, hombre sin principios que

había buscado una salida a la crisis mediante un compromiso con los girondinos, propusieron los girondinos disolver los Comités revolucionarios, deponer al jefe de la Guardia Nacional, el jacobino de izquierda Hanriot, y restablecer la libertad de prensa.¹

La debilidad del Comité de Salud Pública había alentado la protesta formulada por 75 diputados el 6 de junio contra el arresto de los girondinos. Marat, en plena cólera, calificó al Comité de Salud Pública de "Comité de perdición pública."

En esos días de peligro mortal para la República, los jacobinos dieron nuevas pruebas de su energía, de una voluntad de luchar y de vencer inagotable. Criticaron duramente el espíritu de compromiso de Dantón con la Gironda, y le obligaron a cambiar de orientación. A la política vacilante de Dantón se oponía la inflexible resolución y la habilidad de Robespierre, que demostró en esos tiempos de prueba una intrepidez revolucionaria y una sabiduría de gran hombre de Estado.

Robespierre, en esa época del 31 de mayo y del 2 de junio, formulaba así los objetivos de la Revolución: "Hace falta una voluntad, *una*... Los peligros interiores vienen de los burgueses; para vencer a los burgueses hay que unir al pueblo... Es preciso que el pueblo se alíe a la Convención y que la Convención se sirva del pueblo."² Robespierre y Marat exigieron que la lucha contra los girondinos fuese llevada hasta el fin.

Mas, ¿cómo parar y después apagar la insurrección federalista? ¿Cómo privar de sus fundamentos a la contrarrevolución girondina? ¿Cómo atraer a su lado al pueblo, a la mayoría laboriosa del país?

Su firmeza revolucionaria, su consagración al servicio de la patria y de la revolución, sugirieron a los jacobinos las medidas rápidas y enérgicas necesarias.

¹ Informe de Barere, *Moniteur*, junio 1793.

² A. Mathiez, *La Revolution française*, tomo III, pág. 4, París 1927.

LA CONSTITUCIÓN DE 1793

Hacía falta, ante todo, dar al país una base política común bajo la forma de una nueva Constitución democrática, refutar con hechos la alegación calumniosa de los girondinos, que gritaban contra la usurpación de París contra los departamentos. La Asamblea Constituyente había tardado dos años en elaborar y votar una Constitución; la Convención jacobina realizó esa obra en dos semanas. La discusión del proyecto comenzó el 10 de junio, y el texto definitivo de la Constitución fue solemnemente adoptado el 24 de junio.

La Constitución jacobina de 1793 fue una de las Constituciones burguesas más democráticas de los tiempos modernos. Penetrada de las ideas de Rousseau y con sinceras aspiraciones a una amplia libertad política, tal como se la representaban entonces los demócratas burgueses, la Constitución de 1793 marcaba un gran progreso en relación con la Constitución censitaria de 1791.

La nueva Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, redactada por Robespierre, proclamaba que “el fin de la sociedad es la felicidad común”,¹ que el gobierno está instituido para garantizar al hombre “sus derechos naturales imprescriptibles”: la libertad, la igualdad, la seguridad y la propiedad. La libertad individual, el libre ejercicio de los cultos, el derecho de concurrir a la formación de la ley, el derecho de petición, el derecho al trabajo, el derecho al socorro público en caso de incapacidad y a la resistencia a la opresión, el derecho a la insurrección “cuando el gobierno viole los derechos del pueblo”, tales eran los derechos democráticos proclamados por la Declaración y por la Constitución de 1793.

En virtud de la Constitución, el órgano supremo del poder legislativo era la Asamblea Legislativa, elegida el 1 de mayo de cada año por sufragio directo, por todos los franceses ma-

¹ Ver las variantes de la Declaración de los Derechos del Hombre redactadas por Robespierre en la obra de E. Hamel, *Histoire de Robespierre*, t. II, pág. 685-688.

yores de 21 años. Los proyectos votados por la Asamblea deberían ser ratificados por el pueblo en sus asambleas primarias. Adquirirían fuerza de ley si, en un plazo de cuarenta días, una décima parte de las asambleas primarias en la mitad de los departamentos no se declaraba contra ellos.

La Asamblea Legislativa elegiría, conforme a la Constitución, un Consejo ejecutivo de 24 miembros, sobre la lista de candidatos presentada por las asambleas departamentales; este Consejo era renovable por mitad anualmente.¹

En aquella época en que el régimen burgués empezaba tan sólo a tomar forma, en medio de una guerra encarnizada contra las temibles fuerzas del feudalismo y del absolutismo, la Constitución jacobina de 1793 tenía un gran valor revolucionario y progresivo. Sus autores, y los hombres de su tiempo, estaban perfectamente conscientes de que tales artículos se escribían y se borraban con la punta de la espada, como afirmaba el diputado Mercier en el curso del debate. Y cuando ese mismo Mercier se pronunciaba contra la redacción de uno de los artículos en cuestión, preguntaba a la Asamblea: “¿Habéis hecho un pacto con la victoria?”, le fue contestado por Robespierre: “Nosotros hemos hecho un pacto con la muerte”.² La Montaña toda subrayó con atronadores aplausos estas palabras llenas de resolución revolucionaria.

El principal motivo de la prisa mostrada por los jacobinos en votar y promulgar la Constitución, era que contaban atraer y reunir en torno a ellos a la mayoría del pueblo, y reconciliar sobre esa base a los departamentos en lucha fratricida.

A este fin, la definición de los derechos de propiedad inscritos en el texto de la Constitución difiere de la que había redactado Robespierre, que limitaba ese derecho; habían sustituido el texto por una redacción que interpretaba ese derecho en

¹ Ver, “la Constitución francesa, precedida de la Declaración de Derechos del hombre y del ciudadano decretada por la Convención Nacional de Francia en 1793, y presentada a la aceptación del pueblo francés, P. año II”.

² *Le Moniteur*, tomo XVI, pág. 689.

forma más amplia y más aceptable para todos los elementos propietarios.

La Constitución fue acogida con entusiasmo por la mayoría del pueblo. Sometida a plebiscito, fue ratificada por una mayoría aplastante (1.801.918 votos a favor, 11.600 en contra). En los departamentos en poder de los girondinos se votó igualmente en favor de la Constitución.

LA POLÍTICA AGRARIA DE LOS JACOBINOS

Pero los jacobinos se daban cuenta de que la Constitución no bastaba por sí sola para incorporar al pueblo en torno a la Convención, y arrastrarle al combate frente a la contrarrevolución interior y exterior. Era preciso mostrar inmediatamente al pueblo los resultados prácticos, tangibles, de las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio; era preciso satisfacer sus reivindicaciones sociales.

Importaba ante todo satisfacer a los campesinos y unirles al empeño común como parte más numerosa de la nación. El 3 de junio, la Convención decretó el reparto y la venta de los bienes de los emigrados. Para permitir a los campesinos pobres adquirir las tierras, el decreto del 3 de junio preveía la parcelación de las propiedades en pequeños lotes pagaderos en 10 años y la atribución, a los campesinos que no poseyesen tierra alguna, de un *arpent* por cabeza, tomado de las tierras ocupadas a los emigrados a falta de bienes comunales.

El 10 de junio, la Convención votó una segunda ley agraria, que atribuía definitivamente los bienes comunales a los campesinos y reglamentaba la partición de las tierras en lotes iguales por cabeza.

Finalmente, un decreto del 17 de julio proclamó la liquidación completa y definitiva de todos los derechos feudales. En virtud de este decreto, las cargas señoriales eran abolidas totalmente y sin indemnización. Todos los procesos que se hubiesen entablado y estuviesen en tramitación sobre los derechos feudales, quedaban sobreesidos. Los títulos feudales y otros documentos parecidos deberían ser quemados y el solo hecho

de conservarlos era considerado como crimen castigado con la pena de galeras.

Lo que la Constituyente y la Asamblea Legislativa así como la Convención Girondina, habían sido incapaces de hacer en cuatro años, aquello por lo que los campesinos habían luchado durante siglos, los jacobinos lo habían realizado en los dos meses que siguieron a su llegada al poder. Con valor y firmeza revolucionaria, habían extirpado las raíces del feudalismo en la agricultura y despejado el terreno para el progreso capitalista. Y aun cuando los campesinos no hubiesen recibido las tierras en la medida que esperaban, se habían liberado, por vez primera, de la dependencia y de la opresión feudal.

Lenin escribía: "Se evoca constantemente al heroico patriotismo y los prodigios de valor militar de los franceses en 1792 y 1793. Pero se olvidan las circunstancias materiales, históricas y económicas que hicieron, ellas solas, posibles esos prodigios. En efecto, la liquidación revolucionaria del feudalismo, que había ya cumplido su destino, el paso del país entero, con una rapidez y una resolución, una energía y un sacrificio enteramente revolucionarios y democráticos, a una forma superior de producción, a la libre propiedad rústica campesina, esas fueron las condiciones económicas que salvaron a Francia con una rapidez "prodigiosa", *regenerando y renovando* su base económica." ¹

Los jacobinos resolvieron, en el más breve plazo posible, la cuestión esencial de la revolución: la cuestión agraria.

Y, naturalmente, los campesinos que la víspera se mostraban todavía vacilantes entre la Gironde y la Montaña, al ver la audacia y la energía desplegada por los jacobinos para aplastar y deshacer el feudalismo, se pasaron en masa a su lado. Los aldeanos se convirtieron desde entonces en el apoyo más fuerte de la República jacobina en su lucha contra los ejércitos de la intervención. El soldado campesino sabía ahora que al luchar por la República combatía por sus propios intereses.

¹ Ver Lenin, *Obras*, tomo XXV, pág. 335. (ed. rusa).

AGRAVACIÓN DE LA CRISIS ECONOMICA Y DE LAS
SUBSISTENCIAS. LA ACCIÓN DE LOS "RABIOSOS"
EN JULIO-AGOSTO 1793

En julio-agosto, la situación de la República era todavía muy crítica. En la frontera, los ejércitos franceses continuaban retrocediendo bajo la presión de las fuerzas superiores de los ejércitos de la intervención. Los rebeldes de la Vendée alcanzaban serias victorias. La resistencia de los girondinos se hacía cada vez más enconada y desesperada, a medida que se hundía su influencia política.

La crisis económica y la de las subsistencias iban agravándose. Los asignados se depreciaban rápidamente. El máximo (ley de 4 de mayo) no era aplicado con bastante severidad. Los *sans-culottes* estaban hambrientos. Antes del amanecer se formaban las largas colas en las puertas de las panaderías. Mientras se mantenían con una mano en la cuerda para no perder su sitio, las mujeres y los viejos esperaban así hasta la mañana, y a menudo los últimos de la cola se marchaban a sus casas sin la menor porción de pan cuando para lograrlo habían esperado de pie durante toda la noche.

La carestía, el hambre, los gastos de la guerra, pesaban con todo su peso sobre las espaldas del contribuyente, que era el plebeyo. Los *sans-culottes* habían constituido la fuerza más activa de la revolución del 31 de mayo y el 2 de junio, y ahora esperaban la satisfacción de sus necesidades y los cambios sociales, una vida mejor. Pero pasaba el tiempo sin que les librasen de su indigencia; por el contrario, con el encarecimiento de la vida, su situación era cada vez más aplastante.

El Comité de Salud pública dantonista ni hacía nada, ni quería hacer nada, para aliviar la miseria de los *sans-culottes*. Buscaba el apoyo en los rangos de la burguesía rica y de los campesinos acomodados, temiendo enajenarse a los propietarios burgueses por los "excesos" revolucionarios.

Los "Rabiosos", defensores de los intereses de la plebe, comenzaban a atacar duramente la política del Comité y su indiferencia ante los sufrimientos del pueblo. Jacques Roux, Lelerc y otros jefes de los "Rabiosos", presentaron su programa de reivindicaciones. Reclamaban la represión del agio, la pena de muerte para los acaparadores y los especuladores, la institución del máximo para todos los productos de consumo, la prohibición de especular sobre las especies metálicas, etc. La especulación había adquirido tal desarrollo, decía Jacques Roux, que la clase trabajadora se veía privada de la posibilidad de existir sobre el suelo regado con sus lágrimas, mientras los ricos continuaban disfrutando del derecho de vida o muerte sobre el pobre.

La voz de la angustia popular se expresaba por las palabras de Jacques Roux. En junio, la propaganda de los "Rabiosos" había alcanzado un éxito considerable en numerosas secciones, entre los Cordeliers, y por vía directa en las masas populares.

Cuando la Convención había empezado a discutir, y más tarde cuando adoptó la nueva Constitución, había suscitado vivas críticas por parte de los "Rabiosos". Habían pedido que fuese completada con artículos en los que se castigase con la pena de muerte el agio y la especulación. Sin esas disposiciones, la Constitución no tenía a sus ojos ningún valor social, y no servía sino a los intereses de los ricos. Los "Rabiosos" constituían el grupo más a la izquierda, socialmente, de aquellos tiempos, y al estar estrechamente ligados con la plebe se daban cuenta mejor que nadie de que los cambios políticos más radicales no bastaban para aliviar la negra miseria, los tormentos del hambre y el trabajo agobiador que aplastaba a los más fieles combatientes de la revolución. Mas la tragedia de los "Rabiosos" era que al defender los intereses de los pobres, al procurar salvarles del hambre y de la miseria, presentaban sus reivindicaciones bajo la forma de una crítica de la Constitución y del gobierno revolucionario. Todos los jefes jacobinos, sin distinción de matices, Dantón, Robespierre, Marat, Chaumette, Hé-

bert, se declararon contra ellos. Su derrota estaba de antemano asegurada.

Mientras se pronunciaban contra los "Rabiosos", los jacobinos veían, sin embargo, que la alianza de la burguesía revolucionaria con la plebe, así como con los campesinos, era la condición indispensable de la victoria sobre la contrarrevolución. Robespierre estimaba que había que apoyarse en los *sans-culottes*. "Subsistencias y leyes democráticas", anotaba en su carnet. Mas al mismo tiempo que buscaban el medio de mejorar la suerte de los *sans-culottes*, y de atenuar la crisis de las subsistencias, los jacobinos se oponían a los que reclamaban el máximo general y pedían una política represiva. Anteriormente, en la época de la adopción del primer máximo, se habían resignado a esta concesión de muy mala gana, y sólo bajo la presión de las masas. En el momento presente, en junio-julio, al votar la nueva Constitución, los jacobinos eran hostiles a la reglamentación del consumo por el poder central y a recurrir a medidas punitivas en ese asunto. El factor decisivo, que determinaba su hostilidad hacia los "Rabiosos" y sus reivindicaciones, provenía de las limitaciones propias de su naturaleza burguesa, que no les dejaban sentir los sufrimientos de los pobres como las sentían los "Rabiosos", y no comprendían o no querían comprender que a través de las críticas que los "Rabiosos" hacían a la Constitución, se expresaba la legítima reivindicación de los pobres, que pedían se pusiese fin a sus miserias y a sus tormentos.

Mas el curso ulterior de la lucha forzó a los jacobinos a cambiar sus posiciones sobre muchos puntos de vista.

EL NUEVO COMITÉ DE SALUD PÚBLICA.

ROBESPIERRE

Las vacilaciones y la debilidad manifestada por el Comité de Salud Pública dantonista obligaron a los jacobinos a renovarse. El 10 de julio, la Convención procedió a su renovación y Dantón fue separado. Algunos de sus antiguos miembros, Barere y Jean Bon Saint-André entre otros, volvieron a sus

puestos en el Comité, al lado de Saint-Just y de Couthon, los amigos políticos más próximos a Robespierre y a Prieur (de la Marne), que iba con ellos. El 27 de julio, Robespierre entró igualmente el Comité, así como Carnot en agosto; el 6 de septiembre Billaud-Varenne y Collet d'Herbois fueron igualmente llamados a formar parte de él. La energía, la firmeza y el valor revolucionario de que dio muestras el nuevo Comité, le hizo merecedor a ser llamado "Gran Comité de Salud Pública".

Maximiliano Robespierre se convirtió en la cabeza del Comité de Salud Pública y en jefe del gobierno jacobino revolucionario.

Abogado de provincias, autor en su juventud de versos sentimentales, discípulo entusiasta de Rousseau, se había convertido el cabo de años de lucha en un gran revolucionario y en un gran hombre de Estado. Muy popular entre la masa antes de entrar en el gobierno revolucionario, esa popularidad aumentó inconmensurablemente en los últimos años de su vida. Gozaba entre los jacobinos de una autoridad indiscutida. Cuando ese joven de corta talla, siempre vestido con aseo y casi con elegancia, con su peluca empolvada, aparecía en el Club de los Jacobinos, la Asamblea le acogía —como está consignado en las actas de las sesiones— con una enorme salva de aplausos. No ocupaba ningún cargo determinado y especial, y no poseía ningún poder jurídico distinto de los de sus compañeros, pero había adquirido un poder y una autoridad que forzaba a la Convención, a Francia y a toda Europa a escuchar atentamente cada una de sus palabras. Robespierre se había consagrado totalmente y sin reservas al servicio de la Revolución. "No se ha hecho bastante por la Patria, cuando no se ha hecho todo", decía, uniendo, como entonces se hacía, las nociones de revolución y de Patria. No hacía dos partes de su vida, porque no tenía vida privada. No se dejaba arrastrar, como Mirabeau o Dantón, a la esfera de los intereses personales. Robespierre era implacable con los enemigos de la Revolución. La influencia que ejerció sobre sus contemporáneos nacía de su convicción profunda en la justicia de su causa. De esta convicción

sacaba su enorme intrepidez, su desprecio del peligro y de la muerte, que confería un enorme peso moral a sus palabras y a sus actos. Llegado a la cima del poder, Robespierre conservó el mismo tren de vida modesto de cuando era aún un simple desconocido. El pueblo, que le adoraba y que apreciaba en él su desinterés y su probidad absoluta, le llamaba "el Incorruptible".

Mas a pesar de todas las cualidades que hacían de él el jefe fuera de serie de la dictadura jacobina y un gran demócrata revolucionario, Robespierre permanecía con todas las limitaciones que caracterizan al hombre político burgués. Fuerte en la lucha contra los enemigos de la revolución, no encontraba las soluciones susceptibles de asegurar, en las condiciones de su época, las conquistas democráticas de la Revolución. No sabía sobre qué clases, sobre qué fuerzas debía apoyarse la dictadura jacobina, y permanecía vacilante en esta cuestión vital para la revolución. Robespierre discernía el peligro del lado de la gran burguesía, que buscaba el modo de liquidar las grandes conquistas democráticas de la revolución, y la atacaba, mas no se decidía a buscar completamente el apoyo de las capas inferiores del pueblo y de la democracia, de los pobres de las ciudades y de los pueblos, que eran el sostén más seguro de la dictadura jacobina. Además, daba pruebas de indiferencia, de incompreensión y a veces hasta de hostilidad hacia las reivindicaciones de los de abajo y en particular de las necesidades y de las aspiraciones de los obreros. "Es sumamente característico de Robespierre", escribía Marx, "que en el tiempo en que el "constitucionalismo" en el espíritu de la Asamblea era considerado como un crimen digno de la guillotina, todas las leyes de esa Asamblea contra los obreros permaneciesen en vigor."¹

El nuevo Comité de Salud Pública tenía que lograr a todo trance, un enderezamiento del curso de la guerra.

La contrarrevolución proseguía su ofensiva. Los ejércitos coaligados seguían avanzando. Maguncia había caído. Valen-

¹ K. Marx y F. Engels, *Obras*, tomo XXIII, pág. 234, (ed. rusa).

ciennes había sido abandonada. París se encontraba de nuevo amenazado. En el Midi, los monárquicos habían librado Toulon a los ingleses. Los rebeldes de la Vendée asestaban duros golpes a las tropas republicanas.

EL TERROR CONTRARREVOLUCIONARIO Y LA RESPUESTA JACOBINA

La contrarrevolución girondina, que perdía terreno en los departamentos, recurría a otros métodos de lucha: el 13 de julio, Marat, enfermo, fue apuñalado en su domicilio por Carlota Corday, que había entrado en su casa en concepto de solicitante de un favor personal, y había sido incitada a cometer este acto criminal por los girondinos. El pueblo de París fue presa del dolor y de la ira a la vez. Los patriotas veían el puñal de los asesinos levantado sobre ellos, como dijo en la Convención el jacobino Levasseur, invitando a redoblar la vigilancia política. Decenas de miles de *sans-culottes*, y la Convención en pleno, siguieron el cortejo fúnebre de Marat, cuyas cenizas fueron luego depositadas en el Panteón. Se expuso en el Louvre el cuadro de David titulado "La muerte de Marat", del que su autor dijo: "Lo he pintado con el corazón". Los soldados que iban a incorporarse a filas venían a ver el cuadro y juraban vengar la muerte de Marat.

El 16 de julio, en Lyon, los girondinos y los monárquicos hacían morir en el cadalso al jefe de los jacobinos lyoneses, el defensor de los *sans-culottes* y de los pobres, Chalier. En su último instante dijo: "Soy feliz de morir, porque muero por la libertad."

La contrarrevolución girondina había entrado por el camino del terror.

Al terror contrarrevolucionario, el gobierno respondió con el terror revolucionario.

El 26 de julio, la Convención otorgaba al Comité de Salud Pública el derecho de detener a los sospechosos.

El 27 de julio, cediendo a las exigencias de los *sans-culottes* y buscando el medio de apoyarse aún más firmemente en ellos, la Convención decretó la pena de muerte contra el agio, el acaparamiento y la ocultación de productos de consumo. Era una medida transitoria que conducía al máximo general.

El 1 de agosto, basándose en una memoria del Comité de Salud Pública, la Convención adoptó una serie de decretos represivos revolucionarios. La reina María Antonieta había sido llevada ante el Tribunal revolucionario. Los bienes de los enemigos de la República eran confiscados. La Convención exigía que la revuelta vendeana fuese aplastada en el acto, a cualquier precio. Los bosques deberían ser talados, las guaridas de los bandidos destruidas, las cosechas arrasadas en las retaguardias de los ejércitos, y el ganado confiscado. Tales eran las instrucciones de la Convención para la campaña de la Vendée.

La Convención envió a los departamentos comisarios investidos de poderes casi ilimitados, encargados de depurar a las autoridades locales y de instaurar el orden revolucionario.

LA CONSCRIPCIÓN EN MASA

La acción revolucionaria de las masas populares sugirió al gobierno jacobino procedimientos y métodos de lucha nuevos, para combatir contra las fuerzas, superiores en número, de la contrarrevolución. Así, por la iniciativa de abajo y de las asambleas primarias, nació la idea de la movilización general y universal del pueblo francés, de toda la nación, para la defensa de la Patria. Los delegados de las asambleas primarias acudían a París de todos los rincones del país en agosto de 1793, reclamando la conscripción en masa contra el invasor.

Esta iniciativa de las masas populares fue adoptada inmediatamente por los jacobinos y su Comité de Salud Pública.

El 23 de agosto, a propuesta del Comité, la Convención dio el decreto de conscripción en masa. El artículo primero declaraba: "Desde este momento y hasta que los enemigos hayan sido echados del territorio nacional, todos los franceses quedan

requisados permanentemente.”¹ Quería esto decir que Francia entera estaba movilizada para la guerra.

El decreto definía claramente las obligaciones de todos los franceses casados o solteros, hombres, mujeres e incluso niños, que deberían “convertir sus viejos pañales en vendas”, los viejos que deberían “hacerse llevar a las plazas públicas para inflamar con sus discursos el valor de los guerreros, excitar el odio contra los reyes y recomendar la unidad de la República”. Esta movilización sin precedentes de todo un pueblo no era posible sino ante una guerra justa, una guerra de liberación que inspirase el patriotismo a la mayoría de la población. El pueblo francés defendía sobre su suelo las conquistas de la Revolución, y daba muestra de su heroico amor a la Patria.

El pueblo saludó con júbilo el decreto del 23 de agosto. El primer llamamiento se efectuó en un plazo muy breve, y proporcionó a la República un ejército de 420 000 hombres. Los que quedaron en sus hogares trabajaban en los arsenales, forjaban las armas, extraían de los muros el salitre para hacer pólvora. En las puertas aparecieron inscripciones de este estilo: “Los ciudadanos que habitan esta casa, han suministrado el salitre correspondiente, para aniquilar a los tiranos”. Cada cual quería contribuir a la obra de defensa. El país entero, levantado con un ímpetu heroico, ardía en deseos de vencer a toda costa. El hijo único de un pobre viejo vendedor de vinagre de Angers había venido a verle desde el frente. El anciano se negó a dejarle entrar en la casa: “Mi hijo está en la frontera ante el enemigo. No abro a ese que viene”, respondió el anciano al llamamiento de su hijo.

2 EL ADVENIMIENTO DE LA DICTADURA JACOBINA

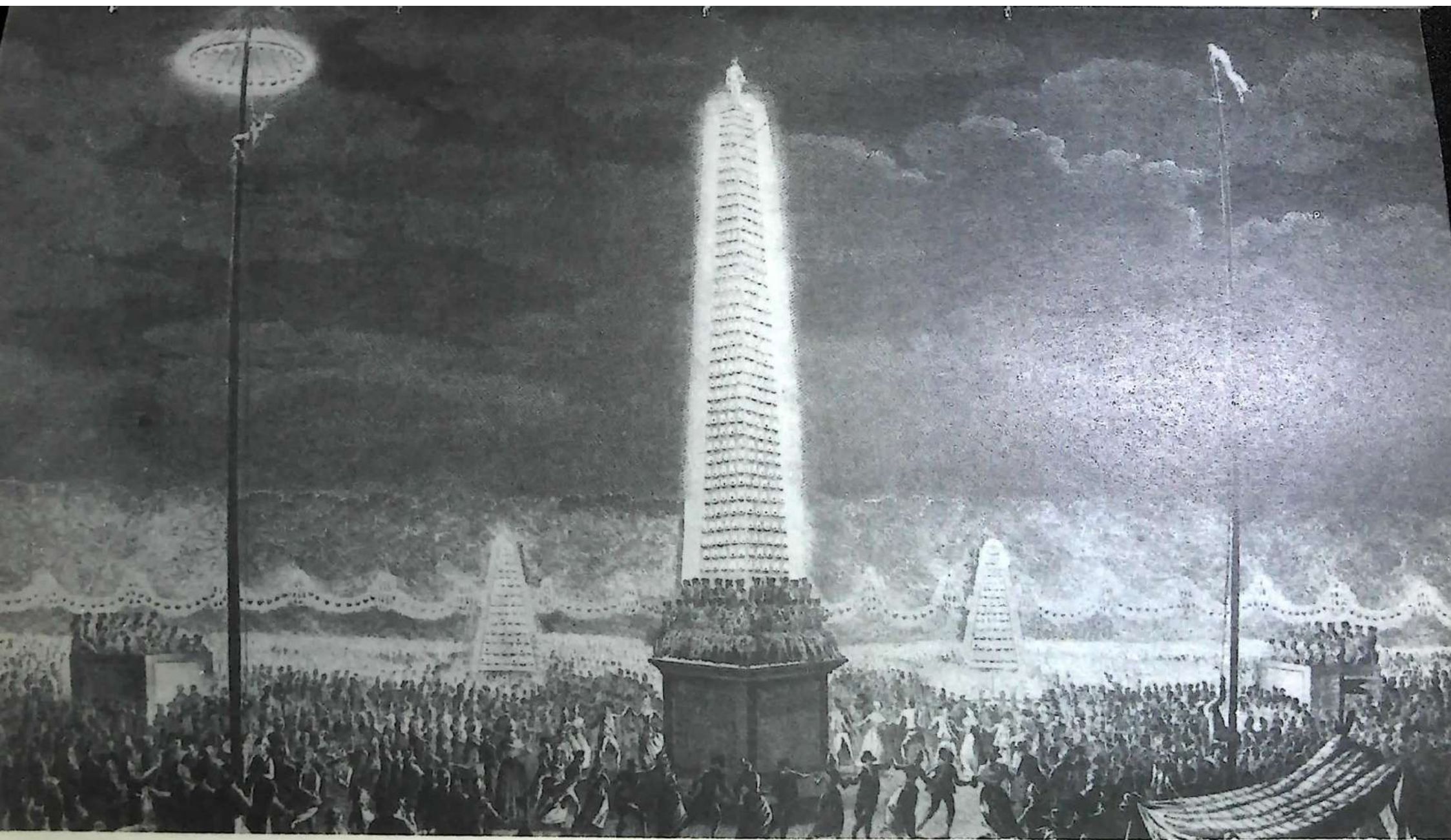
Para encender en el pueblo francés el ímpetu guerrero, para organizar y armar a las tropas, para aprovisionarlas, para

¹ Buchez y Roux, op cit., t. XXVIII, pág. 469.

poner en pie las fábricas de guerra, para romper las resistencias de los enemigos interiores, extirpar las traiciones, reprimir los manejos contrarrevolucionarios, era necesaria una mano de hierro, una voluntad única, una administración fuertemente centralizada. La Constitución de 1793 no se adaptaba manifiestamente a estas necesidades, y no proporcionaba los medios para llevar adelante la lucha.

La insurrección popular del 31 de mayo y 2 de junio había comenzado el proceso, acabado en sus grandes líneas en el otoño de ese mismo año de 1793, que desembocó en la instauración de la dictadura jacobina. Los jacobinos, al llegar al poder, no habían pensado para nada en la idea de imponer una dictadura, y con mayor razón, en organizar el modo de lograrla. Mas el papel decisivo de las masas populares en las jornadas del 31 de junio y en el proceso revolucionario, y el equilibrio de las fuerzas de las clases en el seno de la revolución creado por esta participación tan activa de las masas, preparaban sin remedio y por sí solas la instauración de una dictadura revolucionaria y democrática. Bajo la presión de las masas populares y en consideración de los sacrificios enormes exigidos para la lucha contra las fuerzas preponderantes de la contrarrevolución interior y exterior, los jacobinos realizaron, con una diligencia y una resolución extraordinarias, una reorganización del poder.

Desde el mes de julio, la Convención y el Comité de Salud Pública habían sido obligados, por el curso de los acontecimientos, a asumir funciones y atribuirse derechos que desbordaban ampliamente el marco de la Constitución. Se habían transformado poco a poco en órganos autoritarios de la dictadura revolucionaria. La política de represión puesta en vigor contra los enemigos de la revolución y la organización de las fuerzas nacionales para la lucha y la victoria sobre los enemigos no permitían el paso al régimen constitucional, sino que exigían por el contrario el reforzamiento de la dictadura revolucionaria centralizada, apoyándose sobre la base, ampliamente democrática, de las organizaciones de masas, de los clubs revolucionarios, de las sociedades populares, de las secciones, etc. Inde-



Fiestas populares en los Campos Elíseos el 19 de julio de 1790, aniversario de la Toma de la Bastilla



Nacionalización de los bienes del clero, caricatura de la época

*Société aux Jacobins fondée par Et. Sansard, le 2 P.^{re} 1790
Au Palais National par J.^e Tully, le 2. P.^{re} 1791
Rue Mandelot par P.^e Sergent, le 6. P.^{re} 1791.
A Chaillot par M. Beaufils, le 6. P.^{re} 1791. Et le 2.^e aux Theatins par L'Ab. de la Girardiere
aux Carmes St. Maubert, par M. Lathuilliere, le 6. Mars.*

LA NATION LA LOI
LE ROI



Juramento del Club de los Jacobinos, dibujo de la época



El pueblo quema una efigie del Papa en los jardines del Palacio Real el 6 de abril de 1791

pendientemente de sus puntos de vista y de sus planes, el curso mismo de la lucha imponía a los jacobinos el paso a la dictadura revolucionaria y democrática. Y los hombres que dirigían la lucha se dieron perfecta cuenta de esa necesidad.

El 11 de agosto, el Club de los Jacobinos votó una moción invitando a la Convención a decretar "las medidas de salud pública" necesarias, y a guardar el poder hasta el fin de la guerra.

El 12 de agosto, los delegados de las asambleas primarias, reunidos en París para celebrar el aniversario de la jornada del 1 de agosto, se presentaron en la Convención y propusieron el aplazamiento de la puesta en vigor de la Constitución. El 28, Barere, en nombre del Comité de Salud Pública, declaró ante la Convención que la sola ejecución de las leyes constitucionales, destinadas a tiempos de paz, sería insuficiente en medio de los complots y de las intrigas que rodeaban por todos lados a la República.

Así se encontró reconocido oficialmente el régimen de dictadura, que de hecho venía ya funcionando.

EL FIN DE LOS "RABIOSOS"

Al mismo tiempo que subordinaban su actividad a los imperativos de la defensa, los jacobinos acentuaban la intervención del Estado en la vida económica. Las leyes votadas en agosto prescribían la creación de graneros públicos, la tasa de la avena, de la madera y del carbón, y la requisa de las subsistencias necesarias al aprovisionamiento de París. Estas medidas resultaban, sin embargo, insuficientes para mejorar la penosa situación de los plebeyos, y particularmente de los elementos más pobres, los más afectados por la carestía de la vida y por la escasez de productos alimenticios. Los "Rabiosos" redoblaron sus ataques contra la política de los jacobinos, reclamaron el terror, el "máximo general", la represión implacable de la especulación. Aparte de estas reivindicaciones de orden social sostenidas por la plebe, los jefes de los "Rabiosos", (Le-

clerc en agosto, Jacques Roux en septiembre), reclamaban la puesta en vigor inmediata de la Constitución de 1793.

Detenido por vez primera en agosto, Jacques Roux lo fue por segunda vez el 5 de septiembre. Los otros jefes de los "Rabiosos" fueron igualmente apresados un poco más tarde. Jacques Roux puso fin a sus días en la prisión. El fin de los "Rabiosos", el grupo de extrema izquierda que mantenía las reivindicaciones de las capas inferiores de la plebe, revelaba manifiestamente la naturaleza burguesa del gobierno jacobino. Al acabar con los "Rabiosos", Robespierre y los otros jefes jacobinos demostraban que como hombres políticos burgueses se habían mostrado no sólo incapaces de colaborar con el ala más izquierdista de la plebe, sino que, además, habían aprovechado la primera ocasión que se les brindó para aplastarla.

Sin embargo, la consigna del terror y la del "máximo general" seguía siendo popular entre los *sans-culottes*, incluso después de la derrota de los "Rabiosos". Y los jacobinos de izquierda, Chaumette, Pache, etc. empezaban a sostenerles. Principalmente Chaumette, que había hecho mucho al frente de la Comuna para aliviar la miseria de los *sans-culottes*, seguía defendiendo ardientemente los intereses de los pobres.

EL MOVIMIENTO DEL 4 Y 5 DE SEPTIEMBRE DE 1793

A fines de agosto y en los primeros días de septiembre, la crisis de las subsistencias se había agravado. Llegaban malas noticias de los ejércitos. Se supo que los ingleses habían entrado en Toulon.

El 4 y el 5 de septiembre, una agitación violenta sublevó a los *sans-culottes* parisinos. Los obreros, los artesanos del barrio de St. Antoine, los pobres, se lanzaron armados a la calle. Sus principales reivindicaciones eran el terror, el máximo general y la ayuda a los necesitados. Las jornadas del 4 y 5 de septiembre habían sido organizadas por los "Rabiosos", pero en el momento en que estallaron, los jacobinos habían ya procedido a su liquidación. Chaumette y los otros jacobinos de izquierda to-

maron, pues, la dirección del movimiento. Hébert trató de llevar las masas de los *sans-culottes* contra la Convención para asaltarla, como el 31 de mayo y el 2 de junio. Mas Chaumette, aun sosteniendo las reivindicaciones de los *sans-culottes*, les exhortaba a tener confianza en la "Santa Montaña".

El 5 de septiembre, Chaumette, a la cabeza de una diputación de *sans-culottes*, presentó a la Convención las reivindicaciones del pueblo. La Asamblea concedió las principales. Decidió, conforme a la voluntad del pueblo de París, "colocar el terror al orden del día", lo que significaba tratar con la mayor energía a los enemigos de la revolución, a fin de "asustar a todos los conspiradores", como lo exigían los delegados de las organizaciones parisienses. La Convención decretó la creación de un ejército revolucionario, fuerza armada de *sans-culottes*, con la misión de aplastar la contrarrevolución y de asegurar el aprovisionamiento en víveres de París. Entregó al Tribunal revolucionario a los ministros girondinos Lebrun y Claviere, y votó una ley contra los extranjeros que no pudieran probar su civismo. El máximo general fue igualmente adoptado en principio.

Al mismo tiempo que luchaban contra los "Rabiosos" y rechazaban su programa, los jacobinos habían de oír las voces del pueblo que reclamaba el terror y el máximo. Dejando al lado sus prevenciones, habían ido al encuentro de los deseos de los *sans-culottes*. La adopción por los jacobinos del sistema de reglamentación estatal de la distribución no había sido posible sino gracias al régimen de dictadura revolucionaria, ya establecido en ese momento.

El movimiento del 4 y del 5 de septiembre y las medidas tomadas para acceder a las exigencias de las masas populares, resellaron, por algún tiempo más, la alianza de los *sans-culottes* con la burguesía revolucionaria, reforzando así la dictadura democrática y revolucionaria jacobina.

Como consecuencia de las decisiones del 5 de septiembre, la Convención reorganizó el Tribunal revolucionario, en el que simplificó y aceleró el procedimiento, y promulgó el 17 de sep-

tiembre el decreto de los sospechosos: "... son reputados gentes sospechosas aquellos que, bien por su conducta, bien por sus relaciones, bien por sus palabras o sus escritos, se hayan mostrado partidarios de la tiranía ... los funcionarios públicos suspendidos o destituidos de sus funciones por la Convención nacional..."

"... los anteriormente nobles, tanto los maridos, como las mujeres, padres, madres, hijos o hijas, hermanos o hermanas, agentes de emigrados, etc. que no hayan constantemente manifestado su devoción por la revolución..."¹

Este decreto ponía entre las manos de las autoridades revolucionarias un arma poderosa contra los enemigos de la revolución.

El 29 de septiembre dio un decreto sometiendo a la tasa los principales productos de consumo en todo el territorio nacional (el máximo general). Al igual que los precios de las subsistencias, fueron tasados los productos y las primeras materias industriales (hierro, acero, estaño, lana, pieles, telas etc.).

Sin embargo la Convención extendió también el máximo al salario de los obreros. Para los productos alimenticios, el máximo fue establecido sobre la base de los precios del mercado en 1790, aumentados de un tercio. Los salarios máximos estaban fijados al nivel de 1790 elevados en el 50%, pero esta diferencia era prácticamente insignificante, porque los obreros encontraban dificultades enormes para aprovisionarse a precios de tasa en los mercados privados, y los precios de la especulación eran incomparablemente más elevados que los del Estado. Los jacobinos dejaron igualmente en vigor la ley antiobrera Le Chapelier.

Estas soluciones de la cuestión obrera revelaban netamente la estrechez de miras burguesa, propia de revolucionarios tan osados como los mismos jacobinos. En la sociedad burguesa y en el mundo entero, los obreros han luchado siempre por el salario mínimo obligatorio. Los demócratas burgueses de la

¹ Ph. J.B Buchez y P. C. Roux, *Histoire parlementaire de la Révolution française*, tomo XXIX, París 1836, pág. 109.

Revolución francesa, por el contrario, establecieron el salario máximo, en perjuicio de los obreros.

EL SISTEMA DE LA DICTADURA REVOLUCIONARIA Y DEMOCRÁTICA

En agosto-septiembre de 1793, el sistema de la dictadura revolucionaria y democrática estaba ya constituido en sus grandes líneas. El régimen de la dictadura jacobina tomó su forma jurídica definitiva el 10 de octubre de 1793, por el decreto de la Convención que creó el Gobierno Provisional revolucionario, y por la ley constitucional de 4 de diciembre de 1793 que organizaba la administración¹.

Saint-Just expuso con notoria claridad la naturaleza política del gobierno jacobino, y la necesidad histórica de la dictadura revolucionaria, en su dictamen a la Convención del 10 de octubre de 1793.

“Si la conjuración no hubiese turbado este imperio, si la patria no hubiese sido mil veces víctima de los indulgentes, sería dulce y grato regir, mediante máximas de paz y de justicia naturales. Esas máximas son buenas entre los amigos de la libertad, pero entre el pueblo y sus enemigos, no hay otra cosa común que el castigo. Hay que gobernar con el hierro lo que no puede hacerse por la justicia. Hay que oprimir a los tiranos.”²

El órgano supremo de la dictadura jacobina era la Convención, que concentraba en ella los poderes legislativo y ejecutivo. La Convención decretaba las leyes; los comités emanados de ella y los diputados, sus mandatarios, eran sus agentes ejecutivos. Comisarios salidos de su seno, revestidos de poderes y de derechos amplísimos, eran enviados en misión a los ejércitos y a los departamentos. Aproximadamente la mitad de los miembros de la Convención estaban siempre ausentes en calidad de comisarios, y desempeñando otras funciones; sucedía algunas

¹ A. Soboul. *Aspects politiques de la démocratie sans-culotte en*

² Saint Just, *Discours et Rapports*, París 1957, pág. 118.

veces que el número de diputados presentes no alcanzaba los doscientos, o sea un tercio de la Asamblea.

El Comité de Salud Pública era, de hecho, el gobierno revolucionario de Francia. Todos los órganos del poder le estaban sometidos. El Comité rendía cuenta cada semana ante la Convención, pero sus dictámenes y sus propuestas eran prácticamente las directrices de esta última. Al Comité incumbía la dirección inmediata de todos los aspectos de la vida de la República. En el carnet de Robespierre se encuentra esta nota característica: "4 puntos esenciales del gobierno: 1o. Subsistencias y aprovisionamiento; 2o. Guerra; 3o. Espíritu público y conspiración; 4o. Diplomacia. Todos los días hay que preguntarse en qué situación se encuentran estas cuatro cosas".

Entre los miembros del Comité existía cierta división del trabajo. Caront y en parte Saint-Just, dirigían los negocios de la guerra. Jean Bon Saint-André, la marina. Robert Lindet, las subsistencias. Prieur de la Cote d'Or se ocupaba en el aprovisionamiento y armamento de las tropas. Barere, en la diplomacia, la instrucción pública y las bellas artes. Robespierre asumía la dirección general, asistido de sus dos colaboradores más próximos, Saint-Just y Couthon.

El Comité de Salud Pública reorganizó el Comité de Seguridad General que existía anteriormente. Los jacobinos fueron los elegidos: Lebas, amigo de Robespierre; el gran pintor David; Vadier, enemigo irreconciliable de la Iglesia, etc. En total 12 miembros.

Al Comité de Seguridad General le fue confiada la dirección de la policía, y tuvo por misión primordial combatir la contrarrevolución interior.

La Convención y los Comités ejercían el poder por medio de comisarios y de representantes del pueblo en misión, y por los de las sociedades populares y de los comités revolucionarios elegidos por las comunas. Una rigurosa centralización del poder al nivel superior se combinaba con una amplia iniciativa popular en la base.

La Convención, dirigida por los jacobinos y sus Comités, se encontraba en contacto constante con el pueblo y prestaba oído atento a sus voces. Los comités revolucionarios y las secciones les dirigían sus propuestas con frecuencia, o bien a la Convención directamente. Así, cuando el jabón se encarecía mucho en París, como por ejemplo en junio de 1793, lo que provocaba el descontento de las mujeres, de las lavanderas principalmente, la Convención, a propuesta de los jacobinos, invitaba a una delegación de lavanderas a presentarse a una de las sesiones y transmitía su petición a la sección de Comercio. Los contactos de la Convención jacobina con el pueblo y el apoyo que éste prestaba al gobierno revolucionario, eran la principal fuente de la fuerza de la dictadura revolucionaria y democrática de los jacobinos.

PAPEL DEL CLUB DE LOS JACOBINOS EN EL SISTEMA DE LA DICTADURA DEMOCRÁTICA Y REVOLUCIONARIA

El Club de los Jacobinos, con su centenar de filiales esparcidas por todo el país, desempeñaba un enorme papel en la organización del poder revolucionario y de la línea del gobierno en materia de política. El Club de los Jacobinos era como el pivote político de la dictadura revolucionaria. Bajo las altas bóvedas de la antigua sala, amueblada con simple mobiliario de madera y adornada con bustos de Marat y de Chalier, cada noche eran debatidas las cuestiones más importantes de la vida de la República. Los proyectos de ley sometidos a la Convención, las medidas políticas del orden del día, eran previamente discutidas en el Club de los Jacobinos. Dentro de su recinto, todos eran iguales, no había ni ministros, ni generales, ni comisarios; no había sino miembros de la sociedad. Pero en cambio, era el club el que forjaba las reputaciones políticas. El club central de París y sus filiales de provincias efectuaban por sí mismos la verificación y la depuración de sus miembros. De su seno provenían los dirigentes de los organismos provinciales y superiores del poder.

LOS COMITÉ REVOLUCIONARIOS.

Los organismos municipales elegidos, las sociedades populares y en particular los comités revolucionarios, ejercían una acción importante en el sistema de la dictadura revolucionaria y democrática. Por medio de los comités revolucionarios, las masas participaban ampliamente en la edificación del Estado y en la política revolucionaria. Los comités revolucionarios se componían de doce miembros, elegidos entre los ciudadanos más educados políticamente y los más seguros de su comuna o de su sección. Para evitar los abusos o el predominio excesivo de las influencias personales, el presidente y los secretarios debían ser renovados cada dos semanas. Francia entera se vio pronto cubierta por una red de comités revolucionarios; se les vio nacer y funcionar en los más apartados rincones del país. Simples campesinos, que tres años antes se descubrían respetuosos ante el señor, o ante el secretario del tribunal, controlaban ahora a las autoridades en concepto de representantes de la política del gobierno central revolucionario, e intervenían activamente en todas las esferas de la vida pública. En una circular dirigida a los comités de las organizaciones locales, el Comité de Salud Pública, definía así su papel: "La acción que parte del seno de la Convención viene a desembocar en vosotros: Vosotros sois las manos del cuerpo político, del que ella es la cabeza y de la que nosotros somos los ojos; a través de vosotros, la voluntad nacional ejecuta, tan pronto como ha decidido. Sois las palancas que ella mueve para triturar las resistencias."¹

LOS HOMBRES NUEVOS DE LA REVOLUCIÓN

Las masas populares creaban la revolución. Centenares de miles de hombres sencillos, cuya conciencia política se hallaba

¹ A. Soboul. *Aspects politiques de la démocratie sans-culotte en l'An II*, *La Pensée*, 1957. no. 71.

adormecida recientemente aún, que vivían alejados de las grandes cuestiones sociales de su tiempo, que no conocían sino los estrechos intereses de un mundo minúsculo, perdidos en los bosques, en los campos que rodeaban su pequeña aldea, o en las estrechas callejuelas de su barrio plebeyo, despertados por los truenos de los combates revolucionarios, se erguían ahora, tendían su vista alrededor y conscientes por vez primera de su poder y de su fuerza se lanzaban ardientemente a la gran batalla social que se había entablado en todo el país.

La revolución creaba, forjaba hombres nuevos. Sus jefes, sus cuadros políticos, sus generales, sus publicistas, eran todos, salvo raras excepciones, gentes desconocidas antes de la revolución. Incluso desde fuera, era claro que se trataba ante todo de una revolución de jóvenes. Entre los hombres y los jefes de la revolución jacobina, sólo Marat había alcanzado la edad madura en la época de la revolución: tenía entonces 46 años. Los otros eran todos mucho más jóvenes. En 1789, Robespierre tenía 31 años, Dantón 30, Camille Desmoulins 29, Saint-Just 22, Hoche 21.

Todos estos hombres formaban la nueva generación, y no sólo bajo el punto de vista de la edad representaban las nuevas fuerzas que habían nacido de las capas sociales encorvadas durante siglos bajo el peso de la arbitrariedad y de la opresión sin límites.

La revolución progresaba y obtenía victorias sobre sus enemigos, sobre todo porque era hecha por hombres nuevos, creados por ella y nacidos del pueblo. No estaban representados sino por los nombres ilustres y célebres en el mundo entero de los jefes de la Revolución y de la República francesa y, sobre todo, por centenares de otros nombres menos sonoros y célebres, menos conocidos y a veces completamente oscuros en la historia. Pero eran esos hombres poco conocidos, o completamente desconocidos, los que justamente cumplían con firmeza sus deberes revolucionarios, asegurando la victoria de la República.

Tal era, por ejemplo, el caso de Jean Antoine Rossignol, obrero platero parisiense, autodidacta sumamente dotado, en-

tregado de todo corazón a la revolución desde los primeros días, y a la que permaneció fiel hasta el último día de su vida. El nombre de Rossignol se encuentra ya entre los vencedores de la Bastilla, los combatientes de la insurrección popular del 14 de julio de 1789. Desde entonces, toma una parte activa en todos los movimientos revolucionarios del pueblo: en las manifestaciones republicanas de julio de 1791; en la jornada popular del 20 de junio de 1792 en París; en la del 10 de agosto del mismo año, que derribó a la monarquía. En esta última, Rossignol fue uno de los miembros más influyentes de la Comuna insurgente. En el período agudo de la lucha entre la Montaña y la Gironda, estuvo, naturalmente, del lado de los Montagnards; es jacobino, y jacobino de izquierda. En 1793, el gobierno jacobino le nombra general, y le confía el mando de un ejército que operaba contra los rebeldes de la Vendée. El general obrero Rossignol cumple con honor la difícil misión militar y política que le incumbe. Mas la lucha enconada en el seno del grupo jacobino ocasiona su cese, y es encarcelado. Vuelto a la libertad, Rossignol continúa el combate revolucionario. En la época de la reacción termidoriana, toma parte en la célebre "Conspiración de los Iguales" dirigida por Gracchus Babeuf y es de nuevo encarcelado. Bajo el Directorio y el Consulado, cuando numerosos hombres políticos de la revolución habían ya pasado a las filas de la contrarrevolución burguesa triunfante, Rossignol permanece fiel a sus antiguos ideales. Este ex-general jacobino se le antoja sospechoso al primer Cónsul en 1800; Rossignol es complicado en el famoso proceso de la "máquina infernal" (en la que no había tomado la menor parte), lo que hace que sea deportado de por vida a las lejanas Seychelles.

Tal era igualmente el cervecero Santerre, "el bravo Santerre", como se le llamaba habitualmente en todos los clubs democráticos de París; valeroso, audaz, intrépido participante en todos los movimientos populares, uno de los jefes de la plebe del barrio de St. Antoine, Santerre desempeñó un papel de primer plano en la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789, en

las manifestaciones populares en el momento de la crisis de Varennes, en la manifestación del Campo de Marte, el 17 de julio, y más tarde en la jornada de 20 de junio de 1792. Escuchado y querido por la población pobre del barrio de St. Antoine, Santerre fue elegido jefe de la Guardia Nacional de ese barrio. La democracia revolucionaria supo apreciar las extraordinarias cualidades de organizador que desplegó para formar los famosos batallones del barrio de St. Antoine, que se convirtieron en la tropa de choque de la revolución. En la jornada decisiva del 10 de agosto, nombrado jefe de la Guardia Nacional de París, Santerre se mostró a la altura de su misión, y contribuyó no poco a la victoria de la insurrección popular que acabó con la antigua monarquía.

Tal era asimismo Claude Menessier, jardinero de profesión, que conquistó durante la revolución la confianza de la plebe de París y fue elegido, en 1792, miembro de la Comuna. Durante la Dictadura Jacobina, Menessier se vio encargado de importantes funciones y fue uno de los administradores de la policía de la capital. Pese a todas las vicisitudes de la suerte, permaneció siempre como defensor decidido de los intereses del pueblo. Bajo el Directorio, continuó inquietando a la burguesía contrarrevolucionaria y fue deportado en 1801 por el gobierno de Napoleón Bonaparte.

El carpintero Maurice Duplay, jacobino, miembro del Tribunal revolucionario, amigo de Robespierre que moraba en su casa; babouvista también. El impresor Momoro, que desempeñó un papel importante en el Club de los Cordeliers y luchó con perseverancia para dar a la revolución un sentido más social; el cerrajero Didier, jurado del Tribunal revolucionario durante la dictadura jacobina, más tarde miembro intrépido de numerosas sociedades secretas revolucionarias bajo el Directorio y hasta bajo el Imperio: el modesto jefe de posta Drouet, salido de la oscuridad para desempeñar el papel que encarnó en la detención de la pareja real en Varennes, y más tarde comprometido a fondo en la lucha revolucionaria; el poeta, autor dramático y publicista Sylvain Maréchal, materialista y ateo,

partidario de la "ley agraria", redactor de *Révolutions de Paris*, uno de los periódicos más izquierdistas de entonces. ¡Cuántos de estos nombres gloriosos podríamos todavía citar!

Estos hombres, carne y sangre del pueblo, constituían, por decirlo así, el eslabón intermedio entre los que organizaban y dirigían el proceso revolucionario y el pueblo. Sus nombres están inscritos en letra menuda en la historia de la Revolución francesa. Mas sería por centenares, por miles, que habría que contar los campeones oscuros de la revolución, militando a la cabeza de los municipios de provincias, de sociedades populares locales, de comités revolucionarios de distritos, comunas, secciones, en las ciudades, en los pueblos de los 83 departamentos, los jefes de las escalas inferiores de las masas populares cuyos nombres han quedado perdidos para la historia, pero cuyo papel en la obra diaria de la revolución fue en verdad inmenso.

LA ORGANIZACIÓN DE LA DEFENSA DE LA REPÚBLICA

Los prodigiosos esfuerzos del pueblo en lucha, electrizado por la energía de los jacobinos, rindieron ya su primer fruto en otoño de 1793. La insurrección contrarrevolucionaria había sido aplastada en Lyon, el bastión de la defensa de la contrarrevolución en el mediodía de Francia había sido reconquistado a principios de octubre. La ciudad fue sometida a un castigo riguroso. La autoridad de la Convención fue restaurada en la mayoría de los departamentos. En la Vendée, las tropas de la República habían pasado a la ofensiva y habían encerrado a los rebeldes en un círculo de hierro. El Tribunal revolucionario había enviado al cadalso a Bailly, Barnave, Manon Roland, al duque de Orleans, etc.

La dictadura jacobina, gozando del apoyo de las masas populares, había roto, si es que no la había extirpado, la contrarrevolución y la había obligado a refugiarse en la clandestinidad.

El resultado de la lucha se decidiría en definitiva en los campos de batalla donde la República afrontaba a los coaligados europeos. Al llamamiento de la Convención, nuevos batallones, como salidos de la tierra, entraban cada día en línea. Catorce ejércitos fueron creados en un plazo brevísimo. A principios de 1794, la República tenía en línea 600,000 combatientes. Nuevas reservas se constituían en la retaguardia. Saint-Just decía que el ejército de la República contaba con un millón doscientos mil hombres; fuerza insólita para la época. Los soldados estaban mal vestidos, mal calzados, pero su espíritu guerrero y su moral eran magníficos. El mérito de esta obra corresponde en gran parte a los comisarios de la Convención y sobre todo a Saint-Just, Lebas, Robespierre el Joven. Estos hombres enardecían a los soldados con el ejemplo de su esfuerzo, de su audacia, dirigiendo la educación política del ejército y contribuyendo a reforzar la disciplina.

El Comité de Salud Pública hizo también un vigoroso esfuerzo para movilizar a la industria y adaptarla a las necesidades de la defensa. El papel decisivo correspondió a la energía y a la iniciativa del pueblo. Decenas de fábricas, de manufacturas, de talleres, fueron creados para fabricar cañones, fusiles, armas blancas. En París funcionaban 258 fraguas en plena calle. La producción de fusiles se había quintuplicado desde la guerra. Grandes sabios, químicos, físicos, matemáticos como Berthollet, Monge, Perrier, Lagrange, Guitton-Morvau, etc., fueron llamados por el Comité a colaborar en la obra de defensa. El físico Lagrange elaboró la teoría de la balística; Berthollet dirigía los ensayos sobre la fabricación de explosivos; Monge es el autor de una *Description de la technique de la fonte des canons*. Para mejorar y acelerar la fabricación de la pólvora, de los cañones y de otras armas, se fundó en París una escuela de cursos revolucionarios, dados por los más grandes sabios de la época, Berthollet, Monge y Perrier, y seguidos por 800 alumnos, la mayoría artilleros, enviados por las provincias con ese fin. Esta "Escuela de armas" fue abierta con gran solemnidad el 19 de febrero de 1794. La energía revolucionaria y

la iniciativa del pueblo, la labor fecunda de los sabios y el entusiasmo patriótico de los obreros, armaron a las tropas francesas mejor que lo estaban los enemigos.

Lazare Carnot desempeñó un papel esencial en la organización del sistema de defensa de la República. Gran matemático, ingeniero de profesión, Carnot fue llamado por la revolución a dirigir la defensa y demostró unas notables dotes de organizador.

El impetuoso y brillante Saint-Just comunicó a la dirección de la defensa esa llama revolucionaria que le faltaba a Carnot. Cuando había que enderezar la situación en las fronteras, inspirar un nuevo aliento a las tropas, asegurar el éxito, se confiaba esa misión a Saint-Just. En poco tiempo transformaba completamente el ejército del Rin, haciendo de él uno de los mejores de la República.

El ministro de la guerra, el jacobino Bouchotte, modesto trabajador, entregado por entero a sus múltiples obligaciones, realizó un trabajo inmenso, asumiendo la dirección diaria de una organización militar tan compleja.

El Comité de Salud Pública entero consagraba sus desvelos ante todo a los temas de la defensa.

El Comité resolvió en forma revolucionaria el difícil problema de formar los cuadros de mando del ejército. Abrió el acceso a los grados superiores a quienquiera probase en los campos de batalla sus capacidades militares y su devoción y entusiasmo por la revolución. No se pedía a los generales más que una cosa: saber vencer. El castigo se abatía sobre quienes no satisfacían esta exigencia. El atrevimiento y la iniciativa revolucionaria faltaban con frecuencia a los viejos generales que habían permanecido fieles a la República, y el Comité les reemplazaba por jefes nuevos, salidos de la revolución, que en un año o en dos habían cambiado el uniforme de sargento por el de general. Hoche tenía 25 años cuando fue nombrado general de división al mando de un ejército. Jourdan, antes pequeño comerciante, que había comenzado su carrera como suboficial, fue nombrado a los 31 años comandante del ejército del Norte.

La revolución dio en poco tiempo al ejército francés una pláyade de brillantes hombres de guerra y de capitanes salidos del pueblo, que a veces carecían de toda instrucción militar, pero que por su talento, su audacia, su iniciativa, dejaban muy atrás a los generales del antiguo ejército de casta. Lazare Hoche, muerto joven, pero habiendo mostrado en el arte de la guerra dotes excepcionales que le hacían ser considerado con justa razón como igual a Bonaparte, hijo de un montero del rey, criado por su tía, una vendedora de legumbres, se inició como palafrenero. El general Marceau, muerto a los 27 años, que encarnaba a los ojos de todos el valor y la intrepidez del ejército francés revolucionario, era al principio de su carrera un simple empleado de procurador, en una provincia. Kleber, uno de los más grandes jefes de esos ejércitos, era hijo de un albañil.

El ejército de la revolución fue la escuela donde nacieron, se instruyeron y se formaron los futuros mariscales de Napoleón: el campesino Lannes; Murat, hijo de mesonero; Masséna, grumete y contrabandista; Bessieres, hijo de artesano, y tantos otros. Fue en este ejército donde se ilustró igualmente un oscuro oficial, nacido de una pobre familia noble de Córcega, Napoleón Bonaparte.

El acceso a los grados superiores estaba abierto a los soldados. En sus jefes veían a camaradas. Mas ese lazo de camaradería y de devoción a la causa común, al servicio de la revolución y de la Patria, estaba cimentado por una severa disciplina; todos los esfuerzos de los comisarios de la Convención y de los oficiales tendían a reforzar esa disciplina. No era tarea fácil, en un ejército compuesto en gran parte de voluntarios; sólo después de que el principio de "la amalgama" fue aplicado sistemáticamente en el ejército por el gobierno jacobino, se logró afirmar la disciplina y mantenerla en el grado necesario. En 1794, esta labor estaba ya realizada en conjunto.

Los resultados del proceso creador que desembocó en la formación del nuevo ejército se hicieron sentir progresivamente, pero sus efectos subsistieron mucho tiempo después de haber perecido los fundadores de este ejército. Napoleón recogió la

herencia del ejército revolucionario y levantó sobre él su propia gloria. En el curso de la guerra encarnizada que la Francia jacobina libró contra las fuerzas de invasión de los coaligados, esos esfuerzos valieron, desde septiembre-octubre 1793, sus primeras victorias a la República.

EL CAMBIO DE LA SITUACIÓN MILITAR.

LAS VICTORIAS DE 1793-1794

El 6 y el 7 de septiembre, en una sangrienta batalla librada en Hondschoote, los franceses batieron al ejército enemigo del general Freitag y forzaron al ejército anglo-hesso-hanoveriano a una retirada precipitada. El éxito de la batalla fue debido a la iniciativa y a la decisión de los comisarios Delbrel y Levasseur. El general Houchard se había mostrado indeciso en el curso de la acción, y no había sabido aprovecharse de la victoria para cortar la retirada a los ingleses. Sin embargo, esta primera victoria del ejército jacobino encendía el entusiasmo de los soldados y del pueblo, y daba a los franceses confianza en sus propias fuerzas.

Hondschoote marcó el principio del cambio de la situación militar. El éxito pasó desde entonces al campo francés.

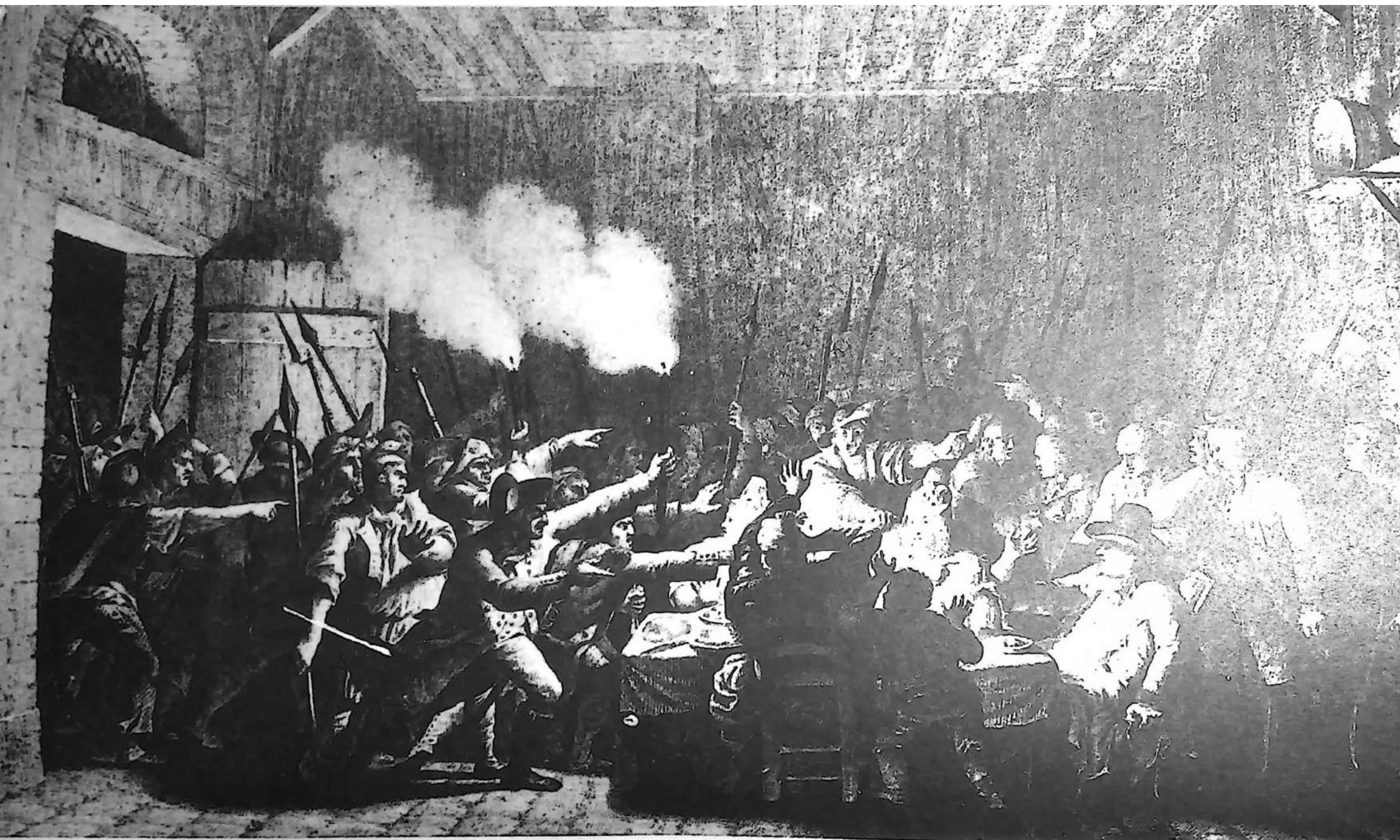
El 15-16 de octubre, se libró otro combate encarnizado en Wattignies, donde el ejército francés, dirigido por Carnot y Jourdan, destrozó al del duque de Coburgo, y se amparó de la plaza fuerte de Maubeuge.

El resultado de la guerra estaba aún lejos de estar decidido. Las fuerzas del enemigo no estaban aún rotas del todo, mas tras esas dos victorias eran evidente que el peligro mayor había pasado, y que Francia empezaba a remontar la terrible crisis militar.

En el curso del invierno 1793-1794, los franceses tomaron la iniciativa. Toulon fue liberado de los ingleses en diciembre. El joven oficial de artillería Napoleón Bonaparte, que se había liado en sincera amistad con Robespierre el Joven, se distinguió en la toma de esa ciudad. La expulsión de los ingleses de



Proclamación de la Constitución en la plaza del Mercado de los Inocentes, en París



Arresto de Luis XVI en Varennes, cuadro de Prieur, Museo del Louvre (foto Giraudon)



Retrato de Marat (Museo Carnavalet, París)



Du 13. juillet 1793
Maire sans Charlotte
Corday au Citoyen
Marat.
il Suffit que je sois
Citoyen Mathématisien
pour avoir Droit
à votre bienveillance

Marat, asesinado, cuadro de David (Museo de Versalles)

Toulon fue una gran victoria, que galvanizó a toda Francia.

Al este, Hoche y Pichegru presionaban a los austriacos y a los prusianos en Alsacia. Hoche había comunicado al ejército el espíritu de ofensiva. Cuando la espada es demasiado corta, basta con dar un paso hacia delante, decía. El 26 de diciembre, Hoche, nombrado la víspera comandante en jefe de los dos ejércitos del Mosela y del Rin, lanzó sus tropas al asalto de las líneas austriacas en Wissembourg. La batalla fue de las más encarnizadas, pero gracias a sus furiosos ataques a la bayoneta, los franceses lograron la victoria. Los austriacos estaban vencidos, Landau liberado. Los prusianos recularon también. La frontera del este estaba reconquistada; el territorio de Francia quedaba limpio de enemigos.¹

LA NUEVA TÁCTICA

El ejército revolucionario francés había logrado la superioridad sobre el enemigo a la vez en el arte de llevar el combate y en el de la táctica militar. La guerra nueva, la guerra revolucionaria, había creado una táctica nueva. Los ejércitos de la coalición, formados con campesinos reclutados a la fuerza o con mercenarios fieles a las viejas "reglas", operaban con lentitud y eran muy torpes para la maniobra. Llevaban su ofensiva de frente, estirando sus líneas. En el curso de la guerra, los franceses adoptaron otro principio de formación de sus tropas, en el que los campesinos, liberados del yugo de la servidumbre, se convirtieron en el elemento fundamental. Tras lanzar por delante una cadena de tiradores, flexible y móvil, desplegaban los batallones que la seguían en una columna apretada, dotada de un gran poder de choque. Se habían suprimido los convoyes embarazosos, aumentando con ello la agilidad y la movilidad de las tropas. Engels ha escrito: "Los franceses obtuvieron la movilidad y la ligereza, inventando un nuevo orden de batalla, to-

¹ V. Dupuis, *La campagne de 1793 a l'armée du Nord*. tomos 1-2, P. 1909.

talmente desconocido de sus adversarios. Vencidos, estaban en pocas horas lejos de toda posibilidad de persecución, y tomando la ofensiva podían aparecer en los puntos más imprevistos sobre los flancos del enemigo, antes de que éste les hubiese visto.”¹

La gran movilidad y las condiciones maniobreras, la concentración del poder de choque, la búsqueda de la superioridad numérica sobre el enemigo en el lugar decisivo, tales eran los elementos principales de la táctica nueva, creada en el curso de la revolución, y perfeccionada más tarde por Napoleón.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE GOBIERNO REVOLUCIONARIO

Hasta los primeros éxitos de la campaña del otoño y del invierno de 1793-1794, Francia permaneció aislada; no podía hablar, según frase de Barere, sino por la “diplomacia de los cañones”. Los cañones deberían, por lo demás, continuar siendo el principal argumento diplomático en el porvenir. Mas tras las primeras victorias, parecía oportuno proclamar los principios de la política exterior de la República.

Estos principios fueron formulados en forma explícita en las notas de Robespierre en diciembre de 1793.² Francia no tenía la intención de imponer a los otros pueblos los principios de la revolución por la fuerza de las armas. Pero no toleraría la menor violación del derecho soberano de su pueblo a decidir él mismo de su destino. “El pueblo francés no hace la paz con un enemigo que ocupa parte de su territorio.” Esta fórmula categórica del artículo 121 de la Constitución seguía siendo el fundamento de toda la política exterior de la dictadura.

Robespierre se desolidarizaba del programa de guerra revolucionaria encaminada a la formación de una alianza uni-

¹ K. Marx y F. Engels. *Obras*, t. XI, 2a. parte, pág. 488, ed. rusa.

² Ver Robespierre. *Textes choisis* t. III. Prefacio y comentarios por Jean Poperiv. “*Les Classiques du peuple*”. P. 1058, págs. 59-80: 90-98.

versal de repúblicas, preconizada por Anacharsis Cloots y sus partidarios, así como de la tendencia a lograr una paz de compromiso, a la que Dantón y sus amigos se mostraban inclinados. El programa de Cloots era ante todo peligroso porque multiplicaba los enemigos de la República y podía prolongar indefinidamente la guerra. El de Dantón llevaba a la capitulación de la Francia revolucionaria en su lucha contra la reacción europea. Al invitar a los franceses a cumplir con su deber patriótico de aplastar a la coalición antirrevolucionaria y expulsar al enemigo del suelo de la Patria, Robespierre subrayaba que esta misión del pueblo francés respondía a los intereses de la humanidad entera.

“Que la libertad perezca en Francia y la naturaleza entera se cubrirá de un velo fúnebre, y la razón humana reculará hasta los abismos de la ignorancia y de la barbarie... El despotismo, como un mar sin orillas, se desbordará sobre la superficie del globo... nosotros combatimos... para los hombres que viven hoy... para todos aquellos que existirán en el futuro.”¹

Lo que constituía la fuerza del patriotismo de Robespierre y de los jacobinos era que unían los intereses nacionales a las aspiraciones humanitarias.

Sin embargo, este sublime patriotismo no era sino una pasajera ilusión de los revolucionarios más avanzados de su tiempo, los jacobinos, que identificaron los objetivos de la revolución con las misiones de la humanidad. La burguesía estaba muy lejos de semejante patriotismo; para ella era desconocido ese fervor. Colocaba sus intereses de clase, sus cálculos de dinero, más altos que los principios humanitarios y a veces incluso que los intereses nacionales. Las guerras legítimas, las guerras defensivas que hasta entonces habían sido las que la burguesía francesa había librado, después de la caída de la dictadura jacobina, en los tiempos del Directorio y de Napoleón, se

¹ Robespierre. *Textes choisis*, tomo III, París 1958, págs. 76-77 discurso del 18 de noviembre de 1793).

convirtieron en guerras de conquista y de rapiña. En nombre de los intereses egoístas de la burguesía francesa, Napoleón oprimió y esclavizó a los pueblos de los países conquistados; el patriotismo degeneró en un nacionalismo altivo y arrogante, en un chauvinismo burgués agresivo, que atropellaba todos los principios humanitarios.

Volvamos empero a la historia de la dictadura jacobina y a la política exterior de su gobierno.

El Comité de Salud Pública ajustó su acción diplomática a los principios de política exterior que había proclamado. Trató de establecer relaciones amistosas con los Estados Unidos de América, con Suiza, con Dinamarca, respetó la neutralidad de Suecia y de las ciudades hanseáticas. Por intermedio de sus agentes diplomáticos secretos buscó, es verdad que sin éxito, el modo de lanzar a Suecia y a Turquía contra la coalición. La diplomacia jacobina, que seguía atentamente la lucha interior en el campo enemigo, se esforzaba en agravarla y envenenarla, esperando ver disgregarse la coalición. La marcha de los acontecimientos futuros mostró la razón de esta política.

Desde diciembre de 1793, y por medio de los daneses, Prusia y Austria sondearon el terreno para entablar negociaciones de paz. Mas no estaban maduras las cosas para una paz ventajosa para la República. Sólo las victorias de los *sans-culottes* y las derrotas de los aliados podían hacer más tratable a Prusia. Además, la Inglaterra de Pitt, alma verdadera de la coalición, estaba muy lejos, pese a los cálculos equivocados de Dantón, de querer cesar en la lucha.

Trataba, por el contrario, de reforzar las filas de la coalición y estimular su actividad. Todos los planes de la República habían de basarse en la fuerza de las armas, "en la diplomacia de los cañones".

CAPITULO

IX

Recrudescimiento de la lucha en el seno
del bloque jacobino

AGRAVACIÓN DE LAS CONTRADICCIONES INTERNAS DE LA DICTADURA JACOBINA

Entretanto, las primeras victorias habían bastado para que se viera salir a la superficie la contradicción existente en el seno del bloque jacobino. La guerra revolucionaria y la política social de la dictadura jacobina habían cambiado totalmente el aspecto social y económico de Francia.

La dictadura jacobina había realizado en poco tiempo lo que la revolución no había logrado durante todas las etapas precedentes de su evolución. Con mano de hierro, la dictadura revolucionaria y democrática de los jacobinos había roto y extirpado el feudalismo, y barrido el montón de supervivencias medievales que impedían el progreso del país y de sus fuerzas pro-

ductivas. Había, así, limpiado el terreno para el desarrollo libre y sin obstáculos de la producción burguesa.

Mas la política social y económica del gobierno revolucionario, dictada por las necesidades de la guerra y en cierta medida por los intereses de la plebe, cuya alianza era indispensable a los jacobinos para la victoria de la revolución, creaba a la burguesía cierto número de nuevas restricciones. El gobierno jacobino, a la vez que despejaba el camino para asegurar el progreso de la burguesía, había instaurado un régimen de terror y de centralización, introducido el sistema del máximo y de las requisiciones, se había ingerido por la fuerza en la esfera de los intereses económicos de la burguesía y había puesto freno a los apetitos rapaces de los negocios capitalistas de algunos de sus elementos. En esto residía la contradicción principal de la dictadura, de la que emanaban todas las demás.

Dado que la intervención del Estado se limitaba a la esfera de la distribución, sin tocar la de la producción (liberada, recordémoslo una vez más, de sus trabas feudales), la política represiva y restrictiva de los jacobinos no podía debilitar el poder económico de la burguesía.

La amenaza de restauración feudal y absolutista que la coalición europea representaba con la fuerza de sus bayonetas, había forzado a la burguesía, incluso en sus capas acomodadas del campo, a resignarse, mientras la situación del país fuese crítica, al régimen de dictadura jacobina revolucionaria. Sólo los jacobinos eran entonces capaces de salvar a Francia del yugo extranjero, y a la vez salvar las conquistas de la Revolución, por su firmeza y resolución y por haber adoptado los métodos de lucha plebeya. Pero la burguesía y los elementos acomodados del pueblo no soportaban el régimen revolucionario de los jacobinos más que en concepto de obligación temporal. A medida que la situación mejoraba en los frentes, se pronunciaban más vigorosamente contra ese régimen.

Casi enseguida de la victoria de Hondschoote, la oposición había levantado la cabeza contra el Comité de Salud Pública. El

25 de septiembre, en la Convención, un grupo de diputados amigos políticos de Dantón, Goupilleau y Delaunay entre otros, había tomado por blanco de sus ataques al Comité de Salud Pública. El mismo día, Hébert, en el Club de los Jacobinos, había reclamado el establecimiento de un poder ejecutivo constitucional. “Esta jornada vale para Pitt tanto como tres victorias”, dijo Robespierre, que veía en la unión de los jacobinos con el pueblo la condición indispensable de la victoria¹.

El Comité reforzó su poder. Después del voto por la Convención del decreto del 10 de octubre instituyendo el Gobierno revolucionario provisional², los poderes del Comité fueron considerablemente ampliados; su autoridad y su prestigio se encontraron aumentados. Entablar abiertamente la lucha contra él, era empresa demasiado arriesgada. Los peligros que amenazaban al país eran todavía tan grandes, que la burguesía misma tenía necesidad de la energía furiosa de los jacobinos, comprendiendo que sin su mano de hierro era imposible rechazar el asalto de la coalición. Ni una sola voz se levantó para hacer oposición abierta al Comité. Mas las fuerzas hostiles al gobierno jacobino, que se habían manifestado el 25 de septiembre, no cesaron en la lucha, que poco después empezó de nuevo.

Al mismo tiempo, la política del gobierno jacobino no satisfacía ni podía satisfacer todas las reivindicaciones de la plebe, sobre la cual, sin embargo, se apoyaba.

Los pobres de las ciudades y de los campos eran como siempre la parte más oprimida y más desheredada de la sociedad. La ley del máximo y las medidas represivas contra la especulación defendían sin duda, en cierta medida a los *sans-culottes* contra la arbitrariedad de la especulación y les permitía mantener su nivel de vida al mínimo estricto, mas esas leyes, como toda la política social y económica de los jacobinos, cambiaba poco la condición general de la plebe. Igual que en el pasado, esas capas más pobres de la sociedad eran víctimas de la ex-

¹ Ver *Le Moniteur*, 26 y 27 de septiembre de 1793.

² Ver el texto del decreto de 10 de octubre en Buchez et Roux, tomo XXIX, págs. 172-174.

plotación más feroz por parte de los ricos. Y para colmo, aun cuando los representantes de las capas "inferiores" participasen muy activamente en el funcionamiento de los diferentes órganos del poder revolucionario, la plebe y los obreros estaban desarmados en la lucha para cambiar sus condiciones de vida.

Las leyes del salario máximo, sostenidas con todo el poder del aparato de la dictadura jacobina, privaban a los obreros de la posibilidad de obtener, dentro de la legalidad, mejor remuneración de su trabajo y mejores condiciones de vida. Además, la ley Le Chapelier, siempre vigente, les prohibía unirse para la defensa de sus intereses. Por medio de estas leyes, el gobierno jacobino les tenía atados de pies y manos. Podían ser objeto, y lo eran en efecto, de la más feroz explotación por parte de los patronos, sin tener el derecho ni la posibilidad práctica de luchar contra ellos.

Los pobres de los campos, que al advenimiento de la dictadura jacobina esperaban mejorar su posición, no tardaron en verse desengañados. El gobierno jacobino y sus agentes locales, sin tener en cuenta las necesidades y los intereses de los pobres aldeanos, exigían de estos que cumpliesen escrupulosamente todas las obligaciones impuestas por el gobierno, y al mismo tiempo les negaban toda ayuda. En los conflictos entre los pobres y el núcleo acomodado de la población campesina, los agentes del gobierno se ponían con frecuencia del lado de estos últimos. Este elemento acomodado, que había aumentado en número y en fuerza durante la revolución y había logrado adquirir importantes propiedades rústicas, explotaba sin tasa al campesino. En las peticiones y quejas del pobre pueblo del campo, se elevaba una constante protesta contra el reino de los ricos. Así, en el "Rapsody de observaciones representativas a la Convención nacional del ciudadano de la comuna de Capellebrouq" (Norte) se decía: "Mas, veo con dolor que los grandes cultivadores se amparan de todo en perjuicio del jornalero y del individuo poco afortunado." ¹

¹ Georges Lefebvre, *Questions agraires du temps de la terreur*, Estrasburgo 1932, pág. 173.

Los *sans-culottes* de la comuna de Haussez escribían en una petición de febrero de 1794: "Habéis decretado la igualdad de los rangos y de las condiciones. Ponednos también en condiciones de poder prescindir del rico que hasta hoy se aprovecha de nuestro sudor y de nuestro trabajo." ¹

En una petición de la Sociedad popular de las comunas de Maynal y de Augéa, se leía esta declaración indignada: "Ricos egoístas, enemigos naturales de la igualdad, quieren gozar de las ventajas de la nueva Constitución sin compartirlas con la clase indigente y laboriosa del pueblo... Han acaparado las propiedades, han arrendado todos los bienes que pertenecían a propietarios no cultivadores... Hay que suprimir a esos monstruos que trafican con nuestro sudor... ordenar que ningún ciudadano puede arrendar más tierras que las que pueda cultivar personalmente." ²

Estos documentos fragmentarios bastan para mostrar la acritud adquirida por la lucha de clases en el campo, durante la dictadura jacobina.

Pero el gobierno jacobino no supo encontrar una línea de conducta justa y consecuente para las diferentes clases de las ciudades y de los campos. Su política de terror revolucionario, de requisición, de intervención del Estado en la esfera de la iniciativa privada, levantaba contra él a la gran propiedad, a los especuladores, a todos los elementos rapaces de la burguesía urbana y campesina. Al mismo tiempo, nada hacía para atraerse a los pobres de las ciudades y de los pueblos, y para asegurarse el apoyo de esos grupos sociales, cosa que sólo era posible defendiendo firmemente sus intereses. El gobierno jacobino no podía ni sabía seguir una línea fija y constante. La política de ese gobierno, representante de un bloque heterogéneo de clases, reflejaba los intereses contradictorios de esos grupos sociales. Esta política era contradictoria en su esencia. El conflicto de las aspiraciones y de los intereses de los diversos grupos que componían el bloque jacobino, se manifestaba tan pron-

¹ Ibid, pág. 211 y 163.

to como se trataba de formular o de seguir una determinada línea política. De ahí venían las vacilaciones y las desviaciones frecuentes en la orientación política adoptada, la cual se veía a veces, incluso en algunos órganos dirigentes del propio gobierno revolucionario, que seguía líneas políticas diferentes.

En la lucha de clases, que se agravaba por momentos en el seno del bloque jacobino, el grupo de dirigentes de Robespierre trataba de guardar el "justo medio". El partido jacobino no era monolítico ni desde el punto de vista de clase, ni desde el de la ideología, y de hecho se encontraba con que su grupo dirigente, el de Robespierre, no constituía la tendencia más revolucionaria ni más a la izquierda. Los "Rabiosos" primero, después los jacobinos de izquierda, estaban más a la izquierda que los partidarios de Robespierre. Como se ha dicho, representaban las capas más revolucionarias en el seno del heterogéneo bloque jacobino, y por su presión sobre los medios dirigentes del gobierno jacobino contribuían a que evolucionase la revolución.

EL PAPEL DE LOS JACOBINOS DE IZQUIERDA

La participación activa de la plebe en la lucha marcaba con su sello a todo el proceso revolucionario. Después de la caída de los "Rabiosos", representantes directos de la plebe urbana y de los pobres de los campos y de los pueblos, los jacobinos de izquierda fueron quienes asumieron la defensa de los intereses de esos grupos y de sus aspiraciones. Chaumette, Pache, Hanriot, Bouchotte, etc., estrechamente unidos desde antes a las clases inferiores, se esforzaban sinceramente en aliviar las desdichas de los pobres y mejorar su situación. Chaumette y Page, a la cabeza de la Comuna de París, trataban enérgicamente de resolver la crisis de las subsistencias. La Comuna hacía suya la iniciativa de las secciones, y había instituido en París las cartillas de pan. Chaumette reclamaba el cultivo de legumbres en pleno París, utilizando los jardines y los parques de la capital. Los jacobinos de izquierda exigían la aplicación integral del máximo, el castigo riguroso de los contraventores y en particu-

lar, una lucha implacable contra los especuladores. Chaumette iba aún más lejos: proponía que el Estado tomase en sus manos los talleres y las manufacturas abandonadas por sus propietarios, y que la República expropiase las empresas comerciales que no se sometiesen a las reglas del máximo.

CHAUMETTE

Pierre Gaspard Chaumette era la figura más destacada entre los jacobinos de izquierda. Al empezar la revolución tenía 26 años y sin embargo, tenía en su pasado una larga carrera de trabajo. Grumete, después oficial de sanidad, y más tarde maestro de escuela, de familia pobre, totalmente extraño a cualquier sentimiento de avaricia, orgulloso de su pobreza y con una vida austera y espartana, Chaumette conocía a fondo la vida penosa de los plebeyos, los sufrimientos y las necesidades de los pobres, cuyos intereses defendía con tenacidad perseverante. Desde los primeros días se había consagrado a la obra revolucionaria. Pronto se convirtió en uno de los miembros más activos y más influyentes de los Cordeliers. En el momento de Varennes y de la crisis provocada por este suceso, Chaumette había sido uno de los principales promotores del movimiento que se pronunció por el destronamiento del rey. Desempeñó después un papel considerable el 10 de agosto, y particularmente, en la lucha librada después entre la Montaña y la Gironda. En las elecciones para la renovación de la Comuna, en noviembre de 1792, lucha que fue sumamente violenta, Chaumette, que contribuyó no poco al triunfo de la Montaña, fue elegido procurador de la Comuna y hasta su muerte permaneció en esa jefatura, gozando de una autoridad incontestada.

Ferviente admirador de Rousseau y de los escritores de la Antigüedad (al principio de la revolución había cambiado de nombre y en lugar de Pierre Gaspard, que era el de bautismo, adoptó el del filósofo griego Anaxágoras), Chaumette era enemigo de la iglesia y de la religión; a la cabeza de la comuna se convirtió en el campeón celoso de la política de descristianiza-

ción, oponiendo a la antigua religión el culto a la Razón y a la Verdad. Mas cuando la Convención decretó la libertad de cultos, se sometió sin protesta a esa decisión.

Chaumette se distinguía, incluso entre los jacobinos de izquierda, no sólo por su constancia en defender los intereses de la plebe, sino por la preferencia que daba a las cuestiones sociales. Se daba cuenta de que pese a su valor progresista, los grandes cambios sociales efectuados por la revolución habían cambiado muy poco la existencia de las clases humildes. Uno de los primeros de entre los jacobinos, vio y comprendió que el yugo y la opresión feudales había sido substituído por el yugo y la opresión burgueses.

“Nuevos señores”, decía Chaumette en su discurso del 5 de septiembre,” no menos atroces, no menos ávidos, se han erguido sobre las ruinas del feudalismo. Se han amparado de los bienes de los antiguos señores y continúan en la vía trazada por sus antecesores.”

Consciente de la importancia esencial que entrañaba mantener la unidad en los rangos jacobinos y fortalecer la autoridad del gobierno revolucionario, Chaumette trataba de orientar la dictadura jacobina hacia la lucha contra los elementos de la burguesía animados de un espíritu de especulaciones y de rapiña, buscando los medios de mejorar la condición social de las capas inferiores desheredadas y oprimidas.

La influencia de los jacobinos de izquierda era grande en los órganos de la dictadura revolucionaria. Además, el curso mismo de los sucesos, las necesidades crecientes de la guerra, la resistencia de los elementos contrarrevolucionarios y especuladores, forzaban al gobierno revolucionario a extender la intervención del Estado a todas las esferas de la vida política y económica. La Convención se impuso, pues, severamente a los ricos. Procedió a inventariar el oro y la plata propiedad de particulares. En octubre creó la Comisión central de subsistencias y aprovisionamientos, dotada de poderes muy extensos para reglamentar la vida económica, como el derecho a requisar y disponer de las cosechas. Las dificultades para satisfa-

cer las necesidades del ejército, más numeroso cada día, obligaron a la Convención a dar el decreto de 15 de noviembre (25 brumario), que suprimía la "reserva familiar", al verificar las requisas en los campos. Este decreto daba a las autoridades derecho a requisar todos los haberes y todas las subsistencias de los campesinos. Como lo explicaba la comisión, este decreto hacía propiedad pública todas las reservas de subsistencias de la República. Fue acogido con franca hostilidad por las clases poseedoras en los pueblos, que se resistieron a su ejecución.

Los jefes del gobierno jacobino, opuestos antes al máximo, exigían, ahora que había adquirido fuerza la ley, su estricta aplicación y el castigo riguroso de los saboteadores. Saint-Just y Lebas en misión en Alsacia, dieron una ordenanza característica, prescribiendo al Tribunal criminal del departamento del Bajo Rin arrasar las casas de todos los individuos convictos de dedicarse al agio, o de vender a precios superiores al máximo. En París, el Tribunal revolucionario enviaba a los especuladores a la guillotina.

LA POLÍTICA CULTURAL DE LOS JACOBINOS.

LA "DESCRISTIANIZACIÓN"

Los jacobinos trataban igualmente de cambiar la vida social del país, sus usos y costumbres, sus hábitos, para ponerlo en armonía con sus ideales democráticos y republicanos. Veían en la revolución burguesa el principio de una nueva era de la humanidad, una gran batalla que abriría las puertas a un porvenir radiante. Tomando de modelo la Antigüedad, se imaginaban el mundo nuevo y a ellos mismos envueltos en los pliegues austeros de la antigua simplicidad. Querían ser como los héroes de Esparta, de Atenas y de Roma, cuyas virtudes cívicas celebraban. Y exigían esas virtudes a sus conciudadanos.

La Convención abolió por decreto el uso del "usted" y sólo fue admitido el tuteo. Fueron barridos del teatro, de las letras, de la música todos los temas ligeros y frívolos, para sustituirlos por motivos austeros, ensalzando el valor y los deberes cívicos.

Se creó un nuevo calendario republicano. El año se dividía en doce meses de treinta días cada uno, y los cinco días complementarios, se llamaban *sans-culottides*. El 22 de septiembre, día de la proclamación de la República, era considerado como el primer día del primer mes —vendimiario— seguido de frimario, brumario, nivoso, pluvioso, ventoso, germinal, floreal, prairial, mesidor, termidor y fructidor. Cada mes se componía de tres décadas, cuyos días llevaban nombres de vegetales, de legumbres o de animales. Era obligatorio el uso del calendario republicano.

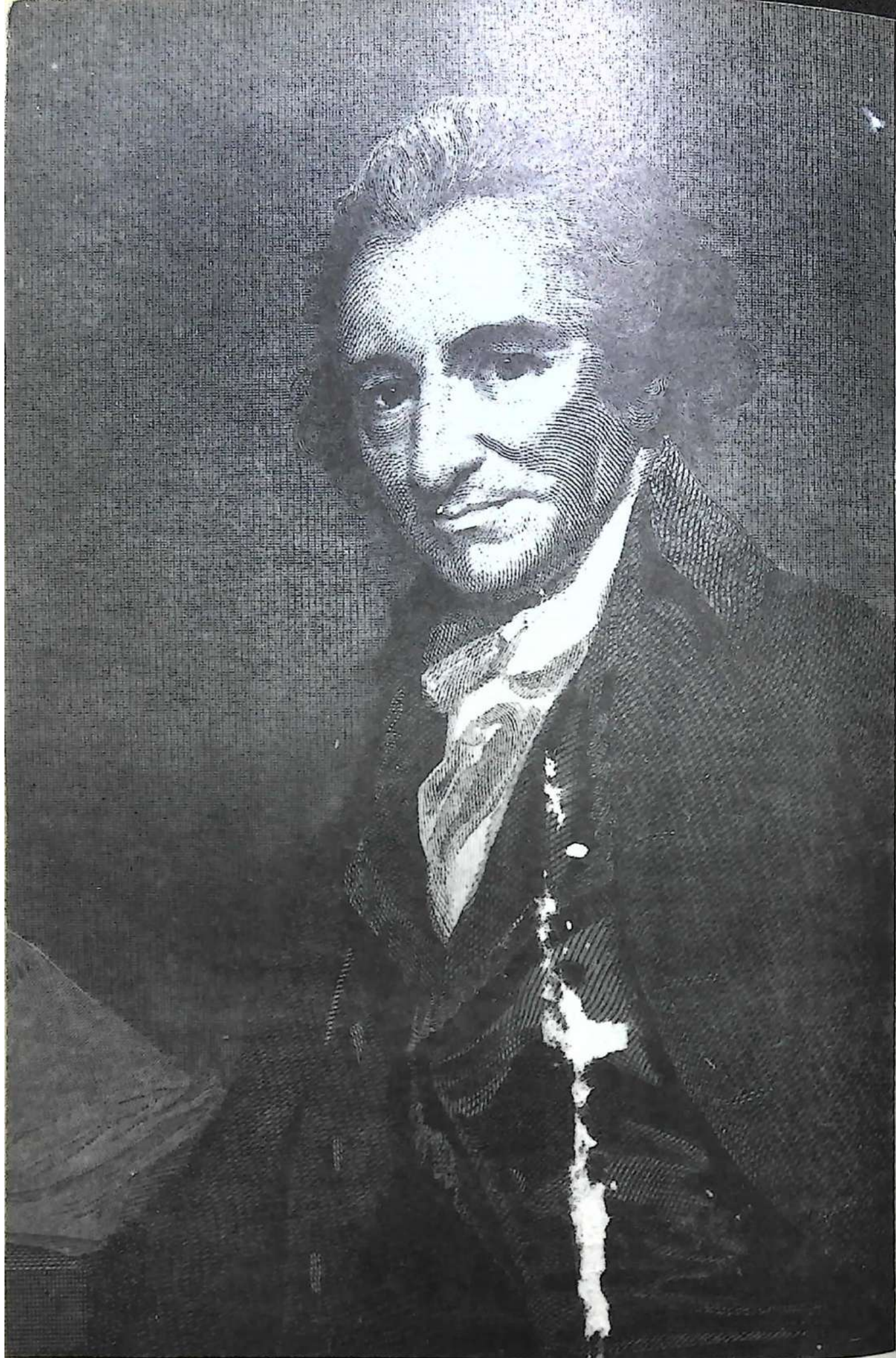
En el curso de la lucha contra los elementos contrarrevolucionarios del clero, en otoño de 1793, el movimiento de “descristianización” llamado a desarraigar la religión y la Iglesia, adquirió gran extensión en toda Francia. En las ciudades y en los pueblos se cerraban las iglesias (Notre Dame de París se convirtió en “Templo de la Libertad”) y se celebraba el “culto a la razón”. Numerosos eclesiásticos, algunos desempeñando un rango elevado en la jerarquía, abjuraron de sus funciones. Algunos jacobinos de izquierda, Chaumette, Hébert, Fuoché, se convirtieron en los promotores y ejecutores de la política de “descristianización”. El gobierno jacobino no sancionó oficialmente este movimiento, pero durante cierto tiempo no puso el menor obstáculo, como si le otorgase una especie de consentimiento tácito. Mas en las ciudades, y sobre todo entre los campesinos, iletrados en su mayoría, que conservaban sus creencias religiosas, esta política suscitó un intenso descontento.

A fines de noviembre, Robespierre criticó duramente la “descristianización” en el club jacobino, ante todo desde el punto de vista político y de los intereses del Estado. Sumándose a la opinión de Robespierre, Chaumette, uno de sus promotores, la condenó también, y poco después Hébert y otros la desautorizaron a su vez. El 5 y el 8 de diciembre, la Convención, a propuesta de Robespierre, publicó un decreto proclamando la libertad de cultos¹. Un informador secreto informó

¹ Buchez y Roux. tomo XXX, pág. 324.



Toussaint Louverture, retrato (Biblioteca Nacional, París)



Thomas Paine, retrato por Romney (foto Craudon)



Carlos Jaime Fox, retrato por Romney



Toma de las Tullerías, cuadro de Jacques Berteaux (Museo de Versailles)

que esta medida había sido tomada muy oportunamente porque el fuego ardía bajo la ceniza, decía, y hubiese provocado muy pronto una explosión. La Convención, sin embargo, no cesó en su lucha contra los elementos del clero que actuaban en las filas de la contrarrevolución.

La amplitud de la revolución, las formas plebeyas de la lucha que marcaban con su sello todas las manifestaciones de la vida económica y social, provocaron un vivo descontento, al principio larvado, en la burguesía y en las capas acomodadas de los aldeanos. Ni la política económica del gobierno jacobino, ni el sistema político creado por él, ni los ideales sociales de los jefes jacobinos, ni su austera moral, respondían a los cálculos rapaces y a la sed de riquezas que espoleaba a los poseedores burgueses.

ENRIQUECIMIENTO DE LA BURGUESÍA

La guerra y las condiciones engendradas por ella, pese a las medidas restrictivas de los jacobinos, crearon un medio favorable al enriquecimiento de los hombres de negocio hábiles y emprendedores, y al desarrollo de la especulación.

La burguesía y las capas acomodadas de las ciudades y de los pueblos se resistían a la política interior del gobierno revolucionario. Comerciantes e industriales escondían sus mercancías y las vendían a escondidas. Los grandes campesinos guardaban el grano y los otros productos del campo. La especulación, convertida en ilegal, continuaba, sin embargo, funcionando en amplia escala. Los elementos propietarios desviaban y falseaban la ley del máximo, que combatían.

El acaparamiento y el tráfico de las especies metálicas, la reventa de los bienes nacionales, la especulación sobre las mercancías deficitarias, los suministros al ejército, eran otras tantas fuentes permanentes para hacer rápidamente fortunas. La política terrorista del gobierno revolucionario era impotente para impedir a los especuladores enriquecerse con las desgracias del pueblo. La nueva burguesía brotaba por todos los po-

ros de la sociedad burguesa, liberada de las trabas feudales.

Con la bandera de una política de “medidas revolucionarias radicales”, algunos elementos del partido jacobino llenaban sus bolsillos con toda suerte de rapiñas. Fréron y Barras, por ejemplo, hicieron así sus fortunas; se habían apropiado de 800,000 libras pertenecientes al Tesoro. No es raro ver a los “ultraterroristas” convertidos más tarde en los principales factores de los golpes de Estado, empezando por el reaccionario de termidor.

DANTON Y LOS DANTONISTAS

La resistencia de los hombres de presa de los medios burgueses frente a la política revolucionaria del gobierno jacobino, aumentaba por días. Encontraba eco en las filas del bloque jacobino, y se hacía cada vez más obstinada, más audaz, a medida que la situación mejoraba en los frentes de los ejércitos.

Dantón se había convertido en el imán que atraía a todos los elementos de la oposición en el seno del bloque jacobino. Después de la muerte de Marat, era con Robespierre la figura más grande de la Revolución. Su papel en los días críticos de 1792, su actividad en los organismos dirigentes de la República, su genio de tribuno popular le aseguraban, incluso fuera de puestos de mando en el gobierno, una gran influencia sobre el pueblo, y continuaba siendo uno de los grandes jefes del partido jacobino. Sin embargo, como escribía Marx, Dantón, “aun cuando se hallase en la cima de la Montaña, era en cierta medida el jefe de los “Marais”.¹ Ardiente patriota dispuesto a combatir furiosamente a los enemigos que atacasen su patria, Dantón no mostraba la misma resolución en las grandes crisis de la política interior. Tanto antes como después de las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio, buscaba un compromiso con los girondinos. En las cuestiones sociales se oponía a la política de las “osadías revolucionarias”, y si alguna vez las sostenía, era únicamente por consideraciones tácticas o para conservar su popularidad.

¹ K. Marx y F. Engels, *Obras*, tomo III, pág. 609 (ed. rusa).

Los tiempos de las audacias revolucionarias habían pasado para Dantón. Por todas sus relaciones, por sus ideas, por su género de vida, por sus inclinaciones personales, por su vivo deseo de vivir en el ambiente de la lucha pero a la vez entre bienes materiales —estaba liado a la joven burguesía de rapaces apetitos que crecían por días— había adquirido una fortuna grande por medios diversos, y no se mostraba escrupuloso en los que empleaba para alcanzar sus fines personales. En otoño de 1793, Dantón se había retirado por algún tiempo a la vida privada, mas aun permaneciendo en la sombra seguía atentamente los acontecimientos y continuaba ejerciendo su influencia sobre la lucha que se desarrollaba en el seno de los jacobinos. A su alrededor se habían agrupado cierto número de miembros conocidos de la Convención y del Club de los Jacobinos, unidos no sólo por sus lazos personales con el antiguo jefe revolucionario, sino también por la comunidad de miras políticas. Camille Desmoulins, Fabre d'Englatine, Philippe Legendre, Delaunay, etc. constituían la corte inmediata de Dantón.

A partir del otoño de 1793, los dantonistas se convirtieron en los campeones de la política de moderación. En forma velada, aunque a veces transparente, pedían el aflojamiento de los resortes revolucionarios y la vuelta al régimen constitucional, el fin del terror, el suavizamiento de la política represiva del gobierno, la creación de un Comité de clemencia, la libertad de prensa, etc.

En política exterior, Dantón sobreestimaba los éxitos militares en los frentes y contaba, equivocadamente, con el advenimiento al poder de la oposición parlamentaria inglesa con Fox a su frente, que trataría la paz con Francia.

Con el tiempo, los “indulgentes”, como se llamaba ya a los dantonistas, se enardecieron cada día más. Sin atreverse aún a atacar directamente a Robespierre y a los comités, concentraban sus baterías sobre los “ultrarrevolucionarios”, llamando así a los jacobinos de izquierda y a los hebertistas, y denuncia-

ban los “abusos” revolucionarios como el mayor peligro para la revolución. En el número 3 de su diario *Le Vieux Cordelier*, Camille Desmoulins, con su brillante talento literario, había, bajo la forma de una digresión en la historia de los emperadores romanos, lanzado el anatema y el ridículo sobre todo el sistema de la dictadura jacobina. Camille Desmoulins, antes amigo de Robespierre y ahora el más cercano seguidor de Dantón, se convirtió, por decirlo así, en el publicista oficial de los “indulgentes”. Su *Vieux Cordelier* era la tribuna de los dantonistas, el órgano de la política de los que querían frenar la revolución.

Eran numerosos, entre los “indulgentes”, los que en sus vidas privadas habían roto con los principios jacobinos, con la fidelidad a los deberes revolucionarios. Las especulaciones de toda índole, las prevaricaciones, el robo, la malversación, el peculado, etc. estaban bastante extendidos entre los diputados y otros hombres políticos que formaban el círculo de amigos de Dantón, gravitaban a su alrededor y mantenían la consigna de la “moderación”. El dantonista Chabot, conocido convencional, miembro del Comité de seguridad general, prestaba, a costa del gobierno y en pago de importantes propinas (se cifraban en 200.000 libras o más), “servicios” ilegales de toda clase a los traficantes sucios, e incluso a los agentes de las potencias enemigas, como el banquero inglés Boyd. Fabre d'Eglantine, íntimo de Dantón, mostraba una ingeniosidad y un espíritu de inventiva extraordinarios para aumentar su fortuna, sin retroceder ante ningún procedimiento para ello, desde la especulación y la concusión, hasta la distracción de fondos públicos y las denuncias falsas. En la liquidación de la Compañía de las Indias Orientales, Chabot, Basire, Delaunay, Fabre d'Eglantine y Julien, (de Toulouse), percibieron de esta compañía una comisión de 500.000 libras en pago de una maniobra fraudulenta en perjuicio del Estado. Las relaciones sucias de estos rapaces negociantes no se limitaban al mundo de la especulación clandestina; se hallaban también en relación con toda

una banda de aventureros, de espías, de agentes extranjeros, tales como el barón de Batz, los hermanos Frey, Proli, el banquero Simon, etc.

La nueva burguesía especuladora burguesa encontraba en los dantonistas su representación política.

HEBERT Y LOS HEBERTISTAS

Por otra parte, en el curso del invierno 1793-1794, se vio cómo se acentuaba contra el grupo de Robespierre a la cabeza del gobierno revolucionario, la presión de la izquierda, es decir, del ala izquierda jacobina y del grupo hebertista que acababa de separarse. La fracción hebertista se presentaba como enemigo irreconciliable de los dantonistas, y aparecía como su antípoda. Pero no era homogénea. Su jefe, el brillante periodista Hébert, liado desde fines de 1791 con los jacobinos de izquierda, había aceptado en conjunto sus puntos de vista y sus argumentos. Mientras combatía a los "Rabiosos", adoptaba sus consignas y sus reivindicaciones, que eran siempre populares entre los *sans-culottes*. Había tomado parte en las jornadas del 10 de agosto y del 31 de mayo, y en 1793 había sido suplente de Chaumette en la Comuna. Había dado a su diario *Le Pere Duchesne* el carácter de una hoja popular militante. Invitaba ese diario a que se hiciese justicia con los enemigos de la revolución, fulminando sus rayos contra los curas y los aristócratas, los especuladores y los acaparadores.

A partir de noviembre-diciembre de 1793, Hébert había empezado a despegarse de los jacobinos de izquierda, discrepando de ellos en una cuestión esencial: la actitud frente al gobierno revolucionario, y después sobre otros puntos, acabando por formar su propio grupo.

Hébert proponía resolver todas las dificultades de la Revolución con la ayuda de la "santa guillotina". Quería una reforma radical del sistema de la justicia revolucionaria: la abolición del Tribunal revolucionario constituido de modo permanente y el procedimiento ordinario, que debían sustituirse

Los hebertistas se apoyaban sobre todo en una fuerza armada efectiva. El ejército revolucionario, compuesto de elementos plebeyos, había desempeñado al principio un papel muy útil para aplastar la contrarrevolución. Mas cuando Ronsin y sus otros jefes se pusieron a reclamar la ampliación de sus poderes, el Comité de Salud Pública, alarmado ante la creciente independencia de los mandos de esa fuerza, rehusó el aumento de los efectivos reclamado por Ronsin, y reforzó su control del ejército. En noviembre Ronsin y Vincent fueron detenidos, aunque al poco tiempo quedaran en libertad.

LA CRISIS DEL BLOQUE JACOBINO

Dos fracciones —hebertistas y dantonistas— libraban una lucha encarnizada. Los unos y los otros trataban de cambiar el régimen de la dictadura revolucionaria dirigida por Robespierre, Saint-Just y Couthon. De esa única coincidencia vino una serie de tentativas para establecer contactos entre los dos grupos de la oposición. Dantón contribuyó enérgicamente a que se pusiese en libertad a Ronsin y a Vincent. En las dos fracciones había hombres unidos a los medios dantonistas y hebertistas a la vez.

Robespierre y Saint-Just dirigieron una advertencia amenazadora, tanto a los hebertistas, como a los dantonistas. Pero el gobierno revolucionario representaba un bloque heterogéneo de elementos burgueses, plebeyos y campesinos, y era incapaz de seguir una línea política única y consecuente.

La situación de la República permanecía aún extremadamente crítica. La crisis de las subsistencias era todavía muy aguda. Medios importantes de la burguesía se resistían al máximo y violaban y desconocían sus disposiciones. En el seno del aparato gubernamental, los “indulgentes” trataban de atenuar la ley y las medidas contra los acaparadores y los especuladores. En diciembre, lograron que se suspendiese la aplicación de la ley que castigaba con la pena de muerte a los acaparadores.

Los *sans-culottes* cayeron de nuevo en la triste miseria, y el París plebeyo tuvo hambre una vez más. Los hebertistas exigían una intensificación de la represión.

ACTIVIDAD SUBERSIVA DE LOS AGENTES CONTRARREVOLUCIONARIOS

Los diversos elementos contrarrevolucionarios se arreglaban, por todos los medios, para explotar contra la República las contradicciones internas y la lucha en el seno del bloque jacobino.

En Francia operaba en aquella fecha una nube de espías, de conspiradores, de agentes diversos, enviados por los gobiernos de la coalición contrarrevolucionaria, y en particular por el de Londres. Muchos de estos elementos se presentaban como revolucionarios extranjeros refugiados, y así lograban adquirir cierta influencia. Los hermanos Schoenfeld, espías austriacos que habían adoptado en Francia el nombre de Frey, habían atraído a su alrededor, por medio de la corrupción y otros caminos semejantes, a los miembros del Comité de Seguridad General, Chabot, Basire, y algunos otros jacobinos notables. Chabot, Basire, Delaunay y consortes se hallaban, además, implicados en el escándalo de la Compañía de las Indias Orientales, convictos de graves dilapidaciones y malversaciones. Numerosos personajes turbios maniobraban en torno a Dantón. Otro espía austriaco, el banquero belga Berthold Proly, aventurero redomado que durante algún tiempo publicó el diario *Le Cosmopolite*, había conseguido infiltrarse en el aparato del Estado y ganarse la confianza de miembros importantes del gobierno jacobino. Secretario de Héroult de Séchelles, miembro del Comité de Salud pública, Dantón le encargaba de ciertas misiones diplomáticas y gozaba de la protección de Collot d'Herbois. En otoño de 1793, Proly y sus compadres, Defieux, Pèreire y otros, habían fundado el "Comité central de las sociedades populares", organización que había adoptado una postura ultraizquierdista y reclamaba que el Estado tomase en su mano la "descri-

tianización". Este camuflaje facilitaba a Proly y a sus cómplices la ejecución de su trabajo de espionaje y de contrarrevolución. Proly, Pereire y Defieux fueron detenidos más tarde. En el curso de su primera detención, en invierno de 1793-94, Ronsin y Vincent, según lo confirmaron en el proceso de los hebertistas, entraron en relación con el grupo Proly-Pereire. Estas relaciones perduraron después de su liberación.

La proliferación de la actividad de los grupos de espionaje contrarrevolucionario agravaba aún más una situación ya extremadamente tensa.

LOS DECRETOS DE VENTOSO

El 8 ventoso (26 de febrero), Saint-Just tomó la palabra en la Convención para exponer el programa del Comité de Salud Pública. En ese discurso denunció a las gentes que querían obligar a la revolución a replegarse y someterse a su influencia.¹

El programa de Saint-Just tendía a reforzar la dictadura jacobina y a la liquidación de sus enemigos. "Lo que constituye una república es la destrucción total de cuanto se opone a ella ... No es sino en la gleba, en lo que está fundada la libertad del pueblo ..." Saint Just no dejaba a los adversarios de la dictadura jacobina la menor ilusión en cuanto al hecho de no estar dispuesto a renunciar a los métodos de la lucha plebea y revolucionaria. Aún más, afirmaba que la revolución debía proseguir su marcha. "Los que hacen las revoluciones a medias, no hacen sino cavar sus propias tumbas", afirmó, y a continuación propuso los medios concretos para hacer progresar la revolución: "Las propiedades de los patriotas son sagradas, pero los bienes de los conspiradores están ahí para todos los desgraciados."

A propuesta de Saint-Just, la Convención decretó el 8 y el 13 ventoso (26 de febrero y 3 de marzo), que los bienes de los ene-

¹ Saint-Just. *Discours et rapports, Sur les personnes incarcérées*, (8 ventoso, año II, 26 de febrero 1794, Paris 1957), págs. 136, 141, 145.

migos de la revolución debían ser confiscados y distribuidos gratuitamente entre los patriotas necesitados. Se ordenaba a todos los Comités de Salud Pública y de Seguridad General que examinasen el caso de cada uno de los detenidos desde el 1 de mayo de 1793, bajo acusaciones políticas, a fin de examinar quiénes de entre ellos debían ser puestos en libertad, y quiénes eran declarados enemigos de la revolución, lo que llevaba anejo la confiscación de bienes. El Comité de Salud Pública debía formular, sobre la base de los informes facilitados por las comunas, la lista de los patriotas pobres, entre los que serían distribuidos los bienes confiscados a los enemigos de la revolución.

Los decretos de ventoso tenían una enorme importancia política y de principio. Estos decretos expresaban la aspiración igualitaria de las capas "inferiores" del pueblo en el seno de la revolución burguesa. Su realización aumentaría el número de pequeño propietarios creados por la revolución y sacados por ella de entre la masa de los miserables, y el de los campesinos pobres. Con ello, esos decretos debían ampliar la base democrática de la revolución, sobre todo en los campos. Al mismo tiempo, los decretos de ventoso colocaban a los elementos contrarrevolucionarios de la burguesía y a los restos de la nobleza bajo la amenaza directa de su desarme económico y político. Estos decretos no podían menos de ser acogidos con franca hostilidad en los medios de la burguesía y entre las clases propietarias en general. Los elementos avariciosos de la burguesía y de los campesinos acomodados, los que se dedicaban a la especulación, a las rapiñas, a la reventa de las mercancías, a los negocios fraudulentos de toda índole, los que violaban en una u otra forma las leyes gubernamentales, corrían constantemente el riesgo de ser incluidos en la lista de "enemigos de la revolución", y como consecuencia, de ser totalmente expropiados.

No es, pues, sorprendente que la aplicación de los decretos de ventoso topase con una resistencia sorda y un sabotaje cons-

tante, tanto en la Convención como en el seno mismo del aparato gubernamental.

Y en la práctica, se convirtieron en letra muerta. En esto se manifestaba también la estrechez de miras de los jacobinos, incapaces de tomar en mano de modo resuelto y decidido la defensa de los intereses de los pobres. Sin embargo, el solo hecho de que la Convención hubiese votado los decretos de ventoso estimulaba las tendencias contrarrevolucionarias de la antigua y de la nueva burguesía, deseosas de liberarse cuanto antes de la dictadura jacobina.

En el pueblo, los decretos fueron acogidos con un inmenso entusiasmo. Un agente secreto informaba el 4 de marzo que esta ley popular había suscitado la alegría general; los ciudadanos se felicitaban y se abrazaban. Para Chaumette, estos decretos bienhechores eran los más democráticos que jamás hubiesen existido.

LA OFENSIVA DE LOS HEBERTISTAS Y SU FINAL

Los decretos de ventoso privaban de su fundamento a las críticas de los hebertistas contra el gobierno revolucionario. Sin embargo, al día siguiente del voto de los decretos sobre la confiscación de bienes de los enemigos de la revolución y del reparto de los mismos entre los no poseedores, el 4 de marzo (14 ventoso) los hebertistas intentaron desencadenar un movimiento revolucionario en París.

En el discurso que pronunció en los Cordeliers el 22 de febrero, Hébert había denunciado por vez primera abiertamente el peligro que representaba el partido de los "adormecedores". En este calificativo comprendía a Robespierre y a sus partidarios. Propuso en aquella ocasión, para poner fin a la carestía de las subsistencias, enviar a los campos y pueblos al ejército revolucionario, "guillotina en cabeza". Tal era el medio que preconizaba para acabar con la "codicia de los habitantes de los campos", que él llamaba "niños mimados de la revolución".

En el Club de los Cordeliers, sus partidarios habían cubierto ese día con un velo la Declaración de los Derechos del Hombre. Como se deduce de las piezas del proceso, los hebertistas preparaban un golpe de Estado. Contaban con utilizar para este fin al ejército revolucionario bajo el mando de Ronsin, a quien habían confiado la dirección de esta empresa. Según las declaraciones de los testigos, se proponían dar el poder a un dictador: el "gran juez".

Los hebertistas contaban con el apoyo de la Comuna y de las secciones parisienses. Mas no sólo la Comuna y su jefe Chaumette, a quienes se habían dirigido, se negaron a unirse a la insurrección, sino que condenaron la tentativa. Entre los jacobinos de izquierda, sólo algunos individuos aislados, tales como Momoro, se dejaron arrastrar. Las secciones se pronunciaron igualmente contra los hebertistas. París no les apoyó. Dándose cuenta de que su llamamiento a la insurrección no encontraba eco, los hebertistas se replegaron.

El 14 de marzo, Hébert, Ronsin, Vincent y otros fueron detenidos. Llevados ante el Tribunal revolucionario, se unió su proceso al del grupo Proly-Pereire. El 24 de marzo, todos los acusados, salvo uno, fueron ejecutados. El ejército revolucionario fue licenciado y disuelto.

Independientemente de las intenciones subjetivas de los diversos participantes, la tentativa hebertista marcaba la escisión del bloque jacobino sobre el cual se apoyaba la dictadura revolucionaria.

En el discurso pronunciado por Saint-Just el 13 de marzo, la víspera de la detención de los hebertistas, los "indulgentes" habían oído ya algunas alusiones amenazadoras para ellos. El discurso de Robespierre el 24 de marzo, antes del suplicio de los hebertistas, resonó como una siniestra advertencia en los oídos de los partidarios de Dantón, aun cuando éste último no fuese citado nominalmente. El día de la detención de los hebertistas fue igualmente detenido el editor del diario de Camille Desmoulins: el número 7 del *Vieux Cordelier*, incautado

en su domicilio, contenía ataques de una violencia sin par contra la dictadura jacobina. Los dantonistas pasaban abiertamente a la propaganda antirrevolucionaria.

Seis días después de la ejecución de los hebertistas, el 30 de marzo (9 germinal), los Comités decidieron detener a Dantón, a Camille Desmoulins y a Philippeaux.

Dantón estuvo convencido hasta el último minuto de que Robespierre y Saint-Just "no osarían" tocarle. A quienes la víspera de su detención le aconsejaban la huida, contestó con la famosa frase: "¿Es que se lleva uno la Patria en la suela de los zapatos?"

El gobierno, para acabar con la facción dantonista, hubo de vencer una resistencia cada vez más enconada.

En la Convención, la propuesta formulada por los Comités de llevar a Dantón y a sus compañeros ante el Tribunal revolucionario, provocó cierto embarazo. Legendre, amigo de Dantón, elegido la víspera presidente del Club de los Jacobinos, pidió que la Convención oyese a los acusados antes de tomar una decisión. Una ola de murmullos recorrió los bancos del "Marais". Por un momento pareció como si la Asamblea fuese a volverse contra el gobierno revolucionario. Pero Robespierre habló, tranquilo, casi altivo en su resolución; Saint-Just habló también y la Convención votó unánime la proposición de los comités. Legendre, aterrado, perdido, se excusó humildemente ante la Asamblea y ante Robespierre.

PROCESO Y MUERTE DE LOS DANTONISTAS

El 2 de abril (13 germinal) se abrió el proceso de los dantonistas. Como los debates de la víspera en la Convención, mostró la cantidad y calidad de los esfuerzos necesarios para que el gobierno pudiese aplastar la facción sediciosa. Además de los dantonistas detenidos el 30 de marzo, a los que se habían unido Hérault de Séchelles y Westermann, inculpados de conspiración "tendiente a restablecer la monarquía", el Tribunal hizo comparecer a Fabre d'Englantine, Chabot, Basire, los her-

manos Frey, cuyo papel de espías de Austria nos es conocido, etc., detenidos antes por el asunto de la Compañía de las Indias Orientales: en total 16 personas. Los principales acusados se mostraron en forma provocadora. Contaban librar la batalla ante los jueces. Cuando se le preguntó cuál era su domicilio, Dantón contestó: "Mi domicilio será pronto el más allá, y mi nombre vivirá en el Panteón de la Historia". Y Camille Desmoulins, a quien se le preguntaba su edad, contestó: "La edad del sans-culotte Jesús: 33 años". Dantón hizo de su defensa una requisitoria contra los comités, llamando a sus acusadores para que compareciesen y anunciando que los reduciría a polvo. "Los hombres de mi temple", decía, "son inapreciables; su frente lleva la marca indeleble de la libertad, del genio republicano". Apeló a París, a toda Francia, y su poderosa voz ahogaba la campanilla del presidente y atraía a las masas sobre la plaza, delante del Tribunal. La violenta diatriba de Dantón provocó movimientos vivos en el pueblo y alcanzó enorme eco en la capital. Para levantar la opinión pública, los acusados citaron a numerosos testigos miembros de la Convención. Al tercer día del proceso, su desenlace permanecía dudoso. La intervención del Comité de Salud Pública apresuró el final. El 15 germinal (4 de abril), el Tribunal dictó sentencia de muerte.

El 16, los acusados fueron ejecutados. En el camino del caldoso, Camille Desmoulins lloraba, Dantón juraba y maldecía.

El 10 de abril, cinco días después del suplicio de los dantonistas, se abrió el proceso de Chaumette y de algunos otros acusados, arbitrariamente reunidos en la misma hornada. Pese a que Chaumette había condenado expresamente la tentativa hebertista, había sido detenido poco después bajo la acusación de intentar transformar las Comunas en órganos legislativos opuestos a la Convención, y de otras acusaciones no mejor fundadas. El 13 de abril, Chaumette fue ejecutado. Su muerte, y el arresto de otros jacobinos de izquierda, mostraba de modo palpable la ambigüedad y la inconsecuencia propias de los re-

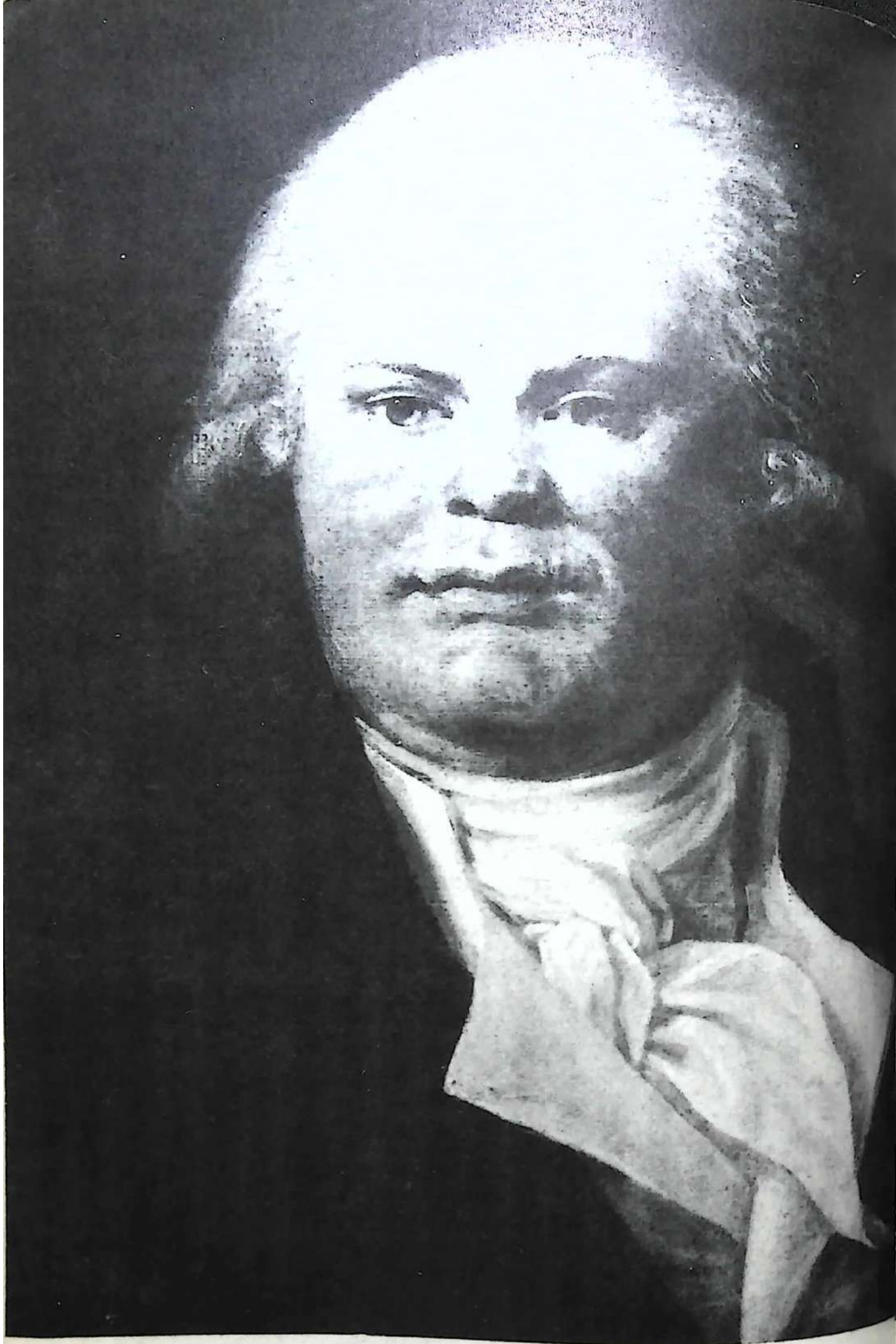
volucionarios burgueses, de Robespierre y de sus camaradas. Tras el golpe dado con una mano a los enemigos de la revolución, daban con la otra un nuevo golpe a sus amigos y a sus defensores. El suplicio de Chaumette debilitó las fuerzas de la revolución y despegó de la dictadura jacobina a una parte considerable de las capas plebeyas que la sostenían.

Entretanto, Robespierre y sus partidarios se mostraban incapaces de llevar hasta el fin la lucha contra las dos facciones vencidas: hebertistas y dantonistas. Los hebertistas notorios: Colot d'Herbois, Fouché, Carrier, etc. que habían participado directamente en la tentativa de insurrección, escaparon al castigo y conservaron su influencia política. Los compañeros y amigos políticos de Dantón y de Desmoulins —Legendre, Tallien, Fréron, Thuriot y otros— continuaron desempeñando un papel político importante.

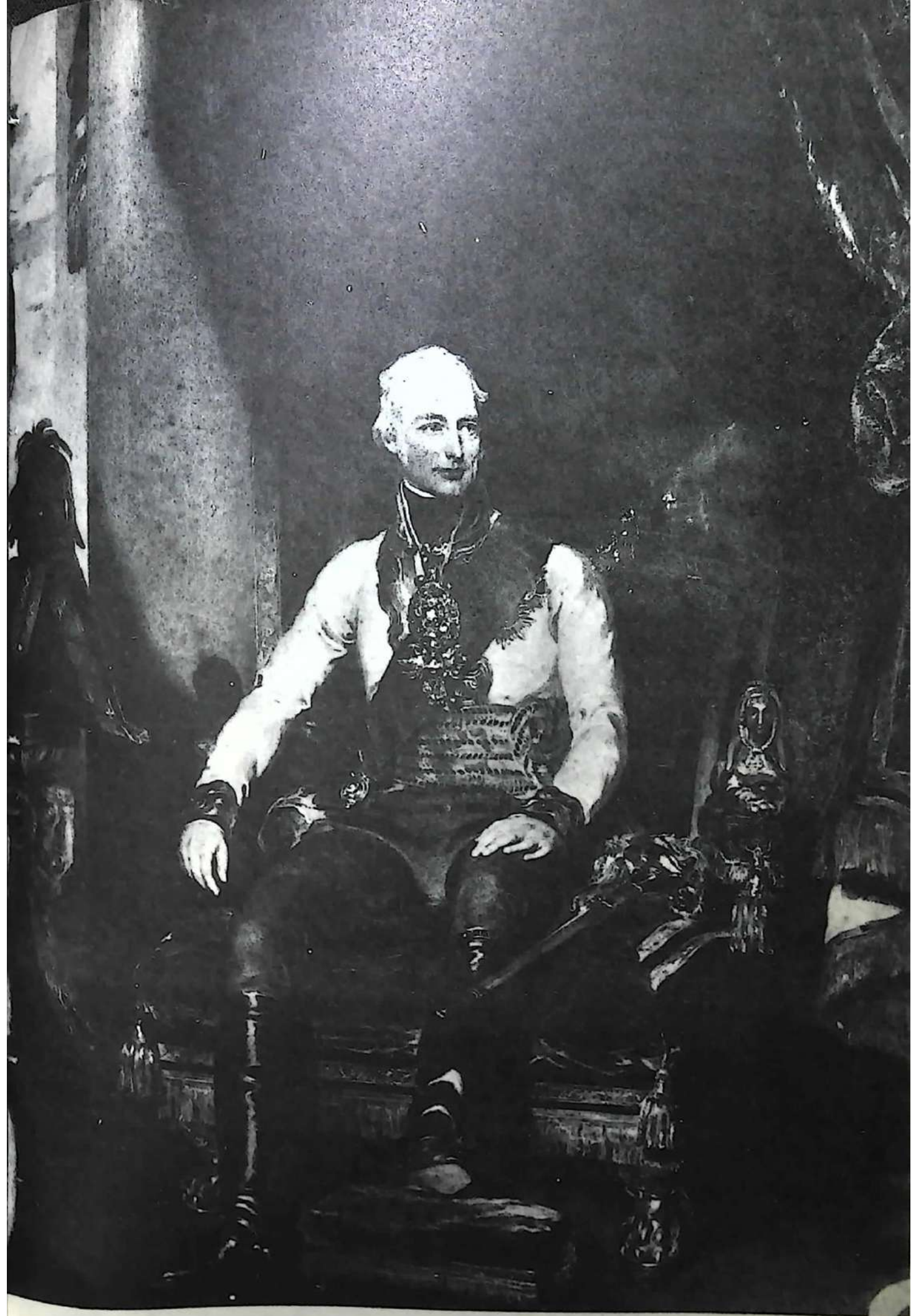
La situación militar de la República, todavía extremadamente tensa en la primavera de 1794, había facilitado al grupo jacobino, dirigido por Robespierre, la destrucción de las facciones hebertista y dantonista. En ventoso-germinal del Año II, la crisis de la dictadura jacobina había sido salvada, al menos en la superficie. Mas la lucha en el campo jacobino no había terminado; su continuación y su desenlace sólo habían quedado aplazados.



Alistamiento de voluntarios en 1792 (Museo de Versalles)



Danton, retrato (Museo Carnavalet, París)



Francisco I, emperador de Austria, retrato hecho por sir T. Lawrence
(Museo de Chantilly)



la révolution --
 est propre à diviser le
 ton usé par cette note
 en crime il étoit l'œuvre
 le commencement de la
 victoire attachés que
 d'ont ils se couraient
 anéantir et de république
 a l'humaine, dans les
 de, barbare et bascule
 et de leur réputation,
 manifeste. non il faut
 nt avec la Fayette, avec
 a méconnaître avec
 le celui qui fit rombre
 un conseil; on assure
 a été purgé d'un jour.

même que le pour un
 le fait d'un remboursement est facile à
 prouver.

CAPITULO

X

Caída de la dictadura jacobina
el 9 termidor

LAS VICTORIAS. FLEURUS

En primavera de 1794, la dictadura jacobina podía parecer más asegurada y firme que nunca. El territorio francés estaba limpio de enemigos. Los ejércitos de la República, superiores al adversario por su espíritu guerrero, la conciencia de su misión, su material y arte militar, estaban desplegados en frentes inmensos, dispuestos a combates decisivos.

Tras unos pequeños fracasos parciales, la campaña de primavera habíase iniciado de modo excepcionalmente brillante. En Italia, las tropas francesas habían entrado en territorio de la República de Génova. Contra los españoles, las operaciones marchaban tan bien que en el seno del gobierno se discutía la suerte futura de Cataluña. En los frentes del norte y el nordeste, donde la caída de Landrecies, tomado en abril por los

austriacos, parecía crear de nuevo una amenaza para París, la situación había sido rápidamente salvada. El 29 floreal (18 de mayo), el ejército del Norte había batido a los austriacos en Tourcoing, tomándoles 60 cañones y haciéndoles dos mil prisioneros. El ejército de las Ardenas, reorganizado por Saint-Just y Lebas, inspirado por la voluntad de vencer, había tomado la iniciativa de las operaciones: tras seis tentativas, había logrado al fin pasar el Sambre. Entretanto, el ejército del Nordeste, rompiendo la resistencia del enemigo, tomaba Ypres el 29 prairial (17 de junio); 80 cañones y 5,800 prisioneros quedaban entre sus manos.

El 7 mesidor (25 de junio), tras el paso del Sambre, el ejército de las Ardenas había tomado Charleroi. A la mañana siguiente, 8 mesidor (26 de junio), en Fleurus, los franceses bajo el mando de Jourdan destruían las fuerzas principales del enemigo.

La batalla de Fleurus fue disputada con un feroz encarnizamiento por ambas partes. Los adversarios se daban perfecta cuenta de que la batalla decidía toda la campaña. Pese a todos los esfuerzos de los franceses, a la inflexible resolución y a los talentos militares de Jourdan, su general en jefe, y al valor de sus lugartenientes Marceau, Kléber, Ney, Lebeuvre, a la mitad de la jornada el éxito se inclinaba del lado de los aliados. Presionados por las fuerzas superiores del enemigo, los franceses empezaban a retroceder en los puntos más esenciales de la línea. En ese momento crítico, en que el enemigo empezaba a cantar victoria, el entusiasmo revolucionario y el valor personal de los franceses salvaron una situación que parecía desesperada. Cuando su división empezaba a batirse en retirada, Marceau, a la cabeza de un puñado de hombres, permaneció inmovible en sus posiciones; le mataron dos caballos, pero resistió el asalto y llevó su división al contraataque. En el orden del día, el Comité de Salud Pública le llamaba el "león del ejército francés".

En el flanco izquierdo, los soldados de Kléber, agotados, diezmados, rechazaban los furiosos ataques del enemigo. Un

gran impulso de entusiasmo corrió por las filas de los soldados: "¡Los franceses no reculan!". Esta consigna, repetida por miles de bocas, corrió de un extremo a otro de las líneas francesas. La fortuna cambió de campo. Jourdan lanzó hacia delante a la división Lefebvre, que permanecía en reserva; el choque violento e inesperado introdujo el desorden en las filas enemigas. Marceau y Kléber sostuvieron el esfuerzo de Lefebvre. Los franceses, que se plegaban ante el enemigo, volvieron el ataque con ímpetu irresistible. Los ejércitos aliados fueron completamente desechos. La República lograba una victoria aplastante sobre el enemigo.

Fleurus abrió las puertas de Bélgica. Bruselas, Lieja y Amberes fueron ocupados en el curso de las dos semanas siguientes. La guerra se había trasladado a las fronteras de Holanda.

La victoria decisiva de Fleurus no sólo disipaba la amenaza de invasión que pesaba sobre Francia, sino que abría a sus tropas amplias perspectivas de operaciones ofensivas en territorio del adversario.

La coalición estaba en vísperas de disolverse. Toda esperanza de acabar con la República se había desvanecido. La insurrección de los polacos, bajo la dirección de Kosciuszko, agravaba las contradicciones internas y las dificultades en el campo de la coalición. Prusia, Austria y Holanda, cada una por su lado, por intermedio de países neutrales, trataban de buscar las condiciones de un acuerdo separado con la República victoriosa.

LA POLÍTICA ECONÓMICA Y SOCIAL DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO EN PRIMAVERA Y VERANO 1794

La situación del país había mejorado también desde el punto de vista de las subsistencias. Las privaciones y el hambre se hacían sentir menos en las ciudades. De los Estados Unidos había llegado a Brest el primer gran convoy de aprovisionamiento. El gobierno multiplicaba las compras en los países neutrales. Las siembras de primavera habían sido buenas en

1794, y en los campos maduraban espléndidas cosechas. Para la campaña de siembra había sido preciso acudir a medidas de excepción. La falta de mano de obra en los pueblos había obligado a la Convención a decretar la requisa de los obreros agrícolas. Esta medida había provocado el descontento de las capas "inferiores" en el campo. Los comités hacían pasar en primer lugar las necesidades de la defensa, pero en ese caso lesionaban gravemente los intereses de los pobres, a los que se les imponía nuevas cargas, sin mejora alguna en su miserable condición, con indiferencia por sus sufrimientos y su miseria.

Mientras se mantenía en lo esencial la antigua orientación de la política económica, el gobierno revolucionario, teniendo en cuenta el cambio sufrido por la situación militar y la perspectiva de un fin próximo de la guerra, comenzó a sondear prudentemente el terreno en una nueva dirección.

Para asegurar el desarrollo económico y elevar la capacidad de defensa del país, el gobierno jacobino se había visto obligado a fomentar el desarrollo de la industria. El Estado acordaba a las empresas créditos, subvenciones y otras formas de ayuda. La industria, en particular la de guerra, aumentó considerablemente su producción en 1794.

En busca de medios para activar y fomentar la actividad económica del país y aumentar el bienestar material, el Comité de Salud pública atenuó algo las restricciones impuestas a los pequeños comerciantes. Se les concedió una relativa latitud para mejorar el aprovisionamiento de las ciudades. Mas el gobierno guardaba siempre en sus manos todos los resortes del comercio exterior y continuaba ejerciendo un control riguroso sobre el gran comercio. Las tarifas de ciertos productos fueron ligeramente elevadas, pero el máximo permanecía integralmente en vigor, pese a todas las reclamaciones de la turba de los especuladores burgueses. Las cartillas de la carne fueron instituídas en París en el mes de abril, lo que permitió a los pobres procurarse carne a precio de tasa. Sin embargo, si en cuanto a los artículos de consumo se atenían los Comités a la

política del máximo, aplicaban esa política con igual insistencia en lo referente a los salarios. En ciertas ramas de la industria, por ejemplo en las fábricas de guerra, habían sido aumentados ligeramente, pero ello no satisfacía, ni podía satisfacer, a los obreros. La penuria de mano de obra en el país, la remuneración más elevada del trabajo por acuerdo libre, la depreciación de la moneda, la carestía de artículos de consumo en el mercado libre, eran causa de la lucha obrera por aumentar los salarios. Los Comités prohibían a los obreros coaligarse a este efecto, y les obligaban a trabajar sobre la base de la legislación existente. La lucha en el seno de los Comités alcanzaba evidentemente también a las cuestiones de política obrera. Así, en la proclama de la Comuna redactada en la noche del 9 al 10 termidor, se hablaba de “ese Barere, que ha hecho fijar el precio de las jornadas de los obreros, para hacerles perecer de hambre”.¹

Tras el aplastamiento de las “facciones”, la centralización de los poderes gubernamentales se acentuó en todo el país. Fueron suprimidos ministros y ministerios, y reemplazados por 12 comisiones enteramente subordinadas al Comité de Salud Pública. La Comuna de París fue “depurada” y renovada. Payan fue nombrado agente nacional,² en lugar de Chaumette, y más tarde Fleuriot-Lescot reemplazó a Pache en el puesto de alcalde de París. Pero los cambios en el seno de la Comuna de París no fueron sólo de las personas; los individuos sospechosos de lazos estrechos con Hébert o con Chaumette fueron sustituidos por partidarios de Robespierre. La fisonomía social de la Comuna permaneció la misma, y los representantes de la plebe parisiense constituían, como antes, la mayoría de sus miembros. Temiendo la infiltración de elementos antijacobinos en las sociedades populares y en las secciones, el gobierno redujo su número y la frecuencia de sus reuniones. Pero el Club de los Jacobinos y sus filiales de provincias seguían siendo, co-

¹ A. Soboul *Les sans-culottes parisiens de l'An II*, págs. 873-1036.

² Ese era el nombre dado al primer magistrado de la Comuna.

mo en el pasado, la tribuna política de la dictadura revolucionaria y democrática.

El gobierno trataba de reforzar el orden y la legalidad revolucionaria en el país. Los tribunales revolucionarios fueron abolidos en provincia, y todos los asuntos serios fueron confiados en lo sucesivo a la jurisdicción del Tribunal revolucionario de París. Los comités castigaron con la mayor energía a los concusionarios y a los dilapidadores. Mantenían en un perpetuo pánico a los partidarios del antiguo régimen, a los extranjeros, cuya estancia en París y en las zonas fronterizas estaba prohibida, y continuaban castigando severamente a todos los sospechosos de actividades contrarrevolucionarias. Los jóvenes que habían demostrado su lealtad durante la revolución eran promovidos a los puestos de mando. Robespierre hizo su nombre de confianza de Jullien (hijo), joven de 20 años, encargándole las misiones más importantes: el control de la actividad de los Comisarios de la Convención en las provincias. El gobierno concedía la mayor importancia a la educación del pueblo, y trataba de realizar el decreto sobre la instrucción primaria obligatoria.

Sin embargo, el gran programa de reformas sociales proclamado en los decretos de ventoso, quedaba prácticamente inaplicado. El establecimiento de las listas de los no poseedores y el juicio de los sospechosos detenidos se llevaba adelante lentamente. La legislación de ventoso tropezaba con resistencias, tanto en el centro (en el seno del gobierno) como en el resto del país.

El 22 floreal (11 de mayo), a propuesta de Barere, la Convención votó la creación del "Libro del socorro nacional", censo de los inválidos, de los huérfanos, de los impedidos y de los ancianos, con derecho al auxilio del Estado. Al fin del mes, un socorro de 15 a 20 sous por día fue instituido en favor de los indigentes de París. Esta legislación expresaba claramente el deseo del gobierno revolucionario de defender los intereses de la plebe y de conservar su apoyo. Pero al mismo tiempo, la parte de los medios gubernamentales que se oponía a los de-

cretos de ventoso, trataba de sustituir las medidas de socorro público por los decretos que prescribían el reparto de los bienes de los contrarrevolucionarios entre los no poseedores.

EL CULTO DEL "SER SUPREMO"

Los jefes jacobinos se daban cuenta de que sólo una empresa política nueva y grande, un gran programa, eran capaces de atraer y unir al pueblo en torno del gobierno revolucionario. Mas seguían siendo unos revolucionarios burgueses con toda la estrechez que ello comporta. No comprendían, ni querían comprender, las aspiraciones y las reivindicaciones de los pobres de las ciudades y de los campos; ni veían, ni sabían en qué sentido orientar y hasta dónde llevar la solución de las grandes cuestiones sociales. El fracaso de los decretos de ventoso era una prueba manifiesta. Los jacobinos buscaban una salida en el terreno religioso. El 18 floreal (7 de mayo) Robespierre expuso a la Convención su gran proyecto sobre el culto del "Ser Supremo". Rechazando a la vez el ateísmo y el catolicismo, preconizaba, de hecho, una nueva religión de Estado —el culto del "Ser Supremo"— de la naturaleza. No era una invención personal de Robespierre. La idea estaba bastante extendida. Ya en abril de 1793, el convencional André Pomme, sin relación alguna con Robespierre, había propuesto inscribir en la Constitución la idea del "Ser Supremo". Pero Robespierre quería hacer de ese culto el fundamento ideológico y moral de la nueva sociedad republicana. El culto del Ser Supremo era la práctica de los deberes del hombre, se decía en el decreto de la Convención dado a propuesta de Robespierre. Este invitaba a los franceses a unirse en el nuevo culto, y contaba, lo que por su parte era un profundo error, con que la nueva religión republicana iba a restablecer la unidad de la nación.

Una gran salva de aplausos saludó su discurso, y la Convención votó el decreto por unanimidad. El 20 prairial (8 de junio), la Fiesta del Ser Supremo fue celebrada en París con gran

pompa. Robespierre llevaba en su mano un ramo de flores y un manojo de espigas de avena, y marchaba en cabeza de los miembros del gobierno. Pronunció un discurso. La muchedumbre había saludado su aparición con ovaciones entusiastas. Jamás se había congregado tanto público en la Convención, a no ser en la sesión de la víspera en que había sido elegido presidente. La popularidad y la gloria de Robespierre estaban en su apogeo. El prestigio del gobierno revolucionario en el extranjero y en el interior era inmenso. El gobierno parecía más seguro y más fuerte que nunca. Mas Robespierre y sus amigos se daban cuenta de la verdadera situación. "La Revolución está congelada", reconocía Saint-Just, lleno de sombríos presentimientos.¹

"Patriotas... no os adormezcáis en una falsa seguridad..." así hablaba Robespierre a los jacobinos en prairial.

"Patriotas puros, se os hace una guerra a muerte, salvaos, salvad con vosotros a los amigos de la libertad".²

¿Qué hechos motivaban estas llamadas amargas? ¿Cuáles eran las causas de tanta alarma en los jefes del partido jacobino?

FORMACIÓN DEL NUEVO BLOQUE ANTIRROBESPIERRISTA

La liquidación de dantonistas y hebertistas estaba terminada en abril, mas desde fines de este mes y principios de mayo un nuevo complot se tramaba contra Robespierre y sus partidarios. Esta nueva conspiración era infinitamente más peligrosa que la primera, porque reunía un gran número de conjurados y extendía sus ramificaciones, no sólo entre los miembros de la Convención, sino hasta el corazón mismo de la dictadura jacobina, en los órganos del gobierno revolucionario. Los antiguos hebertistas Fouché, Collot d'Herbois, Carrier y otros, los

¹ A. Mathiez. *La Révolution française*, tomo III, París 1927, pág. 167.

² Ph. J-B Buchez y P. C. Roux, *Histoire parlementaire de la Révolution française*, París págs. 229-230.

antiguos dantonistas o emparentados, Legendre, Merlin, (de Thionville), Tallien, Fréron, etc., respetados por la guillotina, eran los enemigos secretos pero irreconciliables de Robespierre. A las fuerzas hostiles al gobierno jacobino venían a sumarse clandestinamente nuevos aliados, y principalmente en el seno de los comités de gobierno.

Billaud-Varenne había ya, el 1 floreal (20 de abril), pronunciado un discurso en la Convención, lleno de envenenadas alusiones a Robespierre, sin nombrarle, comparándole con el antiguo Pericles. También en floreal, otro miembro influyente del Comité de Salud Pública, Carnot, discutiendo sobre un asunto de servicio con Saint-Just y con Robespierre, les había acusado de aspirar a la dictadura. En la cuestión que había provocado el incidente, el Comité se había colocado al lado de Carnot. Otro miembro del Comité de Salud Pública, Robert Lindet, que se había negado en su tiempo a firmar la detención de Dantón, se negaba ahora a sostener la política de Robespierre. En el Comité de Seguridad General, Vadier, Amar y Voulland entre otros, no ocultaban su hostilidad hacia Robespierre. En ese Comité, sólo Lebas y David eran aún sus partidarios.

En este círculo estrecho de convencionales influyentes y de hombres políticos de primer plano, se hablaba a media voz de la "tiranía" de Robespierre, y se trataba de los medios de luchar contra ella. A fines de floreal, la conspiración estaba lo bastante madura, al parecer, para que un hombre tan prudente y disimulado como Fouquier-Tinville, el célebre acusador del Tribunal revolucionario, en el curso de un almuerzo en casa del diputado Laurent-Lecointre, se atreviese a hablar con él y con Merlin del despotismo de Robespierre. Este mismo Lecointre, a principios de prairial, firmó con nueve de sus amigos un acta de acusación contra Robespierre llena de intenciones malévolas y calumniosas, que terminaba por un llamamiento al asesinato. El 3 prairial, un tal Maréchal trató de atentar contra la vida de Robespierre. A la mañana siguiente fue objeto de otra tentativa del mismo género, por parte de una joven, Cecilia Renaud, que

se presentó en su casa con un cuchillo en la mano. ¿Quién dirigía la mano de los asesinos? Este punto permaneció oculto para los contemporáneos y sigue oculto para la posteridad, mas no es aventurado suponer un lazo entre esos atentados y la conspiración que cada día se extendía más.

LA LEY DEL 22 PRAIRIAL

A fines de prairial, esta lucha sorda contra Robespierre y sus amigos comenzó a trascender al exterior. En el coro de aclamaciones saludando a Robespierre en la Fiesta del Ser Supremo, se oyeron claramente las amenazas y los insultos que le lanzaran Laurent-Lecointre y Bourdon. Robespierre tenía ya una idea clara del peligro que amenazaba a la dictadura revolucionaria y de su extensión. El 22 prairial, Couthon presentó a la Convención un decreto redactado por él y por Robespierre, sobre la reorganización del Tribunal revolucionario: Quedaba suprimido el interrogatorio previo de los acusados, se acababan los defensores, y la noción misma de "enemigos del pueblo" recibía una interpretación extremadamente amplia. Este decreto daba al gobierno un arma poderosa para aplastar a las fuerzas renacientes de la contrarrevolución. Couthon y Robespierre desconfiaban del Comité de Salud Pública y habían sometido su proyecto directamente a la Asamblea, sin concertarse con él. Tanto en la Convención como en el Comité, chocó con una viva resistencia. Fueron lanzadas contra Robespierre acusaciones directas. Los diputados hostiles al decreto de 22 prairial lo rezaban, no porque fuesen adversarios del terror en general, sino porque temían ver esa arma volverse contra ellos, contra las conspiraciones antirrobepierristas. El decreto fue, sin embargo, votado; pero la lucha en el seno de los comités del gobierno había tomado ya forma abierta y pública.

Los enemigos de Robespierre buscaban por todos los medios comprometerle y denigrarle. El Comité de Seguridad General presentó un informe sobre el asunto de Catherine Théot, una vieja medio loca que se imaginaba ser la madre de Dios y espe-

raba la llegada del nuevo Mesías. Se quería complicar a Robespierre, quien obtuvo que el Tribunal revolucionario se desentendiese del asunto. Un lazo directo se había establecido entre los miembros del Comité de Seguridad General y los antirrobepierristas del Comité de Salud Pública: juntos llevaban la lucha concertada contra Robespierre. En el seno del Comité de Salud Pública se desarrollaban escenas violentas. Collot d'Herbois, Billaud-Varenne, Carnot, Prieur (de la Marne) y más tarde Barère, hacían ya la guerra abierta a Robespierre.

ROBESPIERRE SE RETIRA DEL COMITÉ DE SALUD PÚBLICA

En la noche del 10 al 11 mesidor, una explicación decisiva y tormentosa se produjo entre los partidarios del bloque antirrobepierrista en el seno del gobierno de una parte, y de la otra Robespierre, Saint-Just y Couthon. Robespierre se retiró del Comité a partir del 15 mesidor, y no volvió a ninguna de sus sesiones. Sus enemigos dominaron desde ese momento en los Comités del gobierno. Mientras permaneciesen en ellos Saint-Just y Couthon, y mientras Robespierre conservase su influencia entre los jacobinos, habían de esconder sus intenciones y disimular sus designios. Se preparaban, sin embargo, a obrar.

SE DESARROLLA LA CONSPIRACIÓN CONTRARREVOLUCIONARIA

La conjura ganaba terreno. Los hilos que tendía en los Comités de gobierno, en los pasillos de la Convención, envolvían a un número cada día mayor de diputados, y se ramificaban en los medios de la contrarrevolución clandestina. El hábil, falso y pérfido Fouché era quien enlazaba todas estas intrigas. Temblando de ser por fin castigado por los crímenes cometidos en Lyon con Collot d'Herbois, y Ronsin ya ejecutado, Fouché, despreciado por Robespierre, a quien había ofrecido hipócritamente su colaboración y que sentía de dónde venía el viento del

país, era uno de los principales organizadores e inspiradores de la conjura los dirigentes de la dictadura revolucionaria. Lo mismo que los camaleones que cambian de color, se había convertido en el agente de enlace entre la “izquierda” y la derecha del bloque antirrobepierrista. Los “izquierdistas”, Collot Billaud-Varenne, Vadier, Voulland, etc., se coaligaban con la derecha, Tallien, Barere, Fréron, Bourdon (del Oise). Su objetivo táctico inmediato era atraer a los diputados del “Marais”, para tener con ello asegurada la mayoría de la Convención. A mitad del verano de 1794, todo quedó ultimado. Una parte de los “Marais” se unía francamente al complot; el resto dejaba entender tácitamente que a la hora decisiva apoyaría el golpe asestado a Robespierre. Así, la conspiración contra la dictadura revolucionaria y democrática iba ramificándose y ensanchando su base, ganando constantemente en fuerza.

¿Por qué crecía y se multiplicaba el número de enemigos de Robespierre, cuando sus propios y más enconados adversarios reconocían la inmensa popularidad de que gozaba ante el pueblo “el Incorruptible”? ¿Por qué los adversarios de la dictadura revolucionaria, cuando contaban en sus filas con Dantón y Desmoulins, célebres en toda Francia, había sido deshechos en marzo-abril, mientras que en junio-julio toda una banda del género de los Tallien y de los Barras se ganaba el apoyo, secreto sin duda, pero apoyo al fin, de la mayoría de la Convención? ¿Qué es lo que había provocado la escisión en el seno de los comités, y forzado a Robespierre a salir del gobierno? En resumen, ¿qué fuerza arrastraba a la dictadura jacobina a su ruina y a su pérdida?

LAS CAUSAS DE LA RUINA DE LA DICTADURA JACOBINA

Marx ha escrito: “El terror en Francia no podía servir sino para forzar a que desapareciese como por encanto, bajo el golpe de su terrible martillo, el resto de las ruinas feudales de la faz de Francia. Con sus concepciones timoratas, no le hubiesen

bastado decenas de años a la burguesía para realizar tal labor. Los actos de vigor sanguinario del pueblo allanaron el camino.”¹ Así es como Marx ha definido el papel objetivo desempeñado por la dictadura jacobina. Independientemente de las intenciones subjetivas de los jefes jacobinos, de los sentimientos que inspiraban al pueblo que combatía bajo las banderas jacobinas, todos sus esfuerzos heroicos tendían de hecho a aplastar al enemigo de la burguesía. “Todo el terrorismo francés no era otra cosa sino la justicia sumarísima, a la manera plebeya, de los enemigos de la burguesía, el absolutismo, el feudalismo y el espíritu pequeño-burgués.”²

La dictadura revolucionaria y democrática jacobina había realizado en un año los objetivos principales de la revolución burguesa, y abatido a todos los enemigos de clase que la habían acometido. No había podido realizarlo sino lanzando a la lucha a la mayoría del pueblo y mediante los métodos de acción plebeyos. Mas cualesquiera que fuesen las restricciones impuestas a la burguesía por esta dictadura, no podía detener el crecimiento progresivo de la burguesía y de sus formas de vida burguesa, que filtraban día a día y hora tras hora por todos los poros de la sociedad liberada de las trabas feudales. Mientras duró la guerra a muerte con la coalición europea, mientras subsistió una amenaza real de restauración monárquica, la burguesía y los campesinos acomodados temblaron por los bienes adquiridos mediante la revolución, y sostuvieron a la dictadura jacobina. Sólo “gentes que no retrocedan ante nada... gentes de una energía de hierro”, como definía Engels a los jacobinos, podían asegurar la victoria. Mas, tan pronto como el peligro se debilitó primero, y desapareció después mediante las victorias de 1794, la burguesía, lo mismo urbana que rural, no quiso resignarse por más tiempo al régimen restrictivo de la dictadura revolucionaria y democrática, y someterse al puño de hierro de sus jefes políticos.

La mayoría de la burguesía no quería ir tan lejos en la evo-

¹ K. Marx y F. Engels. *Obras*, tomo VII, pág. 54, ed. rusa.

² *Ibid*, tomo V, pág. 29.

lución democrática de la revolución como los más avanzados y los más revolucionarios de sus propios representantes: los jacobinos robespierristas. La burguesía quería gozar inmediata e íntegramente del fruto de sus conquistas. No quería ni el máximo detestado, ni la política de cooperación con los *sans-culottes*, ni las limitaciones a la iniciativa privada, a la sed de ganancias y de fortuna, ni la política social represiva del gobierno revolucionario. No quería sufrir la dictadura revolucionaria y democrática que reprimía sus aspiraciones y le impedía ser la dueña absoluta y única del país. Programa perfectamente contrarrevolucionario, pero como los mismos representantes de la burguesía veían perfectamente todo lo que ese programa tenía de odioso para el pueblo y para la plebe, que sostenía a la dictadura y eran una fuerza seria y poderosa, los conjurados tenían que enmascarar su verdadera aspiración y naturaleza, bajo la consigna aparentemente revolucionaria de: “¡Abajo la tiranía!”

Los campesinos medios, que constituían la mayoría efectiva del país y que habían sostenido al gobierno jacobino en el período más agudo de la lucha, no ocultaban su descontento por las requisas tras la ley del 25 brumario, que había suprimido la “reserva familiar”. Seguían en su conjunto a la burguesía rural, y a medida que esta última se transformaba en una fuerza contrarrevolucionaria, se volvían también contra el régimen. Estaban también contra el máximo, contra la reglamentación y las restricciones gubernativas y aspiraban, como la burguesía, a gozar como dueña absoluta y sin trabas de los bienes adquiridos durante la revolución. El decreto del 8 mesidor (26 de junio), requisando toda la cosecha de 1794, dado en el momento que los ejércitos de la República lograban victorias decisivas, acentuó gravemente este estado de espíritu contrarrevolucionario.

Los campesinos pobres no recibían del gobierno el apoyo que necesitaban. En los pueblos, la lucha entre la capa acomodada superior, enriquecida durante la revolución y que había adquirido la mayor parte de las tierras, y los pobres, que continuaban sin tierras, se agravaba por días. En la petición de una so-



Française, une et indivisible.

Procureur de la Commune.

Je vous adresse, citoyens, l'opinion d'un jugement rendu sur le Requisitoire de l'un de mes suppléants au tribunal de police municipale le 26 mars 1793 relativement à la nécessité indispensable de déposer au greffe de ce tribunal toutes les pièces servant à conviction dans les affaires de sa compétence ainsi que des sommes consignées en vos mains pour sûreté des amendes. Je vous prie de prendre lecture de ce jugement et de vouloir bien vous y conformer vous-même que les motifs qui l'ont provoqué. Mais toute votre attention, et qu'il est du devoir de magistrats du peuple de tenir exactement la main à son exécution.

J. R. Hébert



MUNICIPALITÉ DE PARIS.

DEPARTEMENT

DES SUBSTANCES ET APPROVISIONNEMENTS



DIVISION

DES GRAINS ET FARINES.

Paris, 5 Jour l'an 2 de la République française.

Les Administrateurs des Substances prient le Citoyen de Grand-lieu, Gardes archiers de la Commune, de vouloir bien remettre au Citoyen porteur de la présente un exemplaire de la loi relative à la taxe du papier des lettres, imprimés, ouvrages périodiques, etc.

Pour les Administrateurs.

G. Babeuf

ciudad popular presentada el 2 termidor del Año II (20 julio 1794), algunos días antes del golpe de Estado contrarrevolucionario, se denunciaba a los granjeros egoístas que se apoderaban atrevidamente de las tierras. Los autores de la petición pedían que la ley se abatiera sobre todos los granjeros que usurparan y conservaran las tierras que no podían cultivar por sí mismos. El gobierno revolucionario permanecía sordo a estos llamamientos de los pobres del campo. Los jacobinos no comprendían la necesidad de atraerse a los pobres para una ayuda activa. Al contrario, por la movilización de los trabajadores agrícolas y por su indiferencia hacia las necesidades de los pobres, se privaban de un poderoso aliado en los pueblos.

Tan contradictoria como ella era la política del gobierno revolucionario respecto a los obreros y los otros grupos de la plebe. Es verdad que mantenía con todo el poder del aparato del Estado las leyes del máximo sobre las subsistencias y otros artículos, lo que sin duda beneficiaba ante todo a la plebe, protegiéndola contra la arbitrariedad de los especuladores, y permitiéndole hasta cierto punto procurarse los artículos alimenticios a precios abordables. Mas al mismo tiempo, y justamente en el curso del verano de 1794, el gobierno se mostró mucho más riguroso que antes en la aplicación del máximo respecto a los salarios. Hay motivos fundados para creer que Barere era el responsable directo de ese endurecimiento de la política gubernamental en la materia. Sea ello lo que fuere, el hecho es que en julio (5 termidor) la Comuna de París adoptó un acuerdo bajando la tarifa de los salarios de los obreros. Los jornales de los carpinteros, por ejemplo, pasaban de 8 libras a 3 libras y 15 sous. Esta reducción alcanzaba igualmente a las otras categorías de obreros. No hay que decir que esta medida suscitó un enorme descontento.

Las victorias logradas en prairial y en mesidor, y sobre todo la batalla decisiva de Fleurus, habían disipado en el espíritu de la masa de los burgueses vacilantes hasta entonces, el miedo al éxito de la coalición y de una restauración monárquica. Nada les retenía ya para tratar desembarazarse lo más pronto posible

del régimen revolucionario, que les había sido impuesto por la fuerza de las circunstancias.

Esta evolución del grueso de las fuerzas de la burguesía y de los campesinos acomodados contra la dictadura jacobino fue la que dio tanta fuerza a los elementos antirrobepierristas agrupados en un solo bloque contrarrevolucionario.

Desde mediados de mesidor, cuando Robespierre se retiró del Comité de Salud Pública, los dos partidos se prepararon ya abiertamente para el encuentro decisivo. Robespierre se apoyaba en el Club de los Jacobinos y se preparaba, de acuerdo con Saint-Just y Couthon, a dar el golpe decisivo. Los conjurados, por su parte, ponían a punto su plan de golpe de Estado. Habían establecido contactos con los girondinos detenidos en las prisiones del Estado. Se alejaron de la capital las tropas fieles a la revolución. Para dividir las fuerzas robepierristas, el Comité de Salud Pública quiso, por dos veces, enviar a Couthon en misión, mas éste no obedeció las órdenes. El terror era cada día más severo, y los conjurados de los comités echaban la culpa a Robespierre, que se había separado del gobierno. Los rumores sobre disensiones graves en el seno del gobierno se esparcían por todo el país, y empezaban a filtrarse en la prensa extranjera.

ROBESPIERRE ATACA EL 8 TERMIDOR

El 8 termidor, Robespierre subió a la tribuna de la Convención y entabló la batalla decisiva. “Es aquí”, dijo, “donde debo dejar sentada la verdad y mostrar las verdaderas llagas de la República. Los negocios públicos toman de nuevo un camino pérfido y alarmante. El sistema combinado de los Hébert y Fabre d’Eglantine, se sigue hoy con una audacia increíble. Los contrarrevolucionarios están protegidos...” Con una elocuencia amarga y airada, Robespierre denunciaba la traición y la felonía de los nuevos conjurados, su falsedad y su duplicidad, su tentativa artificiosa de presentar la lucha contra la Repúbli-

ca y la libertad, como una lucha contra la pretendida tiranía del "dictador" Robespierre.

"Me llaman tirano" exclamaba. "Si lo fuese, se arrastrarían a mis pies, les ahogaría en oro, les aseguraría el derecho de cometer todos los crímenes y me estarían agradecidos." ¹ Robespierre mostró dónde se escondía el foco del complot contrarrevolucionario: en el Comité de Seguridad General y en sus despachos, en el seno de una parte del Comité de Salud Pública y de la Convención. Sin citar casi un nombre, reclamó el castigo de los traidores.

Era todavía tan grande el prestigio y la autoridad de Robespierre, que la impresión causada por esta requisitoria fue enorme, hasta el punto de que la Convención, unánime, le saludó con una ensordecedora salva de aplausos. Los conjurados estaban aterrados. Laurent Lecointre, que dos meses antes invitaba a la muerte del "tirano", propuso servilmente la impresión del discurso de Robespierre. Contestando a las objeciones de Bourdon, Couthon pidió que el discurso no sólo fuese impreso, sino también enviado a todas las Comunas de la República. El "Marais", habituado a la sumisión, votó unánimemente esta proposición. Los conjurados parecían deshechos. Mas el valor de la desesperación les inspiró. Cambon, uno de los pocos que habían sido nombrados por Robespierre, se arriesgó a atacar abiertamente. Billaud-Varenne se unió a él, seguido de Amar y de otros miembros del complot. No atreviéndose a exigir por el momento más, pidieron que la Asamblea volviese sobre el voto que acababa de emitir sobre la impresión y reparto del discurso de Robespierre. El "Marais" de nuevo vaciló, pero esta vez se inclinó del lado de los conjurados.

Por la noche, la batalla se trasladó al Club de los Jacobinos. La sala estaba repleta. Robespierre releyó su discurso de la mañana, que según ciertos testimonios había llamado él mismo su "testamento de muerte". Los jacobinos aplaudieron frenéticamente al "Incorruptible". Numerosas voces clamaban "¡Los

¹ Ph. J-B. Buchez y P. C. Roux. op. cit., pág. 422.

conspiradores a la guillotina!” Billaud-Varenne y Collot d’Herbois trataron vanamente de abrirse un camino hasta la tribuna. “¡A la guillotina!”, les gritaban de todas partes. Excluidos por unanimidad, fueron lanzados a la calle. El Club de los Jacobinos, centro democrático de la revolución, se había colocado sin vacilar del lado de Robespierre.

Hasta entonces, la opinión del Club era la que determinaba las decisiones de la Convención. Mas los conjurados, aun protestando hipócritamente de su devoción hacia la Montaña, habían puesto la mano sobre la dictadura jacobina. “El golpe debe darse mañana”, dijo Tallien a sus cómplices cuando supo lo que había pasado en los jacobinos. Toda la noche del 8 al 9 de termidor, los conjurados celebraron consejo, distribuyéndose los papeles y reclutando auxiliares.

EL 9 TERMIDOR

El 9 termidor (27 de julio) por la mañana, el público llenaba las galerías de la Convención. Todos los diputados estaban en sus bancos. Era un día caluroso y pesado de julio, que amenazaba tormenta.

A mediodía, Saint-Just subió a la tribuna. Comenzó la lectura de su discurso con voz firme y tranquila. Aun cuando el Tribunal de la Convención fuese para él su Roca Tarpeya, nadie le impediría expresar su opinión sobre las causas del conflicto. Se disponía a asestar un golpe mortal. Mas en ese momento, Tallien le interrumpió. Los conjurados estaban decididos a impedir que Saint-Just pronunciase su requisitoria. Enmedio de un inmenso tumulto, Billaud-Varenne, Vadier y Tallien lanzaron a la faz de Robespierre la acusación de tiranía. Este trataba de llegar a la tribuna para dirigirse a la Asamblea, pero Collot d’Herbois que presidía, le negó la palabra. “Por última vez, presidente de asesinos, te pido la palabra”, le gritó Robespierre. Enmedio de la confusión increíble que reinaba en la sala, uno de los conjurados, casi desconocido, Louchet, lanzó la moción de detener a Robespierre. La sala permaneció unos instan-

tes sobrecogida y en suspenso. Pero los aplausos y los gritos de los conjurados sostuvieron esa moción. Robespierre el Joven pidió ser juzgado con su hermano. "Yo soy tan culpable como mi hermano", exclamó. "He participado de sus virtudes, y quiero participar de su suerte". Lebas declaró: "¡Yo no quiero participar en el oprobio de este decreto! Pido también la detención". A petición de Fréron, Saint-Just y Couthon fueron igualmente arrestados. Los presos fueron conducidos hacia la verja de la Convención. "¡La República está perdida, porque los bandidos triunfan!"¹, dijo Robespierre al salir.

Sin embargo la contrarrevolución se había apresurado a cantar victoria. Los *sans-culottes* parisienses, la plebe de la capital, no habían dicho aún su última palabra.

Por la tarde, cuando las terribles noticias se esparcieron por la ciudad, la Comuna y el Club de los Jacobinos tomaron sin vacilar el partido de Robespierre. El club se declaró en sesión permanente. La Comuna llamó al pueblo de París a la insurrección. Hanriot jefe de la Guardia Nacional, corrió al Comité de Seguridad General para liberar a los jefes de la revolución, pero fue también arrestado.

Mas ya los *sans-culottes* se armaban precipitadamente, reuniendo apresuradamente sus secciones en el Ayuntamiento. La insurrección popular contra los facciosos contrarrevolucionarios, vencedores en la Convención, se extendía y aumentaba. Una parte de las secciones plebeyas se unió al movimiento. Por la tarde, los cañoneros y los *sans-culottes* roderon la Convención y liberaron a Hanriot. Los contrarrevolucionarios creyeron por un momento que tenían perdida la partida. Pero el oficial que mandaba los destacamentos de los cañoneros, y de los *sans-culottes*, en vez de apoderarse de la Convención, volvió al Ayuntamiento. Ante el domicilio de la Comuna se amontonaba una muchedumbre cada vez más numerosa de obreros y de artesanos indigentes. Hanriot había traído la Guardia Nacional. En

¹ Buchez y Roux. *Histoire parlementaire de la Révolution*, 1837. págs. 33-35.

el interior, una comisión elegida redactaba un manifiesto al pueblo y al ejército.

Entretanto, el cancerbero de la prisión donde se había conducido a Robespierre se había negado a recibir al "Incorruptible". Lo llevaron a la policía, y fue liberado por Hanriot. Por la tarde, todos los demás detenidos se encontraban igualmente liberados y reunidos en la Comuna.

El tiempo pasaba. Los jefes revolucionarios vacilaban. Couthon no quería dejar la cárcel, y no llegó al Ayuntamiento hasta después de medianoche. El pueblo en la calle esperaba una orden y pedía la acción. Ya de noche, cayó una lluvia torrencial. La plaza empezó a vaciarse.

Mientras se deliberaba en la Comuna, los rebeldes contrarrevolucionarios daban pruebas de resolución. Habían declarado fuera de la ley a Robespierre y a sus partidarios. Barras, encargado de dirigir las operaciones, Tallien y Bourdon, ponían en pie y armaban las secciones burguesas y concentraban tropas seguras. A las dos de la mañana, decidieron obrar. Habiendo sorprendido, gracias a una traición, la consigna de los soldados de Hanriot, una columna de tropas contrarrevolucionarias consiguió penetrar en la plaza, y después invadir la Comuna. Era el fin. Robespierre trató de matarse de un tiro de pistola, pero no logró sino deshacerse la mandíbula inferior. Su hermano se tiró por la ventana. Lebas se levantó la tapa de los sesos. Saint-Just, tranquilo e inmóvil, esperaba que viniesen a detenerle.

A la mañana siguiente, 10 termidor, Robespierre, Saint-Just, Couthon, Lebas, Robespierre el Joven, y sus partidarios, vivos o muertos, fueron guillotinado, sin juicio previo, en la plaza de Greve.

El 9 termidor fue el último día de la revolución. El golpe de Estado contrarrevolucionario había derrocado la dictadura jacobina. Con la muerte de Robespierre había acabado el período heroico de la dominación de la Montaña y del pueblo. El último capítulo de la gran Revolución francesa estaba cerrado.

CAPITULO

XI

La reacción termidoriana

En el curso de las jornadas del 8 y del 9 termidor, los conjurados que derribaron a la dictadura jacobina disimulaban cuanto podían el sentido contrarrevolucionario de los sucesos. Al enviar a Robespierre, a Saint-Just y a sus amigos al cadalso, los termidorianos aseguraban a la opinión pública que con ello salvaron “de la tiranía a la revolución y a la libertad”.

Bastó poco tiempo para revelar la verdadera naturaleza del golpe de Estado de termidor, que había impuesto la tiranía de la contrarrevolución burguesa triunfante.

DESTRUCCIÓN DEL APARATO DE LA DICTADURA REVOLUCIONARIA Y DEMOCRÁTICA

Los termidorianos tuvieron buen cuidado de destruir ante todo el aparato de la dictadura revolucionaria y democrática.

La estructura del poder gubernamental fue modificada en su esencia. El Comité de Salud Pública, ese poderoso órgano del gobierno revolucionario, privado de sus funciones, de sus poderes y de sus derechos anteriores, fue reducido al papel de una rueda administrativa, ocupado sólo en cuestiones de política exterior y en la dirección del ejército. A su lado fueron creados otros 15 comités de gobierno, investidos de poderes iguales al suyo. Los principales autores del golpe de estado contrarrevolucionario vinieron a las sesiones. La Comuna de París, baluarte de la democracia revolucionaria en la capital, fue aplastada y liquidada, y la mayoría de sus miembros enviados a la guillotina. Los termidorianos suprimieron la gratificación de 40 sous a los ciudadanos sin fortuna que tomaban parte en las sesiones de las secciones; la plebe estaba así prácticamente excluida de la actividad de las secciones. Un poco más tarde, los comités revolucionarios y las sociedades populares, que habían desempeñado tan gran papel en la revolución, fueron disueltos y prohibidos. El Tribunal revolucionario fue reorganizado, y su composición renovada; la ley de 22 prairial y otras medidas represivas que castigaban a los elementos contrarrevolucionarios, fueron abolidas. El tribunal se convirtió en un instrumento de terror contrarrevolucionario. Así fueron rotos y destruidos los órganos de la dictadura revolucionaria y democrática.

LA LUCHA EN EL SENO DEL BLOQUE TERMIDORIANO

Para atacar a Robespierre y realizar el golpe de Estado contrarrevolucionario, los termidorianos, tanto de derecha como de izquierda, habían obrado de acuerdo. Dieron prueba de la misma unanimidad para asestar golpes feroces a sus víctimas y perseguir a los jacobinos que permanecían fieles a sus convicciones revolucionarias. Mas una lucha, al principio sorda, pero poco a poco más abierta y encarnizada, no tardó en desarrollarse en el seno del bloque termidoriano. Collot d'Herbois, Billaud-Varenne y Barere, que habían desempeñado un papel

importante en la conspiración contrarrevolucionaria y en los sucesos del 9 termidor, hubieron pronto de convencerse de que su influencia declinaba en la Convención, y de que se les relegaba a segundo plano. La burguesía contrarrevolucionaria triunfante no necesitaba camuflarse con la fraseología revolucionaria. Los verdaderos dueños de la situación eran en adelante los termidorianos de “derecha”, los “diputados de negocios”: ladrones, malversadores, especuladores, concusionarios, Tallien, Fréron, Barras, Legendre, etc.

Esos “Montagnards”, bajados a la “Llanura”, que se habían apoderado finalmente del timón del Estado, obligaban al navío a hacer marcha atrás. La evolución social tomó desde entonces un aspecto retrógrado. Tallien y Fréron, despojándose de la máscara jacobina llevada por prudencia durante algún tiempo más, habían llegado a encontrar un terreno de inteligencia con los “Marais”, y además, con los girondinos, los Feuillants y otros grupos contrarrevolucionarios, que después de termidor salieron de todos sus escondites. Los diputados girondinos que escaparon a la guillotina fueron liberados, y desde las prisiones pasaron a ocupar sus puestos en la Asamblea de la Convención. Los Feuillants dieron también muy pronto signos de vida y comenzaron a agitarse. Los monárquicos cobraron ánimos y esperanzas. La amnistía abrió las puertas de las cárceles a los contrarrevolucionarios y a los “sospechosos”. Los enemigos de la revolución, devueltos a la libertad, se contaron al principio por docenas y pronto por centenares y por miles.

Lejos de disminuir el terror, que los termidorianos decían condenar, aumentaba cada día, dirigido ahora por los termidorianos mismos contra los jacobinos revolucionarios a los que se llamaba “la cola de Robespierre”. La calle estaba ya en manos de los “lechuginos”, de la “juventud dorada”, de los hijos de los especuladores y contrarrevolucionarios. Las bandas de “lechuginos” armados de garrotes atacaban a los *sans-culottes* y tenían aterrorizadas a las gentes de los barrios plebeyos de París. Fréron, que les protegía abiertamente, les alentaba en sus sevicias y excesos.

Los termidorianos en los días del golpe de Estado hacían gala de su fidelidad a la Montaña, mas ahora abatían su juego, y luchando contra Robespierre luchaban en realidad contra el jacobinismo. Poco después de termidor, Merlin de Thionville osaba llamar públicamente al Club de los Jacobinos “cueva de bandidos”. Los actos seguirían a las palabras.

SAQUEO DEL CLUB DE LOS JACOBINOS.

En noviembre fue saqueado el Club de los Jacobinos por una banda de la “juventud dorada”, y oficialmente cerrado por decreto del gobierno. La contrarrevolución había logrado destruir este baluarte de la democracia revolucionaria. De entre los termidorianos de “izquierda”, algunos se acomodaron a los nuevos señores y se adaptaron a la “nueva orientación”; algunos, incluso los emparentados con los hebertistas, como Fouché, lo lograron a las mil maravillas. O bien doblaron el espinazo cobardemente ante la contrarrevolución desencadenada.

Al destruir la dictadura revolucionaria, la reacción termidoriana destruía igualmente el régimen restrictivo creado e impuesto a la burguesía por los jacobinos y además algunos resultados importantes de la legislación social y económica dictada por la democracia revolucionaria.

LIQUIDACIÓN DE LAS CONQUISTAS SOCIALES Y DEMOCRÁTICAS DE LA DICTADURA JACOBINA

En los pocos días que siguieron a la caída de Robespierre, las comisiones instituidas para la realización de los decretos de ventoso fueron prácticamente liquidadas. A principios de noviembre, el secuestro de los bienes de los enemigos de la revolución fue levantado. La lucha contra la especulación fue parada en seco. Las infracciones al máximo se multiplicaron en gran escala, sin que fuesen objeto de la menor persecución. La tasa gubernamental no era sino pura ficción. Finalmente, el 3 nivoso (24 de diciembre 1794), el máximo fue abolido oficialmente,

y la libertad de comercio restablecida sin restricciones. Los *sans-culottes* y los pobres, librados al arbitrio de los especuladores y de los mercachifles, estaban otra vez condenados a morir de hambre. Los burgueses triunfadores no pensaban siquiera en ello. Los precios de las subsistencias subían vertiginosamente; comerciantes, acaparadores y especuladores realizaban enormes beneficios.

EL REINADO DE LA NUEVA BURGUESIA.

Liberada de sus trabas, la nueva burguesía se dejó llevar de sus instintos y de su pasión de lucro. La especulación y el agio adquirieron proporciones increíbles, hasta entonces desconocidas. La depreciación de la moneda, que continuaba a una velocidad catastrófica, permitía a los traficantes hábiles un enriquecimiento fabuloso. En germinal del Año III, por una libra en especies sonantes, se daba de 6 a 7 libras en asignados, y en prairial, una libra-plata valía ya 50 libras papel. Se edificaban inmensas fortunas sobre las oscilaciones del cambio, la especulación con la moneda y las mercancías deficitarias, sobre los fraudes en el aprovisionamiento de los ejércitos, y también simplemente sobre el robo y la dilapidación de los bienes de la nación. Uno de los más célebres “lobos” capitalistas de la época, G. Ouvrard, familiar de Tallien y de Barras, se enriqueció en esos años a tal punto que en 1798 pudo conceder al Estado un préstamo de 10 millones de francos-oro. No era el único negociante “afortunado”. Los jefes termidorianos, los jefes de gobierno contrarrevolucionario, Barras, Tallien Fréron, Rovere, etc., daban el ejemplo de una rapaz avaricia. La burguesía toda estaba imbuída de esta insaciable sed de lucro. Dejando a un lado los sentimientos y despreciando cínicamente las virtudes cívicas, se lanzaba sin reparo alguno en busca de las riquezas, el lujo y los placeres.

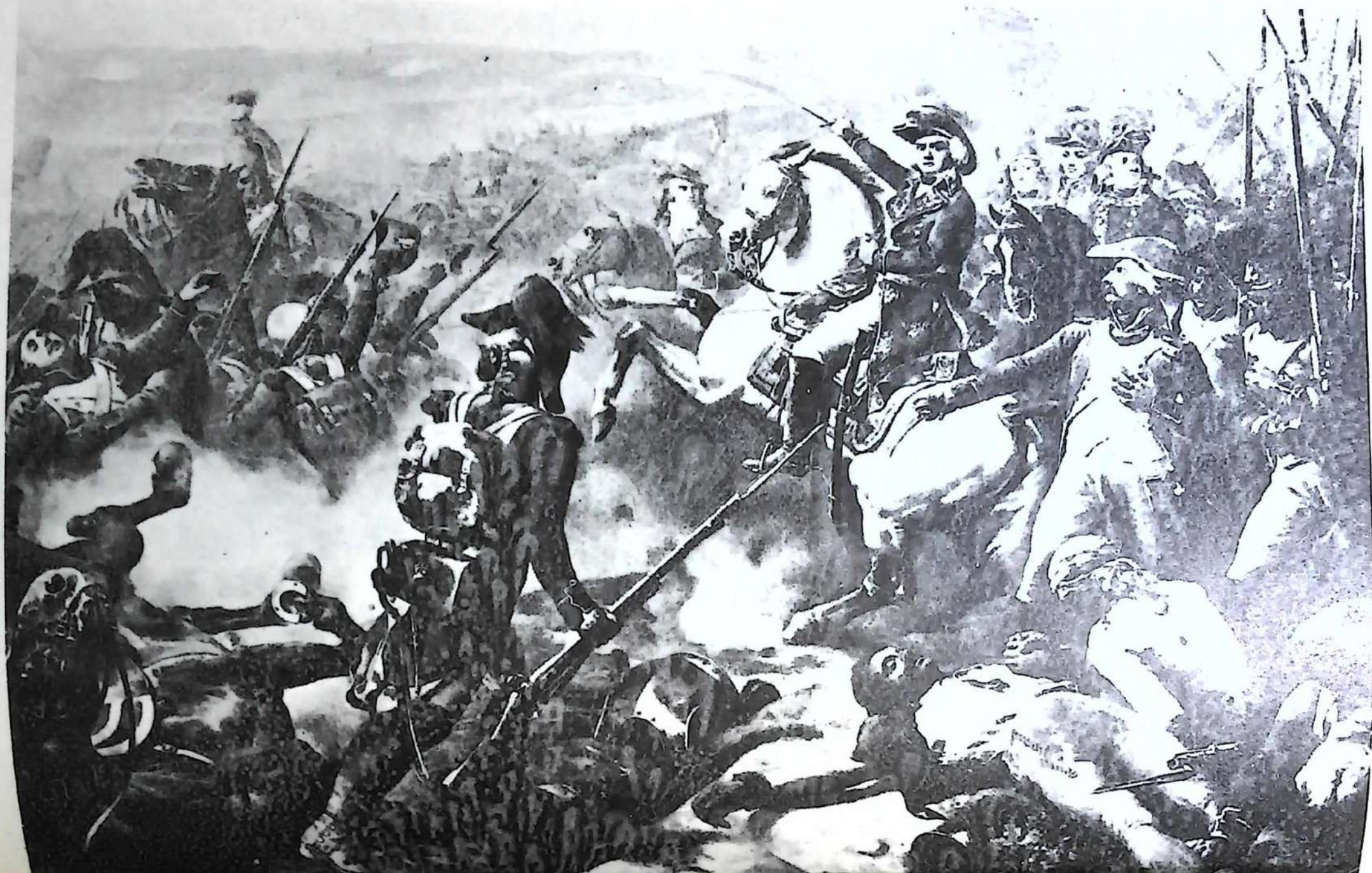
LAS COSTUMBRES DE LA SOCIEDAD TERMIDORIANA

En brevísimo lapso de tiempo, la vida social y las costumbres cambiaron al punto de parecer desconocidas. A la austera simplicidad de las costumbres de la capital revolucionaria sucedieron el lujo ostentoso y el fasto de los nuevos dueños del país, deseosos de mostrar sus riquezas. Los “nuevos ricos”, los *parvenus* de la especulación y de toda clase de rapiñas, se esforzaban en imitar a la nobleza antigua. Los jefes termidorianos se casaron con las viudas y las hijas, salidas de las prisiones, de los aristócratas guillotinado; se apresuraban a aliarse con las grandes familias del difunto régimen tomando de él sus “nombres”, sus maneras y su opulencia. Tallien se casó con la bella Teresa Cabarrus, ex-esposa del marqués de Fontenay, millonario. Rovere tomó por mujer a la marquesa de Agoult, que le aportó en dote castillos y propiedades valoradas en más de un millón. Los demás no quedaron rezagados. Renacían los salones; el de Teresa Tallien, llamada en su medio “Nuestra Señora de Termidor”, el de otra beldad célebre, Madame de Recamier, etc. Las grandes cuestiones políticas, más que en la tribuna de los clubs, se ventilaban en los tocadores de las damas, en el círculo estrecho de los jefes termidorianos y de sus compañeras.

Tras la forzada moderación de los años revolucionarios, la nueva “aristocracia de la riqueza” aspiraba a “gozar de la vida”, con una prisa ávida y brutal. En los salones y hoteles de los ricos termidorianos se infiltraban las ligeras costumbres del “demimonde”. Barras exhibía su desenfreno. Los bailes sucedían a los festines y a las orgías. Todo el mundo bailaba. Pero no eran las danzas populares, como la animada Carmagnole de los tiempos heroicos de la revolución; la sombra siniestra de termidor se extendía hasta las distracciones y los placeres de la triunfante burguesía. En cada detalle se filtraba y penetraba un regusto indeleble de contrarrevolución. Se bailaban los nuevos bailes con un gesto de cabeza que parecía evocar el último ges-



Pacificación de la Voz



to del condenado en el cadalso. Se daban los “bailes de las víctimas”, donde no estaban invitados sino los miembros de las familias de los guillotinado. Por las noches se bailaba en el cementerio de Saint Sulpice, sobre las piedras de las tumbas.

HAMBRE Y MISERIA DE LOS SANS-CULOTTES.

Mientras en las plantas superiores del edificio social de la Francia termidoriana seguían su camino fiestas y orgías, mientras la riqueza y el lujo se mostraban con arrogante ostentación, abajo, en los sótanos húmedos donde vivían los obreros, en las chozas de los pobres, reinaban un hambre y una miseria tales, que los *sans-culottes* no recordaban haber sufrido nada parecido jamás. Desde termidor, la condición de los obreros, de los artesanos y de los pobres se agravaba con espantosa rapidez. La abolición del máximo, la depreciación de la moneda, la desenfrenada especulación que proporcionaba enormes beneficios a los hombres de negocios, hundían a los pobres en una miseria negra. El hambre que padecieron los pobres de París en el invierno de 1794-1795 dejaba muy atrás los horrores del invierno de 1793. Largas colas se formaban desde el atardecer en las puertas de las panaderías y de las tiendas; las gentes extenuadas esperaban hasta la mañana la miserable porción de media libra de pan por día. Pero nadie se ocupaba del pueblo hambriento. Los comerciantes, desde que el miedo a la represión no les retenía, se lanzaban a la impudicia desenfrenada, vendiendo el pan bajo mano en vez de distribuirlo entre las mujeres hambrientas, que volvían a sus casas muchas veces con las manos vacías, tras haber hecho la cola durante toda la noche. A veces, reducidas a la desesperación, gritaban a los panaderos y a los comisarios: “Coged los fusiles y matadnos, antes que hacernos sufrir de hambre”.

En el pueblo se acordaban de los tiempos de Robespierre, cada vez con más añoranza: entonces había siempre alguien para interceder y ocuparse de las pobres gentes.

LAS INSURRECCIONES PARISIENSES DE LA PRIMAVERA DE 1795

En la primavera de 1795, cuando las privaciones y la miseria llegaron a ser intolerables, las masas plebeyas de París se sublevaron. El 12 germinal (1 abril 1795), una inmensa muchedumbre de obreros, artesanos y pobres invadió la Convención al grito de “¡Pan, la Constitución de 1793 y la liberación de los patriotas!” Las masas forzaron a la Asamblea a oír sus reivindicaciones. Pero no tenían ni jefes capaces, ni plan de acción definido. El pequeño grupo de Montagnards que habían permanecido fieles al jacobismo y que aún permanecían en la Convención, los que se llamaban la “Cresta”, no se atrevió a sumarse a la insurrección y tomar la dirección de ella; en cambio los termidorianos tomaron medidas enérgicas. Nombraron comandante en jefe al general Pichegru, llamaron tropas, movilizaron los barrios burgueses de París y al día siguiente, 13 germinal, dominaron la insurrección.

Los obreros y las demás gentes del pueblo que habían tomado parte en el movimiento, fueron desarmados. 17 diputados que no habían tomado parte en la insurrección, pero que eran considerados como sospechosos, y entre ellos un termidoriano tan activo como Laurent Lecointre, fueron detenidos. Collot d’Herbois, Billaud-Varenne, Barere y Vadier, ya encarcelados, fueron deportados. El terror blanco se acentuaba sobre todo en provincias. Pero por miedo al ejército, al cual las autoridades habían presentado el movimiento de germinal falsamente como una soblevación monárquica, la Convención tenía que dar pruebas de cierta moderación al castigar a los *sans-culottes* y a los últimos Montagnards.

A pesar de todo los *sans-culottes* no se consideraban como definitivamente vencidos. La situación de las subsistencias se agravaba de nuevo en forma catastrófica en floreal. Algunos días, al presentar las cartillas de pan, no se distribuía sino un costaba diez libras y a principios de prairial se pedía ya de 16

sexto de libra por cartilla. En el mercado libre, el medio kilo a 22 libras. El hambre, aún más intolerable que en germinal, empujaba a los obreros y a los pobres de París a una nueva insurrección. Los historiadores de estos sucesos, entre ellos el académico E. Tarlé, suponen que una organización, cuyo carácter y composición no han podido establecer claramente, desempeñó un papel importante en la preparación de este movimiento.

El 1 prairial, los obreros y las pobres gentes del barrio de Saint Antoine y Saint Marceau, entre los cuales se encontraba una multitud de mujeres, se lanzó al centro de la capital al llamamiento del rebato. Sobre sus sombreros y en sus mangas, los insurgentes habían escrito: "¡Pan y la Constitución de 1793!". Arrollando a la Guardia, lograron invadir la Convención. Un diputado fue muerto. Hasta el anochecer, la Convención termidorianana se encontró prácticamente prisionera del pueblo. Pero los insurgentes no tenían ni jefes, ni plan de acción definido, y no supieron aprovecharse del éxito inicial, detener a los principales termidorianos y ocupar otros centros de la capital. Algunos diputados de la "Cresta", Romme y Goujon entre ellos, reclamaron la aplicación de la Constitución de 1793, la disolución de los comités termidorianos y la creación de una nueva comisión de gobierno formada por Montagnards. Mas sus propuestas, contra las cuales los diputados termidorianos no se atrevían a formular objeciones en ese momento crítico, quedaron prácticamente sin efecto alguno. Los de la "Cresta" no osaron, o no supieron, pasar a la acción. Entretanto, los comités termidorianos, dejados en libertad por los insurgentes se apresuraron a reunir las tropas fieles que durante la noche tomaron la Convención y echaron de ella al pueblo.

La lucha, sin embargo, no estaba terminada. El 2 y el 3 prairial, el pueblo en armas sostenido por algunos batallones de la Guardia nacional pasados a la insurrección, continuaron cercando la Convención, entrando a veces en colisión con las fuerzas gubernamentales y los voluntarios de la burguesía, que habían hecho bloque unánime contra los obreros y los pobres. El

5 prairial, después de que las autoridades termidorianas lograron reunir y concentrar importantes fuerzas militares, fue aplastada la insurrección.

Siguió una represión sangrienta. La burguesía termidoriana se vengaba ferozmente del miedo que había pasado, sobre la plebe de París. La guillotina funcionó sin descanso. Una "comisión militar", creada especialmente, pronunciaba sentencias implacables. Seis diputados de la "Cresta", Romme, Goujon, Soubrany, Bourbotte, Duroy y Duquesne, fueron condenados a muerte, sólo por haber tomado la palabra en la Convención el 1 prairial. Estos hombres, que se habían mostrado incapaces de iniciativas en las horas decisivas de la insurrección, cara a la muerte mostraron una firmeza montagnarde: en la cárcel se abrieron el pecho con un mismo puñal, pasado de mano en mano.

RECRUECIMIENTO DE LAS CONSPIRACIONES MONÁRQUICAS

La represión de los movimientos plebeyos por la reacción termidoriana en germinal y en prairial, enardeció muy seriamente a los monárquicos. En la derrota de los *sans-culottes* que constituían la fuerza militar de la República, veían la desaparición de un serio obstáculo a la restauración de la monarquía. La política contrarrevolucionaria de los termidorianos les despejaba el camino del poder. El 17 prairial, en el momento más álgido del terror blanco, la Convención dio un decreto concediendo indemnizaciones por los bienes confiscados a las personas condenadas por los tribunales revolucionarios desde marzo de 1793¹. Esta medida tenía gran importancia de principio, porque reconocía oficialmente, aunque de manera indirecta, la ilegalidad de los actos de la revolución, y en consecuencia, la necesidad de indemnizar los daños causados por ella. Numerosos termidorianos estaban dispuestos a aceptar la restaura-

¹ El beneficio de este decreto no alcanzaba a los Borbones, a la familia Du Barry ni a los robespierristas.

ción de la monarquía, bajo la forma no absolutista, sino constitucional y burguesa. Enriquecidos por la revolución tanto como la nueva burguesía y la parte de la antigua que les sostenía, los termidorianos no estaban dispuestos a abandonar el botín a nadie. Tenían un interés vital en conservar los cambios en el reparto de la propiedad ocurridos durante la revolución. Los Tallien, los Barras, no se habían manchado las manos de sangre en monstruosos actos para venir ahora a restituir sus hoteles y sus posesiones a algunos emigrados vuelta de Londres.

Cuando a la muerte del Delfín, el hijo del rey guillotinado, en el verano de 1795, el conde de Provenza, hermano de Luis XVI y campeón intransigente del absolutismo, se declaró pretendiente al trono, los termidorianos se dieron cuenta de que era imposible todo compromiso con los monárquicos. Para "regicidas"¹ como ellos, que se habían apoderado de los bienes de los aristócratas guillotinado o emigrados, una restauración monárquica con Luis XVIII (como se titulaba ahora el conde de Provenza,) significaría no sólo la pérdida del poder, sino además de sus situaciones y de sus fortunas, lo que quizá les enviaría derechamente al cadalso.

Mas los monárquicos estimaban que un año ya cumplido de trabajo contrarrevolucionario de reacción termidorianas, había preparado suficientemente el terreno en Francia para la reconstrucción del edificio monárquico. En la Vendée, las bandas monárquicas de los Chouans, que mostraban un brote nuevo de fuerza, crearon una base poderosa desde la que los manejos y complots monárquicos tendían su trama sobre toda Francia.

En verano de 1795, los Chouans ayudaron a los ingleses y a los emigrados a efectuar un desembarco fuerte en Quiberon, en Bretaña. Mediante una acción enérgica, Hoche consiguió aplastarlos, antes de que hubiesen tenido tiempo de emprender una operación ofensiva seria. Fueron fusilados 750 emigrados prisioneros.

¹ Los realistas calificaban así a los conservadores que habían votado la muerte de Luis XVI en enero de 1793.

Las insurrecciones de germinal y de prairial habían revelado el abismo que separaba a los termidorianos de las masas populares. Quiberon probó que un peligro inmediato amenazaba a los termidorianos por el lado de los monárquicos. El gobierno termidoriano, obligado a reprimir por las armas en tres ocasiones consecutivas los movimientos de izquierda y de derecha, mostraba con ello su debilidad y su inestabilidad.

LAS VICTORIAS

Mas la debilidad interior de ese gobierno se encontró compensada por grandes éxitos militares, y en la lucha diplomática con la coalición. El ejército republicano forjado por los jacobinos desde otoño de 1794, había tomado victoriosamente la ofensiva. Pichegru, persiguiendo al duque de York, había tomado toda Holanda; Jourdan y Kléber batían a los austriacos, a los prusianos y a los de Hesse sobre el Rin. A principios de 1795 la orilla izquierda del Rin toda entera, desde el mar a los Alpes suizos, estaba en manos de los franceses. Sobre el frente de los Pirineos, el ejército francés había entrado en Cataluña y al oeste había tomado Bilbao. La victoria acompañaba en todas partes a las banderas de la República.

Bajo los golpes de los ejércitos franceses, la coalición roida por contradicciones internas, se desgazaba.

Prusia, temiendo verse frustrada en el tercer reparto de Polonia, fue la primera de las grandes potencias que trató separadamente con Francia.

LOS TRATADOS DE PAZ

El 5 de abril de 1795 se firmó en Basilea el tratado de paz con Prusia. Prusia reconocía la orilla izquierda del Rin frontera natural oriental de Francia. La teoría de las "fronteras naturales", (Océano Atlántico, Pirineos, Alpes, Rin) recibía así una sanción jurídica. El rey de Prusia se obligaba a asegurar la neutralidad de la Alemania del Norte. El 16 de mayo

fue firmado en La Haya el tratado de paz con la República bátava fundada después de la entrada de las tropas francesas en Holanda. Francia anexionaba una parte del territorio holandés y recibía una importante contribución de guerra. La República bátava se obligaba a ayudar a la francesa con sus fuerzas de tierra y de mar, convirtiéndose así en vasalla de Francia.

El 22 de julio de 1795, igualmente en Basilea, fue firmada la paz con España. Francia renunciaba a sus conquistas en este país y recibía, en cambio, la parte española de la isla de Santo Domingo. La paz estaba ya hecha desde febrero con el gran duque de Toscana. Los otros pequeños Estados miembros de la Coalición, ante el poder de la República, se apresuraban a firmar acuerdos de paz con ella. Francia salía victoriosa de esta guerra encarnizada, sostenida durante tres años contra Europa.

Los victoriosos tratados de paz de 1795 habían abatido prácticamente a la primera coalición. La República francesa se había convertido en la potencia más fuerte de Europa.

La semilla jacobina de 1793 había dado sus frutos en 1795 a beneficio de los termidorianos. La brillante victoria de ese verano les ayudó a reforzar su posición. En otoño, la Convención termidorianiana elaboró y adoptó una nueva Constitución.

LA CONSTITUCIÓN DEL AÑO III

La Constitución termidorianiana, o Constitución del Año III, sancionaba el mantenimiento del régimen republicano. La burguesía de presa, que había edificado su fortuna durante la revolución, tomaba así sus seguridades contra las aspiraciones monárquicas sobre la restauración de la monarquía. Pero la Constitución del Año III era ante todo un arma contra el pueblo. El sufragio electoral abolido era sustituido por un censo electoral elevado. "Un país gobernado por los propietarios, y dentro del orden social", declaraba sin ambages Boissy d'Anglas, uno de los líderes termidorianos. El sistema electoral era de dos grados, y el poder legislativo se repartía entre dos Cámaras: el Consejo de los Quinientos, que tenía la iniciativa de las

leyes, y el Consejo de los Ancianos, (compuesto de 250 miembros mayores de 40 años) que las ratificaba. El poder ejecutivo estaba confiado a un Directorio de 5 miembros, renovables por quintas partes cada año. Los poderes del Directorio eran muy extensos. Para conservar su posición los termidorianos decidieron que dos tercios de los miembros de la Convención debían tomar asiento en las nuevas cámaras.

La Constitución, esencialmente antidemocrática, se hizo para perpetuar el reinado de la burguesía de presa termidorianana.

LA INSURRECCIÓN MONÁRQUICA DE VENDIMIARIO

Los monárquicos que habían pensado asegurarse la mayoría de las Cámaras, gracias a la nueva Constitución, resolvieron, tras el mantenimiento de los dos tercios, obtener por la fuerza el éxito que les parecía tener al alcance de la mano. El 12 vendimiario (4 de octubre), intentaron una sublevación en París, con fuerzas considerables. Barras, nombrado comandante en jefe, encomendó la dirección de las operaciones al general Bonaparte. Este, entonces en desgracia y sospechoso, con razón, por sus relaciones estrechas con Robespierre el Joven en la época de Toulon, esperaba con impaciencia que la fortuna abriese de nuevo carrera a sus ambiciones sin límite. La ocasión largamente esperada se presentaba, al fin, en vendimiario. Con una energía y una decisión que sorprendió a sus adversarios, deshizo y aplastó en pocas horas a los monárquicos. El gobierno termidorianiano estaba salvado. Bonaparte había dado los primeros pasos hacia el poder.

El 20 octubre de 1795, la Convención termidorianana que encarnaba la sanguinaria contrarrevolución burguesa se separaba, dejando paso al Directorio y a los Consejos, el de los Ancianos y el de los Quinientos, creados por la Constitución, que era obra suya. Un nuevo período del reinado de la burguesía contrarrevolucionaria termidorianana daba comienzo.

CAPITULO

XII

Importancia histórica
de la Gran Revolución Francesa

De todas las revoluciones burguesas que abatieron al caduco régimen feudal, la Revolución francesa del siglo XVIII es la que con más justo título puede llamarse grande.

Lenin ha escrito: "Tomad la Gran Revolución Francesa. Con todo derecho se la llama grande. Hizo tanto por su clase, la burguesía, en favor de la cual trabajaba, que el siglo XIX entero, ese siglo que trajo la civilización y la cultura a toda la Humanidad, se desarrolló bajo el signo de la Revolución francesa. Ese siglo no ha hecho otra cosa que poner en práctica, realizar parcialmente, acabar, lo que habían creado los grandes revolucionarios franceses de la burguesía"¹.

La Revolución francesa derrumbó el régimen del absolutismo feudal, asestó un golpe de muerte al feudalismo; con su "es-

¹ Ver Lenin, *Obras*, tomo 29, pág. 342, ed. rusa.

coba gigantesca" barrió de Francia todo el tenderete medieval, y limpió el terreno para el progreso capitalista. La Revolución francesa destruyó las relaciones de la producción feudal, y armonizó por algún tiempo las formas de producción con el carácter de las fuerzas productivas. Esta formidable obra de destrucción tuvo una inmensa importancia progresiva no sólo para Francia, sino para los destinos de Europa entera; la Revolución Francesa abrió un nuevo período histórico, período de victoria y de consolidación del capitalismo en los países avanzados.

En las condiciones históricas de aquel tiempo, la burguesía francesa del siglo XVIII se consolidaba como una clase joven, atrevida y revolucionaria. . . "La burguesía era la clase que estaba verdaderamente a la cabeza del movimiento"¹. Pero sólo las masas populares daban a la Revolución la fuerza y el empuje sin los cuales la victoria hubiese sido imposible. La gran Revolución francesa era un "mar enfurecido", un "océano popular", como la denominó tan justamente Romain Rolland. El pueblo era el gran actor de la revolución, su principal fuerza motriz. Fue el pueblo quien soportó todo el peso de la lucha con la contrarrevolución feudal, y el que hizo progresar la revolución. La fecunda participación de las masas populares ha marcado con su sello todo el curso de la revolución y a todas sus instituciones. Lo que hizo la fuerza de la revolución fue el ser una revolución popular.

Sólo la participación activa de las masas populares en la revolución aseguró su empuje ascendente. La Revolución francesa del siglo XVIII fue una revolución burguesa y democrática. A medida que avanzaba hacia una democracia burguesa más amplia, proseguía su ascensión continua, hasta que alcanzó su apogeo, su grado supremo: la dictadura jacobina. Dictadura que hizo que la burguesía alcanzase sus objetivos democráticos. "Los historiadores burgueses ven en el jacobinismo una decadencia. . . Los historiadores del proletariado ven en él una

¹ Marx y Engels, *Obras*, t. VII, pág. 54, ed. rusa.

de las más altas *cimas* alcanzadas por la clase oprimida en la lucha por su emancipación”¹, escribía Lenin.

La dictadura revolucionaria y democrática de los jacobinos resolvió, en el más breve plazo y por los métodos plebeyos, los principales problemas que se planteaban a la revolución burguesa, pero que no había podido, ni querido, resolver hasta entonces la burguesía de los partidos Feuillant y girondino. La dictadura jacobina dio ejemplos magníficos de audacia, de energía, de heroísmo revolucionario de las masas populares y de sus jefes. La audacia revolucionaria de los clubs jacobinos y el heroísmo de las masas permitieron llevar a buen fin la revolución burguesa y democrática, hasta donde ello era posible en el cuadro de una revolución burguesa.

Gracias a la dictadura jacobina, la Revolución francesa ha pasado a la historia como ejemplo clásico del éxito de una revolución burguesa y democrática.

Barriendo del suelo nacional todas las supervivencias feudales, creó las condiciones necesarias para el desarrollo rápido del capitalismo, régimen de progreso en comparación con el feudalismo. Gracias a ello, se encontró acelerado el proceso de formación y crecimiento del proletariado, la clase de vanguardia. La participación fecunda y prolongada de las masas populares en la revolución contribuyó inmensamente a dotar a Francia de tradiciones democráticas y revolucionarias duraderas, a formar el carácter nacional y a impregnar de un espíritu democrático suficientemente vigoroso el curso ulterior de la historia social de Francia.

¹ V. Lenin, *Obras*, t. XXV, pág. 102, ed. rusa.



ESCUELA DE
FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA

INDICE DE PERSONAJES

- d'ALEMBERT, Jean le Rond (1717-1783). Filósofo francés, uno de los fundadores de la *Enciclopedia*. Escéptico en religión y en metafísica, pero tolerante.
- BARERE DE VIEUZAC, Bertrand (1755-1841). Convencional francés, miembro del Comité de Salud Pública, denominado el *Anacreonte de la guillotina*.
- BARNAVE, Joseph (1761-1793). Orador de la Asamblea Constituyente, murió guillotinado.
- BARRAS, Paul, vizconde de (1755-1829). Convencional francés, miembro del Directorio.
- BASIRE (1764-1794). Convencional francés, guillotinado con los dantonistas.
- BAYLE, Pierre (1647-1706). Escritor francés, cuyo escepticismo anuncia a la filosofía libre del enciclopedismo.
- BEAUMARCHAIS, Pierre-Augustin Caron de (1732-1799). Escritor francés, autor de piezas teatrales de gran alcance social.
- BERTHOLLET, Claude-Louis (1748-1822). Químico francés, profesor de la Escuela de Armas revolucionaria.
- BEURNOVILLE, Pierre de (1752-1821). General francés bajo la República, participó en la victoria de Valmy.
- BILLAUD-VARENNE, Jean-Nicolas (1756-1819). Convencional francés, contribuyó a la caída de Robespierre.
- BOISGUILLEBERT, Pierre de (1646-1714). Economista francés, reclamó la libertad del trabajo y la franquicia del comercio.
- BONAPARTE, Napoleón (1769-1821). Oficial de artillería durante la Revolución; más tarde Emperador de los Franceses.
- BRISSOT, Jacques-Pierre (1754-1793). Convencional, uno de los jefes de los girondinos. Murió guillotinado.
- CALONNE, Charles-Alexandre de (1734-1802). Inspector General de Finanzas de 1785, imprevisor y dispendioso, tuvo que convocar la Asamblea de Notables en 1787. Caído en desgracia, huyó a Inglaterra.
- CARNOT, Lazare (1753-1823). Convencional francés, matemático ilustre, fue denominado el *Organizador de la victoria*.

- COLLOT D'HERBOIS**, Jean-Marie (1750-1796). Miembro del Comité de Salud Pública, célebre por sus excesos demagógicos.
- CONDILLAC**, Etienne de (1715-1780). Filósofo francés, jefe de la escuela sensualista.
- COUTHON**, Georges (1756-1794). Convencional francés, reprimió severamente la insurrección de Lyon; fue decapitado después del 9 Termidor.
- CHAUMETTE**, Pierre-Gaspard (1763-1794). Revolucionario francés, uno de los fundadores del culto a la razón. Guillotinado con los hebertistas.
- DANTON**, Georges-Jacques (1759-1794). Revolucionario francés, creador del tribunal revolucionario, uno de los hombres de Estado de mayor talla de la Revolución. Guillotinado por moderado.
- DESMOULINS**, Camille (1760-1794). Abogado, panfletista y periodista francés, secundó el movimiento revolucionario. Publicó el periódico moderado *Vieux Cordelier*. Murió guillotinado.
- DIDEROT**, Denis (1713-1784). Filósofo francés, uno de los fundadores de la *Enciclopedia*.
- DROUET**, Jean-Baptiste (1763-1824). Convencional y miembro del Consejo de los Quinientos. Detuvo la fuga de Luis XVI en Varennes.
- DUMOURIEZ**, Charles-François (1739-1824). General francés, vencedor en Valmy y Jemmapes. Relevado de su mando, se pasó al servicio de Inglaterra.
- FABRE D'EGLANTINE** (1750-1794). Convencional francés, murió en el cadalso con los dantonistas.
- FENELON**, François de Salignac de La Mothe (1651-1715). Preceptor del Delfín, fue partidario de la monarquía constitucional.
- FOUCHE**, Joseph (1759-1820). Convencional francés, ayudó a derribar a Robespierre. Ministro de Policía bajo Napoleón, posteriormente cayó en desgracia.
- GOSSELIN**, P. F.—Joseph (1751-1830). Geógrafo francés, partidario de declarar la propiedad comunal de las tierras.
- HANRIOT**, François (1761-1794). Revolucionario francés, fue ejecutado el 9 Termidor.
- HEBERT**, Jacques-René (1757-1794). Político francés, redactor del *Pere Duchesne*. Fue guillotinado.
- HELVETIUS**, Claude-Arien (1715-1771). Filósofo francés, autor del libro *De l'Esprit*.
- HERAULT DE SEHELLES**, Marie-Jean (1759-1794). Presidente de la Convención, guillotinado con los dantonistas.
- HOCHE**, Lazare (1768-1797). General francés, vencedor de Wissembourg. Liberó Landau, pacificó la Vendée. Fue una de las figuras más puras de la Revolución.

- HOLBACH, Paul Henri**, barón de (1723-1789). Filósofo materialista y ateo.
- KELLERMAN, François-Christophe** (1735-1820). Mariscal de Francia, vencedor de Valmy; mandó los ejércitos del Mosela y de los Alpes.
- KLEBER, Jean-Baptiste** (1753-1800). Célebre general francés, vencedor de Fleurus. Fue asesinado por un mameluco en Egipto.
- LA BRUYERE, Jean de** (1645-1696). Moralista francés que en sus *Caracteres* alude a la injusta desigualdad de las clases sociales, con quejas sobre la insolencia y el bienestar innmercido de los grandes, y palabras plenas de elocuencia sobre la miseria del pueblo.
- LA FAYETTE, Marie-Joseph, marqués de** (1757-1834). General y político francés, tomó parte activa en la revolución americana, y en Francia en las de 1789 y de 1830.
- LA METTRIE, Julien de** (1709-1751). Médico y filósofo materialista francés.
- LA ROCHEFOUCAULD, François, duque de** (1613-1680). Miembro de antigua familia noble, desempeñó un papel importante durante la Fronda. Escribió unas *Máximas* notables.
- LAMETH, Theodore de** (1756-1854); **Charles-Malo-François de** (1757-1832) y **Alexandre de** (1760-1829). Hermanos revolucionarios franceses del siglo XVIII.
- LEBAS, Joseph** (1765-1794). Convencional francés, amigo de Robespierre, se saltó la tapa de los sesos el 9 Termidor.
- LECOINTRE, Laurent** (1744-1805). Convencional francés, firmó el acta de acusación contra Robespierre.
- LE CHAPELLIER** (?-1794). Abogado y diputado, presentó un proyecto de ley antiobrera que fue votado por unanimidad por la Asamblea Constituyente. Murió guillotinado.
- LEGENDRE, Louis** (1725-1797). Convencional francés.
- LESAGE, Alain-René** (1668-1747). Escritor francés, creador de la novela costumbrista que a veces se eleva a sátira política.
- LUIS XIV** (1638-1715). Rey francés, soberano absoluto; se le atribuye la frase: "L'Etat c'est moi".
- LUIS XV** (1710-1774). Rey francés, se dejó llevar por sus favoritas. La corrupción alcanzó su máximo apogeo bajo este rey, quien dijo: "Detrás de mí, el diluvio".
- LUIS XVI** (1754-1793). Rey francés, murió guillotinado en plena Revolución. Débil y sometido a la influencia de Maria Antonieta, perdió su popularidad y fue condenado como "culpable de conspiración contra la libertad de la nación y de atentado contra la seguridad del Estado".
- MABLY, Gabriel de Bonnot de** (1709-1785). Publicista francés que criticó el orden social de su época y la propiedad privada.

- MARAT, Jean Paul (1743-1793). Revolucionario francés, redactor de *L'Ami du Peuple*; asesinado por Carlota Gorday.
- MARCEAU, François-Séverin (1769-1796). General francés, se distinguió en la Vendée y Fleurus.
- MARIA ANTONIETA (1755-1793). Reina de Francia, imprudente, pródiga y enemiga de reformas, fue guillotizada.
- MERCIER, Louis-Sébastien (1740-1814). Escritor francés, utópico y democrático.
- MESLIER, Jean (1664-1729). Sacerdote francés, llamado el padre del materialismo y del ateísmo, por los conceptos vertidos en su *Testamento*.
- MIRABEAU, Honoré Gabriel, conde de (1749-1791). El orador más eminente de la Revolución francesa, diputado del Tercer Estado, fue acusado con fundamento de pactar con la corte.
- MONGE, Gaspard (1746-1818). Matemático francés, profesor de la Escuela de Armas revolucionaria.
- MONTESQUIEU, Charles-Louis Secondat de (1689-1755). Publicista francés, creador del concepto de la separación de poderes; precursor ideológico de la Revolución francesa.
- MORELLY, autor del tratado *Código de la Naturaleza*, aparecido en 1755. Se desconocen más detalles de su vida.
- NECKER, Jacques (1732-1804). Ministro francés, intentó reformas útiles, pero insuficientes.
- PACHE, Jean-Nicolas (1746-1823). Convencional francés, autor de la famosa inscripción revolucionaria: *Libertad, igualdad, fraternidad o la muerte*.
- PERRAULT, Charles (1628-1703). Escritor francés, hábil e ingenioso, inmortalizado por sus *Cuentos*.
- PICHEGRU, Charles (1761-1804). General francés, se distinguió en los Países Bajos. Murió misteriosamente en la prisión del Temple.
- QUESNAY, François (1694-1774). Economista francés, fundador de la escuela de los fisiócratas y uno de los autores de la famosa máxima: "Laissez faire, laissez passer".
- ROBESPIERRE, Maximilien de (1758-1794). Abogado y convencional, impuso el Terror mediante el Comité de Salud Pública. Murió guillotinado.
- ROBESPIERRE el Joven, Joseph (1764-1794). Hermano de Maximilien, convencional, murió guillotinado.
- ROLAND DE LA PLATIERE, Jean-Marie (1734-1793). Político francés, amigo de los girondinos. Se suicidó al comunicársele la ejecución de su mujer MANON, famosa por su salón artístico-literario y enemiga de los montagnards.
- ROUGET DE L'ISLE (1760-1836). Oficial francés, autor del famoso himno *La Marsellesa*.

- ROUSSEAU, Jean-Jacques (1712-1778). Filósofo y escritor francés, predicó el retorno a la Naturaleza. Sus obras fueron inspiración de la Revolución Francesa y del romanticismo.
- SAINT-JUST, Louis de (1767-1794). Convencional francés, miembro del Comité de Salud Pública, partidario ardiente de Robespierre, fue guillotinado con él.
- SAINT-SIMON, Louis de Rouvroy, duque de (1675-1775). Escritor francés; en sus *Memorias* estudia con penetración admirable los incidentes de la corte de Luis XIV.
- SANTERRE, Antoine-Joseph (1752-1809). Cervejero parisiense, general de división en las guerras de la Vendée.
- SIEYES, el abate (1748-1836). Político francés, sucesivamente miembro de la Constituyente, de la Convención, del Consejo de los Quinientos y del Directorio.
- TALLEYRAND-PERIGORD, Charles-Maurice de (1754-1838). Obispo de Autun, diplomático habilísimo pero sin valor moral.
- TALLIEN, Jean-Lambert (1767-1820). Convencional francés, enemigo implacable de los girondinos; contribuyó a la crisis del 9 Termidor.
- TURGOT, Anne-Robert-Jacques, barón de L'Aulne (1727-1781). Economista francés, ministro de economía de Luis XVI, quiso establecer el libre comercio en Francia, pero fue vencido por la mala voluntad de las clases privilegiadas.
- VAUBAN, Sebastien Le Prestre, señor de (1633-1707). Ingeniero militar y mariscal de Francia, cayó en desgracia de Luis XIV por su *Proyecto de dima real*.
- VERGENNES, Charles Gravier, conde de (1717-1787). Ministro de Asuntos Exteriores bajo Luis XVI.
- VERGNIAUD, Pierre-Victorien (1753-1793). Político francés, fue arrestado con los girondinos y guillotinado.
- VOLTAIRE, Francois-Marie Arouet (1694-1778). Escritor y pensador francés que proclamó el respeto a la conciencia y a la libertad individual, y la fe inquebrantable en el progreso.



ESCUELA PREPARATORIA
BIBLIOTECA

Este libro, de la Colección Pensamiento e Historia, publicado por Editorial Grijalbo, S. A., Avenida Granjas 82, México 16, D. F. se terminó de imprimir el día 15 de agosto de 1964 en los talleres de "Gráfica Horizonte", S. A. Calle República de El Salvador 56-1, México, D. F. Se imprimieron 4,000 ejemplares.



ESCUELA NORMAL SUPERIOR DE LA HABANA
BIBLIOTECA

gradual por aspectos de la sociedad feudal. El único designio de la revolución burguesa es destruir los obstáculos opuestos por la sociedad anterior. Así, Manfred pasa revista a los lazos que pasajeraamente unieron a la burguesía con los campesinos, los plebeyos y los obreros, para formar el bloque relativamente compacto del Tercer Estado; ya en plena fase revolucionaria, los estadistas que se habían colocado a la cabeza del movimiento y que tenían el poder no supieron o no quisieron llegar a las últimas consecuencias de sus actos. Aunque vencedores en la lucha contra las potencias extranjeras, y por ello creadores de la verdadera nación francesa y libertadores de su patria frente a las potencias que pretendían ahogar a la Francia revolucionaria por diversos motivos, salieron definitivamente vencidos en la lucha interior por la igualdad social. Con ello, la Revolución francesa abrió un nuevo período histórico, de victoria y consolidación del capitalismo. La participación fecunda y prolongada de las masas populares en el movimiento revolucionario contribuyó a dotar a Francia de tradiciones democráticas y revolucionarias. El pueblo fue el gran actor de la Revolución, su principal fuerza motriz; la verdadera fuerza de la Revolución fue el hecho de ser una revolución popular.



Je suis le véritable pere Duchesne, souter:

LA MINE ÉVENTÉE.

OU

La Grande Colere

DU

PERE DUCHESNE.

A la découverte d'un nouveau projet de contre-révolution, annoncé pour le 25 Août.

LE plus difficile à écorcher, c'est la queue, dit le proverbe. Je m'étois toujours douté que la fin de la Constitution nous amenerait quelque sottise

70

N°. III. REVOLUTIONS DE PARIS, DÉDIÉES A LA NATION

ET au District des Petits Augustins; avec un
Extrait de quelques papiers de la Baskille.

Les grands ne nous paraissent grands,
Que parce que nous sommes à genoux;
..... Levons-nous.....

Du Dimanche 26 juillet au 1er. août 1789.

TANDIS que de nouveaux désastres affligent de toutes parts les provinces, le calme renaît enfin dans la capitale; mais chaque moment apporte de nouveaux forfaits & dévotie quelques parties de ce complot affreux dont nous devons être victimes. Aujourd'hui l'on commence à savoir que, pour enchaîner le courage de nos braves compatriotes de la province de Bretagne, nos ennemis avoient projeté de les faire attaquer dans leurs propres foyers, d'incendier la port de Brest, & de demander asyle pour ceux qui eussent été poursuivis, à une puissance maritime voisine de la France. Dans cette supposition, les intrépides Bretons eussent à regret

A

XVI.

DU PEUPLE,

OU

LE JOURNALISTE PARISIEN,

JOURNAL POLITIQUE, LIBRE ET IMPARTIAL,

PAR UNE SOCIÉTÉ DE PATRIOTES.

ET rédigé par M. MARAT, Auteur de l'OFFRANDE
ALA PATRIE, du MONITEUR, & du PLAN
DE CONSTITUTION, &c.

Vitam impendere vero.

VERSAILLES ET PARIS.

Du Mardi 6 Octobre 1789.

Trame odieuse contre la Nation. — Movers de
faire face aux besoins de l'Etat. — Dénon-
ciation de plusieurs Membres indignes de de-
voter Comités de l'Hôtel de Ville.

Hôtel de Ville de Paris.

Pour se laver d'une imputation malheureuse-
ment trop fondée, l'Assemblée des Représentants
de la Commune s'est oubliée jusqu'à faire attacher
contre moi un Picard injurieux. Je serais indi-
gne de la confiance dont le Peuple honore son
incorruptible défenseur, si ma loyauté pouvait

C=

VIVRE LIBRE (N° 1^{er}) OU MOURIR.

LE VIEUX CORDELIER;

JOURNAL

RÉDIGÉ par CAMILLE DESMOULINS,

Député à la Convention, et Doyen des Jacobins.

Quintidi Frimaire, 2^e. Décade, l'an II de la République,
une et indivisible.

Des qui ceux qui gracieusement servent leur pays, leurs concitoyens
ne tarderont pas à être admirés. (MACHIAVEL.)

O PITT! Je rends hommage à ton génie! Quels nouveaux débarqués de France en Angleterre t'ont donné de si bons conseils, et des moyens si sûrs de perdre ma patrie? Tu as vu que tu échouerais éternellement contre elle, si tu ne t'attachais à perdre, dans l'opinion publique, ceux qui, depuis cinq ans, ont déjoué tous tes projets. Tu as compris que ce sont ceux qui t'ont toujours vaincu qu'il falloit

N° 1^{er}.

A

PERIODICOS REVOLUCIONARIOS